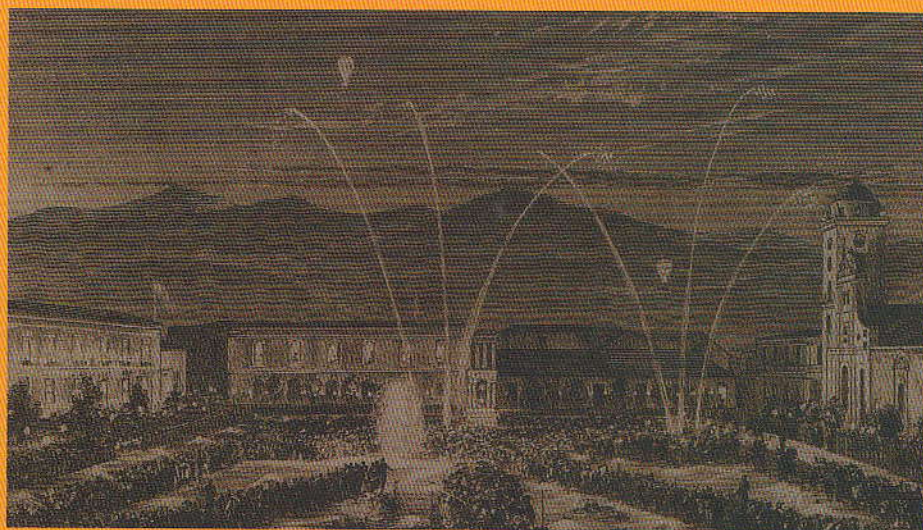


nexos y diferencias

Fundaciones: canon, historia y cultura nacional

*La historiografía literaria del liberalismo
hispanoamericano del siglo XIX*



Beatriz González-Stephan



IBEROAMERICANA

nexos y diferencias
Estudios culturales latinoamericanos

Enfrentada a los desafíos de la globalización y a los acelerados procesos de transformación de sus sociedades, pero con una creativa capacidad de asimilación, sincretismo y mestizaje de la que sus múltiples expresiones artísticas son su mejor prueba, los estudios culturales sobre América Latina necesitan de renovadas aproximaciones críticas. Una renovación capaz de superar las tradicionales dicotomías con que se representan los paradigmas del continente: civilización-barbarie, campo-ciudad, centro-periferia y las más recientes que oponen norte-sur y el discurso hegemónico al subordinado.

La realidad cultural latinoamericana más compleja, polimorfa, integrada por identidades múltiples en constante mutación e inevitablemente abiertas a los nuevos imaginarios planetarios y a los procesos interculturales que conllevan, invita a proponer nuevos espacios de mediación crítica. Espacios de mediación que, sin olvidar los nexos que histórica y culturalmente han unido las naciones entre sí, tengan en cuenta la diversidad que las diferencian y las que existen en el propio seno de sus sociedades multiculturales y de sus originales reductos identitarios, no siempre debidamente reconocidos y protegidos.

La colección **nexos y diferencias** se propone, a través de la publicación de estudios sobre los aspectos más polémicos y apasionantes de este ineludible debate, contribuir a la apertura de nuevas fronteras críticas en el campo de los **estudios culturales latinoamericanos**.

Directores

Fernando Ainsa
Lucia Costigan
Frauke Gewecke
Margo Glantz
Beatriz González-Stephan
Jesús Martín-Barbero
Sonia Mattalía
Kemy Oyarzún
Andrea Pagni
Mary Louise Pratt
Beatriz Rizk

Consejo asesor

Jens Anderman
Santiago Castro-Gómez
Nuria Girona
Esperanza López Parada
Agnes Lugo
Kirsten Nigro
Sylvia Saitta

**FUNDACIONES: CANON, HISTORIA
Y CULTURA NACIONAL**

La historiografía literaria
del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX

Beatriz González-Stephan

Bibliographic information published by Die Deutsche Bibliothek

Die Deutsche Bibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data is available on the Internet at <http://dnb.ddb.de>.

Primera edición, La Habana: Casa de las Américas. Premio Ensayo, 1997
Segunda edición, corregida y aumentada, 2002

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, Madrid 2002
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Vervuert, 2002
Wielandstrasse, 40 – D-60318 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: 49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 84-8489-012-0 (Iberoamericana)
ISBN 3-89354-136-5 (Vervuert)

Depósito Legal: M. 44.143-2002

Fotografía de cubierta:

"Espectáculo de fuegos artificiales en la plaza Bolívar de Caracas",
ilustración de James Mudie Spence.

Diseño de cubierta: Diseño y Comunicación Visual

Impreso en España por Imprenta Fareso, S. A.

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro

ÍNDICE

PREFACIO (<i>Beatriz González-Stephan</i>).....	11
PRÓLOGO (<i>John Beverley</i>)	25
DE SABERES E HISTORIAS	31
PARTE I	
LA EMANCIPACIÓN Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS NACIONALES EN HISPANOAMÉRICA	41
PARTE II	
LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA EN HISPANOAMÉRICA	79
PARTE III	
FUNDACIÓN DEL CAMPO LITERARIO: POLÉMICAS Y DECISIONES ...	157
PARTE IV	
CONFIGURACIÓN DEL CANON: LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA NACIONAL	211
APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO	
TRABAJOS Y OBRAS DE HISTORIOGRAFÍA LITERARIA	277
BIBLIOGRAFÍA	287

*A Fernando,
la vida
el amor.*

Es mi último regalo para él, que no alcanzó a ver...

PREFACIO

Releo en estos días *La Biblioteca en Ruinas* (1994) de mi amigo Hugo Achugar. No busco asideros; pero sí la precisión de la incertidumbre; la puesta en blanco y negro de lo que va quedando: el ejercicio disciplinado de la duda que pone a prueba la resistencia de una escritura que se debate en desinterpretarse, al tiempo de arriesgar lúcidas interpretaciones sobre la obsolescencia de la interpretación... "Hablo desde la intemperie –me dice Hugo–. El lugar desde donde hablo o desde donde interpreto ha perdido la seguridad de eso que se llama los macro-relatos. No tengo una historia global o un héroe fundamental que todo lo explique. En ese sentido, hablo desde la intemperie, sin la seguridad de la receta o del pensamiento formulario".

Palabras donde reverberan también nuestros actuales descálces, en particular si colocamos en perspectiva lo que fueron nuestras agendas décadas atrás, programas enunciados bajo la ciega e ingenua confianza de categorías que habrían de disolverse, por decir emblemáticamente, a la caída del muro de Berlín, o con el fracaso del Sandinismo, o con la insuperable deuda latinoamericana y la consecuente miserabilización de las condiciones de vida, con el descrédito de los partidos políticos, el vaciado de los discursos nacionales, el fin de las vanguardias ideológicas, los límites del desarrollismo, la erosión del lugar de privilegio de la tradición letrada, el desplazamiento de la centralidad del intelectual, la hegemonía de la cultura massmediática, la nomadización y mundialización de múltiples instancias de producción de bienes simbólicos que desterritorializan nuestros habituales marcos de referencia...

Entonces, la crisis de nuestra gestión interpretativa, a través de lo que se llama (o llamaba?) crítica literaria es una crisis de la soberbia humana. Concuero con Hugo. Haber arriesgado interpretaciones sin la plena conciencia de que sólo estábamos "interpretando" bajo los efectos de una coyuntura histórica que nos hacía confiar en la ficción de verdades universales, totalizaciones confortables y objetividades también (y por qué no) virtuales que gozaron de cierta durabilidad mientras se mantuvo estable la retícula del saber disciplinario.

Efectivamente, se arriesgó mucho –al menos ahora nos parece–, sobre todo en proyectos de ambiciosas dimensiones, que abrazaron, en no pocos casos, postulaciones que englobaban la difícil y heterogénea complejidad latinoamericana en articulaciones generalizantes, sin detenerse con más escepticismo y menor arrogancia en las insalvables diferencias regionales e historias particulares. Sin embargo, para no ser injustos, también los riesgos dejan sus saldos positivos: aquellas aventuras intelectuales nos permiten, al menos ahora y a despecho del desdibujamiento del objeto de nuestros estudios (¿literarios o culturales?), reelaborar saldos capitalizando conceptos de alta rentabilidad ("transculturación", "mestizaje", "heterogeneidad", "hibridez"), repensar premisas, o matizar interpretaciones en el caso de dejar intactos aquellos testimonios de un momento fuerte tanto de la disciplina como del mismo latinoamericanismo. Y es éste el ángulo que ha movido y motivado la reedición de *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, que fuera en 1987 Premio Ensayo Casa de las Américas, y que constituyó en esa década (perdida para muchas causas) uno de los tantos trabajos que expresaron los temas, las urgencias, las utopías y también las limitaciones que definían el campo de las investigaciones literarias. Precisaremos dentro de unos instantes las coordenadas que guiaron su escritura; es decir, la biblioteca que alimentó sus premisas.

No son pocas las ruinas de estos tiempos: biográficas, académicas, metodológicas, políticas, sociales, y, desde luego, en pequeña escala, la constelación de nuestras bibliotecas, recortadas sobre

el saber del libro, de ciertos libros, que la tradición (patriarcal, androcéntrica, ilustrada, eurooccidental) de la modernidad privilegió, cegando nuestra mirada sobre otras prácticas culturales que acontecen fuera de libros y bibliotecas, fuera de escuelas y academias. Ahora hay *saberes*, producidos en diversas escenas, que interpelan a una variedad de sujetos, que en el proceso mismo de mediación han ido legitimando nuevos campos de consumo cultural y también otras comunidades reguladas por lenguajes que no pasan por la autoridad de la letra, ni por los símbolos patrios, ni por la historia heroica de la nación. La ruina tiene que ver con procesos no menos violentos de descentramiento de instancias e instituciones que ocupaban lugares largamente acreditados. No se trata exactamente de su desaparición: la edición de libros ha aumentado, muchos intelectuales y escritores circulan bajo la aureola del vedettismo, las bibliotecas amplían sus espacios y se modernizan, los estados nacionales aún velan por sus pasaportes y banderas; sino lo que ha cambiado es su hegemonía, su irrestricto poder de convocatoria para inscribir identidades estables. Muy probablemente las generaciones jóvenes no padecen la ruina, tampoco el desencanto; perfilan sus adscripciones con la misma liviandad desproblematizada y desapegada de toda ilusión. El fragmento, la volatilidad, el desapego, la constitución mutante, la condición permeable, parecieran configurar estas nuevas maneras de ser, donde la densidad de las texturas y el modo de insertarse en la historia va teniendo otros asideros no conceptualizables desde los aparatos que manejan las generaciones "letradas".

¿Qué hacer? Pregunta fuera de lugar. La escena ha cambiado. Antes se apostaba a los actos performativos de la palabra; la reconversión de las palabras en acciones. Fue el legado que nuestra modernidad ilustrada desde Bello, Sarmiento, Alberdi, González Prada, Martí, Ureña, Vasconcelos, Mariátegui, Picón Salas, Zea, Retamar, Cándido, hasta Rama, nos transmitió con la confianza en el poder liberador –o al menos iluminador– de la letra a través de la gestión pedagógica. Esta función mesiánica del libro y del intelectual es lo que obliga a cancelar la pregunta. No hay nada "que

hacer"; sólo una "perspectiva para ver", que también es un modo performativo más consonante y mejor manejable con los ahora múltiples lugares de enunciación, tanto del latinoamericanismo, de los objetos de esta disciplina, como de la variedad de formas y sitios en los que se produce y consume cultura. Sin embargo, "ver" no invalida el ejercicio del criterio, la toma de lugar de una postura crítica y política. No todo vale.

Una nueva edición de un libro obliga en su relectura a los inevitables desacuerdos y el consecuente gesto de la tachadura. Implica también el difícil ejercicio de la cancelación de las correcciones, vencer la tentación de las modificaciones, y el reconocimiento de que *esa* modalidad interpretativa tuvo su sentido ajustado a los debates de una época. Dejarlo tal como fue concebido supone distanciarse de él para también vernos mejor. *La historiografía literaria...* (lo ofrecemos hoy con otro título más acorde con las actuales sensibilidades) recoge las preguntas centrales que los límites de la modernidad puso en circulación.

Escrito entre 1983 y 1986 trasluce las agendas de un campo aún estable, y la seguridad de categorías conceptuales (como las del marxismo y estructuralismo) que las ciencias sociales validaron como herramientas esclarecedoras de las complejidades de las sociedades en situación de dependencia colonial. Pero también escrito justo antes del "desencanto ideológico", se ubica en ese borde que permitía hacer balances de macroprocesos, macroconjuntos, e interrogar las instituciones constitutivas de la modernidad latinoamericana. Como si durante esa década se condensaran, por un lado, los remanentes eufóricos de un latinoamericanismo liberacionista que hundía su inmediata tradición en las consignas de la Revolución Cubana y en el aún vigente Sandinismo; la fuerza que guiaba las gestiones antifascistas de la sociedad civil; la apuesta a las instituciones democráticas, que por aquellos días habían acogido a no pocos intelectuales desplazados por el terror estratificado de sus regímenes y que el desarraigo más bien redundó en un clima generalizado de perspectivas y sentimientos fuertemente latinoamericanistas. Pero también, y por el otro lado, fue

la década que empezó a acresar, no sin alarma, las futuras políticas económicas del Fondo Monetario Internacional (no en vano, en Venezuela el día en que el bolívar sufrió la primera devaluación significativa de su historia quedó marcado como "el Viernes Negro" de 1983); la radicalización del conservadurismo y un nuevo liberalismo a escala internacional, cuyos ensayos más significativos e irónicamente exitosos, a pesar de su altísimo costo humano y social, fueron precisamente las dictaduras serializadas que se desplegaron en América Latina orquestadas por intereses no necesariamente locales; y más allá del mismo muro de Berlín, los candentes y no menos desesperados debates por reorientar el socialismo en aras de su supervivencia en un mundo que globalizaba peligrosamente consignas, consumos, capitales y pobreza: la aparición del artículo "El Fin de la Historia" (1989) de Francis Fukuyama; el trágico "Caracazo" (1989), poblada que mostró los rostros de una violencia fuera de todos los órdenes históricamente constituidos; y la pérdida del Sandinismo por vías "correctamente democráticas" (1990), podrían ser algunos hitos del término de una época signada por el vaciamiento de los mitos de la modernidad (*historia, progreso, democracia, partidos, nación*) y el ascenso de nuevas fuerzas cuya institucionalidad está por definirse. Tampoco es casual que en esa década se haya dado el giro definitivo entre la desacralización de *La ciudad letrada* (1984) y la hegemonía de la industria cultural, el nuevo poder de *Los medios a las mediaciones* (1987): la crisis de la escuela y el éxito de las telenovelas, el internet y los centros comerciales.

De este modo, el contexto de esos años abría y cerraba, anudaba y desataba en el campo de los estudios literarios un abanico de proyectos que, aunque enmarcados por una profunda voluntad latinoamericanista, seguían insertos en las posibilidades límites de la epistemología de la modernidad europea. Atrapados en la razón ilustrada, y desde las murallas de la "ciudad letrada" –cuyos bordes determinaban el horizonte de visibilidad o de ceguera–, se emprendieron en una doble dirección trabajos con un carácter omnicompreensivo. Por una parte, se ejerció el balance crítico de la

propia institución literaria: la perspectiva omnicompreensiva revisó deficiencias del canon, silenciamientos de género, etnias y lenguas; redefinió periodizaciones, fundaciones y continuidades; complicó la estratificación de los sistemas literarios densificando las superficies aplanadas que ofrecían los manuales al uso. Este sentido revisionista del aparato literario –es decir, del cuerpo de sus narrativas ordenadoras del discurso: de la crítica, de la historiografía, de sus archivos antológicos– se hizo desde la alta cultura, sin advertir que muchos de los recortes del canon no se resolvían definitivamente completando con más *libros* su vacío, porque seguíamos de todas formas en la biblioteca que cuestionábamos. Sin desmerecer estas operaciones, sin duda necesarias, de la crítica de aquel momento, se seguía apostando al protagonismo de la escritura alfabética. Obturación misma del marco conceptual que no permitía dar el salto cualitativo al descentramiento, sino seguir capitalizando sin modificar las premisas.

Y, por otra parte, como reverso de las tareas anteriores, se diseñaron bajo el mismo impulso de los grandes relatos de la modernidad, diccionarios enciclopédicos (el DELAL coordinado por Nelson Osorio), reposición del corpus de la biblioteca latinoamericana con ediciones definitivas (la Biblioteca Ayacucho fundada por Angel Rama, y la Colección Archivos de Amos Segala), varios proyectos de historias literarias cada una más ambiciosa que la anterior (entre ellas, la de Ana Pizarro, Thomas Bremer, Luis Iñigo Madrigal, y Mario Valdés), y trabajos, que guiados por la misma vocación totalizante, examinaron períodos de la historia literaria ejerciendo tempranamente y sin preocuparse demasiado una crítica culturalista (Angel Rama probablemente a la cabeza, Alejandro Losada, Hernán Vidal, Antonio Cornejo Polar, Antonio Cándido, Silviano Santiago, Jesús Martín Barbero, Rafael Gutiérrez Girardot, Hugo Achugar, Julio Ramos, Beatriz Sarlo, Walter Mignolo).

Con las herramientas que entregaba básicamente la combinatoria del materialismo histórico y el estructuralismo genético se desplegaron nuevos mapas comprensivos de la literatura latinoamericana que desafiaron las anteriores perspectivas monográficas y

nacionalistas que habían caracterizado los estudios literarios. Trazar “procesos”, trabajar a partir de “conjuntos”, arriesgar grandes “sistematizaciones”, enfrentar períodos de larga duración, parecían ser las metas más urgentes porque había una justificada insatisfacción con las obsolescencias de la disciplina, amén de que ahora la tarea de “comprender” a fondo y re-ordenar la literatura revestía un compromiso político. De alguna manera, el “crítico literario” era también un cientista social que daba su lucha en el terreno ideológico; en otras palabras, no se abandonaba la escena pedagógica.

Como buenos soldados de la causa, el tema de la “historia” con todas sus implicaciones: su escritura, su filosofía, su metodología, sus periodizaciones, la historia de la historia– era altamente sensible: no en balde se giraba entorno a uno de los elementos sustantivos de la modernidad: la relación constitutiva entre escritura/historia. No es casual que las reflexiones más agudas y desnaturalizantes que se hicieron acerca del poder de esta modalidad retórica fuesen *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973) de Hayden White, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso* (1977) de Jacques LeGoff, y *La escritura de la historia* (1978) de Michel de Certeau, que posteriormente fecundarían no pocos trabajos incluyendo su impacto en la propia ficción novelesca, aparte de desentrañar la naturaleza fictiva de esta práctica cuyas convenciones están estrechamente ligadas a la maquinaria del poder institucional.

En algunos casos, ya dentro del legado del postestructuralismo, y en otros, todavía inscritos en el marxismo althusseriano, la constelación de investigaciones que revisaron desde diversos ángulos el modo cómo se había construido el pasado fue un notable indicador del límite mismo de uno de los discursos más caros de la modernidad, especialmente por la toma de conciencia generalizada de que la “verdad de los hechos” descansaba en el “efecto de realidad” que suscitaban las prácticas simbólicas. En este sentido, bástenos recordar la importancia del texto *The Invention of Tradition* (1983) de Eric Hobsbawm y Terence Ranger, que aprovechó en otra

dimensión algunos libros anteriores de Michel Foucault; y en el ámbito latinoamericano no queremos dejar pasar al respecto *A Functional Past: The Uses of History in Nineteenth-Century Chile* (1982) de Allen Woll, *Produzindo o passado. Estratégias de construção do patrimônio cultural* (1984) de Antonio Augusto Arantes, y *Las convenciones contra la cultura* (1986) de Germán Colmenare, que examinaron no la historia, sino los artificios usados para fabricar la ficción de “pasado”: la atención se desplazaba hacia la escritura. Es interesante subrayar que no todos los trabajos conocieron en su momento los aportes de White y Certeau.

El descongelamiento de la episteme positivista permitió los gestos *deconstructivos* de varias tradiciones institucionales (entre ellas, de las historiografías nacionales, del estado nacional, y también de la prisión, de la clínica, de la sexualidad, de la vida privada, de la mujer, etc.) que reubicaron la intervención metodológica en un novedoso giro de tuerca: si bien la precisión de las condiciones socio-económicas absorbía una buena parte de las investigaciones literarias de la época (tal como ocurrió en *La historiografía literaria...*), la atención del peso material y comportamiento políticamente decisivo de los fenómenos culturales empezó a cobrar mayor espacio. Las prácticas verbo-simbólicas –entre ellas la literatura, las artes plásticas, la música, y también la historiografía–, no eran “reflejos” en la “superestructura ideológica” (aunque muchas investigaciones usaran esta terminología porque era la que estaba disponible); se advertía en ellas la densidad de una gramática que conformaba estructuralmente el funcionamiento social. No reproducían ningún estrato previo; construían (*producían*) las mismas condiciones materiales; eran prácticas constitutivas de “lo real”. Se inscribían en esta línea *Latinoamérica: las ideas y las ciudades* (1982) de José Luis Romero, *La ciudad letrada* (1984) de Angel Rama, *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989) de Julio Ramos, para citar los casos más conocidos.

Y es en este sentido que *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* se insertaba en una encrucijada donde se refractaban límites operativos, y tímidamente se esbozaban nue-

vas preocupaciones. En líneas generales, sin poder salir del sistema binario de categorizaciones de la epistemología de la modernidad –a saber, el juego de oposiciones entre la base socio-económica y superestructura ideológica, metrópoli y colonia, centro y periferia, civilización y barbarie, letrado y analfabeto–, hizo una crítica de la cultura de la élite criolla eurooccidental que tuvo a su cargo la fundación de una de las tradiciones nacionales. Al tiempo combinó con una perspectiva vigilante la articulación tanto del modo como había funcionado una de las prácticas letradas (la historiográfica), como la hilvanación de su propia genealogía. Es decir, por un lado, el trabajo alcanzaba a *desconstruir* los presupuestos de una tradición, el modo como había operado, la puesta en circulación de sus máscaras y ficciones, el sentido que tuvo la fabricación de pasados para la configuración del aparato burocrático estatal; y, por el otro lado, también el trabajo reconstruía la *arqueología* de una modalidad reflexiva y escrituraria (hacía la historiografía de la historia literaria) de la modernidad latinoamericana, y demostraba con ello el carácter geopolítico y descentrado de la producción del conocimiento en la modernidad: América Latina había empezado a escribir su historia literaria antes que Europa, porque las contradicciones mismas de la empresa de la conquista imperial obligaron a sus letrados a escribir la historia de las letras en uno de sus centros, los desplazados hacia los límites del imperio.

Con ello –al menos eso creemos– se empezaba a desarrollar por esos años una crítica a las epistemologías del colonialismo, a los esquemas metropolitanos de saber, que habían desdibujado no sólo el seguimiento de procesos obturando trayectos (los mentados vacíos), sino que habían “colonizado” la mirada reflexiva haciendo que ella reprodujera miméticamente los moldes europeos sobre las realidades latinoamericanas. Haber pensado los procesos como “reflejos” europeos era una de las operaciones que había que destrabar. Entonces, otro de los aspectos que fortaleció las certezas en la disciplina fue la confianza también política en ejercer el saber crítico para descolonizar categorías. Lo que no se advertía con agudeza era que se ejercía una crítica al eurocentris-

mo (Roberto Fernández Retamar, Desiderio Navarro, Hernán Vidal, Antonio Cornejo Polar, Nelson Osoerio, Mabel Moraña, Beatriz Sarlo) con la misma razón instrumental que se había heredado de la modernidad europea. Por ello, tan sólo podemos decir que se trataba de los antecedentes que prefiguraron la crítica postcolonial de hoy: era un “pre-post-colonialismo” históricamente necesario. Se trabajaba en los límites que preconizaban un quiebro, al tiempo que se estaba empezando a desjerarquizar el discurso monológico del sujeto europeo, blanco, masculino, letrado, heterosexual...

Una de las tantas contradicciones del gesto de nombrar “la ciudad letrada” –su continente y desborde– fue advertir que por debajo de su feliz acierto había un malestar: el de la literatura, el de las humanidades. ¿Cómo abordar el ex-cedente, el afuera de las letras? Es lo que llevó, en una de sus líneas de fuga o pliegues, por un lado, a Antonio Cornejo Polar a desarrollar la categoría de “heterogeneidad contradictoria”, y, por el otro, a Néstor García Canclini, ya a finales de la década de los 80, a la de “hibridez”. Probablemente ninguno de los dos conceptos permita todavía salir plenamente de la modernidad, pero ponen en evidencia su violencia epistemológica.

También los tiempos presentes están asistiendo a la erosión de una de las entidades más comprometidas con la configuración de identidades sociales y políticas: la nación. En una relación inversamente proporcional a su disgregación histórica, nunca antes se había reflexionado e insistido tanto en su origen, formación, comportamiento y rituales, como en el momento de su renegociación actual. Frente al surgimiento de agencias que producen un nuevo tipo de espacialidad –desterritorializada, transnacional–, con capacidad de inscribir y vertebrar bajo otros signos subjetividades y comunidades sociales, la idea de nación así como toda la maquinaria que puso en marcha las ciudadanías acuñadas por el estado-nación han perdido capacidad de convocatoria; y no sólo han quedado deslegitimadas por un clima saludablemente antiretórico –como la fetichización de símbolos patrios, la sacralización de héroes, la exaltación de adhesiones geográficas, la dramatización

de narrativas nacionales... sino que no generan más sentimientos de pertenencia –la escuela, las bibliotecas, las asociaciones, los clubs, los comités y partidos políticos...

La sobreabundancia teórica en señalar la crisis de la nación (cuyos exponentes más atractivos son *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, 1983, de Benedict Anderson; y *Nation and Narration*, 1990, de Homi Bhabha) entraña otro deslizamiento igualmente crítico que lo solapa: los estudios recientes sobre la nación (en los que también se inscribía *La historiografía literaria...*) tienen que ver con una autoreflexión transferida que hacen los intelectuales ante su propia dislocación del aparato burocrático estatal. El sujeto que examina la crisis del estado nacional y que puede determinar a su vez el carácter contingente, construido, narratológico de la nación, está también evaluando su propia locación y las tareas que ha venido realizando articuladas a la institución que le dio identidad. Este descentramiento ha traído la posibilidad de un distanciamiento (auto)crítico que ha permitido visualizar la naturaleza *discursiva* del poder en sus prácticas verbo-simbólicas y descosificar la maquinaria estatal y dar cuenta de agenciamientos nada inocentes.

Determinar la historia de la nación, o la historia de cualquiera de sus discursos constitutivos, es una forma de mirar también la crisis del lugar central del letrado. Por ello, hablar del modo cómo se formaron las tradicionales ciudadanías –sobre todo a partir del capitalismo de imprenta– era revisar obligatoriamente no pocas prácticas sociales, entre ellas, la que nos competía interrogar: la relación casi constitutiva entre la formación del estado nacional y la necesaria producción de un conjunto de ficciones historiográficas que pudiesen crear a satisfacción de la élite criolla el efecto de pasados largamente acuñados y de tradiciones literarias que minimizaran el carácter reciente de estas naciones. Simplificando, la articulación entre aparato estatal y *escritura historiográfica*, entre formación nacional y la creación de la *institución literaria*.

Si el estado nacional era débil, casi una entelequia, proyecto de una élite hispánica eurooccidental, metonímicamente el cuerpo de

parnasos y silvas pasó a constituir la nación. Ante las infinitas contradicciones que revistió esta entidad en América Latina— porque no era representativa, porque era homogeneizantemente discriminatoria—, también el no menos denso cuerpo de historias literarias llenó en su ficción los vacíos, suturó huecos, y aplanó desniveles. Así, la escritura de la historiografía configuró a las naciones en gestos metafóricos, y pasó a convertirse en una empresa necesariamente estatal, asimismo el cuerpo de sus artífices.

En *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* estudié uno de los relatos de la identidad del proyecto de nación de la élite criolla. Sin salirme del marco del modernismo crítico, al funcionar soterradamente la inminente crisis del estado nacional, la preocupación por volver la mirada hacia sus momentos fundacionales fue también parte de la agenda de los estudios literarios. Se *desconstruía* una de las mayores narrativas de la modernidad, la constelación de representaciones que había configurado la cultura nacional en su vertiente letrada y patriarcal. Y como una especie de terapia que liberaba y descentraba, se nombraron los mecanismos disciplinantes de la letra, el ejercicio de su violencia epistemológica, que, a base de mutilaciones, construyó un canon que los aparatos escolares de la nación reprodujeron hasta el agotamiento. Alrededor de esa década, se abrió un largo y fructífero período —que aún no termina— de notables revisiones del siglo de las fundaciones, cuyo trayecto podría estar marcado por los trabajos de Ricaurte Soler, E. Bradford Burns, Angel Rama, Jose Luis Romero, Julio Ramos; posteriormente, la cautivante interpretación de *The Foundational Fictions. The National Romances of Latin America* (1991) de Doris Sommer; también luego los libros de Francine Masiello, Mary Louise Pratt, Paulette Silva Beauregard, y así una continua avalancha de investigaciones que siguen incursionando en esta etapa “fuerte” del nacionalismo desde perspectivas culturalistas e interdisciplinarias.

Finalmente, algunas observaciones pertinentes a esta edición: el cambio de título coloca el acento en otro ángulo de lectura del libro, quizás más cercano a los tópicos de recientes discusiones.

Jerarquiza un problema fundamental de aquella investigación: la intervención de la historiografía en el diseño del canon literario nacional. También en algunos casos la subtitulación de las partes fue remozada, con lo cual ha podido ganar en frescura, aparte de introducir cierta nota irónica que da la distancia. No he querido tocar en términos generales la escritura del texto, su aparato conceptual, la biblioteca que lo nutre, porque dan fe de una época y del estado del latinoamericanismo. En las notas más bien he introducido matizaciones y apéndices que ajustan o complementan las apreciaciones. Muchas investigaciones que giraron entorno a los mismos problemas llegaron a mis manos posteriormente. Sólo me queda la tranquilidad de saber que al menos rozaba preguntas que estaban en el aire y que otros respondieron con mayor plenitud.

Debo esta edición a la iniciativa emprendida por Fernando Fernández, quien en su gestión de director de Extensión Universitaria de la Universidad Simón Bolívar de Caracas, impulsó este proyecto creyendo que una segunda edición facilitaría la labor pedagógica. También quiero extender mi agradecimiento a los amigos entrañables que fueron lectores asiduos del libro y que siguieron confiando en sus posibilidades de sentido al servirse de él en sus propios trabajos y convertirlo en texto de lectura para sus alumnos: a Javier Lasarte, Carlos Pacheco, Paulette Silva Beauregard, Luis Barrera Linares, Lucia Costigan, Alicia Ríos, Eva Klein, Dunia Galindo, María Julia Daroqui, Luis Duno, Mirla Alcibíades, Lelia Area, María Inés de Torres, Andrea Pagni, Hugo Achugar, Graciela Montaldo, Alvaro Contreras, Belford Moré, Rita Gnutzmann, Julio Ramos, Santiago Castro Gómez, Erna von der Walde, Mario Valdés, Mabel Moraña. A Doris Sommer, por la complicidad y el afecto de habernos conocido en los mismos derroteros y seguir apostando sobre la eficiencia de sus premisas. A John Beverley, por sus sabias intuiciones y una amistad más allá de la solidaridad. A Ileana Rodríguez, por haberme enseñado con su infinito respeto y ternura a dejar intactas las huellas de una escritura. A Eduardo Lozano y Lilian Seddon por abrimme incansables de gozo las puertas de su casa y de la biblioteca. A Dinniah Chahin por

haberle dado una cuidadosa mirada rectificadora a la bibliografía. A Klaus Dieter Vervuert, por la entusiasta acogida de esta empresa.

A mi esposo, Fernando, quien viera como suya y con la mayor de las alegrías la luz de esta edición que él tanto animara.

Beatriz González-Stephan
Rice University
Houston, Texas
Mayo 2002

PRÓLOGO

Un libro reeditado no es exactamente igual a su original. Esto se debe no sólo a los cambios –menores o mayores– que introduce el autor, sino también, como señaló Borges en “Pierre Menard”, al cambio en su situación de producción y recepción. *La historiografía literaria del liberalismo hispanomamericano del siglo XIX* ha venido a ser un texto clásico de la crítica latinoamericana. En su edición original, publicada en 1987 en Cuba como Premio Casa de las Américas, formó parte de un conjunto de estudios producidos en la década de los ochenta que colectivamente operaron lo que en palabras del crítico colombiano Carlos Rincón llamó “un cambio en la noción de la literatura”.

Lo que define la coyuntura de la producción y recepción inicial de *La historiografía literaria* es la suposición de la idea de que una lucha de liberación nacional modelada por la Revolución Cubana (y la política cultural representada por Casa de las Américas en particular) y el proyecto de democratización de las bases de la cultura latinoamericana marchaban a la par. Lo que define ahora la coyuntura de la reedición del libro es precisamente una problematización radical de ese supuesto.

Paralelamente al desmoronamiento del socialismo real y de los proyectos revolucionarios en América Latina, han surgido nuevas formas de teoría “post-marxistas”: los estudios culturales y subalternos, la crítica postcolonial, la *desconstrucción*, las varias modalidades de crítica y teoría feminista, el multiculturalismo y los nuevos movimientos sociales, y, como una especie de *ethos* general, el tema del postmodernismo. Pero también aparece a la vez una especie de resistencia a esta “teoría” desde sectores de la intelec-

tualidad criolla progresista en América Latina, una resistencia fundada en parte en el deseo de defender y reactivar el presupuesto anterior.

Esta resistencia tiene su expresión quizás más elocuente (pero a la vez es también síntoma de cierta ansiedad o malestar intelectual) en el ensayo de Antonio Cornejo Polar, "Mestizaje e hibridez. Los riesgos de las metáforas", presentado *in absentia* en la reunión de LASA en Guadalajara, México 1997, en vísperas ya de su muerte. Cabe notar que Antonio Cornejo Polar formó parte del jurado de Casa de las Américas que premió *La historiografía literaria*. Pero es evidente también en un amplio abanico de figuras de la crítica latinoamericana —como Hugo Achugar, Nelly Richard, Beatriz Sarlo, Mabel Moraña, Erna von der Walde, Domingo Miliani y Roberto Schwartz, para nombrar sólo algunos de los más conocidos— donde quizás la resistencia al prestigio de la "teoría" sea aun más notable es precisamente entre los intelectuales menos conocidos fuera de ámbitos nacionales o regionales.

Si el impulso central de la coyuntura en que aparece inicialmente *La historiografía literaria* era cuestionar los límites de la "ciudad letrada" (recuérdese que el libro de Angel Rama que lleva ese título apareció en 1984), la nueva posición parece más bien un esfuerzo de reterritorializar el canon literario y el campo disciplinario de la crítica literaria latinoamericana, de redefinir y defender sus fronteras, marcando lo que debe ser su interior y exterior. El argumento central contra la "teoría" y las varias formas de "estudios" (subalternos, culturales, poscoloniales, de la mujer, etc.) es que representa esencialmente una problemática norteamericana (y/o británica-Commonwealth) sobre el multiculturalismo, las políticas de identidad, y la descolonización, que ha sido desplazada de una manera ahistórica hacia la América Latina, consecuentemente deformando sus particularidades históricas y culturales. Tanto el afán *deconstructivista* de la "teoría" como su ubicación en centros prestigiosos de la academia norteamericana funcionan para ocultar o denegar tácitamente la autoridad hermeneútica del intelectual latinoamericano, y del español o el portugués como idioma

del saber. Dejan a ese intelectual y a esos idiomas en el lugar de ser objetos de reflexión teórica, pero no de la producción teórica. El resultado —eje central del ensayo de Cornejo Polar— en el campo de la crítica literaria latinoamericana actual se traduce en un campo "diglósico", fracturado, entre una reflexión "sobre" la América Latina hecha principalmente en inglés y desde la academia norteamericana, y una reflexión "desde" la América Latina en español o portugués cada vez más marginal y precaria.

Se trata, en otras palabras, de una polarización (o de la percepción de tal polarización) entre un latinoamericanismo metropolitano y lo que Hugo Achugar llama "el pensamiento latinoamericano". Es importante señalar al respecto que el desplazamiento de la autoridad de la "ciudad letrada" criolla por la "teoría" viene acompañado por la reestructuración y/o privatización de la universidad latinoamericana y lo que cuenta en esa universidad como capital cultural, de una manera que deprestigia el saber literario y las humanidades en favor de la profesionalización técnico-administrativa. En este contexto sería posible entender la resistencia a la "teoría" representada por el ensayo de Cornejo Polar y posiciones afines, paradójicamente como una especie de teoría en sí (hago alusión al famoso dicho de Paul de Man de que "la teoría es la resistencia a la teoría"). Se trataría de algo que podríamos calificar como un *neo-ariélismo*, centrado en una reafirmación, en las actuales condiciones de globalización y de la hegemonía regional de Estados Unidos, de un valor "propio" latinoamericano ubicado en su literatura y pensamiento crítico-cultural. Este neo-ariélismo equivaldría ideológicamente a lo que Alberto Moreiras ha llamado "regionalismo crítico" ante la estructura homogeneizante del Imperio, para usar la metáfora sugerente del libro de Michael Hardt y Antonio Negri.

Sin embargo, esta postura "resistente" también corre el riesgo de ocultar o no pensar adecuadamente algunas de las contradicciones de exclusión e inclusión, subordinación y dominación que operan *dentro* de la nación latinoamericana, y lo que ha contando históricamente como su cultura nacional incluyendo en esa cultu-

ra, por supuesto, lo que viene a ser el tema central de este libro: la formación del canon de la literatura nacional y de su historia.

Llegamos de esta manera al siguiente *impasse*, que, de cierta manera, define la situación de la crítica latinoamericana actual. El prestigio de la "teoría" (y "estudios"), emanado sobre todo desde la academia norteamericana, contribuye a descentrar la autoridad de una tradición literaria y ensayista progresista latinoamericana previa ligada a la defensa de lo nacional y de "nuestra" América. Esto hace de la "teoría" objetivamente cómplice de la hegemonía neoliberal y de la reestructuración de la universidad latinoamericana. Pero la "teoría" nace de la militancia política (en su margen o límite epistemológico), y su intención es precisamente hacer una reflexión crítica sobre el proyecto de la izquierda, no para cancelarlo sino para dar paso hacia nuevas formas de poder de gestión, resistencia, y (quizás) de nuevas hegemonías.

La crítica literaria y cultural propiamente latinoamericana (escrita en español o portugués "desde" América Latina, fundada en la "memoria local" desplazada por la "teoría" resiente y resiste su prestigio en nombre de la reafirmación del proyecto de una izquierda nacionalista y la función del intelectual criollo como su portavoz. Pero esa reafirmación lleva el precio de reafirmar también —sin buscar exactamente esto— las exclusiones y jerarquías de valor y privilegio que limitaron o complicaron en primera instancia la posibilidad de la hegemonía de ese proyecto. En este sentido, la postura neo-arielista dificulta la posibilidad de cumplir con una de las tareas centrales —quizás la más central— del proyecto del pensamiento progresista en la América Latina: la democratización del imaginario cultural y político.

Es en relación con este *impasse*, creo, que interviene la nueva edición del libro de Beatriz González-Stephan. Primero, no se trata de una reflexión que puede ser fácilmente tachada de haber salido de "las entrañas del monstruo" (el texto, de hecho, fue elaborado inicialmente como una tesis doctoral en la Universidad de Pittsburgh). La trayectoria intelectual de su autora, primero como parte del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" en

Caracas en una época (1974-1984) en que era el núcleo más avanzado de la crítica literaria latinoamericana, y después como profesora de la Universidad Simón Bolívar de Venezuela y editora de la importante revista *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*, es suficientemente conocida para no tener que recordarla aquí. *La historiografía literaria* es un libro netamente criollo, pero, a la vez y en otras palabras, un libro que constituye una genealogía (en el sentido que tiene esa palabra en Foucault) de la institución de la "ciudad letrada" criolla. Se ubica en el centro mismo del campo de la literatura latinoamericana y de la formación de su canon, pero precisamente para relativizarlo, poner en tela de juicio ese centro. Es una crítica de la literatura y de su institucionalización historiográfica y pedagógica, pero una crítica hecha desde la literatura y desde esa institucionalización.

Parte de la resistencia latinoamericana a los estudios culturales en particular —pienso, por ejemplo, en la conocida postura de Beatriz Sarlo— se debe, por un lado, a la sospecha de que el abandono del campo de la literatura y del arte vanguardista en favor de la celebración de los productos de la cultura de masas esconde una especie de "neopopulismo de los medios" (la frase es de Sarlo) marcado por un sociologismo funcionalista ciego al valor estético, por un lado, y, por otro, por una especie de pasividad ante los efectos nocivos de la globalización y de la sociedad de consumo. No es éste el lugar apropiado para intervenir en este debate. Pero lo que se podría observar es que *La historiografía literaria* constituye un modelo de una forma de estudios culturales quizás más sintónica con las demandas y responsabilidades del campo académico de las humanidades en América Latina, campo que se encuentra no sólo escindido desde dentro, sino también atacado fuertemente desde afuera, y, por lo tanto, de una necesidad urgente de redefinirse ante los sectores populares y hacia el futuro.

En este sentido, podríamos, invertir el argumento latinoamericano contra el prestigio de la "teoría". En el caso de *La historiografía literaria* se trata no sólo de una articulación teórico-genealógica "desde" América Latina: esa articulación podría —debería— servir,

a su vez, como paradigma para repensar la historiografía literaria *norteamericana* (porque no existe en la crítica norteamericana un libro que hace exactamente lo que Beatriz González-Stephan emprende aquí). No se trata de suprimir las diferencias en lo que podría haber sido el equivalente de la "ciudad letrada" en la formación cultural de los Estados Unidos (diferencias que comienzan con la valorización del lenguaje vernacular en el culto religioso particular a la sectas protestantes). Pero lo que podría imaginarse es un proyecto *compartido* para dismantelar estamentos sociales y culturales heredados de un pasado común colonial y nacional-liberal en ambas Américas, en la dirección de sociedades más diversas, democráticas e igualitarias*.

En relación a la posibilidad de ese proyecto, el lugar de privilegio epistemológico de esta operación está quizás más con la crítica latinoamericana la cual no ha temido cuestionar –historizar– radicalmente su propia constitución y autoridad que con la academia norteamericana, todavía sumergida en las llamadas "guerras de cultura" (*culture wars*). Pero la crítica latinoamericana, a su vez, tendrá que asumir y ejercer ese privilegio en vez de renunciar a él. Para ese fin el libro de Beatriz González-Stephan sirve como modelo.

John Beverley

Pittsburgh, 16 de diciembre de 2000

DE SABERES E HISTORIAS

En cierta oportunidad, Mario Benedetti señalaba, como tarea cada vez más perentoria, la necesidad de rescatar nuestro sistema de valoraciones del marco de una situación de dependencia que las prácticas culturales dominantes habían perpetuado a lo largo de la historia latinoamericana:

Junto a nuestros poetas y narradores, debemos crear también nuestro propio enfoque crítico, nuestros propios modos de investigación, nuestra valoración con signo particular, salidos de nuestras condiciones, de nuestras necesidades [...]. No estoy proponiendo que, para nuestras valoraciones, prescindamos del juicio o el aporte europeo [...]. Pero tal aprendizaje, por importante que sea, no debe sustituir nuestra ruta de convicciones, nuestra propia escala de valores, nuestro sentido de orientación¹.

En este sentido, una óptica que con notable frecuencia se ha calificado en el campo de los estudios literarios de "eurocentrista" ha pensado los problemas pertinentes no sólo de la producción literaria sino también de su crítica e historia literarias a partir de las premisas y de los modelos establecidos en función de otras realidades: con preferencia las de la Europa occidental. Con ello, el saldo que ha dejado esta forma de ejercicio valorativo ha sido, en uno de los casos, la tergiversación de nuestras prácticas culturales, y, en el otro, más lamentable, el silenciamiento de ciertas especificidades, que diseñarían el carácter distintivo de los procesos lati-

* Una de las cosas que opera para *desconstruir* el binarismo anglo/latino es la creciente hispanización de los Estados Unidos, que dentro de muy pocos años llegará a ser el tercer país hispanoablante del mundo.

¹ Mario Benedetti, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, Latinoamericana de Ediciones, Buenos Aires, 1977, pp. 52-53.

noamericanos. Nos referimos a que en oportunidades reclamamos el vacío o la carencia que –injustificadamente por descuido– tenemos en áreas de la producción cultural.

Y en el caso que nos atañe, de la historia e historiografía literaria hispanoamericana, podemos observar el siguiente fenómeno: como se ha pensado y suscrito el desarrollo de nuestra historia de la literatura de acuerdo al proceso europeo, de un modo indefectible se han señalado las acostumbres imputaciones, tales como la carencia en nuestros estudios literarios de una tradición crítica y de una historia e historiografía literarias de larga trayectoria. En otras palabras, si asumimos la perspectiva del “otro”, evidentemente no vamos a encontrar los consagrados maestros de la moderna historia de la literatura en el continente americano: los Winckelmann, Herder, Schlegel, Gervinus, De Sanctis, Brunetière, Taine, Dilthey, Lanson, para sólo mencionar aquellos nombres que con frecuencia se oyen cuando se habla de historia de la literatura, y que la crítica institucionalizada de raíz eurocentrista ha canonizado.

Sin desmerecer lo que de hecho pudo haber de influencia de dichos historiadores sobre los hispanoamericanos de aquel tiempo, queda por restablecer lo que hubo de propio y pertinente al respecto en la tradición hispanoamericana. Es decir, el interés de los estudios literarios latinoamericanos –por lo menos hasta hace poco–, no se ha centrado en rescatar y elaborar la historia de la crítica; como tampoco una historia de la escritura de la literatura. No se cuenta hoy en día con suficientes trabajos que hayan sistematizado las reflexiones que nuestros intelectuales han hecho sobre el fenómeno literario². Por ello entendemos que en esta situación son

tareas mancomunadas tanto los nuevos alcances que se vayan haciendo dentro de los estudios histórico-literarios como la revisión de las tradicionales historias de la literatura latinoamericana. Ello llevaría de un modo indefectible al diseño de *nuestra historia de la historia literaria*, que, además de establecer un discurso indispensable para la necesaria superación de las limitaciones que embargan el terreno de las historias literarias, no deja de enriquecer también la historia de las ideas de la América Latina, campo no menos falto de atención.

Por ejemplo, es un lugar común cuando se habla de historiografía literaria y de sus orígenes señalar el siglo XIX como el siglo del nacimiento de la historia, y en concreto el de las historias literarias nacionales, que surgen tanto en Europa como en América Latina amparadas por el efervescente clima de la configuración de los nacionalismos políticos y estados nacionales. Esto trajo una nueva conciencia histórica (el historicismo) que removió todos los estratos del conocimiento humano, relativizando los conceptos del valor absoluto y universal que dominaron en la centuria anterior, acentuándose una comprensión de los fenómenos de acuerdo a la época, al medio y al momento histórico en que estaban insertos, tanto como un nuevo interés por formular leyes que permitiesen conocer las causas de la evolución y del progreso de todos los aspectos del quehacer social.

Así pues, se nos presenta el siglo XIX como el gran siglo del despertar de una conciencia histórica –hecho indiscutible–, y, por ende, de la historia literaria, sin percatarnos de una serie de cuestiones implícitas: una de ellas es que al establecer una relación concomitante entre el surgimiento de una conciencia histórica y su objetivación discursiva en las historias literarias se pasa por alto

² Hace algunos años se ha comenzado a escribir el modo cómo se han ido formando nuestra crítica e historia literarias. En cuanto a la crítica conocemos por el momento dos trabajos inéditos, sin contar con aquéllos que están fuera de nuestro alcance. Éstos: *Formación de la crítica literaria en Hispanoamérica* de Alberto Rodríguez (Mérida: Universidad de los Andes, Escuela de Letras, 1980) y *Alfonso Reyes y la teoría literaria en Hispanoamérica* de Mabel Moraña (Investigación realizada en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1979). En cuanto a posibles trabajos que

hayamos sistematizado el conjunto del proceso de la historia de la literatura hispanoamericana no estamos en conocimiento de ninguno, a excepción de los ya conocidos artículos de John Crow (“Historiografía de la literatura iberoamericana”, en *Revista Iberoamericana*, N.º 4, 1940, pp. 471-483) y el de José Antonio Portuondo (“Períodos y generaciones en la historiografía literaria hispanoamericana”, en *Cuadernos Americanos*, N.º 3, 1948, pp. 231-251).

que en el siglo XIX se dio una forma de conciencia y de conocimiento históricos –y también de conocimiento histórico literario–, que no tiene por qué desdecir de otros modos de aprehensión histórica de la realidad que bien se dieron con anterioridad. Es decir, que existieron –y de hecho así pasó en la América Latina durante la Colonia– otras formas discursivas que de alguna manera precedieron a las historias literarias del siglo XIX, cumpliendo en su tiempo funciones similares, a saber: la de recopilación y ordenación de vastos conjuntos de obras literarias en un intento de voluntad a ratos historicista, a ratos americanista por afirmar frente al Viejo Mundo las potencialidades del Nuevo Continente. Por consiguiente, esto nos lleva a ubicar los inicios del proceso de formación de nuestra escritura de la historia de la literatura en los siglos XVII y XVIII del período colonial.

Sin duda alguna no se trata de *historias literarias* propiamente dichas; pero la preocupación de letrados y eruditos en Hispanoamérica se concretó en discursos que suplieron en sus funciones a las historias literarias. Encontramos en muchas crónicas, en historias generales y naturales, en composiciones poéticas, en catálogos, parnasos, diccionarios y bibliotecas, los primeros esfuerzos por recabar un *corpus* de obras y darle cierta organicidad. Sin ir más lejos, en 1629 aparece el primer balance de la cultura americana realmente monumental de Antonio de León Pinelo, con el no menos extenso y prolijo encabezado de *Epítome de una Biblioteca Oriental y Occidental náutica y geográfica, etc., en que se contienen los escritores de las Indias Occidentales especialmente del Perú, Nueva España, La Florida, el Dorado, Tierra Firme, Paraguay y el Brasil, y viajes a ellas, y los autores de navegación y sus materiales y apéndices*; y en 1672 Nicolás Antonio da a conocer un trabajo similar con su *Bibliotheca hispana sive hispanorum*. Comparemos estos hechos con semejantes del contexto europeo: el primer intento histórico literario de la literatura se escribe en Francia por la orden de los benedictinos de Saint Maur alrededor de 1733, y sólo se trata de un catálogo de autores franceses; mientras que el *Epítome* y la *Bibliotheca*, además de ser obras anteriores, tienen el mérito de ser los primeros pro-

yectos de carácter continental. En este caso no podemos decir que la América Latina llegó tarde al banquete de los orígenes en esta rama de los estudios literarios, como también nos podría servir este ejemplo para manejar con cautela el carácter periférico y especular de su producción cultural.

Con estas referencias no queremos desvirtuar el hecho de que las así llamadas historias literarias no se escribieron sino hasta el siglo XIX; pero por lo menos dentro del ámbito hispanoamericano la especificidad que presentaron las condiciones en que se desarrollaron tanto la cultura dominante de origen hispano como las manifestaciones de una cultura subalterna y marginada, bien fuese de origen también hispano como mestiza, de carácter diglósica, en español o en lengua indígena, permiten suponer que generaron un campo de tensiones entre las elites cultas y privilegiadas que prontamente se abocaron a la defensa de lo que consideraron su patrimonio literario en las tierras del Nuevo Mundo. De allí que se vieron en la necesidad de recopilar y catalogar, materiales dándoles a veces la simple coherencia de un orden alfabético o por zonas geográficas, y otras, más complejas, por una disposición cronológica.

El que no existan historias de la literatura propiamente tales en una determinada etapa no autoriza a pensar que sea imposible la existencia de otras vías donde se haya registrado la memoria del pasado literario o los modos a través de los cuales se haya organizado la producción literaria. Estas otras formas *no fundan* una ciencia de la historia literaria pero son su *condición necesaria*³.

³ Para nuestro caso resulta de gran utilidad metodológica aprovechar la distinción que Pierre Vilar hace entre *el conocimiento de una materia* y *la materia de ese conocimiento*. Se entiende por *materia* aquello que es posible de ser conocido, lo que se estudia; y por *conocimiento* de la misma, los diferentes modos de producir un saber sobre ella. Así que tendremos diferentes concepciones de lo histórico de acuerdo con la aprehensión que se haga de la materia, y por lo tanto, diferentes modos de formalizar "históricamente" ese saber.

De acuerdo con esto, para muchos –entre ellos algunos eruditos– la materia de la historia es cualquier cosa pasada, y "saber historia" consiste en memorizar el mayor número de hechos dispares. Para otros, la materia histórica se limita al terreno de los hechos "destacados", conservados por la "tradición", controlados por los documentos

Así pues, por el momento, podemos ubicar el origen de la formación de la historia de la literatura hispanoamericana durante el período colonial como una respuesta de la naciente cultura criolla. Catálogos, bibliotecas, epítomes no sólo fueron una memoria que registró, sino que construyeron un discurso que, cónsono con la episteme de la época, cumplió con los requisitos indispensables que permiten justificar esta propuesta.

Estas obras fundacionales de una historia de la literatura de Hispanoamérica operaron sobre una implícita noción de lo literario y, por extensión, de conjuntos literarios, que los ha llevado al archivo, con una relativa conciencia histórica, de una producción escrita, que, para aquel entonces, entre otras razones, significó una contundente réplica a las posiciones que se ensañaban en detratar cualquier manifestación social y cultural del Nuevo Mundo.

En síntesis, cumplieron con la primigenia función práctica de ofrecer un saber sobre una materia dada, cubriendo las siguientes exigencias: primero, manejaron un concepto acotado de "literatura" que logró establecer un *corpus* relativamente homogéneo de obras escritas y autores, lo que, por otra parte, fundó y canonizó la tradición culta e ilustrada; y, segundo, hicieron el intento de ordenarlas de acuerdo a unas coordenadas que implicaron un doble esfuerzo: disponerlas en función de un espacio geográfico de grandes dimensiones (sobre todo en el siglo XVII) o espacios más redu-

oficiales y aureolados por el prestigio de los monumentos y de los textos, de las "artes y las letras"; y el conocimiento, ya más elaborado, resulta ser asaltado por una serie de prejuicios morales, sociales, políticos o religiosos. Finalmente, para otros, la materia de la historia es también el conjunto de hechos pasados, pero no sólo de los hechos "destacados", sino sobre todo del "resultado estadístico de los hechos anónimos", de los "hechos de masas", que son susceptibles de análisis científico. Aquí la historia-conocimiento se convierte en ciencia. Estos diferentes modos del saber histórico se presentan también en etapas; es decir, que el conocimiento histórico ha tenido fases que son necesariamente válidas antes de convertirse en una ciencia. Trasladar estas premisas —establecidas para los estudios históricos— al campo de nuestro interés, nos ha permitido reconsiderar con otra óptica estos antiguos catálogos, y poder habilitar una continuidad en la tradición del quehacer intelectual de la América Latina. Cfr. Pierre Vilar, *Iniciación del vocabulario del análisis histórico*, Edit. Grijalbo, Barcelona, 1980.

cidos, que ya fueron delineando lo que serían las futuras naciones (en particular en el siglo XVIII), y darles una clasificación racional (bien fuese histórica, geográfica, temática o alfabética).

Y en el siglo XIX, las historias literarias, como una de las prácticas discursivas del proyecto liberal, cumplieron una función decisiva en la construcción ideológica de una literatura nacional, que sirvió a los sectores dominantes para fijar y asegurar las representaciones necesarias de la urgente unidad política nacional. Así, la "literatura" tuvo —de acuerdo con la concepción liberal hegemónica— la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso social; y las historias literarias representaron el lenguaje institucionalizado de los intereses de estas clases que se atribuyeron la formación de los estados nacionales.

Podemos decir, por consiguiente, que el saber o el modo de conocimiento de la materia literaria resulta ser históricamente perfectible; y es por esto que nos ocuparemos de ello en el presente trabajo. Pero tal vez valga la pena señalar brevemente un deslinde de tipo metodológico que pudiera evitar algunas confusiones, sobre todo cuando se habla de *producción literaria*, *historia de la literatura* e *historiografía literaria*.

Habría que distinguir estos niveles que son específicamente diferentes en cuanto a su naturaleza discursiva, tareas y objetivos:

1. Uno de los niveles está constituido por el *corpus* empírico de la producción literaria. Si se quiere, de todo el imaginario social escrito y oral. Es el nivel más inmediato y el que configura la plataforma básica de trabajo de la disciplina. Es una realidad no sistematizada cuya determinación en tanto *corpus* ya depende de una operación teórica, la mayor parte de las veces ideologizada. Constituye una forma de práctica social y, como tal, es sustancialmente histórica.

Con evidencia, lo que se entienda por "literatura" variará en cada época de acuerdo al consenso colectivo y a lo pautado por los grupos letrados.

2. En el segundo nivel, se podrían ubicar aquellos discursos que, al tener por objeto el estudio y el conocimiento de la produc-

ción literaria, la organizan de acuerdo a un eje temporal, esto es, entendiéndola como proceso. Este nivel corresponde a *las historias de la literatura*, y representa un esfuerzo de abstracción y construcción de un modelo de interpretación crítica de la producción ficcional. Debe enfrentar cuestiones inherentes a su especificidad, tales como el modo de sistematizar el *corpus* y el tipo de periodización que implementará para el diseño del perfil histórico de una literatura. Tanto la sistematización como la configuración de los períodos literarios son el resultado de un *constructo* teórico que responde siempre a una perspectiva social e histórica determinadas, además de ajustarse al proyecto que los sectores dominantes necesitan elaborar de su pasado cultural.

En este plano se ubicarían los mencionados epítomes y catálogos de la Colonia en tanto antecedentes de las historias literarias nacionales del siglo XIX.

3. *La historiografía literaria*, aunque estrechamente vinculada a las cuestiones teóricas y metodológicas de la historia de la literatura, constituye un tipo de meta-discurso abocado al estudio crítico del conocimiento histórico-literario y de la calidad de ese conocimiento. *Historia e historiografía literarias* son términos fácilmente intercambiables; por ello no está de más subrayar que ella no opera directamente sobre la producción literaria y su evolución, sino sobre el modo cómo las historias de la literatura la han organizado de modo histórico: también la historia de la literatura tiene su historia. Le interesará observar las reflexiones que se han hecho sobre los problemas de la historia literaria, el modo como se han diseñado la periodización y sistematización literarias, y las concepciones ideológicas que controlan estas prácticas.

Conviene subrayar para evitar equívocos que la historiografía, si bien tiene un campo de trabajo y hace uso de un rigor metodológico, no constituye de por sí una disciplina. Forma parte de los estudios literarios (de la teoría y de la crítica) y puede recibir valiosos aportes de la filosofía de la historia. Dentro de un campo del saber, se halla en el cruce de varias formaciones discursivas: con la escritura de la historia, y con la reflexión crítica del hecho literario.

De este modo, la historiografía literaria podrá entregar un conocimiento sistemático del proceso de formación de nuestra historia de la literatura, que será también parte de la historia cultural de Hispanoamérica: con ello se estaría contribuyendo al desarrollo de nuestros estudios literarios.

Así pues, aunque la historia de la literatura propiamente dicha surgió como un tipo de formación discursiva específica, articulada con la consolidación de los estados nacionales en el siglo XIX, ya desde la Colonia empezaron a existir otras formas histórico-literarias que, como etapa formativa de aquella, le dieron a *la historia de la historia literaria* una tradición de continuidad de su proceso de constitución.

PARTE I

LA EMANCIPACIÓN Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS NACIONALES EN HISPANOAMÉRICA

Desde finales del siglo XVIII, cuando los criollos de Hispanoamérica advirtieron que su realidad marchaba al margen de los adelantos de la Europa no hispánica se dieron a la tarea de cimentar la conciencia de esa situación, a partir de la cual sería necesario, una vez independizados de España, crear una mentalidad apropiada para la consolidación de las nuevas naciones y deslindar los caracteres de una cultura "americana" en el contexto de una también nueva subordinación.

Tras la conciencia del atraso, surgió la necesidad de reestructurar el continente sobre nuevas bases acordes con la naciente vocación independentista. Surgió así mismo la necesidad de definir los nuevos países para insertarlos en el ámbito mundial del progreso de la época, representado en aquellos momentos por Inglaterra y Francia en el continente europeo, y por los Estados Unidos en la América del Norte.

Cuando en el siglo XIX se produjo la ruptura política con España, a la América Hispana –ahora "independiente"– le quedó como herencia el tutelaje mental que había sufrido durante el período de la Colonia. Esta situación fue entendida como una deficiencia; y luego algunos pensadores notaron que aquella limitación debía ser superada mediante la emancipación mental, que hallaría su concreción en una originalidad literaria capaz de constituir el marco conceptual que orientaría a los países hacia la deseada libertad y el progreso social.

Pero la independencia política sólo significaría una más franca consolidación de un orden económico y social, que, detentado por sectores básicamente tradicionales, propiciaría, por un lado, una rápida inserción de la América Latina en el mercado internacional,

usufructuando los beneficios de una modernización sin profundos alcances, y, por otro, el mantenimiento en el interior de los países de estructuras deudoras de la colonización.

Esta dicotomía, que habría de ser insalvable dentro del proyecto liberal y difícilmente articulada dentro del mismo horizonte ideológico, incentivó a lo largo de toda la centuria la reflexión alentada por una persistente emancipación intelectual. Así, los ensayos, los artículos, los estudios de carácter sociológico y las polémicas estuvieron sostenidos por una voluntad libertaria de interpretación americana, sin advertir, con suficiente agudeza que la modernización de las recientes naciones se hacía sobre una base aún feudal y esclavista que no permitía que salieran del marasmo.

En medio de la brecha que separaba las realidades económicas y sociales y los principios liberales, que de manera formal organizaron las instituciones políticas –el abismo entre la esencia y la apariencia–, se abrió paso el ensayo polémico que procuraba fundar mediante el poder de la palabra el carácter de unas naciones que se debatían entre un pasado, que debían o no asumir, y un presente, que implicaba europeizarse para progresar. Las consignas eran la desespañolización o la descolonización, el americanismo o el europeísmo. La delimitación de lo que sería una respuesta expedita marcaría el quehacer cultural: la definición de una originalidad literaria que por lo menos subsanara ideológicamente el peso de la tradición hispana y la tentación del cosmopolitismo.

Desde Andrés Bello hasta José Enrique Rodó se ventilarían una y otra vez las mismas cuestiones básicas: el problema de una literatura nacional, el grado de institucionalización de la lengua española, el estudio del pasado colonial, los orígenes de los procesos literarios nacionales, el diseño de las historias literarias, la adaptación de modelos europeos, los riesgos de la imitación acrítica, el procedimiento metodológico a seguir para el conocimiento de las realidades sociales americanas. Lo que se diera en llamar “americanismo literario” no era otra cosa que la lucha en el plano ideológico por lograr no sólo una emancipación intelectual, sino por hacer posible una cultura que le diera fisonomía a los estados

nacionales. Es lo que Rodó a fines de siglo sintetizará del siguiente modo:

La aspiración de comunicar al boceto apenas delineado de la literatura americana un aire peculiar y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la Independencia material y complementar a la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y la forma, es una de las energías que actuaron con insistentes entusiasmos, a partir del definitivo triunfo de aquella independencia y en medio de las primeras luchas por la organización, en el espíritu de los hombres que presidieron esa época inicial de nuestra cultura¹.

Pareciera predominar en el siglo XIX una tensión no cabalmente resuelta entre una serie de formaciones discursivas, que, enmarcadas dentro de un liberalismo a ratos radical, a ratos americanista, o bien moderado, tuvieron una orientación prospectiva; y, otras prácticas discursivas –más inclinadas hacia posiciones conservadoras– que tendieron a fijar respuestas culturales acabadas pero necesarias por la misma urgencia que demandara la construcción de los estados nacionales. *Grosso modo*, los ensayos que versaron sobre historiografía literaria estuvieron impregnados de un carácter voluntarista y prospectivo; y las historias literarias nacionales, en cambio, reforzaron en el plano ideológico el efecto de una unidad y consolidación cultural nacionales que los estados a duras penas habían podido lograr, y que era un requerimiento indispensable con el propósito de controlar un espacio territorial idóneo para la extracción de materias primas, sobre todo en la segunda mitad del siglo.

En este mismo sentido se dieron una cadena de paradojas que se pueden observar en los diversos niveles de la realidad: la ideología difusionista del Romanticismo liberal presentó un desfase entre las declaraciones nacionalistas y americanistas y los intere-

¹ José Enrique Rodó, “El americanismo literario”, en *Revista Nacional* (1895). Recogido en *Obras Completas*, Edit. Aguilar, Madrid, 1967, p. 737.

ses de los sectores de la oligarquía y burguesía librecambista a los que dieron expresión ideológica²; se propiciaron actitudes antiespañolistas en ciertas zonas de la cultura, pero se preservaron en el plano económico y social formas tradicionales de producción; la emergencia de un anticolonialismo cuando se trataba de la antigua metrópoli sin hacer extensiva esta conciencia cuando se abría las puertas al "progreso", al comercio, a las inversiones extranjeras y a la explotación de las nuevas metrópolis; la construcción de estados modernos amparados bajo el aparataje teórico del constitucionalismo democrático, que servía de mampara para la supervivencia de los sectores que representaron las tendencias conservadoras y, a veces, hasta las más reaccionarias; la república se implantó bajo la forma del despotismo ilustrado; se cubrió el atraso del campo y la miseria de las masas populares con la parafernalia de un progreso epidérmico concentrado en las ciudades; se desarrolló una política económica liberal hacia los mercados europeos y se mantuvieron gobiernos conservadores, que, bajo los lemas de orden, paz y progreso, permitieron el fortalecimiento y modernización de las elites tradicionales.

Con razón José Martí hacia 1881 observaba que los procesos de nuestras repúblicas no se habían consolidado aún, por lo menos no dentro de los lineamientos que diseñaron los próceres de la independencia:

² Hernán Vidal, en su libro *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis* (Edics. Hispamérica, Buenos Aires, 1976), señala que lo que el Romanticismo llamó *americanismo literario* fue un conjunto de temas y motivos literarios de índole nacionalista y americanista propuestos por los escritores como una utopía social, y que operaron como una transposición ideológica (o máscara ideológica) del librecambismo y del liberalismo político. El americanismo literario es una propuesta del Romanticismo liberal, y que en su visión futurista comprendía el presente de la América Latina en tanto "estado de degradación y barbarie que debía ceder ante un estado superior de redención y civilización [...] De allí la importancia de la imagen bíblica de la peregrinación hacia la Tierra Prometida de la civilización moderna, europeizante" (p. 32). En este sentido, la cultura romántica —concluye Vidal— equivale a difusionismo, que, bajo una serie de argumentaciones arquetipizadas como "civilización y barbarie", propició el desarrollo económico librecambista.

Estamos en tiempos de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra energética de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género. El apego hidalgo a lo pasado cierra el paso al anhelo apostólico de lo porvenir. Los patricios, y los neo-patricios, se oponen a que gocen de su derecho de unidad los libertos y los plebeyos³.

Las luchas entre liberales y conservadores no sólo desgarraban la vida política de los países, sino que las manifestaciones intelectuales también se debatían entre un pensamiento conservador y un pensamiento liberal que prefiguraba los intereses de los grupos dominantes.

De este modo, las estructuras del pasado y del presente se sobrepusieron sin conciliarse; sin embargo, de manera mutua se enmascararon, logrando un orden que en realidad terminó por asegurarles una sobrevivencia siempre amenazada. La misma hibridez económica y política que adquirió la estructura global de los nuevos estados nacionales la hizo endeble y vulnerable, dada la escasa coherencia y unidad interna de los diversos elementos que la integraron.

Por ello, en desmedro de la importancia que hayan podido cumplir al respecto otras producciones culturales, las historias literarias nacionales en particular, ejercieron una función sensiblemente estratégica, en cuanto a que ofrecieron una imagen ideológica adecuada —bien dentro de los modelos del pensamiento liberal o conservador— al efecto de unidad nacional buscado por las elites rectoras. En palabras de Carlos Real de Azúa:

En una nación nueva, por sobre ello, como lo éramos todas las latinoamericanas del siglo XIX, la historia cumple una función de coligante nacionalista que posee primerísima importancia: la justificación de esa entidad soberana, el subrayado de los empeños y heroísmos que la ayudaron a nacer no se ven casi nunca como propósitos reñidos con

³ *Obra literaria*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976, p. 404.

la objetividad, que el espíritu científico que una historia sería pretende⁴.

1. LIBERALISMO Y DEPENDENCIA

No cabe la menor duda que los países hispanoamericanos ofrecen variables en sus procesos históricos, que si bien introducen modificaciones interesantes dentro del cuadro general, no por ello impiden la posibilidad de establecer modelos globales de comprensión del conjunto continental. Las diferentes zonas y naciones se han enfrentado a las mismas condiciones económicas, sociales y políticas; lo que permite trazar con suficiente solvencia un sistema de homologías sobre la base de una comunidad de contradicciones sustanciales y situaciones semejantes. Un modelo teórico es siempre una generalización y, como tal, es una abstracción que permite una mayor comprensión de los fenómenos sociales y una perspectiva más orgánica de los mismos.

Interesará en lo fundamental no perder de vista el modo cómo se articularon durante el siglo XIX las formaciones económicas y sociales con las formaciones discursivas: el carácter dislocado entre ideología y práctica social. Lo que explicará contradicciones en el interior de los discursos culturales, especialmente, como veremos, en las historias literarias nacionales, y, sobre todo, la expresión en ellas de las tendencias ideológicas dominantes, que orientan y fijan un sistema de esquemas que funcionan en correspondencia con el carácter que tuvieron los procesos históricos.

A diferencia de lo que sucedió en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, donde el Estado nacional moderno se erigió sobre la base de una revolución burguesa, que tuvo la capacidad de crear la red de un mercado interno y el desarrollo de una industria nacional como factores decisivos para la integración de todas las

⁴ *Literatura. Siglo y medio de cultura uruguayo*, Universidad de la República, Montevideo, 1958, p. 119.

clases sociales bajo la égida de una burguesía fuerte, capaz de redefinir la orientación del capitalismo, las revoluciones de Independencia en la América Hispánica sólo lograron una transformación parcial de sus realidades, transformación que operó sobre el cambio de las formas políticas –un *aggiornamento* institucional– en que se expresaron las tradicionales estructuras sociales y económicas.

En este sentido, la Independencia no significó el triunfo de la burguesía, es decir, de las fuerzas históricamente más progresistas, sino que, pasado el momento de efervescencia bélica, fue la aristocracia terrateniente la que controló la organización del nuevo Estado. Esto determinó en mayor o menor grado la vía conservadora de constitución de las naciones hispanoamericanas.

Hispanoamérica en los momentos de su emancipación exhibía una estructura feudal-colonial en extremo rígida, que sólo de manera limitada permitía un desenvolvimiento independiente del elemento productivo capitalista-burgués. Además, las crisis cíclicas del mercado internacional –la política borbónica de liberación– condujeron a una decadencia de los centros de producción artesanal (México, Colombia, Río de la Plata), con el consecuente debilitamiento clasista burgués antifeudal.

Sin embargo, el comportamiento híbrido de los grupos de latifundistas, orientados hacia la exportación del mercado mundial capitalista y simultáneamente conservando las formas de producción precapitalistas, confrontaba esta burguesía embrionaria. Era de preverse que la competencia con una clase tanto económica, política como socialmente dominante, que bajo las condiciones de dependencia colonial obtenía apoyo del capitalismo desde fuera sin que reportara una transformación igualmente capitalista “al interior” de sus países, terminó por desarticular los grupos artesanales, que hubieran podido representar el elemento constitutivo de un desarrollo industrial independiente.

Para caracterizar la especificidad que asumieron las revoluciones en Hispanoamérica, encontramos una serie de factores que le imprimieron un perfil “oligárquico progresista”: la ausencia, como

diría José Carlos Mariátegui, de una "burguesía orgánica", realmente antifeudal, que hubiera podido transformar las formas y relaciones de producción; la debilidad de los movimientos populares, que, aunque anticoloniales y dentro de un radicalismo democrático - burgués (por ejemplo en Haití Toussaint L'Ouverture, en México Hidalgo y Morelos, en Uruguay Artigas, en Buenos Aires Moreno - Monteagudo), fueron cancelados, dada la falta de base de clase decisiva para movilizar en toda su amplitud el movimiento popular e integrarlo en los planteamientos históricos de la revolución. Por lo tanto, los elementos burgueses, al no asumir el papel hegemónico, permanecieron en una sumisión (si no teórica, sí práctico-política) ante la influencia de la fracción liberal de los terratenientes criollos. Estos luego revistieron un carácter bastante particular: sin abandonar las formas coloniales de tenencia y producción de la tierra, no sólo absorbieron los sectores de una burguesía comercial urbana, sino establecieron con posterioridad alianzas con los grupos extranjeros que representaban el capital financiero, transformándose en una especie de "burguesía feudal" con un rostro bifronte: por un lado, tenían la capacidad de articularse a través del capital comercial al mercado internacional y vincularse a nuevas formas de producción (o por lo menos de consumo), y, por el otro, preservaron el *statu quo* de oligarquía terrateniente, conservando formas de explotación precapitalista con el fin de acumular una riqueza no recapitalizada. Aunque en muchos casos esta clase aparecía como reformista, era en principio siempre contrarrevolucionaria.

La revolución puso en marcha el proceso de transición de Hispanoamérica del feudalismo colonial al capitalismo dependiente. Los elementos progresistas siempre quedaron neutralizados o debilitados —principalmente en la primera mitad del siglo—, pues una serie de instancias quedaron casi intactas, sirviendo de puntos de apoyo para la restauración del antiguo orden: la liberación de los esclavos no se abordó o se hizo bajo condiciones discriminatorias (el caso de los esclavos liberados que entraban en una sociedad nominalmente democrática pero no igualitaria); también la

situación social del campesinado indígena permaneció intacta (ejemplo de ello fue la derrota sufrida por Hidalgo y Morelos en México); no desapareció la gravitación del poder militar muchas veces presente a través del caudillismo local; a pesar de que la guerra había consumido las grandes fortunas de los hacendados, de la iglesia, de los conventos y comerciantes, dejó sin mella el principio de propiedad de sus antiguos dueños, abocándose estos hacia la reconstrucción de sus patrimonios en el período post-revolucionario; tanto la iglesia como los militares aliados con la oligarquía ampliaron el sistema de latifundios; el régimen de mayorazgos, suprimido momentáneamente por las constituciones liberales, se reactualizó en beneficio de las oligarquías terratenientes (como sucedió en Chile a partir del gobierno conservador de Diego Portales); en algunos casos se impuso como forma de gobierno extremo la monarquía (en México y Brasil), y, en la mayoría de los casos gobiernos conservadores (como Portales en Chile y García Moreno en Ecuador); el sufragio quedó reservado a los dueños de grandes propiedades de tierra.

No obstante todos estos factores retardatarios —que existían a contrapelo de las formas jurídicas republicanas en que se apoyaban los gobiernos—, toda la América Latina en la primera mitad del siglo entró a formar parte de la división internacional del trabajo; y lo hacía en esta primera etapa en calidad de principal compradora del excedente de mercancías producidas particularmente por Inglaterra. También así el continente entraba en una nueva fase del mismo proceso de dependencia, más sutil y compleja, que se iniciara con la revolución industrial en los también nuevos centros hegemónicos de Francia e Inglaterra.

La nueva relación de dependencia se cimentó sobre la base de la comunidad de intereses económicos de la burguesía industrial inglesa y de las burguesías comerciales hispanoamericanas. La revolución industrial, al readecuar el rendimiento del trabajo mediante la renovación tecnológica de maquinarias, produjo un mayor incremento de mercancías, que debían ser distribuidas de acuerdo a organizaciones de ventas más vastas. En la misma pro-

porción, la modernización de los transportes terrestre y marítimo coadyuvó a una distribución interna y externa a bajo costo, lo que dio a Inglaterra la posición más favorable en el mercado mundial.

En esta primera fase, la política comercial inglesa se abocó a la captura de mercados. Inglaterra actuaba más como vendedora que como compradora en las excolonias hispano-portuguesas. Y las reservas se manifestaron por ambas partes: los británicos se abstuvieron de hacer grandes inversiones por cuanto aún no podían cubrir las nuevas demandas, y sólo se interesaron en construir un mercado que les garantizará futuras rentabilidades; y los grupos oligárquicos, aunque tentados por los artículos suntuarios que les ofrecían los países industrializados, conservaban cierta precaución ante posibles nuevos colonialismos. Estos temores habrán de desaparecer en la segunda mitad de la centuria cuando los sectores dominantes se abrieron más plenamente y con mayor confianza hacia políticas económicas liberales más agresivas.

De todas formas, ya a mediados de siglo, la presencia de casas comerciales inglesas fue notoria (sobre todo en las ciudades portuarias de Valparaíso y Buenos Aires); la mercancía extranjera compitió de manera favorable contra la producción local, que fue progresivamente desplazada por la preferencia y consumo de artículos importados, con lo cual los países hispanoamericanos vivieron su primera crisis económica: la fuga de metálico y el creciente endeudamiento con la banca de Londres no sólo desestabilizó el nuevo orden, sino que dificultó la consolidación nacional, por cuanto, al no haber fortalecido y desarrollado la producción local, no se había podido crear una red de mercado nacional capaz de articular de forma orgánica las diversas zonas y eliminar el sistema de alcabalas, cónsono con una economía disgregada.

La estructura económica de los países hispanoamericanos para aquel entonces aparecía como detenida. Y es en este sentido que la situación de una nueva dependencia económica que vivió la América Latina, a través de una oligarquía que se vinculó al mercado internacional sólo como consumidora obstaculizó indirectamente la integración nacional. El nuevo orden librecambista no se logró

imponer; la iglesia mantuvo su poder económico y su influencia política, y el despotismo fue más notorio. Las deudas que contrajeron las naciones americanas prepararon la plataforma para las próximas inversiones extranjeras.

El período que se extiende desde 1825 hasta 1850 aproximadamente correspondió a la "etapa de predominio conservador": la hegemonía de los terratenientes conservadores, los antagonismos regionales, el desencuentro histórico de las tendencias revolucionarias, terminaron por bloquear la vía democrática del desarrollo nacional⁵.

En todo caso, la formación del Estado nacional en Hispanoamérica se implantó desde "arriba" (vía *junker*), y, sobre todo, en las primeras décadas asumió un carácter conservador, por cuanto que se dio en términos generales una estrecha alianza entre los intereses laicos y los dominios eclesiásticos de "manos muertas", que, al defender la gran propiedad feudal, impidieron el funcionamiento, o con más exactitud, la propia existencia del Estado nacional. De allí, como contrapartida, se siguió depositando en la iglesia⁶, en un

⁵ Para Omar Díaz de Arce:

La "vía conservadora" se impuso no tanto por la inercia de los elementos feudales —lo cual sólo explica el predominio de los terratenientes aliados al clero en la fase inicial de la formación de los estados nacionales (1830-1850)—, como por la dinámica que imprimía al proceso, en sentido amplio, la "función híbrida" de los latifundistas exportadores, quienes desde la época colonial vinculaban, junto con la burguesía comercial, las economías latinoamericanas al mercado mundial capitalista sin destruir "hacia dentro" las formas precapitalistas de producción.

Cfr. "Algunas consideraciones sobre los períodos de la historia latinoamericana", en *Cuadernos Americanos*, año XXX, N.º 3, 1971, pp. 71-94.

⁶ La iglesia fue siempre hasta fines del siglo XIX un elemento constitutivo fundamental de la vida pública hispanoamericana. Fue uno de los grandes poderes que operaban en todos los órdenes de la vida social, política y económica, además de ser rectora de la conciencia social y productora de cultura. Marcos Kaplan le otorga una importancia decisiva en esta etapa del siglo:

La primera posibilidad que se da es la alianza entre la Iglesia y las fuerzas de tendencias conservadoras que emergen durante y después de la emancipación. Para aquellas, el catoli-

ejecutivo fuerte y en el ejército el poder aglutinador de la precaria unidad política y económica del territorio, expuesto a la disgregación por la fuerza centrífuga de los intereses locales (de latifundistas y caudillos)⁷.

Desde 1830 el régimen "portaliano" chileno se convirtió en prototipo del llamado "nacionalismo conservador". Celoso guardián de los mayorazgos, la oligarquía terrateniente –tanto bajo su gobierno como bajo los de Prieto, Bulnes y Montt que le sucedieron– hizo alianzas con los sectores comerciales, permitiendo con más prontitud que en otros países la entrada de capitales ingleses para estimular una economía agrominera de exportación. Se instauró la supremacía de un ejecutivo fuerte que tuvo la capacidad de promover una política expansionista hacia Perú y Bolivia. La exaltación nacionalista que trajeron las campañas militares, ofreció una salida rápida y efectiva para la consolidación del Estado nacional chileno.

cismo colonial y la Iglesia representan una ideología coherente; una estructura institucional sólida y omnipotente; una tradición unificadora, jerarquizante y de orden, contra los peligros provenientes de fuerzas e instituciones no enraizadas en el pasado, disruptivas, amenazantes para el equilibrio social "natural". El alto clero se recluta en la oligarquía. Los grupos conservadores y sus gobiernos consolidan el poder y la influencia de la Iglesia (Diego Portales en Chile, Juan Manuel de Rosas en la Argentina, Gabriel García Moreno en Ecuador, Rafael Núñez en Colombia, Lucas Alamán en México).

Cfr. *Formación del Estado Nacional en América Latina*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1969, p. 107.

⁷ Georg Lukács señala al respecto que:

La diferencia más importante para nosotros, y muy llamativa en sí, consiste en que toda sociedad precapitalista presenta económicamente una unidad mucho menos coherente que la capitalista: en que en ella la independencia de las partes es mucho mayor, su interdependencia económica menor y más unilateral que en el capitalismo. Cuanto menor es la importancia del tráfico de mercancías para la vida de la sociedad entera, cuanto más casi autárquicas son las diversas partes de la sociedad en lo económico [...] o cuanto menos importante es su función en la vida propiamente económica de la sociedad, en el proceso de producción [...] tanto menor es la forma unitaria, la coherencia organizativa de la sociedad, del estado, y tanto menos realmente fundada en la vida real de la sociedad.

Cfr. *Historia y conciencia de clase*, Grijalbo, México, 1969, p. 45.

Se liquidó la oposición liberal; se silenciaron las funciones del parlamento; se ingreso con rapidez en la órbita del mercado mundial; se propició claramente una política económica librecambista y una presidencia con facultades omnímodas. En el caso chileno se dieron la mano un liberalismo económico hacia "afuera" y un conservadurismo político y económico hacia "adentro".

A pesar de que se debilitaron las fracciones más democráticas y se socavaron las bases de una burguesía nacional, este proceso se fue cumpliendo a lo largo de la primera mitad del siglo en una situación de tensas luchas. De hecho el panorama fue más complejo y abigarrado: así como aparecieron la presencia de intereses económicos extranjeros, unas veces aupados por una oligarquía terrateniente liberal, y otras veces rechazados por la iglesia y una oligarquía más conservadora, siguieron existiendo grupos de pequeños productores, artesanos y comerciantes celosos en mantener y satisfacer un mercado nacional y local con aptitudes agresivas frente a toda esta política librecambista. Sin lugar a dudas fue la oligarquía terrateniente políticamente conservadora la que controló la situación e impuso sus intereses.

De este modo, las nuevas naciones se sustentaron en poblaciones dispersas, de gran heterogeneidad, con elites dirigentes que negaban a las mayorías nacionales una participación real. Por otra parte, la desaparición de la autoridad metropolitana creó un vacío difícil de llenar para los aspirantes a sucederla. Las fuerzas centrífugas crearon y mantuvieron una fragmentación del territorio en pequeñas soberanías; la falta de un mercado nacional y una interdependencia socioeconómica genuina alimentaron el aislamiento.

Las divisiones administrativas legadas por la Colonia correspondieron en cierto modo a divisiones geográficas naturales, pero no expresaron necesidades imperiosas ni sentimientos nacionales vigorosos de los respectivos pueblos. Estas naciones no fueron el resultado de luchas nacionalistas porque no estaban respaldadas por los factores que conformaron de manera tradicional a la nación: lengua, religión, tradición, comunidad territorial y mercado común.

La misma idea de "nación" y de "Estado nacional" fue manejada ya desde fines del siglo XVIII por las elites criollas y por los grupos intelectuales familiarizados con la Ilustración y luego con el liberalismo europeo. Fue una noción que la burguesía europea desarrolló a plenitud durante la revolución industrial así como la creación de un mercado nacional capitalista, y que, sin embargo, las oligarquías hispanoamericanas incorporaron como un modo de expresión de sus anhelos de modernidad. Fue por lo mismo un concepto y una realidad extraña a las masas populares y sectores indígenas de aquel entonces.

Como se dijo anteriormente, el proceso se impuso desde "arriba" —hasta por decreto, como en el caso de Bolivia—, donde algunas personalidades y grupos dominantes delimitaron fronteras, construyeron "repúblicas teóricas" como dijera José Martí, y, ante la poca viabilidad de esta fantasía exacerbaron el nacionalismo a través de mecanismos que potencializaron el intervencionismo militar como la proliferación e inflación de una simbología nacionalista, para lo cual la literatura fue terreno abonable.

A las estructuras económicas y sociales esclavistas, semifeudales y precapitalistas al servicio de un mercado librecambista, se les dio una expresión político-institucional que correspondió a un tipo de Estado independiente, centralizado, republicano, basado en la soberanía popular, la democracia representativa, que otorgaba la libertad personal e igualdad de todos los ciudadanos. Las contradicciones entre las formaciones sociales y económicas y las formaciones ideológicas fueron sólo evidentes para las conciencias más críticas.

El modelo se importó dado el prestigio de los países modélicos del progreso y de la civilización moderna. Fue adoptado más como fórmula mágica que como forma propia. No fue la expresión real y orgánica de un proceso de fuerzas de tipo interno que tendían a un desarrollo capitalista. Predominaron los grupos y contenidos tradicionales. No existió una burguesía capitalista clásica. Las capas medias fueron débiles y dependientes. Las mayorías populares fueron sometidas a la explotación o marginadas en la pobreza.

El sistema político-institucional se impuso de un modo arbitrario y forzado sobre estructuras tradicionales. Más: en la segunda mitad del siglo, las elites buscaron combinar la implantación de una economía liberal (de librecambio) con la vigencia de la estabilidad, la seguridad, la legalidad formal, la integración nacional, la democracia representativa o el despotismo ilustrado, la eficacia de un Estado centralizado que no interfiriera en el juego irrestricto de las fuerzas económicas y sociales detentadas por estos grupos.

El principio de soberanía estatal conservó en gran medida un carácter de ficción: el poder real siguió en manos de minorías restringidas (grupos regionales, nacionales y extranjeros); el latifundio —aún hasta fines de siglo— se mantuvo como unidad socioeconómica autárquica que limitó, por consiguiente, la soberanía del Estado; la tendencia desnacionalizante, que provino de la relación de dependencia y del poder de injerencia de los intereses extranjeros, desvirtuó aún más los proyectos "nacionalistas" de las oligarquías.

Todos estos factores retardaron la integración nacional; y aunque ésta no se completó a lo largo de la centuria, los gobiernos establecieron una serie de medidas que hicieron efectiva la unidad nacional, inclusive a costa del exterminio de etnias que no se avenían al modelo de nación que se quiso implantar.

Se potencializaron, por un lado, géneros discursivos, entre ellos la novela regionalista, el cuadro de costumbres, el nativismo poético, la misma prensa, y también las historias literarias nacionales —que, por las vías del efecto ideológico y del poder conferido a la ficción— garantizaron un sentimiento de nacionalidad creado por los intelectuales de los sectores dominantes para contrarrestar, por el otro lado, el proceso de enajenación que se venía cumpliendo a raíz de la invasión de capitales ingleses y franceses, y todo el progresismo europeizante estimulado por las mismas clases dirigentes.

La segunda mitad del siglo verá una profundización de una serie de factores que ya estaban presentes en su forma germinal en el período post-independentista. Esta profundización traerá de hecho la alteración cualitativa de la correlación de las fuerzas

nacionales y mundiales, matizando el carácter conservador de los grupos dominantes.

El mismo avance y desarrollo del proceso de producción capitalista en las metrópolis ejerció en el último tercio del siglo una presión sobre los países hispanoamericanos, que forzó en parte a las oligarquías a readecuar sus políticas económicas hacia un libre-cambismo más abierto en aras del beneficio que reportaría la participación de ciertas expresiones materiales de la modernización, siempre suntuarias y epidérmicas.

En términos generales, entre 1850 y 1860 las fórmulas conservadoras llegaron a su agotamiento. El orden preservado por la oligarquía latifundista y la iglesia se resintió de las amenazas de los sectores urbanos liberales descontentos (entre ellos una nueva generación de intelectuales, una también nueva burguesía comercial, grupos financieros nacionales y extranjeros, e inclusive también terratenientes liberales), que lograron desestabilizar los intereses del antiguo patriciado. Entre la coyuntura local y la internacional, se operaron alianzas entre los sectores tradicionales y los nuevos grupos sociales. El sector conservador requería modernizarse para sobrevivir –con lo cual también se haría más fuerte–, y el sector liberal, para crecer, necesitaba plegarse a los que tenían en sus manos las fuentes principales de producción. Este acomodo de intereses trajo, por un lado, una moderación o “conservatización” de los liberales (principalmente notorios en el plano de las producciones culturales), y, por otro, una “liberación” del ala conservadora. Lo que algunos caracterizan como un “progresismo oligárquico”. Tulio Halperin Donghi describe así este el proceso:

Sólo queda explicitar los criterios –necesariamente discutibles– utilizados para establecer la separación entre la primera y la segunda etapa de afirmación del orden neocolonial: los elementos decisivos han sido dos: por una parte, una disminución en la resistencia que los avances de ese orden encuentran; por otra, la identificación con ese orden de los sectores económicos y socialmente dominantes; esta identificación, que trae consigo un parcial abandono de los aspectos

propia política del programa renovador de mediados de siglo, reorienta la ideología dominante del liberalismo al progresismo, y va acompañada a menudo –pero no siempre– de una simpatía renovada por las soluciones políticas autoritarias⁸.

El reciclamiento de la antigua oligarquía consistió en la adopción de una política económica liberal, ampliando su base social. En adelante el sector dominante –ahora en cierto modo oligarquía liberal– estará conformado por terratenientes, una burguesía exportadora-importadora, extranjeros, comerciantes, banqueros, un espectro social policromo, pero no menos minoritario en cuanto a la concentración del poder.

Los pactos liberales que asumió la oligarquía dieron algunos golpes mortales a los antiguos centros hegemónicos del poder conservador: una política anticlerical arremetió duramente contra los bienes de la iglesia, expropiando sus tierras y pasándolas a manos de nuevos terratenientes (fue el llamado “reformismo liberal”); también la vieja oligarquía anticomercial fue arrinconada, como controlados los gamonales, militares y caudillos regionales.

Para manejar esta nueva situación –que exigió una mayor concentración y unificación de las formas productivas en esfuerzos

⁸ Cfr. *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid, 1977, p. 235.

En este mismo sentido, y particularizando la situación general en el caso chileno, Bernardo Subercaseaux dice al respecto:

Cuando en 1858 los liberales se unen con los conservadores ultramontanos para fustigar al gobierno de Montt, se inicia en la historia de Chile un período de alianzas o de fusiones políticas que con algunas intermitencias se prolongará por el resto del siglo XIX. Desde entonces, señala un historiador chileno, conservadores y liberales son en esencia lo mismo, “expresiones casi paralelas y contemporáneas del mismo espíritu de fronda”. Tal alianza viene a ser una manifestación política de los vínculos entre la aristocracia terrateniente agroexportadora y sectores mineros y mercantilistas enriquecidos. Expresa también la aceptación del libre-cambismo liberal, y el dominio económico y social paulatino de lo que Edwards Vives llamó una aristocracia aburguesada: combinación de la vieja aristocracia de la tierra con la nueva aristocracia del dinero.

En *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*. Lastarria, ideología y literatura, Edit. Aconcagua, Santiago, 1979, p. 26.

mancomunados, se dieron de la mano un autoritarismo o "despotismo" en el plano político y un liberalismo en el plano económico. La paradoja de esta fase apuntó hacia una abrupta modernización de los espacios nacionales —sobre todo urbanos—, un incremento del circulante, un progreso material, pero bajo regímenes dictatoriales (Porfirio Díaz en México, Guzmán Blanco en Venezuela) que, a costa del "orden" y de la "paz" interna, acentuaron la dependencia del capitalismo internacional.

Y es que ahora Inglaterra, al tener, por una parte, una mayor disponibilidad de capitales y, por otra, una también mayor capacidad para absorber los productos latinoamericanos, hizo fuertes inversiones financieras, especialmente en el terreno de la minería, el guano, el salitre, la agricultura, la ganadería, para lo cual estableció una extensa red ferroviaria. Con esto el área de los transportes (terrestres y marítimos), la banca y los circuitos comerciales quedaron cubiertos por capitales extranjeros. Todo el interés económico se orientó hacia la creación de medios de comunicación rápidos y seguros (trenes, barcos a vapor) para facilitar el transporte de las materias primas hacia sus centros de procesamiento. De este modo, la América Latina pasó a convertirse, a partir de este período, en la principal proveedora de materias primas, tarea que se le asignó dentro de la división internacional del trabajo. A cambio, las elites vivieron el efecto ilusorio de haber entrado en la órbita del progreso y de la "civilización" occidental.

La contrapartida de esta "modernización" fue la revalorización de la tierra, la expansión de los cultivos —bajo la forma de la mono-producción—, la expropiación de las tierras de la iglesia y las que estaban en manos de los indios, con lo cual no sólo el estado se consolidó fijando sus territorios, sino que el latifundio también se arraigó⁹.

⁹ Marcos Kaplan resume este proceso señalando que la política del Estado en esta etapa define y fija las fronteras exteriores. Expande la ocupación y la explotación del espacio interior a través de la conquista militar y del estímulo a la instalación de nuevas redes de transporte y de comunicaciones. Promueve actividades agropecuarias y mineras que favorecen la integración internacional y las migraciones. Las grandes ciu-

Resultan concomitantes las formas de producción aún semifeudales (el trabajo forzado, la servidumbre, el inquilinaje), y su inserción en el capitalismo internacional; el atraso del trabajo del campo y las redes ferroviarias que lo atraviesan; el monocultivo por exigencias de otros mercados y la importación de los productos básicos de consumo; la aniquilación de una economía nacional de autoabastecimiento y la sobrevivencia en una situación de nueva dependencia económica.

La segunda mitad del siglo consolida el Estado nacional sobre los efectos de un progreso tecnológico en el área de los servicios y comunicaciones (redes ferroviarias, barcos, telégrafos, comercio, gas, crecimiento de las ciudades, ornato público), que extiende sus tentáculos sobre todo el territorio, lográndose un relativo control. La unidad nacional (por lo menos con la excepción del Paraguay) vino paradójicamente a consagrarse en una relación directamente proporcional al grado de compromiso que se había contraído con el capital extranjero, ahora también compartido con la nueva y pujante presencia de los Estados Unidos en el continente.

Los sectores dominantes (principalmente en la Argentina), persuadidos por el alcance de la teoría difusionista, sólo creían factible el completo progreso de sus países si lograban europeizar el componente único de la nación. Así, la afluencia masiva de inmigrantes sustituyó la mano de obra nativa, que fue en algunos casos execrada de manera lamentable.

Progreso, modernización, europeización, funcionaron como discursos y prácticas sociales simultáneas y paralelas a un proceso de desnacionalización, dependencia, profundización del latifun-

dades crecen por su intermediación entre el interior y el mercado mundial, por la expansión comercial, la concentración de las inversiones, los inmigrantes provenientes de Europa. La acción del Estado viabiliza el desarrollo económico dependiente, la expansión de la producción exportable, el flujo de inversiones extranjeras, el consiguiente ingreso de divisas, y con ello la posibilidad de seguir aumentando la capacidad de contraer empréstitos, de atraer capitales externos y de importar bienes industriales. El aumento del circulante permite construir obras públicas, servicios que proporcionan economías paralelas a las tradicionales y que permiten incrementar las exportaciones. *Op. cit.*

dio y soluciones dictatoriales: marco en el cual se cumplió el proyecto liberal de la América Latina, que tímidamente se perfilaba en su etapa post-independentista ampliándose hasta 1914, cuando la correlación de fuerzas hegemónicas inclinó su balanza hacia la América del Norte, que reemplazó en el siglo xx a los tradicionales centros de expansión capitalista.

A pesar de que en esta etapa la oligarquía logró adecuar en términos generales el Estado con el espacio nacional, las naciones hispanoamericanas siguieron siendo el producto artificial de las aspiraciones políticas de dominio de dicha clase. En este sentido, no fue más que un efecto ideológico que presentó una serie de discrepancias merecedoras de ser subrayadas: la imagen de "nación" propiciada por las elites combinó, por un lado, todos los requisitos necesarios para justificar la existencia del moderno Estado burgués sobre la base de la concepción hegeliana. Esto es, la unidimensionalización y homogeneización de todos los factores perturbadores de la unidad nacional (unidad de lengua, de raza, de religión, de cultura, de historia, de territorio), que tuvieron que ser elaborados a partir de una estilización y mutilación de las realidades empíricas. Esta construcción imaginaria operó en disonancia con el carácter híbrido y heterogéneo de las sociedades hispanoamericanas. Y, por otra parte, al estar las clases urbanas más interesadas en la integración del respectivo país al sistema internacional, orientando sus gustos hacia los centros del poder mundial, tendieron a divorciarse de la problemática del interior. Esto significó que el cosmopolitismo atenuó y destruyó la ideosincrasia de una conciencia nacional, teniendo ésta que ser fabricada a partir de un conjunto de mitos e idealizaciones que traspusieron los contenidos de una supuesta nacionalidad ficticia.

La enajenación debía ser salvada: la violenta internacionalización, la imitación de modelos extranjeros, con la consiguiente europeización o norteamericanización de los gustos, la dependencia económica, fuerza las estructuras discursivas a construir un reemplazo (*ersatz*) ideológico que enmascaró esta situación: la exaltación del progreso, pero también la mitificación de las zonas

rurales ("barbarie", por un lado, pero espacio de la originalidad y esencia nacionales, por otra), cuando en realidad se afirmaba el menosprecio hacia las formas de vida y de culturas populares.

Obviamente no todos los sectores ilustrados se fanatizaron con el progreso y la modernización. La oligarquía rural más conservadora contrapuso una valoración edulcorada hacia las formas rurales e idolatró la tierra como forma de riqueza sustentable como oposición a la industrialización y al comercio.

Todo ello desembocó en la emergencia de una conciencia nacional híbrida, carente de solidez, coherencia, y contradictoriamente de verdadero sentido nacional.

De toda la cultura del capitalismo liberal —que no dejó de ser heterogénea— se seleccionaron una serie de elementos, que, combinados, dieron lugar a una democracia aristocratizante y autoritaria y un liberalismo económico extremo. La democracia fue concebida como el gobierno de los mejores. La participación de las masas populares fue vista como anarquía, por lo que fue eliminada. El prejuicio clasista se combinó con el racial. Se proclamó la superioridad de la sangre hispana y sajona, y de la piel blanca sobre los grupos criollos, indígenas y negros condenados biológicamente. La explotación de estos grupos por las elites resultó así justificada y deseada. La inmigración de población europea se concibió como una operación regenerativa del proyecto nacional.

A pesar de la hegemonía que logró imponer la oligarquía liberal en la segunda mitad de la centuria, los conflictos socioeconómicos se agravaron entre: los intereses regionales y clasistas; la capital y el interior; librecambistas y proteccionistas; comerciantes y artesanos; propietarios y asalariados. Estos conflictos se expresaron en términos político-ideológicos como antagonismos que opusieron a: transformadores radicales y reformistas graduales; conservadores y liberales; republicanos y monárquicos, aristocratizantes y demócratas; católicos y librepensadores; unitarios y federales; nacionalistas y cosmopolitas¹⁰.

¹⁰ Cfr. Marcos Kaplan, *op. cit.*, pp. 182-201.

El Estado nacional oligárquico logró una relativa estabilidad a fines de siglo, pero dentro de un recuadro de tensiones difícilmente conciliables. Y como lo reconociera José Carlos Mariátegui en los años de 1920, las elites criollas a partir de la Independencia tuvieron la oportunidad histórica de realizar la revolución burguesa de nuestros países: "Y el hecho es que durante un siglo de república, la gran propiedad agraria se ha reforzado y engrandecido a despecho del liberalismo teórico de nuestra Constitución de las necesidades prácticas del desarrollo de nuestra economía capitalista"¹¹.

El nuevo período de desarrollo capitalista recrudeció las contradicciones existentes tanto a nivel mundial como a nivel nacional. El surgimiento paulatino de sectores más contestarios (radicales, socialistas y anarquistas entre los intelectuales y la clase trabajadora urbana) desde la década del ochenta trajo como contrapartida el declive de los principios de la democracia burguesa con el consabido retorno a posiciones más reaccionarias en lo político y un despliegue sin reservas hacia el librecambismo. El Estado se consolidó por la acción de fuerzas que lograron combinar aristas conservadoras y liberales. Y estos rasgos caracterizaron en términos generales el período capitalista monopolista del siglo XIX.

2. EL PENSAMIENTO CONSERVADOR Y EL PENSAMIENTO LIBERAL

Podríamos señalar a grandes rasgos que el siglo XIX se debatió entre aquellas fuerzas que, una vez alcanzada la independencia de España, pugnaron por establecer un orden que preparó el establecimiento de instituciones liberal-democráticas y las fuerzas que tendieron a conservar un orden que permitía la estabilidad del viejo sistema puesto ahora al servicio de las nuevas naciones. Cada uno de los países se vio dividido entre aquellos que lo querían convertir en un país moderno y los que se empeñaban en un gobierno

¹¹ Cfr. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en *Obras Completas*, Edit. Amauta, vol. 2, Lima, 1977, p. 31.

que era prolongación de las instituciones coloniales. Pugnas que se desataron entre los viejos y nuevos sectores sociales dominantes: unos defensores de dictaduras para restaurar el viejo orden, y otros para respaldar dictaduras liberales. En el fondo, la lucha no se jugó tanto por la implantación o no de la libertad irrestricta, sino por el tipo inmediato de orden que sería menester establecer con el fin de garantizar los intereses en juego de ambos grupos.

Estas tendencias, retrógradas unas –porque querían mantener un orden sin España– y modernizadoras otras –porque soñaban con hacer de sus pueblos naciones semejantes a Inglaterra, Francia o Estados Unidos–, se expresaron en el terreno de las contiendas políticas de diversas maneras, como liberales y conservadores, unitarios y federales, pipiolos y pelucones, legitimistas y republicanos. Pero las etiquetas partidistas, en muchas ocasiones, no eran más que rotulaciones accidentales que los contendores adoptaban momentáneamente llevados por las circunstancias. Además, las mismas nomenclaturas cambiaban de sentido de un país a otro, y de un momento a otro. Es decir, los que se llamaban liberales en Venezuela defendían principios políticos y económicos que no se ajustaban, por un lado, al liberalismo clásico, y, por otro, a los también así llamados partidos liberales chileno, colombiano o argentino. Y otro tanto sucedía con los conservadores. Más aún: en casos dados un partido conservador mantenía en el terreno económico una política liberal.

Sin ir más lejos, el venezolano Santos Michelena retornaba a su patria tras haber pasado varios años de estudio en Inglaterra; pero para divulgar su pensamiento, inscrito dentro de un liberalismo radical, tuvo que etiquetarse como conservador. Fermín Toro, uno de los primeros socialistas utópicos en sus escritos –después de la diáspora que produjo el pensamiento de Simón Rodríguez–, también tuvo que pasar por conservador.

El partido conservador en Venezuela, por ejemplo, profesaba un ideario liberal cuando se trataba de controlar los bienes del clero, el fomento de la inmigración, la creación del primer Banco Nacional y el incremento del crédito público; y conservador en

todo lo demás: exclusivismo, criterio de impunidad, postergación de la abolición de la esclavitud, la reticencia para instaurar el sufragio público. En Chile, el presidente Balmaceda, al sostener una política de proteccionismo nacional –que favorecía el desarrollo de la industria, la educación, las condiciones de trabajo, frenaba el capital extranjero–, fue considerado como “déspota” por parte del Parlamento, que, constituido por la oligarquía señorial, veía agredidos sus intereses librecambistas con el monopolio inglés. En 1891 Balmaceda acabó suicidándose presionado por esta oligarquía “conservadora”¹².

La realidad en Hispanoamérica muestra un espectro un tanto abigarrado y confuso cuando nos atenemos a las situaciones concretas en que se movieron “liberales” y “conservadores”. Tampoco podemos leer o decodificar de manera literal las denominaciones partidistas, pues sus etiquetas no siempre coincidían con sus prácticas históricas.

Por lo tanto, para establecer los axiomas básicos del pensamiento conservador y del pensamiento liberal del siglo XIX resulta arriesgado partir de los fenómenos, es decir, del modo como los grupos políticos se habían manifestado bajo tales denominaciones dadas sus incongruencias con los modelos clásicos. La percepción empírica podría llevar a una lectura equivocada de los hechos.

¹² Para poner un ejemplo anecdótico en relación con las rotulaciones de los partidos políticos, Antonio Leocadio Guzmán tuvo el desparpajo de pronunciar una declaración burlesca que se haría célebre:

No sé de dónde han sacado que el pueblo venezolano le tenga amor a la Federación, cuando no se sabe ni lo que esta palabra significa; esta idea salió de mí y de otros que nos dijimos: supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la Convención de Valencia no quiso bautizar la Constitución con el nombre de Federal, invoquemos nosotros esa idea, porque si los contrarios hubieran dicho Federación nosotros hubiéramos dicho Centralismo.

A ratos pareciera existir un uso casi deportivo de todas estas designaciones. Lo que trae en el fondo es una indiferenciación política entre liberales y conservadores, federales y centralistas.

Cfr. Domingo Miliano, *Tríptico venezolano*, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas, 1985, p. 184.

Con certeza la elaboración de un modelo teórico que dé cuenta de la realidad, debe fundamentarse en los fenómenos concretos. Pero aquí de lo que se trata es de aliviar el campo fenoménico de una serie de nomenclaturas, que, usadas accidental e indiscriminadamente, desvirtúan y traban la comprensión de la estructura básica de las formaciones ideológicas, que vendrían a ser el sustrato medular o principios axiales que controlan tanto las prácticas sociales como las prácticas discursivas, sin dependencia de la etiqueta que lleven.

Para diseñar la estructura ideológica del modelo teórico, metodológicamente hay que distanciarse de la casuística de los hechos. La necesaria abstracción que implica la operación permite establecer los principios fundamentales de cada estructura ideológica, facilitando luego la comprensión de las variables que ofrece la realidad. De este modo, hablar de “los conservadores” o de “los liberales” es moverse en un terreno bastante movedizo, pues nos remite a las manifestaciones fenoménicas y (partidistas) de la realidad, las cuales presentaron una factura confusa poco clarificante.

Por lo tanto, resulta conveniente distinguir un credo liberal y otro conservador cuando se está en el terreno de los proyectos económicos, políticos o ideológicos en el siglo XIX. En la práctica tales niveles se hallaron imbricados. Como nos interesará delimitar más bien los valores o estructuras axiales de cada formación ideológica preferimos hablar de *pensamiento conservador* y *pensamiento liberal*.

Es importante señalar que el modelo teórico no reproduce los casos particulares, pero sirve de herramienta para explicarlos. A su vez, el plano fenoménico tampoco reproduce las formas puras del modelo teórico. Hay una cantidad de variables que están condicionadas por el mismo proceso de contaminación que van sufriendo ambas posturas en el transcurso de la centuria, readecuando sus postulados en función de las impugnaciones del contenedor del momento, modificando sus premisas para adaptarlas a las nuevas circunstancias históricas que iban surgiendo.

Además, la viabilidad que tiene el modelo teórico permite trabajar con el sistema básico de las formaciones ideológicas –en este

caso de los sectores dominantes—, que subyacen y organizan la producción cultural también dominante. Esta plataforma constituye el marco de valores en el cual se darán todas las definiciones acerca de la literatura nacional, su originalidad, sus períodos históricos, la asimilación del pasado colonial, las culturas indígenas, los orígenes del proceso histórico-literario, es decir, todos los debates pertinentes a la construcción de la cultura nacional. Sin excluir que dentro de este ámbito se producen las prácticas discursivas ilustradas y también las manifestaciones que reflexionan sobre ellas: nos referimos a las historias literarias y también a la crítica. Habría que acotar que en cada práctica discursiva (sea el discurso histórico-literario, la narrativa, el drama, la lírica, el ensayo, la prensa), la estructura del pensamiento liberal o conservador adquiere una forma específica, y formaliza sus principios básicos de acuerdo a la particularidad del género. Así, por ejemplo, en la novela una serie de axiomas del liberalismo o del conservadurismo se verán transfigurados en el código simbólico propio de los discursos productores de efectos de ficción.

Las formaciones ideológicas del siglo XIX no se redujeron tan sólo al pensamiento liberal y al conservador, pero representaron las mentalidades dominantes correspondientes a los sectores hegemónicos, y de alguna forma constituyeron el marco general en el cual se debatieron las cuestiones de la cultura escrita. Sin embargo, conviene resaltar, por una parte, la gama de matices que asumió la producción oficial, y por otra, la existencia de un pensamiento socialista utópico también ilustrado —abanderado por intelectuales de la pequeña burguesía— y las modalidades ideológicas de las culturas populares enraizadas en tradiciones muy antiguas¹³.

¹³ El historiador E. Bradford Burns escapa a la habitual simplificación con que se suelen abordar los problemas del siglo XIX. En un intento excepcionalmente lúcido por restablecer la densidad y coexistencia heterogénea del sistema cultural en el siglo XIX, resume así la matriz conflictiva del mismo:

[...] cuando menos tres grupos interactuaban alrededor de las cuestiones de la modernización. Una parte de las elites y la mayoría de la clase media deseaban remodelar América

Como apreciara José Luis Romero, “nada parecía más difícil, cuando se analiza el pensamiento político latinoamericano del siglo XIX, que distinguir un conservador liberal de un liberal conservador”¹⁴.

Y esta situación se agudiza particularmente cuando se trata de fijar los contenidos del pensamiento conservador, por cuanto no aparecen explicitados con suficiente especificidad en los textos. La doctrina conservadora no tuvo una exposición coherente, pues fueron pocos los hombres que se declararon conservadores. Fue un pensamiento impreciso, lleno de fisuras, y más bien apareció como oculto detrás de una acción nítidamente conservadora. Al readecuarse a las circunstancias para mantener en cada caso lo que le convenía, siempre se presentó en forma solapada, hasta dentro de contextos que parecían liberales. De allí que pueda ser caracterizado por su pragmatismo más que por su afán teórico.

Y es que habría que comprender que el pensamiento denominado “conservador” constituía el sistema de valores no sólo dominante, sino el que se consideraba como el más genuino, dada la legitimidad que le confería el peso de la tradición. Era en cierto

Latina a la imagen de la Europa del norte. Los patriarcas, la Iglesia católica romana y algunos intelectuales cuestionaban la modernización rápida y poco selectiva y volteaban más al pasado iberoamericano en busca de orientación. Por último, la gente común recurría mucho a su rica y autóctona cultura propia —con la que simpatizaban ciertos intelectuales—, la que a su modo de ver proporcionaba un estilo de vida satisfactorio que no quería abandonar. Las posiciones adoptadas hacia la modernización no seguían estrictamente directivas de clase [...] Las elites hablaban constantemente de “progreso” [...] Las elites creían que “progresar” significaba volver a crear sus naciones apegándose tanto como fuera posible a los modelos europeo y norteamericano [...] Las masas repudiaban con frecuencia los valores que se les imponían [...]. Una función que cumple la cultura popular ante las culturas “oficiales” es la protesta, sea consciente o no. Los valores populares revelan fácilmente las limitaciones de la universalidad de los valores “oficiales”.

Cfr. *La pobreza del progreso. América Latina en el siglo XIX*, Siglo XXI Editores, México, 1990, pp. 27, 19 y 22. Primera edición 1980.

¹⁴ Dentro de la escasez de trabajos que se han orientado al estudio sistemático de las ideologías del siglo XIX, se puede contar con el valioso aporte del libro de José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, UNAM, México, 1981. En especial los capítulos “El pensamiento conservador en el siglo XIX” (pp. 115-146) y “El liberalismo latinoamericano” (pp. 147-162).

modo un valor auténtico, lo que no se discute, lo supuesto, y, por ende, no requería de explicitaciones, tenidas por innecesarias. Al no tener que justificarse, no necesitaba organizar sus contenidos en un cuerpo doctrinario coherente. Pero cuando empezó a resentirse de los embates del liberalismo apareció lleno de caracteres imprecisos y contradictorios.

Cuando se estudia el pensamiento del siglo XIX hay una tendencia generalizada a jerarquizar los elementos disruptores de la tradición, sin advertir que sólo se registran los factores del cambio, aquello que es novedoso, en detrimento de la tradición que permanece. En definitiva, la atención se concentra en los contenidos del liberalismo, y, sobre todo, en lo que se dio en llamar las teorías y manifestaciones del “progreso” social.

Pero todos los factores del cambio o también de la “modernización” tuvieron que enfrentarse –y no sin dificultad– con los elementos que representaban el *statu quo*, el orden y los valores establecidos desde la Colonia, y que la revolución apenas pudo remover. Desde otro ángulo, fueron los sectores más indisolublemente ligados a las estructuras y mentalidades tradicionales (la vieja oligarquía terrateniente, patriarcas feudales, y la iglesia) los que al verse amenazados se erigieron en los defensores de ese orden, “con la convicción profunda de ser herederos históricos y mandatarios de quienes establecieron aquellos fundamentos al instituir las estructuras originarias de la sociedad”¹⁵.

Los detentadores del conservadurismo consideraban que la realidad económica, política y cultural era algo dado y establecido en un pasado remoto por obra divina o por un pacto social depositado en las manos de los elegidos, los ciudadanos únicos con plenos derechos, para que preservaran inmutable ese orden. Subyacía una concepción sacralizada de las relaciones sociales, pero vivida en términos secularizados ya en el siglo XIX.

Correspondió a los grupos más arraigados dentro de la sociedad perpetuar una concepción señorial de la vida acuñada en la

¹⁵ José Luis Romero, *ibid.*, p. 116.

Colonia, inseparable de la tradición de la posesión de la tierra, con una organización paternalista del trabajo, con la posesión de viejos privilegios de casta, mantener el modelo mercantilista-nacional, en oposición al sistema de monocultivos para la exportación; y por su concepción autoritaria de la vida política, heredada del virreinato y sostenida por la monarquía española, apoyar el poder fuerte centralizado en detrimento de los regímenes constitucionales. El tema del orden frente a la anarquía fue el más importante entre los que desarrolló el pensamiento conservador durante las cuatro décadas que siguieron a la Emancipación.

Una vez admitidos los cambios que había traído la Independencia, cerraron el paso al ascenso de otras clases, corrigiendo, como diría José Luis Romero, los “excesos de la libertad”. El conservadurismo embistió contra las teorías de la Revolución Francesa, contra el igualitarismo, prohibió el pensamiento de Jeremías Bentham, Voltaire, Rousseau y Comte. El principio liberal fue considerado como una degradación del orden divino; y la democracia la instauración del desorden. Puso resistencia a que los países se organizaran institucionalmente a través del establecimiento de constituciones como fundamento de la nación. En todo caso, lograban aceptar un Parlamento aristocrático, controlado por un ejecutivo fuerte (en algunos casos optando por el poder monárquico –México y Brasil– o a través del poder militar), con el apoyo de la iglesia y del ejército.

Se puede decir que el pensamiento conservador fue la transposición y expresión ideológica de los intereses de la aristocracia feudal-esclavista y del clero. Y en este sentido, al haber mantenido una serie de mecanismos (el cobro de diezmos, los mayorazgos, las alcabalas regionales) constituyeron las principales fuerzas que obstaculizaron la cohesión y, por ende, la formación del Estado nacional moderno. El poder conservador –independientemente de las variables– fue antinacional, pues retardó el surgimiento de una burguesía nacional, y posteriormente se alió al capital extranjero.

Mantuvo también una lealtad hacia los valores hispánicos, pero dentro de un hispanismo que exaltaba la grandeza de España en

sus conquistas, descubrimientos y dominación de pueblos "semi-bárbaros". El culto a los valores de la realeza española lo llevó a privilegiar los tiempos del virreinato, a tener una perspectiva y gustos señoriales, adherirse a la acción civilizadora de la iglesia católica en el Nuevo Mundo, jerarquizar los productos culturales de los hombres de letras de formación religiosa. Y frente al imperativo de los nuevos valores que traía la modernización (ferrocarriles, telégrafos, trabajo asalariado, etc.) exaltó con una visión arcádica las formas rurales dentro de una concepción patriarcal de la organización de la tierra. A despecho de parecer contradictorio, se erigió en defensor de los indígenas y de las culturas populares, dentro de la misma actitud de los antiguos misioneros españoles.

En el terreno de las formaciones ideológicas se dieron combinaciones aparentemente excluyentes: veremos cómo dentro de la matriz del pensamiento conservador hallan conciliación una imagen mitificada e idílica de los pueblos prehispánicos, el culto de los valores éticos de la iglesia católica y la necesidad de una estructura social señorial que custodiase ese sistema. Paradojalmente dentro del conservadurismo también se dio un cierto americanismo de cariz reaccionario.

Sería simplificar los axiomas del pensamiento conservador si no considerásemos que éste se hizo más complejo en virtud de las modificaciones que se iban dando en la correlación de fuerzas sociales y económicas a partir de la segunda mitad del siglo. El liberalismo parecía ideología victoriosa en todo el mundo occidental, y en Hispanoamérica, por lo menos, se presentaba como un proyecto inaplazable. Por consiguiente, el pensamiento conservador —y aquí coincidieron ultramontanos y conservadores liberales— debió remozarse, logrando una compatibilidad entre la defensa de su concepción de la sociedad (la preservación del latifundismo, el poder político centralizado, la jerarquía y los privilegios sociales) con la aceptación de aspectos técnicos de la civilización moderna que con frecuencia condenaba. Apoyó la construcción de obras públicas, ferrocarriles, puertos, obras sanitarias, caminos, teléfonos, alumbrado público, y hasta vieron con buenos

ojos la satelización de sus países dentro del marco internacional. Para ello tuvieron que modificar ciertas concepciones de la educación y aceptar el proceso de laización que se imponía.

Los principios del pensamiento conservador se flexibilizaron al haber tenido que absorber ciertos aspectos formales que traía la modernización. En otro plano, la progresiva imbricación que se dio en el terreno pragmático entre los intereses liberales y los conservadores produjo alianzas entre los conservadores liberales y los liberales conservadores. Surgió así una variable dentro de esta estructura ideológica que fue el *conservadurismo progresista* en los aspectos materiales, pero cauto y reticente para los cambios sociales.

Finalmente, las variables del pensamiento conservador se yuxtapusieron de forma histórica; los *ultramontanos* (aquellos que permanecían fieles a los principios de la monarquía española, al fundamento divino y el privilegio de la iglesia como reguladora de la sociedad), los *legitimistas o conservadores* (que preferían la continuidad del orden colonial sin España, considerando la gesta independentista como un fracaso y la burguesía como una clase sin legitimidad) y los *conservadores liberales*. Como señalamos antes, estas designaciones no son obligadas en todos los países, aunque sus axiomas sí están presentes y operan bajo otras etiquetas.

En un primer momento, quienes abrazaron los principios del *liberalismo* como un sistema de ideales en vísperas de la Emancipación fueron los intelectuales más radicalizados de la pequeña burguesía. En su forma originaria, el pensamiento liberal se nutrió de las ideas de la Ilustración (de Rousseau, Voltaire y Montesquieu), de los pensadores ingleses (Locke, Paine y Bentham), de los ideólogos franceses (principalmente de Destutt de Tracy), del espíritu de la Revolución Francesa, de la Independencia de los Estados Unidos, y, posteriormente, se enriqueció con las ideas del evolucionismo de Darwin, Herbert Spencer y el positivismo de Augusto Comte.

Básicamente representó el conjunto de ideas y proyectos que en lo económico, político, social y cultural se opuso a la tradición colonial; pero por encima de todo profesó un profundo antihispa-

nismo por cuanto asoció el legado español con los elementos más retrógrados de la civilización. Fue el pensamiento que abanderó el cambio, lo nuevo, aquello que sería diferente al orden establecido. En esencia, anti-ultramontano, anti-clerical y anti-monárquico, sus contenidos fueron vistos como los elementos que garantizaban el progreso y la transformación de la América Hispana.

Por consiguiente, la polarización se dió en los términos de una conservación de las estructuras hispánicas y una ruptura con esa tradición —al menos en el plano ideológico— y la adhesión a los modelos europeos no hispánicos como paradigmas históricos. Recuérdese que en la práctica no se dió una división tajante entre las modalidades que iban adquiriendo el pensamiento conservador y el liberal.

De este modo, el pensamiento liberal desarrolló sus contenidos programáticos sobre la base de una perspectiva eurocentrista. Las nuevas elites que se hicieron responsables de los factores del cambio buscaron inspiración en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. La cuestión era hacer entrar a los países de la América Hispana en el circuito del mercado que aportaba la cultura industrial. Y tal vez trasplantando parte de esos modelos, las naciones más rezagadas del proceso, al modernizarse, no sólo se harían más cosmopolitas, sino que darían un salto cualitativo que les permitiese entrar en la historia y contarse como partícipes de esa civilización. Así, el peso de sus respectivos pasados, los tiempos oscuros de la "barbarie", no sería más que la antesala de la verdadera historia, la marcada por el ingreso a la órbita occidental.

Para simplificar, el pensamiento liberal tuvo una contigüidad semántica con las ideas de cambio, modernización, progreso y europeización.

Se combinaron los principios teóricos de la Ilustración, que dieron cuerpo al plano político del ideario liberal (la reforma de los aparatos de Estado, la constitución escrita, la bipartición de los poderes, la abolición de la esclavitud, la educación pública, la igualdad formal ante la ley, el sufragio popular, la libertad individual, la libre competencia) con las implicaciones que traían las teorías de Darwin, Spencer y Comte. La concepción orgánica del evo-

lucionismo permitió comprender el proceso histórico de las sociedades como el desarrollo en etapas sucesivas que se desplegaban en una escala ascendente hacia su perfección. Esta percepción teleológica de la historia se evaluaba en términos de "progreso", siendo el bienestar material el último fin a perseguir. Así, el sentido que adquirió el término "progreso" vino indefectiblemente asociado con la forma capitalista de "evolución" social, que, si bien para los centros hegemónicos representaba la expansión de sus condiciones de producción, para la periferia significó el estrangulamiento de las suyas: la libertad comercial profundizó la dependencia económica. Los trenes y los postes de telégrafo eran los emblemas de este progreso ficticio.

Los principios del liberalismo como ideología de la burguesía fueron presentados como leyes naturales, y, por ende, como realidades inobjetables. El aparente cientificismo que recubría sus postulados consagró en el poder a los grupos sociales que detentaban tales principios, con el corolario de producir el efecto de que con ellos se cancelaba la historia: luego la preservación de este "orden" de cosas sólo garantizaría usufructuar una situación de progreso restringida.

Aunque el pensamiento liberal se fundamentó en una concepción racional, laica y civilista de la sociedad, no buscó realizar una revolución estructural en Hispanoamérica. Atendió con preferencia a la elaboración de los mecanismos que permitieron una reformulación de las instituciones públicas para facilitar la movilidad de otros sectores creando sólo un efecto de igualitarismo. Para llevar a cabo el progreso de la sociedad pensó inevitable desarticular los privilegios del clero, de los militares y de los antiguos terratenientes, promoviendo una serie de reformas que viabilizaron el traspaso de poder de la oligarquía señorial a la nueva oligarquía terrateniente, comercial y financiera.

Por ello, se promovió la libre circulación de la tierra, con lo cual se absorbió el latifundio eclesiástico y las tierras pertenecientes a las comunidades indígenas. Los nuevos propietarios prestaron sus tierras a los benefactores del progreso: al monopolio extranjero.

A pesar de que el pensamiento liberal tuvo una fuerte inclinación cosmopolita, considerando a Europa como la depositaria de la "civilización" y a la América Latina como el espacio de la "barbarie", no perdió de vista extender una política también reformista para los sectores populares. La abolición y el control de la trata de esclavos en el mejor de los casos, y, en el más lamentable, el exterminio de los indios, fueron expresión ambivalente del liberalismo, bien porque, en un caso, era una población susceptible de ser incorporada a la civilización moderna; o bien porque, en el otro caso, el progreso sólo era factible con determinados grupos étnicos, fomentándose la inmigración europea para blanquear la población nacional.

Con prontitud se advirtió dentro de la misma elite adscrita al pensamiento liberal —esto es la más europeizante— sectores disidentes. Se percibió que el proyecto de modernización de los países se hacía a costa de vastos genocidios, de la conservación de las estructuras económicas y sociales coloniales, de libertades en extremo restringidas, de repúblicas formales, de un progreso que sólo ornamentaba las ciudades, que hacía más poderosas las metrópolis, que olvidaba la transformación del campo y expoliaba a las mayorías populares degradando los valores de las culturas autóctonas¹⁶.

Las posiciones críticas frente a la modernización y al progreso indiscriminado estaban alentadas por un espíritu más americanista. Esta perspectiva, sin desechar en lo fundamental los principios del liberalismo, le dieron una orientación más nacionalista, es

¹⁶ Es lo que E. Bradford Burns llamó en uno de los capítulos de su libro "Un contrapunto intelectual". Allí señala que: "(N)o todas las elites se adhirieron a la idea de modernizar sin mediación [...]. Unos cuantos de estos [intelectuales y patriarcas] reconocieron la mascarada que rodeaba al progreso de América Latina [...]. A mediados de siglo, si no es que antes, esos intelectuales comenzaron a hacerse eco de reflexiones sobre el impacto y las formas del progreso. Disgustados con la imitación servil de Estados Unidos y la Europa septentrional, previnieron acerca de que cualquier occidentalización debería proceder lentamente, mediada por los valores ibéricos y americanos [...]. Indican vías que podrían haberse seguido para lograr la meta del desarrollo nacional [...]. Empezaron a percibir que el sello del 'progreso' alentado por sus gobiernos era, en el mejor de los casos aparente, y, en el peor, otro lazo que acrecentaba más su subordinación a Europa". *Op. cit.*, pp. 66-67.

decir, un proyecto liberal que persiguió entre sus ideales un desarrollo nacional independiente, o al menos más atento a observar las realidades nacionales, más cuidadoso en defender la cultura local, proteccionista en cuanto al desarrollo de industrias y comercio propios, hacer efectivos los principios democráticos, promover la educación popular, respetar las comunidades indígenas, fortalecer una burguesía verdaderamente nacional, fueron los puntos nodales del pensamiento liberal americanista.

Dentro de esta variante de la ideología del progreso, se comprendió que no podía surgir una cultura nacional que fuese expresión de una nación independiente si no se abocaba a la defensa de los elementos nativos. Rápidamente fue cuestionada la tesis de "civilización y barbarie", y relativizada la noción de Europa como paradigma del progreso, cuando en realidad esa metrópoli y las elites que le profesaban culto estaban enajenando a la América Hispana. Se entendió la cultura nacional, dentro de este liberalismo proteccionista, como la exaltación de las tradiciones, sentimientos, costumbres populares y también paisajes rurales. Como reacción a la modernización extranjerizante, se consideró al indio como parte de esa cultura nacional. Sin pretender simplificar y reducir todo el pensamiento de José Martí a estas apreciaciones, él señalaba en su muy conocido ensayo de "Nuestra América" (1891) que "los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza [...]. A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen [...]. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país [...] éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos"¹⁷.

¹⁷ *Nuestra América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, pp. 26-33.

Aunque pudiera parecer contradictorio, esos grupos "liberales" defendieron una serie de valores asimilables al pensamiento conservador: abogaron por las jerarquías sociales fundadas en el dinero; exaltaron la supremacía de las clases dominantes de origen ibérico, restauraron una concepción latina, hispánica y aristocrática de la vida. Llegó un momento en que las distinciones entre liberales y conservadores tanto en el plano de la praxis empírica como en el plano ideológico carecían de sentido.

De allí que una fracción identificada con el pensamiento liberal más radical (denominada por algunos como "Romanticismo liberal"), al experimentar la inadecuación entre los principios y la realidad, se resolvió en un abstraccionismo idealista. La deformación del pensamiento liberal llevó al culto de la subjetividad, del mundo interior, al hedonismo, y a posiciones contemplativas de la vida.

A fines del siglo, una de las vertientes del Modernismo literario, la que se dio en llamar "torremarfilismo" o "artepurismo", vino siendo una de las transposiciones estético-ideológicas del Romanticismo liberal en su última fase, en el cual, al perder asidero histórico real, estilizó absolutizando los principios del liberalismo.

En resumidas cuentas, el pensamiento liberal no fue una ideología homogénea. La transformación histórica que sufrió debido a la lucha que llevó a cabo en los diferentes países por implantar sus postulados básicos, hace que podamos reconocer un liberalismo romántico-liberal y uno conservador, uno más inclinado hacia una perspectiva europeísta y otro más americano.

Pero a pesar de su proceso de conservatización a finales de la centuria, fue dentro del espacio ideológico que abrió el pensamiento liberal que se dio el surgimiento de una nueva conciencia, que, diferente a la tradicional, planteó las cuestiones en torno a la identidad nacional. La ruptura epistemológica que trajo el liberalismo incentivó una producción reflexiva y ficcional que giró alrededor de la nueva fisonomía de las recientes naciones, del establecimiento de sus historias particulares, la definición de sus literaturas. Esto no significaba, desde luego, que todas estas prác-

ticas culturales fueron expresión del pensamiento liberal. También la reacción conservadora, a la defensiva, presentó un contrapunto nada despreciable. Novelas, folletines, prensa e historias de la literatura quedaron jalonadas por ambas perspectivas valorativas; y en un sin fin de casos se solaparon postulados de ambas doctrinas en una misma obra.

1. LA SITUACIÓN COLONIAL.

LA DEFENSA DEL NUEVO MUNDO: CATÁLOGOS Y BIBLIOTECAS

Los primeros intentos de comprensión de la realidad de nuestro continente pertenecen a los momentos iniciales del período colonial, cuando los conquistadores, misioneros y luego eruditos, tratando primero de explicarse el mundo que estaban sometiendo, y con posterioridad tratando de consolidar su dominio sobre los pueblos conquistados mediante la imposición militar e ideológica, inauguraron la *reflexión europea* sobre el continente americano fijándola en diversos géneros discursivos. En aquellos escritos —integrados básicamente por el complejo *corpus* llamado crónicas de Indias— no sólo se hacía referencia a las condiciones naturales y físicas del Nuevo Mundo, sino que también se registró una imagen de la vida social y cultural de los pueblos que habitaban estas tierras.

Sin embargo, si bien las condiciones que se impusieron garantizaron el desarrollo y la consolidación de una cultura que llevó el sello del sector socialmente dominante e históricamente vencedor, no indican que no se haya producido una “contracultura” de los vencidos, y hasta formas híbridas dentro de los mismos patrones institucionalizados. Pero ha sido la vertiente de la tradición culta e hispana la que ha legado a la posteridad las referencias y trabajos crítico-bibliográficos sobre la cultura de la Colonia. Presumimos que también pudieron haber existido esfuerzos similares realizados por autores mestizos, que, conscientes de la deslegitimación de su cultura, sintieron la necesidad de dejar constancia de sus voces e intervenciones en algún tipo de formato.

A pesar de que estos primeros trabajos de arqueo bibliográfico y otras obras donde se hicieron referencias acerca de las manifestaciones literarias y culturales de la América Hispánica llevaron la impronta de los valores occidentales, no dejan de tener un mérito invaluable si nos atenemos a las aherrojadas condiciones en que también tuvo que subsistir la misma cultura de los colonizadores. La tensión que se produjo entre los mismos intelectuales hispanohablantes, hace, a su vez, menos homogéneo este sistema literario. Nos referimos, por un lado, a la férrea censura que regía las pautas del consumo cultural, y, por otro, al permanente desafío y burla que las elites acometían contra la ley para abastecer sus bibliotecas de libros prohibidos.

Ciertamente las condiciones bajo las cuales debía "florecer" la cultura colonial no eran fáciles. La Inquisición a través del Consejo de Indias regulaba y controlaba no sólo la producción de libros sino su importación y circulación. Vicente Quesada resume así la Ley 1, Título 24, Libro 1 de la "Recopilación de Indias", fechada el 21 de septiembre de 1560:

En los Indias Occidentales [...] se mandó que los jueces no consintieran ni permitieran que se imprimiese libro alguno que tratara materias de Indias, sin especial y previa licencia del Consejo de las mismas, ordenándoles que mandasen a recoger, con la mayor brevedad posible, todos los libros que se encontraran y prohibiéndose que libro alguno los vendiese ni imprimiese [...]. Estaba prohibido mandar a las Indias libros impresos en España o en el extranjero "que pertenezcan a materia de Indias, o traten de ellas, sin ser vistos y aprobados" por el Consejo¹.

Estas disposiciones no sólo restringieron el comercio de libros, tanto de importación-exportación como de impresión, sino incluso se llegó a prohibir que los americanos y los españoles "avecina-

en América estudiaran, observaran y escribiesen sobre materias relativas a las colonias."

Pero a contrapelo de todo ello —que sin duda entorpecía cualquier actividad relacionada con la cultura—, en la práctica esas leyes e instrucciones resultaron inútiles. Hoy está demostrado que la América colonial fue un excelente mercado bibliográfico, aunque durante muchos años había existido un consenso contrario.

Ya en el siglo XVIII el peruano José Eusebio de Llano Zapata, además de ser el primero en proponer en aquel tiempo la utilidad que representaría escribir una historia de la literatura de la América Española, apuntaba al respecto:

Son sus bibliotecas los mejores tesoros que guarda Lima. Las públicas que yo he visto en Sevilla, que son las del señor Cardenal de Molina en el Colegio de San Acacio, la del señor Cardenal de Belluga en el Colegio de Santa María de Jesús, y la de San Pablo en el convento de la orden de Predicadores, son muy diminutas en comparación a las de aquellos particulares. Esto no causará admiración al que contemplara que, así como (según los viajeros más verídicos y políticos más juiciosos) se han sepultado en el Mongol todas las riquezas de oro y plata de nuestras Indias, del mismo modo se han juntado en ellas (las bibliotecas americanas) los más singulares libros que venera la república de las Letras. Las ediciones de las elzevirias, grifos y stéfanos, que hoy apenas se encuentran en Europa, no hay baratillo, ropavejería o tendenjón en nuestra América, principalmente en Lima, donde no se encuentren³.

Sin el respaldo de todo ese material bibliográfico acumulado desde el siglo XVI no hubiesen sido posibles los *catálogos* y los *epítomes*, como tampoco pensar en la posibilidad de una historia literaria a mediados del siglo XVIII que expresase la especificidad y abundancia de la cultura de estas tierras que a la Europa parecían ígnaras y desiertas.

² *Ibid.*, p. 49.

¹ Vicente G. Quesada, *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII, XVIII*, Edit. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1917, pp. 48-49 y 56.

³ Citado por Antonio Cornejo Polar, en "Discurso en loor de la poesía. Estudio y Edición", separata de la revista *Letras*, N.º 68-69, Lima, 1964, p. 92.

A despecho de la percepción de vacío o de precariedad que muchos hubiesen podido tener del período colonial, existió todo un esfuerzo, que, formalizándose de diversas maneras, se fue desarrollando con la función de afirmar los productos literarios de las colonias, tanto los referidos a las amenazadas culturas indígenas como a la nueva cultura hispánica que empezaba a despuntar.

Las referencias que podemos encontrar acerca de los poemas y cantares indígenas, de las obras y escritores españoles venidos a la América y de autores criollos, las hallaremos diseminadas en crónicas, relaciones, historias naturales y morales, silvas, misceláneas, parnasos, obras de ficción, catálogos, bibliotecas y epítomes. Es decir, que la exposición del trabajo crítico-bibliográfico –condición necesaria para la historia literaria– no tiene durante los siglos XVI y XVII un discurso propio (en el sentido de específico) que permita establecer una distinción. La valoración literaria de obras como la reseña de los hombres de letras de una región o de una ciudad, la mayor parte de las veces, se hallaba entremezclada con otro tipo de discurso. El deslinde entre la historia natural y la literaria no estaba hecho, como tampoco la distinción entre un registro de autores y el asunto de un texto poético.

Simplemente a título de ejemplo, Pedro Cieza de León en su *Crónica del Perú* (1552) nos refiere la existencia de un teatro incaico, y señala, a propósito de la poesía quechua, la riqueza y ternura de sus inflexiones idiomáticas. También Cristóbal de Molina, *el cuzqueño*, en 1575 da a conocer su *Relación de las fábulas y ritos de los incas*; y con anterioridad el padre Andrés de Olmos en 1532 publica en español los *Cantares mexicanos*.

Bástenos estos ejemplos –sin contar con las importantes obras de misioneros, entre ellos la conocida *Historia general de las cosas de Nueva España* (1580) de Fray Bernardino de Sahagún, escrita primero en lengua mexicana y luego traducida al español; la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) del Padre José de Acosta; y aún en el siglo XVIII la *Storia antica del Messico* (1780-1781) de Francisco Xavier Clavijero– para ver cómo dentro de las historias y crónicas de Indias, hay una fuente inagotable de referencias de las culturas

indígenas, además de haber, en el caso de la historia de Sahagún, dos siglos y medio antes que Voltaire y Herder, una “poderosa intuición de lo que habría de llamarse después la *Historia de la Cultura*”⁴.

También en textos poéticos como el *Discurso en loor de la poesía* (1608), la escritora limeña que prefirió optar por el anonimato, hizo gala en sus 812 versos endecasílabos de su erudición, mencionando entre los autores clásicos, algunos españoles y “un cardumen de poetas peruanos” (entre otros, citó a Pedro de Oña, Diego de Hojeda, Gaspar Villarroel, Diego Ávalos, Cristóbal de Arriaga, Pedro Carvajal) de la Academia Antártica, que funcionaba en Lima, iniciando, según Antonio Cornejo Polar, “lo que podríamos llamar la historia de la literatura peruana”⁵.

Y entre autores europeos, fue el mismo Miguel de Cervantes en el *Viaje al Parnaso* y en su novela *La Galatea* (1585), en el Libro Sexto, “Canto a Calíope”, quien hizo una enumeración de los ingenios de la “región antártica”, nombres que son hoy poco conocidos. El propio Lope de Vega también hizo desfilar innumerables escritores de la América en su poema épico *La Filomena* (1621) y en *El laurel de Apolo* (1630)⁶.

Al parecer, el criterio que rigió la selección de los poetas antárticos y escritores americanos se basó en circunstancias de amistad o de coetaneidad de los autores, más que en principios de índole estética, a pesar de que todos los autores citados, de alguna u otra forma se movían dentro de los límites del italianismo renacentista, el espíritu de la exquisitez cortesana, y todos –cual más, cual menos– admiradores de la cultura clásica. Lo que importa destacar es que a diferencia de las mencionadas crónicas, en las cuales al hacer referencia a la sociedad indígena se prestaba más atención

⁴ Mariano Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978 (primera edición 1944), p. 90.

⁵ Antonio Cornejo Polar, *op. cit.*, p. 22.

⁶ Cfr. Luis Alberto Sánchez, *Historia comparada de las literaturas americanas*, Losada, Buenos Aires, 1973. Especialmente el tomo I, “Desde los orígenes hasta el Barroco”.

a la *cultura* en general, en estos otros textos, al insertarse dentro de una poética y de una retórica, habilitaba los axiomas de una concepción ideológica elitesca y renacentista: es decir, se privilegiaba en el terreno de la cultura al *hombre de letras*, se consagraba, el autor de las "bellas letras".

A pesar de que a lo largo de toda la Colonia el ejercicio crítico-bibliográfico se vio entremezclado con otro tipo de discurso, fue, sin embargo, en el siglo XVII con la presencia de los catálogos —*la Hispaniae Illustrae seu Rerum urbium. Hispaniae, Lusitaniae, Aethiopie, et Indiae, scriptores varii* (1608) de Andreas Schott; el *Epítome* (1629) de León Pinelo; la *Bibliotheca hispana* (1672) de Nicolás Antonio, y, tal vez, el primer trabajo que intentó una recopilación sobre la base de una noción más específica de lo literario, *Teatro eclesiástico de la primitiva iglesia de las Indias Occidentales, vidas de sus arzobispos* (1649) de Gil González Dávila— que se inició la separación de la actividad valorativa que lograba distanciar el discurso histórico y el ficcional de aquel que existía a partir de la referencia de autores y obras. Este deslinde se iría profundizando aún más en los siglos XVIII y XIX cuando aparecieron las historias literarias propiamente tales: se hablará de diccionarios, bibliotecas, antologías e historias literarias con una mayor pertinencia de sus funciones discursivas y, desde luego, con usos diferenciados.

Con una perspectiva más deudora de cierto americanismo, o ya en franca adhesión con los valores europeos, quienes han dejado constancia de la cultura de las Indias Occidentales, del Nuevo Mundo o de la América Española o Hispana según el caso, fueron generalmente, en un comienzo, los mismos españoles (conquistadores y misioneros) venidos a estas tierras; luego los jesuitas y españoles americanos o criollos; en algunas oportunidades mestizos (como Cristóbal de Molina) y, posteriormente, hacia el siglo XVIII, viajeros europeos (como el italiano Lorenzo Boturini Benaducci). Esto revela de alguna forma —aunque comprendemos que es arriesgado entenderlo como una condición determinante—, que la reflexión, valoración y acopio de todo el material literario y cultural reconocido en el continente americano y regiones allende los

mares provino de un sector que socialmente estaba vinculado con las instituciones religiosas, con el poder de la corona, con el poder económico de la elite criolla, o con el mundo académico. Aunque en el mejor de los casos la sensibilidad y la conciencia social de varios de estos historiadores los haya llevado a estudiar las antiguas culturas indígenas tratando de preservar mediante sus relaciones un mundo que enterraba su grandeza, no dejaban de hacerlo desde un sistema de valores eurocéntricos, o por lo menos desde la perspectiva hispánica que al fin y al cabo era la cultura oficialmente reconocida.

Por lo tanto, cualquier selección que se hiciera del *corpus* a jerarquizar (ya fuesen areítos, sonetos, crónicas, tratados, catecismos, gramáticas, ritos aztecas o poetas-cortesanos de las virreinales ciudades de Lima o México) se hizo a partir de los valores de la cultura hispánica, que fueron los que condicionaron el trabajo de referencia crítica.

Ahora bien: puede tener un carácter decisivo el que comprendamos estos *catálogos*, *bibliotecas* y demás *memorias* como prácticas discursivas que se erigieron en tanto enunciados que defendían la cultura colonial, y que sólo pueden ser cabalmente apreciados si se los integra dentro del marco de las discusiones y polémicas generadas a partir del Descubrimiento; polémicas que tuvieron su centro en Europa, y como voceros destacados a Buffon y a De Pauw, cuyas teorías sobre la inhabitabilidad y deformación de la geografía y la inmadurez e incapacidad del hombre americano desplegaron todo un horizonte de agresivas polarizaciones, unas a favor y otras en contra de la naturaleza humana, social e histórica del Nuevo Mundo⁷.

En la base de tales argumentaciones subyacía el postulado implícito que cuestionaba y hasta negaba la posibilidad de que la

⁷ Véase el interesante libro de Antonello Gerbi, *La Disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982 (primera edición 1955); y uno anterior, *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, Banco de Crédito del Perú, Lima, 1944.

América Hispana constituyese el espacio idóneo tanto para que, por una parte, pudiesen florecer y desarrollarse las letras y la sociedad de raíz europea, como, por otra, hubiesen podido existir manifestaciones propiamente culturales entre los pueblos nativos. La tendencia a desacreditar el legado indígena –sobre el supuesto de haber sido y ser una cultura con una racionalidad de distinto cuño y el no haber llegado a tener un tipo de escritura alfabética–, y la labor que estaban realizando los europeos españoles y los españoles americanos en las Indias Occidentales –so pretexto de la nefasta influencia que ejercían el clima, la fauna y flora–, fue un dispositivo clave para determinar el trabajo de arqueología cultural y bibliográfico en obras que tuviesen como interlocutor y destinatario aquellos detractores del quehacer en las zonas colonizadas.

Clara muestra de ello fue la causa que motivó la *Bibliotheca Mexicana* (1755) de don Juan José Eguiara y Eguren, quien en el primero de los “Anteloquia” (capítulos en que está dividido el extenso prólogo de la obra) expuso que:

Muy lejos estábamos de pensar en este proyecto por hallarnos ocupados [...] cuando [...] vinieron a caer en nuestras manos las doce Epístolas del deán de la iglesia de Alicante don Manuel Martí [...]. Comenzamos a penetrarnos de ellos aunque nos dolíamos de ciertos ataques encaminados al desprestigio de los españoles en lo que toca al cultivo de las disciplinas literarias [...]. Todo el empeño de su autor se cifra en disuadir al adolescente amigo Antonio Carrillo de su propósito de trasladarse a este Nuevo Mundo, y en aconsejarle [...] que fijase su residencia en Roma y se apartase lo más posible de las costas mexicanas. “Pero vamos a cuentas” –le dice– “¿A dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás, por ventura, no diré maestros que te instruyan, pero ni tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso de saberla, o –para expresarme con mayor claridad– que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allá tales cosas, tanto valdría como querer trasquilarse a un asno u ordeñar a un macho cabrío”. [...] Es decir, que aun siendo las Indias

Occidentales de tan grande extensión [...] se atrevió a señalar a México como el sitio de mayor barbarie del mundo entero, como país envuelto en las más espesas tinieblas de la ignorancia [...]. Ocurriéronos la idea de consagrar nuestro esfuerzo a la composición de una BIBLIOTHECA MEXICANA, en que nos fuese dado vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo, y demostrar que la infamante nota es [...] hija tan sólo de la ignorancia más supina⁸.

En este sentido, Eguiara y Eguren se abocó a demostrar en su *Bibliotheca* –que no deja de ser el primer intento de una historia literaria mexicana– no sólo “la ilustración de nuestros indios, trayendo a la palestra sus códices y bibliotecas”, sino también el proceso literario que se iniciara con la conquista española; y comprende que los nativos:

Desconocieron el uso de caracteres alfabéticos, de que las naciones europeas y cultas se sirven para comunicar a la posteridad las memorias de sus hechos [...] más no por eso ha de tachárselos de brutos e incultos, ignorantes de todas las ciencias y desconocedores de libros y bibliotecas⁹.

Dentro de este orden de cosas veremos cómo los diversos trabajos bibliográficos o de interpretación histórica de la cultura en la América Hispánica, de acuerdo al tipo de literatura que seleccionen y el pasado que reconstruyan, representarán variables ideológicas que corresponden, a su vez, a los diferentes proyectos político-sociales de las elites históricamente dominantes. Sin perder de vista las posiciones detractoras que subyacían como telón de fondo de cualquiera de las respuestas orientadas a la ponderación de la cultura en estas tierras, se pueden arriesgar un par de posibilidades interpretativas:

⁸ Juan José Eguiara y Eguren, *Bibliotheca Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, pp. 55-213.

⁹ *Ibid.*, pp. 55-213.

1. Una, que aunque circunscrita dentro de una perspectiva más eurocentrista, fue la que defendió el florecimiento de la cultura europea en tanto reproducción de los patrones metropolitanos, pero en un contexto social que no se parecía demasiado a la metrópoli de origen. Lo que significó ideológicamente la legitimación absoluta de sus valores, además de refutar el argumento que constreñía la cultura europea sólo a tierras también europeas. Este desplazamiento no fue meramente especular. La fisura que produjo el traspaso cultural generó una transculturación de los campos de producción intelectual y, por consiguiente, la habilitación de formas discursivas occidentales cuya originalidad se disparó en situaciones de periferia colonial.

De allí pareciera que el trabajo de catalogación bibliográfica estuviera en estrecha relación con una perspectiva ideológica, que, al enumerar la riqueza cultural y literaria del Nuevo Mundo, traspuso a nivel discursivo lo que se ha llamado "cornucopia" americana. Es decir, que también los catálogos y los epítomes –sobre todo en el siglo XVII cuando empezaron a surgir– fueron formas discursivas, que, sin dejar de cumplir su función pertinente, produjeron un efecto ideológico homólogo a toda una retórica, que para la época sustentaba la grandeza y la magnificencia del imperio español¹⁰. Y de manera particular, fueron la contrapartida en tanto prácticas ideológicas de una situación de inminente decadencia del poderío español, que empezaba a mostrar sus estragos tanto en el terreno del comercio de ultramar como en el control económico y social en el interior de las colonias.

¹⁰ En este sentido sirvanos de ejemplo *La grandeza mexicana* (1604), de Bernardo de Balbuena, en donde el discurso ha construido una imagen de la Nueva España en que se ven fetichizados una opulencia cultural ("aquí hallará más hombres eminentes/ en toda ciencia y todas facultades") y material ("es la ciudad más rica y opulenta,/ de más contratación de más tesoros"), que enmascara no sólo la expoliación de las masas indígenas y la crisis española, recorviriendo semántica y simbólicamente los efectos del proceso de mercantilización de la economía internacional. Cfr. Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, Porrúa, México, 1975, pp. 86 y 77. También John Beverley, "Sobre Góngora y el gongorismo colonial", en *Revista Iberoamericana*, vol. XLVII, 114-115, 1981, pp. 33-44.

En el "Discurso apologetico" que abre el *Epítome* de León Pinelo se establece una correspondencia implícita entre el incommensurable espacio geográfico de las Indias y la cantidad de libros existentes en ellas:

[...] no sólo juntó nombres de Escritores para esta Biblioteca, sino que vió, i leió con atento cuidado lo que contienen las Historias, Derroteros, Viages, Cartas, i Relaciones, que en quarenta Lenguas, i más de mil Autores forman este Epítome [...] comprendidos desde la Provincia de Santa Cruz del Brasil, hasta los Reinos de Malaca, i Archipiélagos del Moluco: i Occidental, desde donde demarca el verdadero Meridiano la misma sección, hasta salir por el Occidente a nuestro Océano Atlántico; abraçando esta parte, la Quarta, i maior de el Mundo, en los dos famosos continentes de la duplicada América, ó Iberica, Septentrional, i Meridional [...]¹¹.

Es de notar que estas primeras bibliotecas –la de Andreas Schott, León Pinelo, Nicolás Antonio, González Dávila y, posiblemente otras que se nos escapan–, al reivindicar las manifestaciones literarias en español y en latín, y excluir las referencias a las culturas indígenas, reforzaron implícitamente la hegemonía de una elite netamente hispana, que proyectó en este dominio de las letras el efecto de la "estabilidad" de la sociedad colonial, y que les sirvió, por otra parte, como un mecanismo de compensación de una situación de creciente inestabilidad.

Hay una nueva toma de conciencia entre estos sectores, que les llevó a reconocer que la acumulación del saber –libros, bibliotecas–, como la acumulación de mercancías, representó un poder tan legítimo y necesario como la capitalización de oro y plata. Así aparece en la obra de León Pinelo:

¹¹ La edición original de esta obra se publicó en 189 páginas, más de 90 de preliminares e índices, en 1629. Se ha consultado la edición posterior de 1737, de Francisco López Martínez Abad. Edición facsímil hecha por Carlos Sanz López (Madrid: 1973), preliminares sin numeración. También se trabajó con la edición hecha en Washington: Unión Panamericana, 1958 con prólogo de Augusto Millares Carlo.

La gloria del reinar, es el deseo de saber, acanalar letras, es asegurar aciertos: la inclinación sabia, hace la naturaleza superior [...]. Como si fueran índices del poder, tanto los muchos Soldados, en los Campos, como los numerosos Libros, en la Biblioteca. Alabanza es de esta edad, ver la Nobleza bien ocupada, i los maiores Príncipes con Camarines, no solo vestidos de Pinturas, sino adornados de Libros [...]. Como de las Indias solo se apetece Plata, i Oro, están sus Escritores tan olvidados, como sus Historias poco vistas.

Tal vez valga la pena detenerse en un detalle: ya en el siglo xvii se va produciendo una diferenciación entre los “criollos”, que tenían el poder económico, y el grupo peninsular que detentaba el poder político. La pérdida del control decisivo en los asuntos comerciales les llevó a estos últimos a exaltar el saber y la erudición como un patrimonio de la misma calidad que la posesión de bienes materiales. Podríamos decir que, en cierto modo, esta acumulación de libros y autores, almacenados con el mismo criterio con que se juntan cosas adquirió su pleno impulso a raíz del surgimiento del sentido burgués y mercantil de las relaciones sociales. Nótese como ya el mismo León Pinelo advierte que este registro de “Escritores tan olvidados” no puede quedarse en una mera colección —el *catálogo*—, sino que también deben ser conocidas “sus Historias”. Percibe la cultura del mundo colonial como un espacio dinámico, y no simplemente como un apéndice cosificado de la metrópoli. Sutilmente, pensar el mundo americano como un espacio histórico, era desearlo también con una historia diferente a la marcada por las hegemonías occidentales.

No en vano estos trabajos, a excepción del *Epítome* de León Pinelo, están escritos en latín, con lo cual su acceso se vio limitado, no así su circulación. El latín era la lingua franca y el primer canal de la globalización. Esto no sólo supuso el uso tradicional de esta lengua para tratar materias académicas o “cultas”, sino que ella, por lo que ideológicamente significaba, implicaba la cancelación del pasado y de las culturas indígenas, la exclusión de las manifestaciones orales y otras formas de codificación escrita, y el reconoci-

miento del *libro impreso* en tanto marca de prestigio cultural y como signo de trascendencia histórica.

2. Otra de las respuestas orientada a la defensa no sólo de la cultura en el Nuevo Mundo sino también de la cultura americana fue la que encaminó todos sus esfuerzos a la reconstrucción y valoración del pasado indígena como el sustrato culturalmente más antiguo sobre el cual se cimentó la civilización española. Aunque esta tarea ya se venía cumpliendo a lo largo de los siglos xvi, xvii y xviii en valiosas crónicas, relaciones e historias, fueron las obras de Eguíara y Eguren con su *Bibliotheca Mexicana* (1755) y la *Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional. Fundada sobre material copioso de Figuras, Symbolos, Caracteres, y Geroglíficos, Cantares y Manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos* (1746) de Lorenzo Boturini Benaduci, los que con una nueva orientación crítica y metodológica dieron una mayor coherencia al trabajo histórico-literario.

También en el siglo xviii una nueva conciencia histórica fecundó las actividades intelectuales encaminándolas ahora, bajo el efecto del espíritu científico de la Ilustración, a estudiar con un sentido más “positivo” la realidad americana. El fortalecimiento en el terreno económico de la oligarquía criolla posibilitó el desarrollo cada vez más nítido de una conciencia social, que, entre los sectores llamados “españoles americanos” o “blancos criollos”, se manifestó en una aspiración a sentirse legítimos dueños de ese mundo que aún no gobernaban políticamente.

La formación de esta conciencia emancipadora entre las clases dominantes criollas apeló, en el proceso de autenticación de sus intereses, a una operación ideológica que les permitió asegurar su poder. Por ello, su perspectiva histórica prospectiva les llevó a replantearse una otra representación del pasado y colocar sus raíces en la antigüedad prehispánica. Así, la originalidad cultural de estos sectores sería de momento deudora de un pasado que había sido excluido de los catálogos y bibliotecas del siglo anterior, y les permitiría sólo retóricamente y sin mayores compromisos autenticar su diferencia étnico-cultural con los hispanos peninsulares.

Podían aparecer dentro de los muros de su ciudad letrada como herederos simbólicos de las culturas indígenas¹².

El interés en el conocer y rescatar documentos, códices y pinturas indígenas, no sólo revelaba una mera nostalgia por una antigüedad exótica y por fundamentar en ella el carácter de una ideosincrasia americana, sino demostrar que el naciente proyecto social se veía respaldado por una realidad con mayor espesor histórico. Es decir, un mundo que de "nuevo" tenía poco, y que su existencia no se la debía a los europeos, sino que era una realidad con una cultura, una sociedad y una historia milenaria y compleja, a despecho de la naturaleza ahistórica que muchos le adjudicaban.

Volvamos a las palabras de Eguiara y Eguren, que, fascinado por los antiguos mexicanos, refirió la rica diversidad de su cultura:

Los mexicanos cultivaron además la poesía, la retórica, la oratoria, la aritmética, la astronomía y otras disciplinas, de las que nos quedan los monumentos insignes y testimonios dignos de entero crédito [...]. Entre los cinco libros más importantes de la nación se contaban las "Ruedas" pintadas con arte primoroso. Cada una de ellas abarcaba el espacio de un siglo, con perfecta distinción de años, meses, semanas y días [...]. Carlos Singüenza y Góngora investigó los orígenes mexicanos desde los tiempos más remotos, y mediante el examen de los eclipses solares y lunares y otros raros fenómenos [...] puso de mani-

¹² En ningún caso la imagen que se entrega del proceso histórico es neutral. Como lo señala Enrique Florescano: "En tanto que la reconstrucción del pasado es una operación que se hace a partir del presente, los intereses de los hombres que deciden y gobiernan ese presente intervienen en la recuperación del pasado [...]. Así, en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado antes que científica, ha sido primordialmente política." De este modo, los misioneros del siglo XVI recordaron preferentemente los hechos infames del estilo de vida prehispánico para facilitar su ruptura; los criollos de la insurgencia de principios del siglo XIX le sacaron todos sus trapitos al sol a la época colonial, la desacralizaron y exhibieron sus orígenes codiciosos; los historiadores liberales, al grito de borrón y cuenta nueva, establecen el origen vital de la patria en la república.

En VV.AA., "De la memoria del poder a la historia como explicación", *Historia, ¿para qué?*, Siglo XXI Editores, México, 1980, pp. 91-127.

fiesto la historia y acontecimientos del Imperio mexicano [...]. En lo que a librerías se refiere, no es extraño que los indios tuvieran cantidad de ellas [...]. Una circunstancia que acrecía el mérito de estos libros mexicanos, era haber perpetuado mediante representaciones figuradas, la cronología y exacta sucesión de los siglos de su historia¹³.

Tanto la reivindicación del mundo indígena como la atención y el estudio científico de las realidades naturales, sociales e históricas de la América Hispánica no fueron manifestaciones gratuitas. Amplios y agresivos movimientos de indios y mestizos sacudieron el continente entre 1749 y 1782 portando consignas que, si bien distaban de ser revolucionarias o independentistas, buscaban mejores condiciones de vida para estas comunidades; la expulsión de los jesuitas en 1767 trajo como consecuencia un incremento de la defensa del mundo americano, que se vio concretado en el estudio de las sociedades indígenas, la difusión de un reformismo social —basado en una amplia política del mestizaje— y teorías del progreso como antítesis del ya muy visible descontento que la orden profesaba contra las castas sociales; y, sobre todo, la puesta en circulación de la tesis de una cultura universal que superase las diferencias entre los pueblos y llevase al campo de la escritura de la historia el concepto de Humanidad; además, no podemos olvidar la presencia de viajeros y hombres de ciencia —como Humboldt, La Condamine y Boturini— que ayudaron a desmentir con sus obras impregnadas del nuevo espíritu racionalista de la Ilustración, las falacias y supuestos absurdos entorno a las Indias Occidentales¹⁴.

Todo esto conmovió la estable vida colonial y remeció sus fundamentos, propiciando el surgimiento de una conciencia histórica que atravesó todos los sectores sociales, pero que sólo los blancos criollos letrados proyectaron en su cultura ilustrada una comprensión sistemática de su realidad. La importancia de esto residió en

¹³ *Biblioteca Mexicana*, op. cit., pp. 55-213.

¹⁴ Cfr. Mariano Picón Salas, op. cit., capítulos VII y VIII.

que por primera vez la realidad cultural fue pensada como proceso: se diseñaron sus etapas, considerándose cada una de ellas históricamente necesaria y cualitativamente preparatoria para el gran salto final que suponía la descolonización.

El criterio que ordenaba las obras catalográficas de la centuria anterior, bien fuese por materias o por orden alfabético de los nombres de los autores, creaba formalmente un espacio discursivo en cierto modo ahistórico, equivalente a la pretendida inamovilidad que el régimen colonial intentaba dar de sus sociedades rigidamente estratificadas. Preservar el deseado orden social como político de los sectores dominantes halló su normalización discursiva en estos catálogos, donde, por razones epistemológicas, la percepción dinámica o histórica de la producción cultural debía estar ausente. Es lo que Michel Foucault señala a propósito del quehacer histórico de mediados del siglo XVII: el historiador es un reproductor de los signos que ve. De allí una duplicación de un orden de cosas trasladadas en su misma estaticidad al discurso:

Hasta mediados del siglo XVII, la tarea del historiador era establecer una gran recopilación de documentos y de signos de todo aquello que, a través de todo el mundo, podía formar una marca [...]. Su existencia no se definía tanto por la mirada sino por la repetición, por una segunda palabra que pronunciaba de nuevo tantas palabras ensordecidas. La época clásica [se refiere al período griego] da a la historia un sentido completamente distinto: el de poner, por primera vez, una mirada minuciosa sobre las cosas mismas y transcribir, en seguida, lo que recoge por medio de las palabras lisas, neutras y fieles. Se comprende que en esta "purificación", la primera forma de historia que se constituyó, fue la historia de la naturaleza [...]. Los documentos de esta nueva historia no son otras palabras, textos o archivos, sino espacios claros en los que las cosas se yuxtaponen: herbarios, colecciones, jardines; el lugar de esta historia es un rectángulo intemporal [...]. La conservación, cada vez más completa, de lo escrito, la instauración de archivos, su clasificación, la reorganización de las bibliotecas, el establecimiento de catálogos, de inventarios, representan, a finales de la época clásica, más que una nueva sensibilidad con respecto al tiempo

[...] una manera de introducir en el lenguaje ya depositado y en las huellas que ha dejado un orden que es del mismo tipo que el que se estableció entre los vivientes.¹⁵

Tanto la escritura que opta por la disposición formal del inventario como aquella que produce también en la escritura una representación móvil de la realidad, cuya convención se reconoce como "pasado histórico", son ambas estrategias que descansan en el poder representacional de la escritura misma. En este sentido, ambas son representaciones, formalizaciones, una más estática, otra más dinámica; pero siempre son en tanto representaciones, ficción: ficción de un orden y espacio que no necesitaba representarse mutante; ficción de un espacio en el tiempo que necesitaba representarse con posibilidades de modificación. Ambos procedimientos de la escritura de la vida cultural y literaria fueron en sus respectivos momentos políticamente fundantes de diversas tradiciones, sin duda hegemónicas, pero no necesariamente oficiales.

En el siglo XVIII la oligarquía criolla pasó a convertirse en una clase que se sintió potencialmente dueña de llevar a cabo su proyecto histórico, lo que la hizo pensar en un futuro, pero también en la necesidad de tener un pasado en el cual anclar sus raíces. Por razones obvias no podía identificarse explícitamente con la Corona española, pues había que buscar las diferencias con la Corona española. Así, el pasado indígena les sirvió de palanca histórica para establecer las oportunas distancias con los españoles.

Y no es precisamente una concepción humanista la que determinó asentar su origen en las culturas indígenas, sino su sentido

¹⁵ Es interesante observar cómo este sentido de lo histórico se modificará en siglos posteriores. Continúa Foucault:

Y en este tiempo clasificado, en este devenir cuadrículado y espacializado emprenderán los historiadores del siglo XIX la tarea de escribir una historia finalmente "verdadera" —es decir, liberada de la racionalidad clásica, de su ordenamiento y de su teodicea— restituida a la violencia irruptora del tiempo.

Las palabras y las cosas, Siglo XXI Editores, México, 1979, pp. 131-132.

político que reconoció en las vísperas de los movimientos de Independencia la fuerza de los sectores populares, y la conveniencia de tomarlos en cuenta mediante una operación ideológica, que, al incorporarlos mediante el poder de la palabra a su proyecto histórico, lograra neutralizar o desviar la tensión social.

Esta historiografía siguió apoyándose en una perspectiva hispana, pero incorporó –por razones histórico-políticas– la cultura y la literatura indígena, más como un pasado concluido, como una etapa cancelada anterior a la Conquista. El pasado indígena que esta conciencia criolla del XVIII recreaba proyecta en esta reconstrucción del mundo prehispánico la riqueza, cortesanía y majestad imperial deudora de su situación presente, más que pertinencia de las culturas indígenas evocadas. Obviamente su ceguera no les permitía ver las culturas indígenas vivas de su contexto. Sin embargo, no deja de producir el efecto de una saludable superación con respecto a los catálogos en boga para la época.

De todas formas, importa destacar el surgimiento de una visión que entendía las cosas como realidades cambiantes. Aún cuando no estuviese del todo claro el deseo de considerar la cultura americana como distinta y separada de la española, se veía la conveniencia de ordenarla históricamente para darle la necesaria organicidad y racionalidad.

Muestra de ello es “La carta persuasiva al Señor Don Ignacio de Escandón sobre Assunto de Escribir la Historia-Literaria de la América Meridional” (fecha en Cádiz en 1768) de José Eusebio de Llano Zapata, quien preocupado porque no se diera al olvido “los ilustres literatos que honran a la Patria”, quiso motivar al Señor Escandón para que “se dedicase a componer una Obra, que en la América hace falta, y en la Europa se desea. Es ella la *Historia de Nuestros Escritores*, que con menoscabo de las Ciencias, y deshonor de la Literatura, yacen olvidados”; y le recuerda el apremio de esta tarea pues son los mismos españoles quienes claman por el conocimiento de autores de ultramar. En la carta remite a una larga cita tomada de la Historia-Literaria de España, de Fray Raphael Rodríguez Mohedano, que apunta:

[P]or lo que toca a la América, desde luego la incluimos en el Plan de Nuestra Historia Literaria, en atención, a que, no obstante su distancia, no podemos mirar, como Extraños, ni dexar de apreciar, como grandes los progresos de la Literatura, conque no hé enriquecido una Región, no menos fecunda en Ingenios, que en Minas [...]. Para desempeñar este assunto con exactitud posible, y con la gloria que corresponde a los méritos de una Nación tan Literata, implorámos eficazmente el socorro de Nuestros Sabios Americanos [...] que tengan especial instrucción, ó interes en la Historia-Literaria de Indias.

Esto refuerza la solicitud de Llano Zapata para que los americanos se apresuren a escribir su historia porque “la distancia es causa, que nos tengan por dormidos, quando quizá estamos bien despiertos”. Además, Llano Zapata entendía que son las Memorias y los archivos los que “guardan los Cuerpos-Literarios” y que son “un riquísimo thesoro” para emprender su empresa. Cuidaba en recomendar el ejercicio de un criterio que “no se rinda a la vil esclavitud de la lisonja, del interés, del partido, y la facción”. Escapando al subjetivismo y a la crítica biográfica, que posteriormente en el XIX habría de monopolizar la crítica literaria, advertía que para la Historia-Literaria no hacía falta detenerse en “assuntos Genealógicos”, “bastando decir: *Natural de Lima, Cuzco, Quito, Oc. y Originario de esta, o la otra parte del Mundo*. Si esto último no se encuentra, nada importa, ni se echará de menos en Escritos de esta naturaleza. Es grande impertinencia, en estos casos gastar el tiempo en remover alcuñas [...]. Las pruebas, que más califican en el Tribunal de la Literatura, son la demostración de los talentos, del ingenio, del juicio, de espíritu, y sinderesis del Authór, que se examina”¹⁶.

Si las crónicas y relaciones fueron la escritura imperial porque demarcaron espacios, fronteras y geografías de la conquista, al

¹⁶ Esta carta fue reimpresa en Lima en la Oficina de los Niños Huérfanos, en el año de 1769. Este documento se pudo consultar en forma de microfilm gracias al servicio que me prestó la Universidad de Brown, número del microfilm HA-M214-21. Consta allí que el documento en su forma original está en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, *Collectio Medinensis*, Biblioteca Americana “José Toribio Medina”.

tiempo que construían mapas para la expansión para la codicia metropolitana, la escritura de una historia literaria permitió introducir una interesante fisura: diseñar el mapa de la *intelligentzia* americana ("demostración de talentos y de juicio", "bién despiertos") suponía un gesto que no sólo remedaba los deseos españoles sino que impulsaba a visualizar para sí el potencial del capital simbólico propio de la América Hispánica: inteligencia que ya no se deseaba esclava.

Aunque en esta carta no consta que también eran de su interés incorporar las culturas indígenas al pretendido proyecto de la historia literaria americana, en otro escrito, el mismo Llano Zapata las considera de importancia para esta historia:

Igualmente he estudiado los quipus ó anales de que, aún a pesar del desprecio y la ignorancia, hasta hoy se encuentran algunas reliquias de ellos en templos arruinados, palacios destruidos y otros monumentos de la antigüedad. Los quipus verdaderamente se hubieran tenido como el más precioso tesoro de nuestras Indias, y servirán á la Historia de aquella luz que apenas hoy podemos demostrar en tan grande oscuridad y confusión de noticias si queremos averiguar los orígenes de aquella vasta monarquía¹⁷.

Las observaciones historiográficas de Llano Zapata representaron el índice de una conciencia histórica que tuvo su concreción más plena en los trabajos de Juan José Eguiara y Eguren y de Lorenzo Boturini Benaduci.

La dimensión histórico-literaria de ambos autores se manifestó en que lograron establecer dos grandes cortes o épocas de la historia cultural y literaria de México y de la América Septentrional: distinguieron una etapa prehispánica y otra que se iniciaba con la Conquista y la Colonia. No se trataba exactamente de "períodos" (concepto que perfeccionaría Hegel y se utilizaría en las historias

¹⁷ José Eusebio de Llano Zapata, *Memorias histórico-físicas-apologéticas de la América Meridional*, Imp. y Lib. de San Pedro, Lima, 1904, pp. 547-587.

del siglo XIX), pero sí de un trazado de cortes temporales cualitativamente diferentes, lo que suponía una comprensión de un antes y un después. Y esto no es tan simple si consideramos que hasta ese momento el modo como se ordenaba el material literario seguía una disposición más bien atemporal.

Más aún: la *Idea de una nueva historia general...* de Boturini aplicaba los principios de la *Ciencia nueva* (1725 y 1730) de Giambattista Vico a los pueblos de la gentilidad, y esto era organizar —si bien desde una perspectiva deudora del aporte europeo a la ciencia histórica— la dimensión temporal de las culturas indígenas de acuerdo a una serie de leyes históricas. Lo que le confería tanto a la disciplina como a la materia tratada una sistematicidad y un rigor nunca alcanzados hasta ese entonces.

La instrumentalización de la *Ciencia nueva* de Vico le permitió a Boturini considerar el proceso histórico indígena como un *proceso* por el cual la historia fue vista como el desarrollo de las sociedades humanas y de sus instituciones; el particular interés en profundizar en los períodos remotos y oscuros, y establecer una regularidad en la sucesión temporal le llevó a Boturini a la aplicación de las tres edades diseñadas por Vico, por las cuales, según él, se desenvolvía toda sociedad: la edad de los dioses, la de los héroes y la de los hombres.

En este sentido, la obra de Boturini, a través de la apropiación de los aportes de Vico, introducía en el discurso histórico-literario no sólo un nuevo modelo comprensivo que le permitía pasar del mero registro de datos a un discurso interpretativo sobre la base de un método más histórico que compilador, sino además entender la naturaleza cíclica de las sociedades humanas, y de que el curso de cada cultura podía ser distinto de acuerdo a las condiciones de cada grupo social.

Por consiguiente, la obra de Boturini se mantuvo dentro de las posiciones que defendían las culturas e historia de la "gentilidad", y para ello, primero, emprendió con el espíritu científico de la época, la recopilación de toda clase de fuentes, testimonios, mapas, códices, libros raros, manuscritos de autores indios y espa-

ñosles, logrando constituir una de las más ricas colecciones de documentos de la antigüedad mexicana, chichimeca, tecpaneca, tlaxcalteca, tlatelolca, de las zonas de Michoacán, Matlaltzinco, Huexotzinco y de Guadalupe; y, segundo, al aprovechar la reciente ciencia de Vico, pudo construir su trabajo sobre las bases de un discurso histórico garantizando dentro de los parámetros de exigencia objetiva de la Ilustración una mayor credibilidad de la capacidad creativa de las civilizaciones no europeas. Pudo demostrar cualidades grafémicas y "letradas" de pueblos tenidos por "salvajes", probando el espesor cultural e histórico de esas sociedades no occidentales.

Independientemente de lo que hoy podamos entender por rigor científico en las ciencias sociales, los principios de Vico ofrecían el esquema de un método periodológico para organizar históricamente las civilizaciones, permitiendo comprender su evolución dentro de una serie de leyes basadas en una concepción desacralizada de la historia, y también distanciada de aquella concepción medieval y renacentista en la cual la historia la hacían los reyes.

El esfuerzo de Boturini es incalculable porque logró, aunque bajo premisas de la ciencia europea, dar un salto cualitativo de perspectiva antropológica desde el centro hacia las periferias, y mirar desde allí lo que había sido borrado del mapa.

Pero habrá que esperar al siglo XIX cuando el campeante historicismo haga posible una división de períodos acordes con la historia político-social de cada país. Todavía el modelo de "curso y recurso" de Vico se inscribía dentro de una concepción demasiado abstracta, propia de los esquemas universalizantes de la Ilustración.

* * *

Así como en los catálogos y epítomes del siglo XVII estaba ausente la marca de una ordenación temporal, y en las bibliotecas e historias del siglo XVIII había un intento de periodización, la noción de espacio o área que debía cubrir la recopilación de mate-

rias "literarias" vario considerablemente. Aunque siempre haya coexistido la demarcación regional (hay crónicas sobre el Perú, la Nueva Granada, Nueva España o de la América Meridional y Septentrional) y una visión más continental (hay historias de las Indias Occidentales, de la América Hispana, del Nuevo Mundo), las recopilaciones de León Pinelo, de Andreas Schott y Nicolás Antonio comprendieron las producciones y los autores no sólo de las Indias (de Tierra Firme, Brasil y La Florida) y España, sino incluso del Nuevo Orbe: esto es que incorporaron hasta la Etiopía (por lo menos en el caso de Anderas Shott). El *Epítome* de León Pinelo recogió —y por lo tanto diferenciaba los niveles geo-políticos regionales y más globales— las historias generales de las Indias y las historias parciales de La Florida, Nuevo México, Nueva España, Filipinas y las Molucas, del Río de la Plata, del Marañón, de El Dorado, y de Santa Cruz del Brasil.

En las bibliotecas del siglo XVIII, como en el caso de Eguiara y Eguren, el área tomada en cuenta se vio más recortada. Se redujo a México, pero con una noción de la mexicanidad lo bastante laxa para permitir la incorporación de autores de Colombia, Venezuela, Guatemala, Honduras, Cuba, Perú y Puerto Rico, con tal de que hubiesen estudiado o vivido en el Virreinato de Nueva España.

De esto se puede desprender que ya durante la Colonia existían en forma incipiente las condiciones geo-políticas que servirían de base para los nacionalismos posteriores. Al parecer, la tendencia a la visión de conjunto como la atención a lo regional coexistió en igual medida, aún cuando en el siglo XIX prevaleció finalmente en los estudios históricos una perspectiva más preocupada por exaltar los valores nacionales en desmedro de un americanismo político y cultural.

Esta jerarquización de lo regional ya se iba manifestando a lo largo del siglo XVIII, sobre todo en los trabajos histórico-literarios o crítico-bibliográficos, bien pudiendo responder a una mayor acuciosidad en el estudio de las realidades que se iban perfilando como "patrias", o bien porque ya el volumen de materiales hubiese podido ser tan considerable que exigía el recorte del trabajo

regional. En todo caso pareciera tratarse de una opción político-cultural nada inocente.

De todas formas, el hecho de que aparezca una *Bibliotheca Mexicana* en 1755, y que opte por hablar de “nuestros indios” y “nuestra patria” con una disposición histórica del material contemplado, presenta las marcas semánticas de un sujeto social que sentía la capacidad de conducir y representar el destino de la comunidad de una región.

La labor catalogadora que se había realizado durante la Colonia fundó las bases de una tradición literaria. Lo que no quiere decir que no pueda haber otras tradiciones. Ella configuró bajo el concepto prestigiado de lo que debía ser lo literario (basado en el criterio de libro impreso, en el preceptismo literario del renacimiento europeo y el aura del hombre de letras, cristiano e occidentoparlante), un *corpus* que la historia literaria posterior en cierto modo siguió legitimando.

Pero a despecho de este legado, debemos reconocer –como lo señalara cierta vez José Antonio Portuondo– que “la historiografía literaria hispanoamericana nació del propósito de afirmar la personalidad cultural de nuestras tierras negada por ciertos críticos del otro lado del Atlántico”, además de constituir una tarea impostergable el rescatar y sistematizar cualquiera de las tradiciones de Nuestra América.

2. EL HISTORICISMO LIBERAL Y LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE HEGEL

Se ha señalado en innumerables oportunidades que el siglo XIX es el siglo de la historia: porque profundos cambios sacuden el orden tradicional; porque surge la compulsiva necesidad frente a la fundación de órdenes nuevos escribir o inventar los pasados y las tradiciones; porque el nuevo sujeto que irrumpe en la escena

¹⁸ José Antonio Portuondo, “Períodos y generaciones en la historiografía literaria hispanoamericana”, en *Cuadernos Americanos*, N.º 3, 1948. p. 231.

política necesita legitimarse con el ropaje del discurso historiográfico. Precisemos: una concepción moderna de la historia que todo lo invade. Acontecimientos de gran envergadura –la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas, los movimientos de liberación nacional, el avance de la civilización burguesa, la agudización de los conflictos de clase, las revoluciones de 1830 y 1848, la desarticulación de las estructuras monárquicas, una mentalidad desacralizada de la vida, un creciente proceso de democratización– remecen considerables masas humanas. La percepción de que el orden de las cosas fue susceptible de ser modificado y la sensación de cambio todo lo permeaba. Hubo una conciencia de que el mundo se transformaba, y de que cada individuo y toda la humanidad estaba incorporada al movimiento histórico.

Surgió una nueva relación del hombre con el mundo que le obligaba a modificar el modo de conocerlo. Se percató de que el carácter inestable de la realidad no era un estado reciente, sino que era su condición permanente. La nueva conciencia emergente planteaba su relación con las cosas y con el saber de ellas en términos históricos. Se reconoció que el movimiento histórico no era caótico ni absurdo; tenía una regularidad susceptible de ser traducido en leyes. No habría ahora conocimiento que no entregase una representación de su objeto de estudio como el resultado de un constante devenir, que tuviese un origen y que se hubiese desenvuelto en un lapso de tiempo determinado, y que si ha llegado a ser lo que es, era gracias a este proceso. La necesidad de encontrar los orígenes de todo lo que era pensable fue una obsesión que se disparó con esa modernidad. Ahora las realidades no deseaban ser preservadas sino transformadas en vista de un futuro promisorio de bonanza social. La idea del *progreso* no sólo hizo mirar los intelectuales hacia delante, sino también y, sobre todo, hacia atrás, construyendo pasados, causas y efectos que explicasen cómo se podía salir de la tradición y entrar en la modernidad.

La episteme del saber del siglo XIX restablecía el mundo de las empiricidades, pero no para mostrar las identidades y las diferencias en una taxonomía universal, sino como un espacio hecho de

organizaciones, de relaciones internas entre los elementos cuyo conjunto aseguraba una función. Mostraba que estas organizaciones fueron discontinuas, que no formaban un cuadro de simultaneidades sin rupturas, sino que algunas fueron del mismo nivel, en tanto que otras trazaban series o sucesiones lineales¹⁹.

Los principios organizadores de este nuevo espacio serán *la analogía y la sucesión*. Estas organizaciones podían ocupar emplazamientos cercanos, unas podían haberse formado al mismo tiempo que otras, y unas inmediatamente después de otras. Se construyó un saber que organizaba las entidades en el devenir de las sucesiones. El orden clásico distribuía las identidades y las diferencias de las cosas en un espacio permanente de la cuadrícula.

En el siglo XIX la escritura de la historia va a desplegar en una serie temporal las analogías que relacionan unas con otras las organizaciones distintas. La historia no debía entenderse como la compilación de las sucesiones de hechos, sino como el modo de ser de las empiricidades, para afirmarlas, disponerlas y repartirlas en el espacio del saber para eventuales ciencias posibles: define el lugar de lo empírico, crea el espacio en el cual el mundo forma el ser que le es propio, más allá de cualquier cronología establecida²⁰.

En este sentido, la episteme del siglo XIX no reproduce en el conocimiento la transparencia de las cosas; el saber no es semejante a ellas; sino que crea un espacio diferente donde se funda el ser de las cosas en calidad de su condición empírica. El conocimiento produce el efecto ideológico de la empiricidad. Así, la cultura europea se inventó una profundidad en la que no se trataba de cuadros permanentes, sino de las grandes fuerzas desarrolladas a partir de su origen, de la causalidad y de la historia.

Por ello, una de las preocupaciones que monopolizó el interés de los intelectuales fue la producción de discursos propiamente históricos, referidos de manera especial a desentrañar la esencia individualizadora de los pueblos, el perfil de su nacionalidad, su

identidad a través de la sucesión en el tiempo, la dialéctica entre su esencia permanente y sus mutaciones en la historia. Se conjugaron la preocupación por los orígenes y el diseño de líneas prospectivas: el ser nacional en la historia.

El surgimiento de la producción historiográfica (fuese de historias literarias, políticas, de las costumbres, de la lengua, de la economía) estuvo estrechamente ligado, en términos generales y en otro plano, a las consecuencias de la revolución industrial, el liberalismo como marco ideológico que controlaba la base de las formaciones discursivas, y la creación del Estado moderno. Aunque parezca abrupta y mecánica la relación, el triunfo histórico de la burguesía llevó a una redefinición de la lectura que se había hecho del pasado; mejor aún, la producción de conocimientos sólo se considerara legítima si se la hacía sobre las premisas de lo histórico: primero, la burguesía hizo entrar en crisis la percepción inamovible de la sociedad —que entronizaron las monarquías feudales—; segundo, al instaurar una percepción dinámica de las cosas, entregó una concepción lineal y sucesiva de ellas; y, tercero, ella misma concibió su momento histórico como la etapa culminante de un proceso anterior, con lo cual cumplió con dos objetivos claves: justificó su triunfo mediante el quiebre de la episteme tradicional y la creación de un sistema epistemológico que fue esencialmente histórico, es decir, en su base esencialmente mutante. Como nuevo sujeto histórico proyectó su identidad no genealógica —carecía de apellidos y de abolengos rancios— sobre otras operaciones de comprensión de las realidades sociales. La naturaleza del discurso histórico fue su justificación.

El liberalismo enmarcó una serie de discursos sociales (científicos, políticos, económicos, filosóficos, religiosos, y literarios) que estructuraron el proyecto de ascenso y consolidación históricos de la burguesía. Ofreció también respuestas adecuadas tanto en la construcción de un tipo de discurso histórico (el *historicismo*) como en una representación no menos convincente del espacio geográfico, ajustados a los intereses de esta clase en ascenso.

Se pueden establecer homologías entre los diversos niveles de la realidad: entre las formaciones sociales, los proyectos económicos y

¹⁹ Michel Foucault, *op. cit.*

²⁰ *Ibid.*, pp. 213-217.

sus modelizaciones discursivas. Concretamente, relaciones necesarias y coherentes entre una burguesía europea en su etapa industrial expansionista; el derecho natural del *free trade* como expresión del ejercicio de la libertad individual; el incremento de la riqueza personal como un bien social; la fe en el progreso basado en el desarrollo de las fuerzas productivas existentes; la necesidad de un Estado fuerte para mantener el orden y asegurar la libre empresa internacional; una concepción de la historia que, aunque secularizada, seguía atada a un esquema providencialista que permitía, dada la percepción finalista que la burguesía tenía de su propio quehacer, describir el proceso histórico de la humanidad en términos de un evolucionismo, cuyas etapas se sucedían en una cadena de sentido orientadas desde formas primitivas a formas más perfectas, y que la comprensión del proceso sólo se lograba mediante la puesta en relación de cada etapa con la anterior; y, finalmente, la fe depositada en la Razón hizo posible el desarrollo de un discurso con un nivel de abstracción y rigurosidad (*Las Lecciones de la Filosofía de la Historia* que Hegel dio entre 1823 y 1827 fueron la muestra acabada de ello) que terminó por configurar la necesaria solvencia y garantía universal del liberalismo, que consagraba, bajo una lógica formal, una serie de supuestos que se tenían como verdades "naturales" por último adecuadas a la representación imaginaria del proyecto histórico de la burguesía en su nueva etapa expansiva.

Esto es, una articulación de los discursos históricos y filosóficos (en particular *La filosofía de la historia* de Hegel) con aquellos que conformaban el pensamiento liberal (Locke, Bentham, Smith, Turgot, Burke, Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Tocqueville). En este sentido, la obra del filósofo alemán entregó una visión orgánica y sistematizada del universo, espacio límite requerido para la propagación de las nuevas condiciones económicas de la burguesía europea. La filosofía Georg Wilhelm Friedrich Hegel trazó brillantemente una estrategia globalizadora del orbe: al ser el "espíritu" uno e indivisible, pero históricamente transhumante, unidimensionalizó el mundo al tiempo que jerarquizó zonas geográficas centrales de la modernidad y marginalizó otras.

Naturalmente, aunque la forma de saber histórico se institucionalizó en el siglo XIX, ya se venía gestando en la centuria anterior con la obra de historiadores y filósofos como Vico, Hume, Gibbon, Condorcet, Montesquieu, y a finales del siglo XVIII con los decisivos aportes de Herder. Pero, de alguna forma, se puede considerar que este proceso culminó en el pensamiento de Hegel. Autentificó conceptos medulares del pensamiento liberal: como, por ejemplo, el progreso ilimitado de las formas sociales; el sentido perfectible de las formaciones humanas; Europa como centro de irradiación de la cultura, porque en ella se había concretado la más elevada forma de espiritualidad e historicidad hasta entonces conocida; la aspiración de las zonas periféricas a realizarse dentro del espacio de la civilización europea; y la concepción del Estado moderno como la forma más perfecta de realización de la Razón de las libertades individuales.

La filosofía "idealista" del pensador alemán validó la razón occidental y legitimó como proceso civilizatorio las nuevas situaciones coloniales que propiciaba el euro-imperialismo.

A despecho de una simplificación necesaria, podemos trazar ciertas correspondencias entre la apología que las teorías liberales hicieron de la libertad económica y política con la concepción hegeliana de la historia universal como realización en etapas progresivas y perfectibles de la libertad del Espíritu; la apelación que las burguesías hicieron por un gobierno parlamentario y republicano que protegiera la industria y el comercio, conservando al mismo tiempo el carácter fuertemente centralizado del Estado según la teoría hegeliana; la simetría entre el desarrollo de las condiciones materiales de producción signadas por la revolución industrial y centralizados en algunos países europeos, con la siguiente división internacional del trabajo, y el corolario necesario de involucrar a las "colonias" dentro de la órbita económica y política europea. Irónicamente las tesis de Buffon y de Pauw acerca de la inferioridad del Nuevo Mundo se refuncionalizaron con la filosofía hegeliana. La razón ilustrada, geo-políticamente ubicada en Europa, argumentó de nuevo el carácter inorgánico e informe

de la América, dado que ninguna forma del Espíritu universal se había podido concretar allí, así permanecería fuera de las formas de la civilización y, por ende, de la historia. Sólo podría reconocerse y existir re-produciendo las formas occidentales.

Hegel terminaba por configurar la concepción que de la América necesitaban los europeos, favoreciendo las condiciones ideológicas que llevarían a muchos intelectuales y sectores sociales dominantes hispanoamericanos a internalizar esta visión y asumirse dentro de los marcos de este eurocentrismo para poder representarse dentro de una historia (otra) y de una civilización (otra), sin advertir del todo en su momento que bajo la panacea del "progreso", del "evolucionismo historicista", del "liberalismo económico", se estaban creando las nuevas formas de dependencia económica y cultural, y también nuevas situaciones coloniales propiciadas por la modernidad.

La coherencia discursiva puede opacar las falacias ocultas en las formas ideológicas. Tratemos de explicitar la lógica de esta falacia: el racionalismo iluminista determinó la concepción historicista de las formas sociales y culturales; en consecuencia, su proceso evolutivo perfectible; la relativización de las formas culturales llevó a la distinción de pueblos más desarrollados que otros, pero que en su conjunto configuraban la totalidad de la historia humana; luego, para tener alguna forma de historia había que tener alguna forma de cultura (occidental); sin ésta, se carecía de historia; por consiguiente, para tener historia había que abrazar las formas culturales reconocidas; sólo así se entraba en la ley del progreso. El ángulo de visión de la ideología del progreso modernizante obliteró en la mirada de buena parte de letrados diversas formas sociales, culturales y modalidades de historizarse que nada tenían que ver con las técnicas ilustradas occidentales.

La filosofía de la historia de Hegel le dio al liberalismo del siglo XIX la "razón" de convertirse en la "filosofía" (léase *ideología* en el sentido que Marx dirá de ella) de su historia con validez universal, porque internacionalizó las condiciones materiales del capitalismo y mundializó de la representación europea de la historia del Espí-

ritu. Hasta ese momento el naciente historicismo carecía de una base argumental sólida que le diese una proyección de sentido a la historia del liberalismo; y fue precisamente Hegel quien propuso la razón que rigiese la historia, la justificación racional que hizo de Europa el centro del universo haciendo coincidir el Espíritu universal con la civilización europea en su forma más perfecta de libertad y racionalidad²¹.

Según Hegel, en Europa la historia se hacía conciencia, se pensaba a sí misma, y, por ende, fue a partir de ella que se podía pensar la razón de la historia de los demás pueblos. Por encima de lo contingente, Hegel encontró una instancia que todo lo trascendía, y en ella depositó el fin último de la historia: fue una inteligencia superior, una razón o espíritu, que se concretaba en los pueblos para realizarse a través de ellos, y estos a través del Espíritu. En una operación evidentemente ideológica, Hegel ubicó el origen del Espíritu en los pueblos asiáticos; y su manifestación "superior" en el pueblo germánico, donde finalizaba la historia.

Hegel hacía una clara distinción entre naturaleza e historia, fundamentando la existencia de ésta en una jerarquización del espacio geográfico. Esta demarcación le permitía diseñar una geografía "universal" en la cual habría zonas habilitadas para realizarse en la historia y otras no. Su idealismo no escapaba a un determinismo que prefiguraba de algún modo el positivismo comtiano.

Concebía la naturaleza como un estrato de la realidad sin historia; aún más, antihistórico. Estaba llena de una variedad de especies clasificables cuyas alteraciones no significaban ningún cambio. La naturaleza no podía tener una revolución real. Así, los cambios aparentes que se producían en ella obedecían a una lógica accidental. Por lo tanto, constituía una realidad arbitraria, y, finalmente, incapaz de producir formas lógicas. La naturaleza no podía ser pensada dentro del espacio del Espíritu, de la Razón y de la

²¹ Cfr. Jorge Guillermo Hegel, "Lecciones sobre la filosofía de la historia universal", *Revista de Occidente Argentina*, 2 tomos, Buenos Aires, 1946.

Historia. Las consecuencias fueron previsibles además de calamitosas: aquello que se homologaba a las condiciones de la naturaleza (como lo sería la América en el pensamiento de Hegel) permanecería también fuera de la historia.

Hegel dividió la geografía universal en el "Viejo" y el "Nuevo Mundo". La base argumental para establecer la diferencia entre ambos fue determinante para legitimar la "inmadurez" de América. El Viejo Mundo lo configuraban los continentes de Europa, Asia y África, que, dispuestos alrededor del mar Mediterráneo —centro del universo— guardaban un perfecto equilibrio triádico, lo cual permitió la concreción histórica de las diversas formas que había ido adquiriendo la libertad del Espíritu en los diferentes pueblos y culturas. Este había seguido en su movimiento evolutivo una dirección de sentido de este a oeste, y se había realizado históricamente sólo en los pueblos de Oriente, Grecia-Roma y Europa.

En cambio el Nuevo Mundo —argumentaba Hegel— no sólo fue nuevo por el hecho de que América y Australia no habían sido conocidas hasta hacía poco por los europeos, sino que eran absolutamente nuevas por "todos sus caracteres propios, físicos y políticos". América no guardaba una distribución equilibrada (triádica) de las masas geográficas, por cuanto, por un lado, éstas tenían una orientación de norte a sur, imposibilitando "naturalmente" el flujo dinámico del espíritu, que seguía una dirección contraria, y, por otro lado, América estaba dividida en dos partes unidas por una tercera, un istmo, que no podía configurar parte alguna. Este desequilibrio —concebido como obstáculo esencial— se hizo extensivo a la vida vegetal, animal y humana. Las condiciones geográficas no fueron apropiadas para que surgiese cultura alguna; los indígenas sucumbieron "al soplo de la actividad europea"; se advertían en animales y hombres igual inferioridad: "América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual."

El sentido hegeliano de la "inmadurez" de América, y del hombre americano, radicaba en que como había vivido en contacto con esa naturaleza se había visto alejado de la libertad y, por consiguiente,

cancelada su negociación con la "razón del ser", así como con la posibilidad de tener historia, evolución, progreso y hacerse "libre".

No es de extrañar pues que el pensamiento liberal en la América Hispana haya forjado la conocida tesis de "civilización" y "barbarie" dentro de los marcos de esta filosofía europea. También se pensó el continente americano como el cuerpo y a Europa como el espíritu. Todos estos esquemas estuvieron fundamentados sobre una base hegeliana. Más: el cuerpo letrado post-independentista fue formado dentro de los parámetros de la cultura europea; y no es de extrañar que el lugar cultural desde el cual pensaron la construcción de sus realidades hispanoamericanas lo hayan hecho ideológicamente desde las coordenadas europeas.

De este modo, Hegel ubicó a la América en el espacio de la *no-historicidad*, dotándola de una existencia suspendida, que irónicamente también podía revelarse como tierra del porvenir. América se quedó al margen de la historia: sin historia. Debería, por lo tanto, elaborar un *ersatz* (un sustituto) de la misma. Y, por lo visto, la única historia oficialmente válida para la América Latina en el siglo XIX fue la que asumió las premisas de un proyecto histórico (tanto de la imagen de su pasado, de su presente, como de su futuro) articulado sobre las bases de aquellos que la pensaron como un necesario apéndice del mundo europeo. El mismo Hegel dijo: "todo cuanto en América sucede tiene su origen en Europa"²².

Para Hegel la estructura de la historia estuvo concebida dentro de un evolucionismo teleológico que propuso la perfectibilidad del Espíritu universal. Este proceso comprendía una serie de fases (períodos y pueblos) donde ese espíritu se había objetivado y realizado en tanto conocimiento de sí mismo. Es importante destacar que el sujeto de la historia es éste Espíritu que va "progresando" en etapas sucesivas hasta alcanzar formas supremas de conciencia de sí mismo. Los pueblos sólo existen en la historia por medio de ese Espíritu que los encarna momentáneamente. Una vez cumpli-

²² Lecciones sobre la filosofía de la historia universal, *ibid.*, vol. 2, p. 114.

dos sus ciclos quedan al margen de esa historia – que sigue su curso – y estos permanecen en el limbo, sin otra posibilidad de evolución y de conciencia.

El determinismo subyacente en la filosofía de Hegel reveló una adecuada justificación – políticamente inconsciente – del proceso histórico que se estaba llevando a cabo en Occidente, autorizando su movilidad conquistadora frente a los espacios restantes, tenidos por zonas pasivas y estériles a la espera de ser colonizadas. La occidentalización del mundo bajo la égida de la nueva cultura de la modernización liberal no fue vivida por los núcleos hegemónicos urbanos en términos de colonización – aunque hubo voces disidentes al respecto –, sino más bien como entrada en *la* historia.

Bajo una concepción que incorporó el esquema del organicismo de la Ilustración, Hegel observó un progreso en las fases de crecimiento del Espíritu universal: la primera, encarnada en el mundo oriental, era comparable con el espíritu infantil, por cuanto que en ella el Espíritu existió con una sola individualidad libre (del tirano); en la segunda fase (la juventud de Grecia y Roma), la conciencia de libertad del Espíritu se expandió, pero fue aún imperfecto (eran libres sólo algunos); en la tercera fase de madurez (el mundo cristiano y la Europa moderna) el Espíritu avanzó desde esta parcialidad a la pura universalidad de la libertad (ya todo hombre era libre). Y el estado de la civilización – argumentaba Hegel – que representó esa libertad absoluta coincidía con el máximo desarrollo de las fuerzas materiales del capitalismo. La plena autoconciencia del Espíritu hegeliano no era otra cosa que un sofisticado entramado retórico-filosófico que la moderna burguesía propició convenientemente y apoyó como uno de los sistemas de pensamiento más “serios” y fructíferos para autentificar las gestiones imperialistas del capitalismo europeo. El fin de la historia universal empalmaba con el proyecto liberal; y así mismo lo explicita Hegel al finalizar sus lecciones:

[...] la existencia material de Inglaterra se halla fundada en el comercio y la industria. Los ingleses han tomado sobre sí el gran des-

tino de ser los miramundos de la civilización en el mundo entero; su espíritu mercantil les impulsó a recorrer todos los mares y todos los países, a entablar relaciones con los pueblos bárbaros, a despertar en ellos las necesidades y la industria, y sobre todo asegurar las condiciones del comercio, a saber, la supresión de las violencias, el respeto a la propiedad y la hospitalidad²³.

El discurso hegeliano autentificó en una doble dirección ideológica la legitimidad universal de la difusión de los principios del librecambismo como bandera del progreso y de la civilización. Decimos en una doble dirección porque ideológicamente propuso una representación del espacio de las relaciones sociales en términos de una ampliación geopolítica, donde una de las partes se erigió en dadora natural de razón y poder (Inglaterra y Francia) y otra en receptora también natural de cultura y opresión (América Latina); una se pensó como civilización, espíritu, ley; la otra como barbarie, cuerpo, y sin razón. Pero también en una dirección inversamente proporcional: la primera, al aparecer como dadora fue esencialmente extractora de materias primas; la segunda, además de receptora de enlatados de los países nor-atlánticos, fue y sigue siendo básicamente dadora.

La filosofía de la historia de Hegel, en este sentido, ofreció un modelo epistemológico para que los países marginados se insertasen en el “proceso de la historia”. Constituyó un discurso que propuso el acatamiento de roles de dominación (los que diseñaban el espacio cultural y el sentido de la historia) y de dependencia (los que asumían las condiciones de carencia, vacío y ahistoricidad). Controló y redefinió los mecanismos de una moderna situación de colonización, pero también permitió a los nuevos grupos dominantes hispanoamericanos realizar el proyecto fundacional de las naciones dentro de los marcos conceptuales de la historia utópica del Progreso y re-diseñar la imagen del pasado en función de la necesaria marcha de los pueblos desde las tinieblas (la Colonia

²³ *Ibid.*, vol., p. 325.

española) hacia la libertad (la Independencia y la vinculación con mundo capitalista industrializado).

Las consecuencias en la producción intelectual hispanoamericana fueron previsibles dentro de este marco: el pensamiento liberal hispanoamericano –por lo menos la tendencia más eurocentrista– operó sobre la afirmación de supuestos que revelaban sólo una faz de la superficie, ocultando al mismo tiempo toda la problemática ideológica de la argumentación. Por ejemplo, no en pocos casos, los proyectos de una literatura nacional representaban su realidad referencial en términos adánicos, es decir, se miraban como nos miraba Europa: el deseo del otro aparecía como propio; el ojo ajeno pasaba a ser el ojo con que se miraban las realidades americanas. Europa construía a América como tarjeta postal; y la tarjeta postal era luego contemplada como representación fotográfica. Colonización de la mirada/colonización del imaginario. José Victorino Lastarria dirá: “La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, *tan nueva* en sus hermosos atavíos, permanece *virgen*; todavía *no ha sido interrogada, aguarda* que el genio de sus hijos la *explote*”²⁴. O en palabras de Domingo Faustino Sarmiento: “¿Hemos de abandonar un suelo de los más privilegiados de la América, a las *devastaciones* de la barbarie, mantener cien ríos navegables *abandonados* a las aves acuáticas? [...] ¿Hemos de cerrar voluntariamente la puerta a la inmigración europea (...) para *poblar* nuestros *desiertos* (...)? Después de la Europa, ¿hay otro mundo cristiano civilizable y *desierto* que la América?”²⁵.

Son valoraciones que parecieran reproducir a las de Hegel. Y es la imagen ideologizada de América la que se está duplicando al interior del continente, cumpliéndose la reproducción de las condiciones ideológicas de la expansión del liberalismo europeo. Es

²⁴ Cfr. *Recuerdos literarios. Datos para la historia de la América Española y del progreso intelectual en Chile*, Librería de M. Salvat, Santiago, de Chile, 1885 (primera edición 1878), p. 28. El énfasis es nuestro.

²⁵ Cfr. *Facundo. Civilización y Barbarie*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1969, p. 16. El énfasis es nuestro.

decir, la imagen de la América Latina sin historia, sin sociabilidad, recién nacida, desierta, tal como la imaginaron los europeos, desde Buffon hasta Hegel, y aquellos americanos para quienes resultaba conveniente iniciar la fundación de la vida cultural de la nación a partir del XIX para insertar su verdadera historia en la órbita occidental.

Correspondió a los historiadores –liberales y conservadores sin mayor distinción– formalizar en su producción intelectual las preferencias de las elites, que, como hemos señalado, se ajustaban a los axiomas básicos del historicismo liberal. Aunque en el plano de los discursos históricos se puede reconocer una tendencia conservadora y otra liberal por las distintas valoraciones que hacían en torno a los mismos hechos, en el fondo la división no fue tajante, ya que compartían concepciones comunes dado que eran variantes ideológicas de los mismos sectores dominantes, fuesen estos de la vieja o de la nueva oligarquía. Además, la hibridación que se dio en la práctica entre el pensamiento liberal y el conservador permitió observar concepciones que traducían la visión que estos grupos tenían de su proceso histórico²⁶.

Por las vías del hispanismo o por el apego a modelos no hispánicos, la historiografía hispanoamericana (literaria, política, y social) tuvo a Europa como paradigma. Los historiadores concebían la historia como un movimiento teleológico orientado hacia la realización de sus propios objetivos, es decir, los de su clase. Repro-

²⁶ Bradford Burns en su libro *La Pobreza del progreso* dedica un capítulo a la historiografía liberal, “Presentación y glorificación de la preferencia de las elites”, en el cual subraya que las diferencias ideológicas entre ambas posiciones se reducían a cuestiones de valoración. Por ejemplo, en la polémica que mantuvieron en México Lucas Alamán y José María Luis Mora, Alamán afirmaba que Hernán Cortés fundó México y que el pasado colonial benefició a la nación azteca; para él España era el paradigma a seguir; y en relación a la Independencia, Hidalgo era un demagogo e Iturbide el héroe. Mora, en cambio, entendió la Independencia como un movimiento integral, que había sido iniciado con Hidalgo. Con la revolución terminaba la tiranía española y emergía la nación mexicana. En resumidas cuentas, dice Burns, los historiadores liberales y conservadores invocaban la supremacía política, económica y social de la elite criolla. *Op. cit.*, pp. 48-65.

ducían interesadamente para sí las premisas básicas de la filosofía de la historia hegeliana: la supuesta libertad de ese Espíritu encarnado en la asimilación del progreso material europeo constituyó *la última ratio* que dictaminaba sobre los hechos del pasado. En todo caso veían la historia como un proceso perfectible que se iba depurando de los obstáculos –entre ellos, de los elementos de la realidad americana o el bagaje cultural español– que impedían el progreso de los países de este lado del Atlántico, por ende, que se realizaran históricamente. Parecía que escribir la historia era un gesto que ya gravitaba dentro de la órbita metropolitana o al menos sobre premisas occidentales: representándose en la ficción del discurso histórico era ejercitar todos los cercos de la escritura, que era como decir los controles y supuestos de la ciudad letrada.

Precisamente los discursos históricos nacieron bajo la preocupación de fundamentar la identidad histórica nacional. Significaron, por lo tanto, un balance retrospectivo y prospectivo del pasado colonial (para enjuiciarlo o aprobarlo), del proceso de emancipación y de la organización postindependentista.

La historia dentro de la perspectiva liberal cumplió una función muy particular. Así lo señalaba Diego Barros Arana cuando subrayaba que la historia permitía observar en términos generales la evolución progresiva de la humanidad y apreciar aquellas leyes morales que determinaban este desarrollo.

Como el problema era cimentar las bases de una futura nacionalidad, los historiadores creyeron que el desarrollo dentro del espacio de la Europa moderna podía darles el anhelado progreso, compararon sus países con el crecimiento de una persona, en el cual el pasado indígena correspondía a la infancia, y la progresiva europeización al estado de madurez. La meta era alcanzar la independencia de la tutela española para realizarse como naciones libres, considerando ese pasado como etapa necesariamente preparatoria.

La reproducción del modelo europeo como patrón civilizador a seguir determinó ideológicamente que concibieran el origen de sus historias a partir de la llegada de los conquistadores españo-

les, silenciando no solo el riquísimo pasado indígena, sino obteniendo la posibilidad de reconocer las culturas populares (entre ellas las indígenas), que seguían aún vivas a lo largo de la Colonia y de la República²⁷.

La operación que controlaba esta problemática ideológica conducía a que para constituirse en “ser histórico” –esto era en posibilidad histórica– debían concebirse dentro de una concepción netamente hispanista, lo que les autorizaba a considerarse “hijos legítimos” –o prolongaciones legítimas– de la civilización europea a través del legado español.

De este modo, los historiadores consagraron los gustos y valores de la elite, y entregaron en su obra una representación totalizadora de la historia nacional, exacerbando el patriotismo en las masas populares a través de la mitificación de individualidades ejemplares sobre quienes descansaba la responsabilidad histórica. El sector popular quedó excluido; silenciadas sus manifestaciones culturales, y borradas las manifestaciones sociales de las etnias indígenas y afro-americanas. El potencial existente de la América Hispana fue condenado al silenciamiento.

Los presupuestos de la historiografía liberal fueron ganando cada vez más aceptación en el ámbito sociocultural de la población, aun cuando perjudicaron a la inmensa mayoría. Terminaron por imponer un sentido e imagen de la nacionalidad distorsionada con respecto a las condiciones reales de los países y de sus pueblos, pero adecuado al efecto de realidad nacional que las elites buscaban, y también conveniente a los intereses de las elites liberales metropolitanas.

²⁷ En la práctica se dieron variables dentro de las interpretaciones históricas de la realidad que hacían menos simple este panorama. En casos, la historiografía conservadora rescataba las culturas indígenas pero como pasado clausurado, como etapa *pre-hispánica*. También la historiografía liberal más americanista aceptaba el aporte indígena, pero inclusive mediatizado a través de la cultura hispánica. Y en raras oportunidades lograban reconocer la existencia de una cultura popular oral en español. Estas variables de la tendencia general, más que revelar sus contradicciones, mostraba el carácter problemático, que asumía la construcción del discurso histórico-cultural.

Es interesante destacar cómo el surgimiento del pensamiento histórico moderno en la América Hispánica en manos de los criollos del siglo XVIII estuvo profundamente articulado con el sentimiento de patria o de nación que estos sectores alimentaron como dispositivo para independizarse de España. Les interesaba definirse como diferentes a la tradición hispánica. Por lo tanto, la fundamentación de sus argumentos en la celebración de la cultura y mitos prehispánicos como capital simbólico de su identidad pre-nacionalista permitieron, en ese momento, producir el efecto de un sentimiento nacional oportuno para lograr no sólo su cohesión como grupo, sino como palanca coyuntural para el cambio. Convenía, quizás sólo por razones estratégicas, desasimilarse al hispanismo peninsular.

Sin embargo, el nacionalismo del liberalismo postindependen-tista retomó la herencia hispánica y el cristianismo como factores estructurantes de la unidad nacional y como sustrato ideológico de las naciones modernas, herencia que combinó elementos europeos o aspectos americanos según el caso. El legado indígena constituía más que nada un obstáculo epistemológico que no entraba dentro de la teoría del progreso.

Los discursos históricos en la Hispanoamérica del siglo XIX se sostuvieron sobre una base epistemológica deudora del historicismo liberal; y aunque *La filosofía de la historia* de Hegel no fue en sí determinante y sólo configuró una de las tantas formaciones discursivas que de un modo más o menos acabado hizo viable el marco teórico requerido para universalizar el liberalismo, conformó un horizonte lo suficientemente coherente durante décadas que favoreció el surgimiento y consolidación de unas zonas "desarrolladas" y otras "subdesarrolladas", como una necesaria correlación de partes que el lenguaje cuidó en velar.

3. LA ESCRITURA DE LA HISTORIA: LA ESPECIFICIDAD DIFERENCIAL

Las historias literarias surgieron estrechamente ligadas con el nacionalismo político del siglo XIX. De allí que se vea como natural

establecer la relación una relación arbitraria misma tradición del fenómeno consustancia

Tomamos con frecuencia diferentes literaturas a la vez —aunque involuntariamente— los límites de la identidad de un sistema literario y las fronteras que impone las fronteras que impone. En otras palabras estrechamente ligado, de los estados nacionales de la nación —su territorio y lengua— con el país debían haber nacido y escrito su obra en ese territorio y en ese idioma. Cualquier tipo de excedente literario quedaba fuera de las fronteras político-culturales. Hoy en día estas observaciones son más comunes: la producción cultural de un grupo étnico puede darse en varias naciones (área andina quechua-hablante, zona del Caribe); un sistema literario puede estar conformado por muchas naciones (la literatura hispano-americana); o en un Estado-nación coexistir varios sistemas literarios pertenecientes a diferentes pueblos con distintas lenguas (Paraguay, Bolivia, Brasil, Haití, México, Guatemala, Surinam y Puerto Rico)²⁸.

²⁸ En estos momentos, mientras reviso este libro en su segunda edición, los procesos de crisis y recomposición de los estados nacionales es tan vertiginoso debido a múltiples razones (la caída del socialismo, los flujos migratorios y telemáticos, la globalización de la economía, el proceso de mundialización cultural y mediática, el descentramiento de poderes y sujetos, el descrédito de las narrativas monofónicas fundacionales) que han provocado la obsolescencia de la idea de nación ligada a un espacio territorial. La condición desterritorializada de sujetos, identidades, locación de poderes, está llevando una intensa reflexión no sólo de la categoría "histórica" y, por lo visto, provisoria de "nación" y "literatura nacional", sino a su re-funcionalización en virtud de las nuevas condiciones que hibridizan las categorías que la modernidad construyó como entidades monolíticas y unidimensionales. La fecha de escritura de

La asimilación de literatura/nación –y, por ende, la historia literaria como la historia de la “evolución del espíritu nacional”– fue una operación que sirvió a los intereses de la burguesía europea históricamente triunfante. Así lo apuntaba José Carlos Mariátegui en 1928 cuando escribía su “proceso a la literatura peruana”, donde problematizaba esta concepción por lo poco adecuada que resultaba para dar cuenta de su país:

El florecimiento de las literaturas nacionales coincide, en la historia de Occidente, con la afirmación política de la idea nacional [...] con la revolución liberal y el orden capitalista [...]. El “nacionalismo” en la historiografía literaria, es por tanto un fenómeno de la más pura rai-gambre política, extraño a la concepción estética del arte (...) La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable²⁹.

Afinando el carácter teórico de su planteamiento, precisaba “que el concepto de literatura nacional no traduce una realidad mensurable e idéntica”. Concebida la historia de la literatura peruana sobre la base de la lengua española como la categoría en que se halla depositada la nacionalidad literaria era y es a todas luces una quimera:

El dualismo quechua-español del Perú, no resuelto aún, hace de la literatura nacional un caso de excepción que no es posible estudiar con el método válido para las literaturas orgánicamente nacionales, nacidas y crecidas sin la intervención de una conquista³⁰.

Y es que la idea de nación/literatura, además de ser arbitraria, está forjada sobre un concepto de nación que supuso, en su

este libro (entre 1983 y 1985) se ubicó crucialmente en el límite de un período de cierre y apertura de la agenda de los debates de la crítica literaria y cultural latinoamericana; límite histórico de reflexión signado por lo que fue *La ciudad letrada* (1984) de Angel Rama, y que podría abrir el período postnacional, postcolonial y postmoderno.

²⁹ Cfr. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, op. cit., pp. 234-235.

³⁰ *Ibid.*, p. 236.

momento, la exigencia de *una* comunidad social, con *una* tradición histórica constituida, *una* lengua, *una* religión, *una* comunidad de territorio, de vida económica, que se traducían en *una* comunidad de cultura. Esta conceptualización unidimensional de la nación se verá reforzado con un concepto de literatura nacional igualmente homogeneizador: el Estado burgués requería para su consolidación (política y económica) la imposición de una lengua común, de un pueblo unido y de una literatura *escrita* en esa única lengua, y no precisamente por una prioridad idealmente cultural, sino por razones estrictamente de efectividad mercantil. La unidad lingüística tenía mucho más que ver con la unificación de la lengua de los contratos laborales y comerciales que con la idea de una hermandad espiritualmente monoparlante. Así, las lenguas regionales (por ejemplo, en el caso de los países europeos y los grupos étnicos no hispanohablantes, como en el caso de la América Hispana) quedaron marginadas o simplemente valoradas como “muertas”. El concepto de nación elaborado históricamente por el proyecto de la burguesía euro-occidental, y que luego se extendió hacia zonas del Tercer Mundo, resultó una categoría adecuada para las elites letradas de las periferias porque podían reproducir el deseado proyecto político de la modernidad de sus países; pero al mismo tiempo, no había disponible en la tradición letrada del momento otras categorías equivalentes que hubiesen permitido articular las realidades plurales y heterogéneas de las sociedades multiculturales. No en vano para estas latitudes fue una construcción doblemente imaginaria.

A pesar de que esta concepción del fenómeno literario resulta limitada y limitante, en su momento se ofrecía como la contrapartida renovadora –e históricamente necesaria y fructífera– de la llamada *Literaturgeschichte*. Se comprendía que la obra literaria era la expresión de la individualidad de un autor, sobre la cual incidían el clima, el medio y la raza, inmersa en una sociedad y en una época determinadas. El carácter de una literatura estaba anclado en una serie de factores contingentes –básicamente sociales diversos y de momentos históricos diferentes– que no podían hacer de

ella un objeto ahistórico, atemporal y universal: la ruptura con los preceptos neoclásicos eran definitivos.

El auge del historicismo liberal implicó que la apreciación de la literatura se relativizó. Se proclamó el carácter arbitrario de la normatividad universalizante que absolutizaba las obras extrapolándolas de su época y de su relación con otros fenómenos sociales. Se insistió en la necesidad de estudiar la literatura en tanto manifestación particular de sociedades concretas. Se consideró en forma positiva la diversidad de las culturas, porque también con el nuevo sentido empírico que permeaba el conocimiento se ponderó la existencia de diferentes climas, razas, geografías y costumbres como instancias que influían en la formación de una literatura. El intento de individualizar los pueblos se expresaría en este culto a los nacionalismos.

En consecuencia, interesó establecer la tipicidad de cada una de las literaturas a partir de rasgos ajenos al hecho estético, porque fue a través de estos que se especificará la nacionalidad de cada pueblo. Dentro de este marco también se entendió que el estudio de la literatura podía ser histórico y que su naturaleza podía ser cambiante. Se entendió que estas modificaciones estaban sometidas de alguna forma a leyes, que fueron comprendidas bajo una concepción evolucionista.

Así, la obra pasó a ser considerada como un documento histórico, mediante la cual el pasado podía ser restablecido en una cadena de momentos decisivos para fundamentar la profundidad del "espíritu nacional". Para ello, la correlación que se hizo entre lengua y nación condujo a la exhumación de aquellas obras literarias del pasado medieval como origen fundante de la nacionalidad.

De manera particular, en el contexto de la formación de las naciones europeas la elección de cierto pasado como período fundacional de la nación cumplía una función nada inocente. El objetivo prioritario era crear el efecto –aunque artificial– de una unidad nacional orgánica del presente pero proyectada hacia atrás. Pero el proyecto de unidad fomentado en el presente se planteaba más bien como la recuperación de una unidad perdida en el

esplendor de un pasado desaparecido, monumental y heroico de tiempos antiguos. Se hizo revivir al pueblo las tradiciones pretéritas como momentos gloriosos de la comunidad. También el mito del "terruño perdido", antiguo estado de perfección en que había existido la unidad aspirada, era la expresión ideologizada que el polo conservador de la burguesía liberal entregaba para ocultar y canalizar el carácter heterogéneo y conflictivo de las modernas realidades sociales que debían conformar los nuevos estados. El Estado-nación era un artefacto reciente, nuevo; pero la nacionalidad hubo que crearla como si hubiese sido de larga duración. El gesto de las fundaciones deseaba ocultarse detrás de complejas operaciones que lo desplazaban en el tiempo, creando precisamente esta inmensa ficción del pasado, de las tradiciones, de la historia.

De este modo, la Edad Media –sin duda idealizada– sirvió de panacea para cimentar el origen de la lengua nacional, concretándose a través de obras literarias (los poemas épicos), que, a la luz de las exigencias del liberalismo, sirvieron para ver en ellas los valores magnificados de una supuesta nacionalidad pasada, desvirtuada en los tiempos presentes. La masa de escritos históricos supuso que los pueblos, individualizados y definidos, eran identidades preexistentes; y de lo que se trataba era de rescatar esa identidad perdida en el tiempo.

En particular, los alemanes se erigieron en los apóstoles no sólo de la creación del Estado nacional –respaldados por las teorías de Hegel–, sino de la creación de toda la ideología del nacionalismo decimonónico. No es de extrañar que ante el carácter disperso de sus condiciones materiales fueran los pioneros en la elaboración de un cuerpo teórico que reemplazaba de manera ideológica la unidad que difícilmente existía en las formaciones sociales y económicas. De allí que fuesen precisamente ellos los que hicieron fecundos adelantos en la historia literaria.

Podemos concluir que en Europa el nuevo proyecto político-cultural pudo crear sin mayores contradicciones conceptuales una literatura nacional, que, al servicio de la nación moderna, se presentaba como una realidad de antiguo origen. La toma de una

conciencia histórica permitió elaborar con ella un objeto susceptible de transformaciones, pero cuya esencia de alguna forma permanecía inalterable. Casi nos atreveríamos a decir que lo que se buscaba con las historias literarias era crear un *efecto de historicidad* de la cultura nacional, entendida como el soporte de lo nacional a través de la unidad de la lengua. Al revés: el naciente nacionalismo europeo pudo fundamentar el efecto de su profundidad nacional gracias al historicismo literario. Por ello, la Edad Media fue representada como un atractivo espacio fundacional edulcorado, con una versión mística del cristianismo, que podía servir de hábil contrapeso a los agresivos tiempos modernos, donde la burguesía iba imponiendo una mentalidad crecientemente monetarizada y materialista. Clase y proyecto económico y social nuevos, sin tradición, con dispositivos tecnológicos autenticadores del poder: tal vez como nunca antes las tecnologías de la ficción a través de la escritura –gracias a la masificación de la imprenta– produjeron una proliferación de discursos cuyo impacto persuasivo fue rápidamente advertido por los nuevos sectores hegemónicos. Las implicaciones del poder imaginativo y representacional de/por la palabra fueron articuladas en buena medida a lo largo del siglo XIX en función del complejo tejido de las sensibilidades nacionales.

Quedó así consustanciado la idea de un origen de la nación anclado en el “pasado medieval” porque allí nacía la “única lengua” concretada en “obras maestras” que prefiguraron esa nacionalidad política.

En la América Hispana estas cuestiones tomaron otro cauce; al menos adquirieron un grado de problematicidad que revelaba la dificultad en adoptar mecánicamente los modelos y soluciones europeos.

Por varias razones, las historias literarias nacionales en Hispanoamérica surgieron en la segunda mitad del siglo XIX cuando la formación de los estados nacionales ya había alcanzado una relativa estabilidad. Hay diversos obstáculos, entre ellos, algunos de carácter político y otros de carácter epistemológico que posterga-

ron la escritura de estos géneros. Ello no invalida que haya habido una preocupación historicista a lo largo del proceso de constitución de los nacionalismos. Una cosa es el nacimiento de una conciencia nacional criolla y su registro en ciertos discursos de carácter histórico-cultural –ya presentes, como vimos, en el siglo XVIII–, y otra es la escritura propiamente dicha de las historias nacionales como expresión de otra conciencia histórica una vez constituidos los estados nacionales.

En todo caso, como las naciones en Hispanoamérica fueron creadas mediante un proceso bélico de larga duración, esto condicionó la aparición y naturaleza de la reflexión y la producción historiográfica. Por ejemplo, aquellos países que no sufrieron los estragos devastadores de las guerras de Independencia y donde las estructuras coloniales no se arraigaron con tanta profundidad –en cierto modo Chile y el Río de la Plata– pudieron consolidar más prontamente el Estado nacional, lo cual brindó un clima de estabilidad que facilitó esta labor intelectual. Es decir, presentaron condiciones más favorables para el debate intelectual dentro de un clima ideológico antiespañol, que facilitó un horizonte más despejado para la reflexión acerca de una cultura e historia literaria nacionales. Por otra parte, la hegemonía de las fuerzas conservadoras durante las primeras décadas obstaculizó, por un lado, el surgimiento de las historias literarias, pero por otro, estimuló la aparición de una intelectualidad más radicalmente liberal, que produjo una ensayística que trataba de delinear el perfil cultural e histórico de las futuras naciones. Fueron arenas de intenso debate.

Y es este vasto y no menos polémico conjunto de artículos los que conforman el *corpus* de la historiografía literaria hispanoamericana del siglo XIX, que, tal vez más crítico frente a lo que debía ser nuestra literatura e historia literaria nacionales, planteaba una serie de aspectos que resultan hoy de suma actualidad, sobre todo porque constituyen una rica veta para alimentar una perspectiva más latinoamericanista en la disciplina.

Las dificultades para articular lo que debía ser la literatura nacional, y, por ende, su historia, estaban en relación con el carác-

ter agresivamente antiespañolista que asumió el proceso de emancipación cultural. Y era lógico. España se identificaba como una tradición ajena al proyecto liberal. Entonces, ¿cómo inventar un pasado para reconocerse como nación en una *historia* de la literatura cuando ese pasado era rechazado por razones políticas? Y tampoco a estas alturas convenía demasiado reconocerse en el pasado indígena pre-hispánico. La modernidad no congeniaba con identidades no occidentales.

Si la idea de una literatura nacional que se manejaba estaba forjada sobre la unidad lingüística, el primer escollo radicaba en la carencia de una diferenciación con el idioma oficial de España y el dominante también en Hispanoamérica, una diferenciación de las literaturas americanas de la española y de las diferentes literaturas nacionales entre sí. Cualquiera de las literaturas hispanoamericanas tenía la misma lengua, y, además, era vista como el legado de una metrópoli que era combatida en todos los niveles. En este sentido, hubo un impasse no del todo resuelto en las conocidas polémicas de Bello y Sarmiento, que pueden ilustrar cuán problemático fue asumir el español como criterio de la *lengua* nacional para construir la *literatura nacional*, y, por lo tanto, también establecer sus vinculaciones con el pasado colonial. Pero esta conciliación no se dio en el primer momento.

Sin embargo, de alguna forma se sintió cierta orfandad en cuanto a no poder poseer una lengua propia, americana, que caracterizara por esta vía las literaturas nacionales. El español era la lengua identitaria del colonizador; las diversas lenguas indígenas, aún notablemente vivas, representaban lógicas culturales antimodernas, además de no haber sido lenguas de clase letrada. Se abría el espacio de las opciones políticas: ¿cómo sincronizar la independencia política con una emancipación también cultural y lingüística de España? Esta es una de las situaciones angulares de los contextos postcoloniales, y es precisamente en estos debates coyunturales que se introduce el plus de la diferencia entre el centro y periferia.

Otra de las trabas más severas a superar fue la que estuvo relacionada con la fórmula tan propia del liberalismo europeo: a todo

Estado nacional correspondía una literatura que le diera fisonomía y un pasado que garantizara su existencia. En Hispanoamérica la coherencia y viabilidad de este supuesto del historicismo se vio alterado o al menos en serias dificultades. Los obstáculos epistemológicos eran insalvables dentro del clima antiespañolista. Si se sostenía que tanto el Estado como una cultura nacional devenían de un proceso que requería de una acumulación histórica de tradiciones que avalara las raíces de la nacionalidad, en Hispanoamérica tanto el Estado como la literatura nacional se definirían como carentes de este proceso. Por lo tanto, peligrosamente vacíos de nacionalidad.

Al tener que negar el período colonial por ser considerado como un pasado ilegítimo para fundamentar en él las raíces de la nacionalidad y de su literatura correspondiente, se estaba paradójicamente inhabilitando la legitimidad y consistencia de las nuevas naciones. La situación ahonda en una cadena de contradicciones excluyentes:

1. En vista del carácter disgregado de los elementos que integraban la nación en Hispanoamérica, el Estado necesitaba reforzar los factores ideológicos y materiales simbólicos a fin de garantizar una unidad casi exclusivamente refrendada por las tecnologías escriturarias.
2. En consecuencia, la institucionalización de una literatura nacional pasaba a convertirse en una condición *sine qua non* para establecer la especificidad nacional.
3. Pero la literatura nacional no estaba constituida, porque, en primer lugar, no se habían configurado las *obras literarias* que podían servir de puntos de referencia que permitiesen reconocer una propia tradición nacional; y, segundo, al ser la literatura nacional también el producto acumulativo de períodos pasados, en Hispanoamérica el pasado anterior a la Independencia representaba un legado cultural que no se identificaba con los nuevos proyectos. El pasado colonial era español, y la tradición española no se podía suscribir a la literatura nacional.

4. Una literatura que carecía de pasado y sin un *corpus* constituido, la posibilidad de su historia era una tautología.

5. La literatura nacional se afirmaba mediante su negación; fue en esas primeras décadas un proyecto hipostasiado, un *desideratum*. Se tenían los contornos de una nacionalidad vacía de tradición cultural y de pasado propios, y que había que llenar en un futuro. El historicismo del liberalismo romántico planteaba un rechazo hacia el pasado –y no su reconstrucción– y un voluntarismo prescriptivo. No en vano la Independencia se representó en el pensamiento liberal como una ruptura definitiva con el pasado y con lo español. Todo estaba por construirse. Pero simultáneamente los tiempos urgían entregar el perfil de las nuevas naciones con una literatura hecha y un pasado que garantizara su estabilidad y su “identidad”³¹.

6. Sin documentos literarios no podía haber literatura; sin pasado reconocido no podía haber historia; y sin estos discursos, la identidad de los estados nacionales en su primera etapa era susceptible de ser cuestionada.

La buscada afirmación de los estados en el plano ideológico sufrió una obturación epistemológica, situación que debilitó aún más el proyecto liberal, además de corroborar desafortunadamente la perspectiva europea acerca de la “inmadurez” de América y

la naturaleza “nueva” de sus realidades³². No perdamos de vista en este punto que durante las primeras décadas del siglo XIX América volvió a reinventarse tanto para los letrados criollos: para aquellos, volver a representarse las tierras del “Nuevo Mundo” para redimensionar la empresa expansionista en una escala aún más abarcante. En este sentido, la trascendencia que tuvieron las cartas y relaciones de Alexander von Humboldt, al presentar las zonas equinociales como naturaleza desbordante y primigenia y sin huella humana, apuntaron, desde otros ángulos, la conveniencia del proyecto modernizador de figurarse a la América como mundo sin historia. Y para los criollos, en el proceso de fundación de sus sociedades, reinventarse una América con historia y vida cultural en este contexto de representaciones metropolitanas esterilizantes, fue prácticamente un gesto ideológicamente descolonizador: contraponer a la América virgen de los europeos un continente con historia, representó, en la lucha por el poder interpretativo, oponer el género de la *escritura de la historia* vis a vis con el género de la *escritura de la geografía y de la cartografía*.

El ojo de la modernidad europea necesitaba nuevas representaciones *espaciales* (o al menos recicladas); la inteligencia criolla comprenderse como sociedades en el *tiempo*. Quizás se podía arriesgar que representarse *históricamente* y no sólo como *geografía y naturaleza* era ya un gesto político-cultural de irreverencia emancipatoria.

³¹ Pensamos que la serie de antologías y parnasos que empezaron a aparecer en todos los países del continente –desde las primeras, *La Lira Argentina* (1824) de Ramón Díaz, *El parnaso oriental* (1834-6) de Luciano Lira, *América Poética* (1846) de Juan María Gutiérrez, *Lira patriótica del Perú* (1852) de Manuel Nicolás Corpancho, *La Floresta Istmeña* (1856), *Álbum poético fotográfico de escritoras y poetisas cubanas* (1868) de Domitila García de Coronado, hasta las más tardías, *Lira nicaragüense* (1878) de Félix Medina, *El Parnaso Centroamericano* (1882) de José María García Salas, *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893-5) de Marcelino Merédez y Pelayo– fue un importante esfuerzo paralelo a la escritura de la historiografía literaria por cuanto intentó configurar ese *corpus* fundacional previo a su ordenación temporal. El trabajo antológico –en liras, parnasos y álbums– remite al mismo gesto fundante de la literatura, las constituciones del Estado nacional, los manuales de urbanidad de la ciudadanía. Son partidas de nacimiento, actas declarativas de constitución de identidades.

³² Dentro del continente, Brasil se ofreció como una excepción: su independencia de Portugal se produjo a fines del siglo por vías pacíficas, y, además, el país ingresaba en la órbita del librecambismo monopolista adoptando las prerrogativas de la modernización y del progreso sin haber dejado de ser una monarquía con casas reales netamente portuguesas. No se produjo una ruptura con la metrópoli. De allí que fue posible concebir tempranamente la historia literaria del Brasil como apéndice de Portugal. Ya en 1825 Ferdinand Denis escribió el *Resumé d'Histoire Littéraire du Brasil*, y en 1841 Joaquim Norberto de Souza Silva da a conocer su *Modulações poéticas precedidas de um bosquejo da história brasileira*. Pareciera que en Brasil no se reproduce la problemática del continente hispanoamericano, pues la continuidad con el legado portugués no representó un obstáculo para la constitución del nacionalismo, político y literario. Como Estado monárquico coexistían inusitadas formaciones sociales multitemporales: estructuras esclavistas, feudales, con capitalistas, liberales y monárquicas.

Creemos que comprender de este modo el marco en que debieron surgir las historias literarias puede poner en tela de juicio la afirmación, por demás simplista, del atraso de la América Latina en cuestiones literarias. Más bien, la postergación de estas formaciones discursivas revela la especificidad de las manifestaciones culturales de nuestro continente.

La historiografía literaria, no sólo de este período sino de los siguientes revelará la cualidad de esta problemática.

Pero ya en la segunda mitad del siglo, en la medida en que el liberalismo se moderaba y el pensamiento conservador se modernizaba, fue surgiendo una perspectiva menos caldeada de los ánimos antiespañolistas, que permitieron el desarrollo de una actitud más serena para el estudio del pasado, y encontrar en él el inicio de la vida cultural de los países.

El arraigo, por un lado, del liberalismo económico, y, por el otro, de la difusión de las teorías del progreso y del evolucionismo, hicieron necesaria la construcción de discursos históricos que ofrecieran la imagen de una historicidad que se ajustara a la idea de progreso buscado por las elites. Se produjo una reconciliación con el pasado colonial. Pero, a despecho de las variables que del pensamiento liberal y conservador pudieron entregar al respecto, se coincidió en que la nación preexistía en ese pasado colonial, y su historia no era otra cosa que el proceso que había vivido por liberarse de la esclavitud que impedía surgir el ser nacional. La racionalidad de los discursos históricos dispusieron el eje teleológico de la causalidad en función de la libertad conquistada con la República.

Tampoco sería justo señalar de forma drástica que las historias literarias surgieron a raíz de la moderación del pensamiento liberal. Aparecieron porque también emergió una preocupación por hacer un balance más objetivo de la historia hispanoamericana, y porque sin un mínimo de objetividad positiva la historia como disciplina y escritura no hubiera sido factible.

De todas formas, escribir las historias literarias nacionales fue un reto nada simple. Suponía tomar una serie de decisiones y dar

respuestas en torno a: que pasado elegir; dónde fundar el origen; cómo marcar las etapas; que obras seleccionar; en base a qué criterios determinar las obras propiamente "nacionales".

Sin lugar a dudas había una incipiente tradición histórico-literaria anterior al siglo XIX. Pero esos catálogos y bibliotecas, si bien se podían asimilar, no dejaban de pertenecer al período de dominación española, o definitivamente —como la obra de Eguiara y Eguren— los modelos que proponían del pasado no se ajustaban a los requerimientos del cuerpo letrado liberal.

En este renglón de cosas, así como en otros asuntos, el corte epistemológico que se deseaba hacer era radical. Las aguas debían volver a su cauce; decantar la efervescencia ruptural contra la tradición hispana para viabilizar el florecimiento de las historias literarias nacionales también una vez más consolidado el aparato burocrático estatal.

A. Herder y la historiografía literaria del liberalismo europeo

Sería arriesgado afirmar que los problemas planteados por la historiografía literaria hispanoamericana siguieron los pasos de la europea. Sin embargo, a pesar del esmero con que los intelectuales se abocaron al desentrañamiento de la realidad americana, siempre estuvieron familiarizados con las principales corrientes del pensamiento europeo y más con aquellos autores —como en este caso— que hicieron aportes seminales para el desarrollo de la historia literaria.

La conexión con Europa no sólo era un hecho, sino una necesidad para las elites hispanoamericanas. Por lo tanto, la difusión de ciertos enfoques generales de la historiografía deben ser más bien considerados como axiomas que también coincidieron con la internacionalización de las condiciones materiales y culturales del liberalismo.

Figuras como Andrés Bello dialogaron con la teoría de Herder, y muchos historiadores de la literatura estuvieron al tanto de los

planteamientos de Schlegel, Brunetière, Saint Beuve y luego Taine. Más que reproducir mecánicamente sus teorías, fue a partir de las propias exigencias que demandaba el medio hispanoamericano que se efectuó la selección de determinadas ideas de ultramar. Se leyó la biblioteca europea a partir de las necesidades de la situación enunciativa propia.

Todo el lapso que se extendió desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX constituyó para la historia literaria un momento de auge y de ricos planteamientos. Tuvo su fundamento con Herder, luego con Schlegel, Gervinus, De Sanctis, Taine y Brandes, sin descartar los planteamientos que Hegel hiciera al respecto. No así hacia finales de la centuria, donde se podía observar un estancamiento y hasta un retroceso en la disciplina: exceso de erudición, valoración del dato por el dato mismo, pérdida de la visión de los conjuntos literarios, desinterés por el sentido social de la literatura, preferencia por una concepción del arte por el arte, incremento del formalismo, una crítica impresionista y un enfoque básicamente monográfico. Ya la historia literaria entraba en descrédito y lo único que le quedaría hacia el 900 y principios del XX sería reciclar los manidos esquemas que le dieron fundamento en su período de esplendor.

Prácticamente durante el Romanticismo la crítica literaria pasó a convertirse en historia literaria. Todo se volvió pura preocupación por desentrañar los orígenes y describir la evolución de los fenómenos culturales. Y es precisamente Johann Gottfried Herder quien es considerado en cierto modo como fundador de la historia literaria europea. Para entender lo que existe –sostiene Herder– hay que descubrir su origen; remontarse hasta los tiempos más oscuros y comprender históricamente el comienzo de los hechos. Retomando los aportes de Vico, llevó adelante el método genético: vio las cosas como organismos vivos que se desenvolvían siguiendo leyes infalibles. La comprensión histórica de los fenómenos sociales fue ver en ellos una evolución gradual que iba cumpliendo etapas necesarias (desde la niñez hasta la edad adulta). Así todos los pueblos nacían y crecían, florecían y se marchitaban; y

cada ciclo (o pueblo) era un estadio de la evolución que tenía su propia justificación.

En su momento esta comprensión de la ley histórica de Herder superaba la sola valoración erudita de los hechos.

Cada etapa –como era la valoración que hasta entonces se había hecho de la Edad Media– era un necesario estado evolutivo. Ninguna época, como ningún pueblo –según estos criterios– debían ser soslayados.

Este aspecto de la teoría herderiana fue uno de los argumentos cruciales para aquellos liberales moderados –como Andrés Bello– que propiciaron el estudio desapasionado del pasado colonial.

A despecho de la concepción teleológica de la historia que impuso el liberalismo, donde el pensamiento de Hegel jugó un papel decisivo, las teorías de Herder cuestionaron la idea de progreso de su siglo. Vale la pena destacar su crítica a la Europa colonialista: “Europa se ufana de haber eliminado la esclavitud [...]. A cambio de eso nos permitimos utilizar tres cuartas partes del mundo como esclavos, negociar con ellos, recluirllos en minas de plata y molinos de azúcar. ¡Ah!, pero no son europeos; no son cristianos; y por ello recibimos en pago plata y piedras preciosas, especies, azúcar y una enfermedad secreta”. Concluye que “nuestro tiempo está enfermo”³³.

De allí que Herder tuvo una concepción reivindicadora de la producción literaria y poética de los pueblos primitivos. En los tiempos originarios, la poesía y el lenguaje, que expresaban el espíritu de ese pueblo, eran más libres, sin reglas; cuanto más antiguo el lenguaje poético, más popular. Veía en las canciones antiguas el germen de la cultura nacional, y la configuración de la unidad del pueblo a través del lenguaje y de su poesía. Atendía especialmente al lenguaje como núcleo esencial del pensamiento, de las emociones y de la literatura: el genio de una lengua –pensaba Herder– era también “el genio de la literatura de una nación”.

³³ Cfr. Ernst Bauer, *Herder*, Tecnos, Madrid, 1968, p. 73.

Deudores de estas ideas de Herder, muchas de las historias literarias que se escribieron en el siglo XIX fueron historias de la *poesía*, porque entendieron que en el lenguaje de la lírica se plasmaba el carácter de una nación: lengua, poesía y pueblo constituían una unidad indisoluble.

Además, lengua y poesía estaban condicionados por el ambiente, la historia, el clima y la cultura. De allí que Herder tuviese una moderna concepción social de la literatura. En particular, la poesía, al ser el lenguaje de los sentimientos, tenía que actuar positivamente sobre la vida cultural de la nación. Y viceversa, la constitución política de un pueblo era a su vez la causa principal para el surgimiento y desarrollo de una cultura. El arte se resentía en los períodos de esclavitud, mientras que florecía bajo la democracia.

Para Herder había que explicar cada obra de acuerdo a su época, pues recibía la influencia del medio, de la cultura, de la sociedad, de la política y de la naturaleza. De este modo, la literatura de cada país tenía sus propias leyes, porque también eran singulares su historia, su gobierno y su clima. De acuerdo con esta lógica no era conveniente extrapolar las obras de sus respectivos contextos comprendiéndolas bajo los marcos de otras culturas.

Por último, Herder confería al autor un lugar determinante. El poeta era el creador de la nación a través de la creación del lenguaje. La particularidad que le imprimía sellaba el carácter también particular de la nación como entidad humana en la historia.

Las ideas de Herder permitieron superar la concepción limitante de las poéticas clásicas y abrir el horizonte valorativo hacia la comprensión positiva de otras culturas y entenderlas como el resultado de condiciones naturales, sociales e históricas particulares. Aunque estas ideas no fueron privativas de Herder, sí podemos considerarlas como planteamientos modélicos de la nueva orientación que iban a tener los estudios de la literatura.

Para los historiadores en Hispanoamérica la teoría de Herder tendría consecuencias fecundas, ya que de alguna forma ayudaron a contrarrestar la concepción hegeliana de la historia. Mientras que la filosofía de la historia de Hegel constituía ideológicamente

una camisa de fuerza que entorpece una reflexión autónoma o forzaba hacerla dentro de los linderos trazados por el pensamiento más dependentista del euro-imperialismo, las ideas de Herder, en cambio, estimularon metodológicamente a que los intelectuales no sólo comprendieran su cultura como resultado de condiciones propias, sino a valorarla en su especificidad.

August Wilhelm Schlegel terminó por darle a la teoría de la historia literaria un sentido más dinámico. Supuso que la serie histórica formada por las diferentes edades no podía verse pormenorizadamente como hacían los eruditos, sino que había que contemplarla como una *totalidad orgánica*. Aunque cada obra de arte —en el pensamiento de Schlegel— constituía un objeto único, había que considerarla como perteneciente a una serie, y comprenderla a partir de lo que la había precedido y seguido. También un criterio de selección debía guiar la tarea del historiador: sólo lo representativo, la obra “clásica” debía entrar en la historia literaria. Pero Schlegel se cuidó en subrayar que la biografía del autor no formaba parte de la crítica: “la poesía o cualquier otro producto espiritual está tan desligado de la persona de su autor como la fruta que alguien come está desligada del árbol”. La vida del escritor no explicaba la obra, sino un sistema de valores estéticos absolutos y el sistema de obras coexistentes³⁴.

Con Schlegel encontramos la raíz de lo que sería posteriormente con Dilthey el método de la “*Geistesgeschichte*”, es decir, la superación de la mera recopilación de datos en función de la articulación de todas las manifestaciones culturales de una época en su mutua interrelación.

Esta concepción habría de perderse posteriormente con el advenimiento del positivismo, donde la historia literaria degeneró en una nueva versión de los “estudios anticuarios”.

En una orientación cercana a la de Schlegel, Theodor Wilhelm Danzel combinó presupuestos hegelianos anunciando a Benedetto

³⁴ Cfr. René Wellek, *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, Gredos, 3 vols., Madrid, 1969, vol. 1, p. 198.

Croce. Pero nos interesa destacar frente a la fuerte tendencia biográfica que empezaba a prevalecer en la época, la insistencia que hace Danzel en que la "verdadera historia artística de la poesía" sólo deberá estudiar las obras, no sólo sus formas externas sino las íntimas concepciones de un tema. Este tipo de estudio se complació en presentar la "metamorfosis de la producción poética desde el puro punto de partida de la poesía misma". Esta perspectiva inmanente de la propuesta de Danzel representó una crítica a la historia literaria de tipo cultural de Herder, Gervinus y Schlegel, y una reacción a la tendencia erudita³⁵.

Danzel vaticinaba lo que Brunetière haría más tarde con la historia literaria: siguiendo los preceptos del biologicismo en boga, trasladó el criterio de las especies al campo literario: reconocía en él *géneros* o *especies* literarias, que eran susceptibles de evolucionar cada una desde sus formas imperfectas o primitivas hasta formas acabadas y maduras.

* * *

Dentro de este sucinto panorama, queremos destacar un aporte fundamental para la constitución de la historia literaria hecha por Hegel: fue el concepto de *período*. En el discurso histórico el reconocimiento y trazado de etapas diferenciables constituye una de las especificidades del conocimiento histórico. Este se expresa en el esfuerzo por dividir la imaginaria línea temporal en cortes que permiten la racionalidad del objeto en cuestión.

Hasta el siglo XIX se hablaba de "edades" o "épocas" para significar segmentos de tiempo bastante laxos e imprecisos. Hegel retomó el concepto de "época" otorgándole el sentido de "peldaño", como una nueva unidad dentro del desarrollo general del Espíritu universal. Pero también introdujo la noción de "período" como una unidad coherente de sentido que unificaba lo sincrónicamente

simultáneo. Así entendido, el "período" ofreció una gran utilidad a la historia literaria por su precisión y flexibilidad, y porque permitía adecuarlo a una amplitud indeterminada de tiempo seccionándolo en lapsos más cortos.

El término "período" entrañaba medida de tiempo, y siempre resultaría fácilmente acotable. No así conceptos de periodizaciones posteriores, como el de "movimiento" y "tendencia", que tuvieron una aplicación más restringida a determinadas manifestaciones dentro de un lapso; o el de "generación", que fue un concepto más rígido y también más mecánico.

En la actualidad resulta bastante obvio usar los conceptos de *período*, *época* o *momento* para referirse a los lapsos de una literatura. Pero en el siglo XIX, cuando hubo que construir la imagen histórica de una literatura, elaborar el efecto de su evolución, el establecimiento de sus etapas, y además, dotarlas de sentido, no fue tarea fácil. La pregunta clave era dónde trazar el corte, cómo denominar el período para diseñar una serie causal con sentido.

Ya a mediados de siglo, con la influencia de la crítica monográfica de Saint Beuve y el positivismo de Taine—que reducía la historia literaria a los factores externos haciendo crecer la investigación de las fuentes y reduciendo la obra a un conjunto arbitrario de influencias—, la historia literaria entró en descrédito.

Esta situación había sido advertida con certeza por Georg Gottfried Gervinus en 1833, cuando apuntaba que la descripción de la literatura mediante un canon cronológico de vidas y obras de los autores no constituía "jamás una historia; apenas si será el esqueleto de una historia"³⁶.

³⁶ En una recensión de historias literarias "recientes", del año de 1833, Gervinus apuntaba: "Aunque estos libros tienen mérito, no tienen casi ninguno histórico. Siguen cronológicamente los distintos géneros, establecen órdenes cronológicos de los escritores como se establecen órdenes de títulos de libros, para caracterizar finalmente—y de cualquier manera— a los poetas y a la poesía. Pero eso no es historia, y ni siquiera sirve para trazar la armazón de una historia." Citado por Hans Robert Jauss, "La historia literaria como desafío a la ciencia literaria", en *La actual ciencia literaria alemana*, Anaya, España, 1967, p. 41. La sorprendente actualidad de la perspectiva de Gervi-

³⁵ René Wellek, *ibid.*, vol. 1.

Pareciera que en el ámbito europeo, a la fecunda época de las teorías de las historias literarias nacionales siguió con prontitud una actitud crítica al ver que las nacientes historias apenas rebasaban el trabajo de recopilación de datos, la elaboración de tablas cronológicas, la acumulación de hechos disímiles, pretendiendo con ello explicar las obras y construir el sentido de individualidad nacional que debían tener estas historias literarias.

En cambio, en Hispanoamérica, aunque las historias literarias también iban a padecer de estos defectos y limitaciones, creemos, sin embargo, que con ello se estaba cumpliendo con un trabajo que por razones coyunturales no se había podido aún realizar: la labor filológica del establecimiento del documento literario. Las historias hacían las veces de diccionarios bibliográficos y de enciclopedias culturales. El diseño del *corpus* no estaba constituido cuando ya se estaba pensando en trazar los períodos de una literatura cuyas obras se desconocían.

B. Andrés Bello: escribir la historia desde Hispanoamérica

De manera habitual se considera el rico patrimonio cultural de los pueblos hispanoamericanos originado desde la Ilustración hasta el siglo XIX como el reflejo más o menos pasivo de influencias que vienen de fuera. Esta apreciación sólo fija un ángulo de la compleja situación de dependencia que ha vivido el continente. Desde la conquista, la realidad de la América Hispana estuvo sometida a las condiciones internacionales de una historia común. La situación de dependencia económica y política que le confirió esta internacionalización no significó que sus productos culturales hubiesen

nus, a pesar del siglo y medio de distancia, nos permite apreciar la casi permanente tentación de quedar absorbida la historia literaria por la función coleccionista. Atrapada en el discurso monumentalista del patrimonio nacional, incita periódicamente a su propia reflexión crítica. El reclamo que hoy se le hace al género va por derroteros bastante parecidos.

sido un reflejo especular europeo. Las condiciones materiales de la dependencia no determinaron en la misma dirección las formaciones ideológicas homogeneizando sus contenidos. Por el contrario, la recepción de la cultura metropolitana se recreó a partir del impulso autonomista y la marginalidad del nuevo contexto; más aún: la situación colonial propició formas culturales y prácticas sociales no sólo propias, sino experiencias históricas anticipadas al contexto europeo. La explotación por vía de la esclavitud preparó la explotación industrial; el blanqueamiento de la población por métodos criminales en aras del progreso nacional llevado a cabo en algunos países de América Latina, fue un modelo nada despreciable para el programa del Nacional Socialismo de la Alemania nazi.

Sin embargo, como señalamos en capítulos anteriores, la inmersión de la América Latina dentro del nuevo sistema librecambista también fue avalado por un pensamiento que trasponía en otros códigos la misma situación de dependencia económica.

Pero la producción ideológica nunca es simple. Se revierte por lo menos en una doble polaridad: aquella que reproduce los modelos extranjeros, y aquella que enfrenta en forma creadora las influencias, sometiéndolas a una discreta selección; la una imita, la otra expresa más adecuadamente un proceso genuino de definición propia; una parte deductivamente de teorías establecidas, la otra se enfrenta inductivamente a la realidad para desprender de ella las conclusiones. Por lo tanto, el problema en aquel momento no consistía sólo en el antagonismo entre "originalidad" o "americanismo", y "europeísmo" o "imitación".

En algunos niveles de la producción cultural puede tratarse de un asunto de perspectiva; pero en otros campos la cuestión se puede plantear en términos de método. Y aquí ya nos ubicamos en un terreno más espinoso: el de la epistemología de las ciencias humanas. En este sentido, el pensamiento de Andrés Bello fortaleció con todas las exigencias del rigor científico la mejor tradición independentista del continente. Su americanismo no se quedó en una versión tematizada en la serie de *Silvas*, sino se expresó en la independencia que asumió su pensamiento frente a los modelos europeos al

examinar la gramática de la lengua española, la filosofía del entendimiento, el modo de estudiar la historia, la geografía, la legitimidad de las constituciones, las directrices de la educación universitaria, la funcionalidad de la astronomía, y un sin fin de otras materias. Su perspectiva metodológica se inscribió dentro de la corriente del pensamiento liberal, pero nada más ajeno a ese liberalismo indiscriminadamente europeísta y también falsamente progresista.

Abierto a las influencias de Europa, insistió con precisión que sólo la "debiéramos imitar en la independencia del pensamiento". Y toda su obra fue ejemplo de esa independencia del pensamiento, sin renegar, en cambio, de las fuentes europeas.

En materia de estudio, no sólo de la literatura sino de cualquier aspecto de la realidad nacional, entendió que reemplazar el conocimiento directo de los hechos por las conclusiones que otros habían elaborado tergiversaba el conocimiento de los mismos. Para el caso que nos ocupa, no se apropió de forma mecánica de las teorías y concepciones de Herder, sino del procedimiento que había seguido para el estudio de la historia:

Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos [...] sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos [...]. Y lo que digo de la historia, me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber³⁷.

³⁷ Andrés Bello, "Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile", en *Obras Completas*, Fundación La Casa de Bello, vol. 21, Caracas, 1982, pp. 3-21. Publicado en *El Araucano* en 1843.

Bello, a diferencia de otros historiadores hispanoamericanos de la época, rechazó con energía las "especulaciones metafísicas" y lo que se dio en llamar "la historia filosófica". Formado en la mejor tradición del empirismo inglés, insistía a lo largo de todas las polémicas que sostuvo con José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón y en las valoraciones de sus memorias presentadas a la Universidad de Chile, en esclarecer ante todo los hechos: "Ver las cosas como fueron, y como no pudieron menos de ser; no al través de teorías quiméricas, sino con los ojos del sentido común"³⁸.

En cierto modo, el venezolano continuó los presupuestos de la filosofía de la Ilustración en un nivel históricamente nuevo. Su empirismo, lejos de una posición que se detenía en el regodeo del dato —como sucederá después con la influencia del Positivismo— tuvo el sentido de contrarrestar la fuerte tendencia a las especulaciones y valoraciones prejuiciadas en materia de estudios históricos y literarios que el Romanticismo y la historiografía liberal habían puesto en boga. Hacer una lectura "política" de los acontecimientos —o "ideologizada" según la terminología que Marx estaría usando también para aquel entonces— parecía lo más natural (pero no lo más apropiado) dado el contexto que se estaba viviendo: la formación de las naciones exigía promover el antiespañolismo y un antipasatismo circunstancialmente justificados. Pero, todas estas pasiones caldeadas por el momento postindependentista impedían el desarrollo de la historia en tanto reflexión objetiva menos contaminada por prejuicios políticos.

A Bello le movía el interés de establecer la plataforma epistemológicamente necesaria de las "empiricidades" (para emplear la terminología de Foucault): crear el horizonte de los hechos históricos, que era, en otros términos, fundar la realidad empírica sobre la cual poder desarrollar las ciencias humanas. Lo que estuvo en juego fue la delimitación de los niveles axiológicos de cualquier disciplina, es decir, la distinción entre el campo de trabajo y el

³⁸ Andrés Bello, "Constituciones", en *Obras Completas*, *ibíd.*, vol. 23, 1981, p. 256. Publicado en *El Araucano* el 11 de febrero de 1843.

método o la "teoría", como diría Andrés Bello. En efecto, ninguna ciencia podía constituirse como tal si antes no había definido su campo fenoménico. Los fenómenos empíricos no son realidades espontáneas; había que establecerlas. Y esto era lo que demandaba Bello en 1845 para la constitución de las ciencias sociales en la América Hispana. En su polémica con Chacón argumentaba:

Poner en claro los hechos le ha parecido al señor Chacón una cosa demasiado humilde y mezquina... Poner en claro los hechos es algo más que apuntarlos a la ligera en sumarios descarnados, que no penetran más allá de su parte exterior, tangible. Poner en claro los hechos es escribir la historia; y no merece este nombre sino lo que se escribe a la luz de la filosofía, esto es con un conocimiento adecuado de los hombres y de los pueblos [...] se aprende a conocer mejor al hombre y las evoluciones sociales en los buenos historiadores políticos de la antigüedad y de los tiempos modernos, que en las teorías generales y abstractas que se llaman filosofía de la historia³⁹.

No hay que entender en el esfuerzo de Bello por constituir "los hechos" –el nivel de las "empiricidades"– como un acto fundacional *ab ovo*. No se trataba de una reinención de un horizonte de realidades vírgenes al estilo de la imagería humboldtiana o

³⁹ Citado por Guillermo Feliú Cruz, "Andrés Bello y la historiografía chilena", en *Mapocho*, N.º 3, 1965, p. 252. Aunque respetando las distancias y diferencias y sin querer por ello forzar la argumentación, tal vez valga la pena establecer un paralelismo con las críticas que Carlos Marx estaba haciendo a la *filosofía* alemana por aquellos mismos años de 1845. Marx hacía una oposición entre la *ideología* (= filosofía), como un modo de saber no científico, que operaba partiendo de la idea para determinar el estado material de la sociedad "que desciende del cielo a la tierra", y la *ciencia real y positiva*, como un conocimiento que no partía de lo que los hombres imaginan, conciben, piensan, sino de las condiciones materiales de estos hombres. Al igual que Bello, Marx le daba una valoración negativa al tipo de conocimiento que se construía a partir de las ideas o de las abstracciones. En Marx, ideología/conocimiento positivo o científico, en Bello historia filosófica o *método ad probandum*/ historia narrativa o *método ad narrandum* se oponen en tanto dos modos generales de saber. Uno de ellos llevaba a un conocimiento falso; el otro rescataba para las disciplinas sociales un método que permitía desarrollarlas en tanto *ciencias*.

hegeliana; sino la cualidad epistemológica del "hecho" que se deseaba construir era fundamentalmente *social y cultural* y no *natural*. Lo que estaba en juego era su depuración de las interferencias subjetivas políticas que podían empañar "el hecho" histórico hasta hacerlo desaparecer.

También en 1848, en el artículo "Modo de escribir la historia" publicado en *El Araucano*, clamaba por "¡Hechos! ¡Hechos!", ir a las fuentes, consultar los documentos y los textos originales. Nada de apropiarse de sistemas filosóficos establecidos para interpretar los hechos⁴⁰.

La tesis de Bello fue incomprendida y descalificada por sus adversarios. "La gran confusión que el señor Bello padecía –expresaba Lastarria– le llevaba demasiado lejos, pues, aceptando el mismo falso sistema de Herder, parecía desechar el estudio de la filosofía y dar preferencia al estudio de la crónica y de la narración histórica"⁴¹.

También Jacinto Chacón consideraba innecesario el método del maestro, simplificando y banalizando la propuesta de Bello:

¿Por qué, pues, se condena su método y se impone al que escriba nuestra historia, la estrecha fijación la exclusiva tarea de aclarar los hechos? Aclárelos en hora buena quien se sienta inclinado a este trabajo importante y necesario: pero déjese al que se sienta con capacidad para salir del campo trillado [...]. Chile no necesita empezar como un niño la carrera de los sistemas históricos desde la crónica hasta la filosofía de la historia, la civilización europea y todos estos sistemas y Chile se encuentran en el caso de adoptar el método que más le plazca en la formación de su propia historia ¿Qué se pensaría de un sabio que dijera que no debemos aprovecharnos del sistema de los ferrocarriles europeos, porque es necesario que Chile empiece la carrera de los descubrimientos desde el simple camino carretero hasta el ferrocarril?⁴².

⁴⁰ Andrés Bello, "Modo de escribir la historia", en *Obras Completas*, *ibid.*, vol. 23, 1981, pp. 231-272.

⁴¹ Citado por Guillermo Feliú Cruz, *op. cit.*, p. 245.

⁴² *Ibid.*, pp. 253-254.

La confusión radicaba en que se trasladaba la validez universal de los principios de las ciencias naturales y físicas —concretados en los adelantos técnicos— a las ciencias sociales, no advirtiendo que la legitimidad de estas disciplinas exigía otros presupuestos que controlaran su rigor científico. En cierto modo, se absolutizaba cualquier tipo de conocimiento partiendo de la garantía que daba el saber no sólo de las ciencias naturales sino de la validez universal del producto cultural europeo. Pero Bello cuidó en distinguir que:

[...] una máquina puede trasladarse de Europa a Chile y producir en Chile los mismos efectos que en Europa. Pero la filosofía de la historia de Francia, por ejemplo, la explicación de las manifestaciones individuales del pueblo francés en las varias épocas de su historia, carece de sentido aplicada a las individualidades sucesivas de la existencia del pueblo chileno⁴³.

Los hechos empíricos no tenían en la mirada de Bello la misma naturaleza; fueran estos sociales o naturales determinarían indudablemente la metodología de las diferentes ramas del saber científico. En la defensa que Bello hizo por establecer un horizonte de hechos empíricos señalaba el error de aquellos que le malinterpretaban, pretendiendo:

[...] reducir la ciencia histórica a un estéril y superficial empirismo. Porque en nuestra humilde opinión, tan empírico es el que sólo aprende de segunda o de tercera mano proposiciones generales, aforísticas, revestidas de brillantes metáforas, como el que se contenta con la corteza de los hechos, sin calar su espíritu, sin percibir su eslabonamiento. Es preciso en toda clase de estudios convertir los juicios ajenos en convicciones propias. Sólo de este modo se aprende una ciencia⁴⁴.

Siguiendo el pensamiento de Bello, detenerse en los hechos como premisa metodológica era reclamar para la historia la posi-

bilidad de que pudiese entregar conocimientos ajustados a la realidad, y contribuir de este modo en forma productiva y funcional a la configuración de la racionalidad de país. De lo contrario, la historia se perdería en abstracciones, en teorías, y sería inútil su existencia.

Las observaciones de Bello estaban encaminadas para establecer las bases de un procedimiento más objetivo en el ámbito de la producción de saber en las ciencias humanas o del espíritu, según la acepción de la época. Aunque nos interesa destacar los alcances que ha tenido su pensamiento en el campo de la historia, estas reflexiones tienen que ver con una preocupación más de fondo: con la teoría del conocimiento. Todas las consideraciones que Bello hizo sobre las diversas ramas del saber giraron alrededor del *modo del conocer*. Y aunque hoy en día es más frecuente hablar de epistemología, existe, no obstante, una diferencia con la teoría del conocimiento: ésta abarca un campo más extenso; mientras que la epistemología vendría siendo más bien aquella parte que se refiere puntualmente al conocimiento en sí, es decir, al modo cómo se conoce, a las estructuras mentales que inciden en la aprehensión de lo real. Bello, al centrar las formas del conocimiento del hombre y de la sociedad en una perspectiva hispanoamericana, estaba apuntando a una epistemología contextualizada para la producción de discursos reflexivos sobre las realidades sociales del continente. Podemos decir que trató de elaborar a su modo los marcos dentro de los cuales debería desarrollarse el *saber americano sobre la realidad americana* como condición indispensable previa para la construcción moderna de las naciones. Este marco, que suponía una explicitación de su situación enunciativa en el diálogo implícito y no menos contestatario con la inteligencia metropolitana, debía ser la plataforma sobre la cual enrumbar —como él mismo lo hizo— el diseño de la ley, de la gramática, de las ciencias físicas y exactas, de la historia, de la geografía, de la lógica, de la enseñanza, de la literatura. Fracturar la dependencia del modelo europeo de pensamiento no fue siempre un obstáculo superado a lo largo de su vasta obra.

⁴³ Andrés Bello, "Modo de escribir la historia", *op. cit.*, p. 241.

⁴⁴ Citado por Guillermo Feliú Cruz, *op. cit.*, p. 253.

Pero sin embargo, a su modo de ver, sólo el progreso se podría cumplir si se partía estudiando las condiciones de las propias realidades también desde una perspectiva americana:

[...] el hombre que sirve de asunto a nuestra historia y a nuestra filosofía peculiar, no es el hombre francés, ni el anglosajón, ni el normando, ni el godo, ni el árabe. Tiene su espíritu propio, sus facciones propias, sus instintos peculiares [...] nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de la Europa, a quien al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la independencia del pensamiento⁴⁵.

Con la "independencia del pensamiento" Bello se estaba refiriendo a la elaboración de patrones de conocimiento discursivo que diferían de las categorías mentales europeas. Introdujo distinciones, que, salvando el horizonte conceptual de la época, resultan en la actualidad de suma utilidad, sobre todo para la diferenciación metodológica entre las ciencias naturales y exactas de las sociales.

Bello distinguía dos especies de filosofía de la historia:

[L]a una no es otra cosa que la ciencia de la humanidad en general, la ciencia de las leyes morales y de las leyes sociales, independientemente de las influencias locales y temporales, y como manifestaciones necesarias de la íntima naturaleza del hombre. La otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época [...]. La filosofía general de la historia, la ciencia de la humanidad, es una misma en todas partes, en todos los tiempos; los adelantamientos que hace en ella un pueblo aprovechan a todos los pueblos [...]. Es como en las ciencias naturales la teoría de la atracción o de la luz: las leyes físicas y químicas lo mismo obraron antes en el mundo antediluviano que ahora en el nuestro; lo mismo obran en la Europa que en el Japón; los descubri-

⁴⁵ Andrés Bello, "Modo de estudiar la historia", en *Obras Completas, op. cit.*, vol. 23, p. 249.

mientos físicos y químicos de la Inglaterra y de la Francia entran en el caudal solidario de todas las naciones del globo. *Pero la filosofía general de la historia no puede conducirnos a la filosofía particular de la historia de un pueblo*⁴⁶.

Reconoce leyes de validez universal o principios de carácter general; pero es fundamental para Bello evitar el cientificismo mecanicista. Las ciencias humanas europeas, los estudios históricos europeos, no podían ni pueden dar cuenta de las realidades sociales de otras partes. Continúa:

[E]l señor Chacón ha dicho muy bien que el mundo científico es solidario: las conquistas de cada nación, que cada hombre hace en él, pertenecen al patrimonio de la humanidad. Pero es preciso entendernos. Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética⁴⁷.

Los alcances de las ideas de Bello resultaron sorprendentes si pensamos que estas cuestiones fueron discutidas en la América Latina con intensidad a partir de los años de 1970, sobre todo en el campo de los estudios literarios y ahora culturales: debate reabierto con las nuevas perspectivas postcoloniales y estudios subalternos.

Los principios generales del método deductivo e inductivo correspondían igualmente tanto para las ciencias naturales como para los estudios históricos, que de alguna forma representaban para Bello lo que hoy en día son las ciencias sociales. Sin "la observación directa" difícilmente se podía llegar a conocer la realidad chilena. Para Bello la *historia* es la ciencia o (filosofía) que:

[...] debe estudiarlo todo; debe examinar el espíritu de un pueblo en su clima, en sus leyes, en sus religión, en su industria, en sus pro-

⁴⁶ Andrés Bello, "Modo de escribir la historia", *op. cit.*, p. 237. El énfasis es nuestro.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 240.

ducciones artísticas, en sus guerras, en sus letras y ciencias; ¿y cómo pudiera hacerlo si la historia no desplegase ante ella todos los hechos de ese pueblo, todas las formas que sucesivamente ha tomado en cada una de las funciones de la vida intelectual y moral?⁴⁸.

Durante los años en que se llevaron a cabo estas polémicas, no había una diferencia tajante entre la historia y la literatura. Es decir, el arte de escribir la historia no estaba separado de las bellas letras, o lo que es lo mismo, de un concepto amplio de la noción de la literatura capaz de abarcar géneros como la filosofía, la crónica, el ensayo biográfico, el discurso político, los sermones religiosos, el género epistolar, y, desde luego, la historia y las bellas letras propiamente dichas. Habrá que esperar el fin de la centuria para que se diese un cambio cualitativo en el campo de la producción intelectual y el surgimiento, por las nuevas condiciones de trabajo, de un área específicamente “estética”.

En cierta forma, la noción que se manejaba de “literatura”, si no era imprecisa, por lo menos se asimilaba a la idea general de “vida intelectual” o cultural. Cabía en ella casi todo. También en parte porque al no tener la literatura nacional un perfil lo suficientemente delimitado, la historia como género ocupó todo el interés. Más aún: las cuestiones propiamente literarias o estéticas se contemplaban como asuntos de la *historia*. La polémica entre Bello y Lastarria, por ejemplo, se llamó “literaria”; además no se discernió con claridad entre historia y literatura porque el término de “literatura”, al no entenderse en el sentido de ficción, se asimiló fácilmente al de “historia”. Ambos tuvieron en común una preocupación por temas de la historia nacional, bien fuesen del pasado colonial o del período de la Independencia, y ambas con una función edificante. De ahí se desprendía que cualquier estudio o trabajo relacionado con la realidad social, geográfica, política, y cultural se hubiese entendido como estudio histórico. Así, el quehacer

⁴⁸ Andrés Bello, “Modo de estudiar la historia”, *op. cit.*, p. 249.

de la historia literaria quedaba implicada de alguna forma en las observaciones que Bello hizo a la historia en general.

Bello se daba cuenta de que si no se abrazaba una posición menos politizada —es decir, en otros términos, más desideologizada— los estudios históricos no se hubiesen podido desarrollar; todavía más: no se hubiese podido reconstruir el pasado de los nuevos países y superar esa absurda situación de ser naciones pero carentes de trayectoria histórica y cultural. La tesis de Bello obligaba a asumir una realidad, establecerla y analizarla, y no reemplazarla como querían muchos de los historiadores contemporáneos con sistemas filosóficos impregnados de un idealismo subjetivo, que terminarían, según Bello, por tergiversar las propias realidades.

Por lo tanto, el conocimiento de los hechos, partir inductivamente de ellos, debía constituir el principio básico sobre el cual no sólo cimentar cualquier teoría, sino determinar la especificidad concreta de las realidades americanas frente a la influencia avasalladora de las doctrinas europeas. “La filosofía de la historia de Europa —enfaticaba Bello— será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo”⁴⁹. En las ciencias humanas el procedimiento inductivo es indispensable, porque los fenómenos sociales difieren en cada lugar. No así en las ciencias naturales, donde la deducción es factible, porque los fenómenos naturales obedecen a las mismas leyes en todas partes.

Sin embargo, para los historiadores que profesaban un liberalismo a ultranza, el momento reclamaba una historia más filosófica que atenuara la importancia de los acontecimientos. Estudiar las teorías que se aplicaban a los hechos permitía una interpretación del pasado y de la realidad a la luz de la idea de libertad, de progreso y perfectibilidad sociales. Esta concepción historicista, enraizada en el liberalismo ilustrado, se convirtió en una platafor-

⁴⁹ Andrés Bello, “Modo de escribir la historia”, *op. cit.*, p. 240.

ma para la acción política, puesto que concebía la libertad como criterio regidor para seleccionar los hechos del pasado: como *última ratio* del proceso histórico. "Yo creía entonces, –recordaría Lastarria– que era necesario rehacer la filosofía de la historia, porque no basta estudiar los acontecimientos, sino que es indispensable estudiar las ideas que los han producido, pues la sociedad tiene el deber de corregir la experiencia de sus antepasados para asegurar su porvenir"⁵⁰. Resalta el carácter idealista –en el sentido de entender las condiciones materiales de la realidad a partir de las ideas– que tanto Bello como Marx estaban refutando.

La historia filosófica, al no detenerse en los hechos sino en las ideas o principios que creía ver en ellos, se prestaba a emitir a priori juicios valorativos sobre el pasado. Hacía una lectura moral de los acontecimientos, utilizándolos de manera selectiva en función de la imagen que se quería entregar del proceso histórico. Más de las veces este liberalismo silenciaba series completas de acontecimientos del pasado. La raíz eurocentrista del pensamiento más modernizante propició en la memoria colectiva importantes zonas de olvido. Esta tendencia se prestaba a enjuiciar negativamente la Colonia, y adecuar tanto este período como la Independencia a la idea de libertad que con anticipación se había concebido como meta de la sociedad, desdibujando vertiginosamente tanto sucesos de resistencia indígena como avances del proceso de hispanización durante el período colonial.

En este sentido Bello intervino con otro artículo, "Modo de estudiar la historia", también publicado en *El Araucano* en 1848, en el cual recomendaba para el caso de las naciones americanas, donde la ausencia de una tradición de estudios históricos era notable, utilizar por algún tiempo otro tipo de método para el establecimiento de la historia. Era una cuestión de prioridades metodológicas:

⁵⁰ Citado por Bernardo Subercaseaux, *Cultura y Sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*, Edit. Aconcagua, Santiago, 1979, p. 78. Originalmente en *Misceláneas histórica y literaria* (1868), de José Victorino Lastarria.

No se trata de saber si el método ad probandum "la historia filosófica" es bueno o malo en sí mismo, ni sobre el método ad narrandum "el inductivo", absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata sólo de saber si el método ad probandum, o más claro, el método que investigaba el íntimo espíritu de los hechos de un pueblo, la idea que expresan, el porvenir la que caminan, es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir⁵¹.

Al carecer del *corpus* básico de documentos y fuentes que hubiese permitido desarrollar los estudios históricos, Bello se preguntaba:

¿Por cuál de los dos métodos deberá principiarse para escribir nuestra historia? ¿Por el que suministra los antecedentes o por el que deduce las consecuencias? ¿Por el que aclara los hechos, o por el que comenta y resume? La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa (...) Pero cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado⁵².

Obsérvese que el sentido que Bello le da al término de *estudiar* la historia es el de *investigación*. Estudiar a partir de la materia concreta y no ofrecer interpretaciones infundadas. Es la garantía de pensar la historia como una disciplina rigurosa.

Bello, sin embargo, no descartó ninguno de los dos métodos. Para convertir los estudios históricos en una disciplina que deven-gase conocimientos funcionales para la construcción del país, el método inductivo o narrativo era decisivo. Nada se ganaría con aplicar las conclusiones "morales" que los historiadores europeos habían obtenido de *sus* realidades a las naciones americanas para explicar sus procesos:

¿Hemos de ir a buscar nuestra historia en Froissart, o en Comines, o en Mizeray, o en Sismondi? El verdadero movimiento retrógrado consistiría en principiar por donde los europeos han acabado [...]. Es

⁵¹ Andrés Bello, "Modo de estudiar la historia", *op. cit.*, p. 245.

⁵² *Ibíd.*, p. 246.

preciso además no dar demasiado valor a nomenclaturas filosóficas; generalizaciones que dicen poco o nada por sí mismas al que no ha contemplado la naturaleza viviente en las pinturas de la historia [...]. ¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes⁵³.

Las recomendaciones que Bello hizo en su momento cuánto no habrían de parecerse a los reclamos que posteriores críticos de la literatura hispanoamericana (pensemos en José Martí, José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña, José Antonio Portuondo, y los más recientes, Roberto Fernández Retamar, Alejandro Losada, Carlos Rincón, Antonio Candido, Nelson Osorio, Antonio Cornejo Polar, Hugo Achúgar, Nelly Richard, Jesús Martín Barbero, Santiago Castro-Gómez, Ileana Rodríguez, Silviano Santiago, Mabel Moraña, John Beverley) han hecho y están haciendo para desembarazar los estudios literarios del control de los centros metropolitanos de saber, y recuperar toda la producción del imaginario social de nuestro continente tan largamente silenciado:

¿Queréis por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa⁵⁴.

⁵³ *Ibid.*, p. 249.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 251. Diez años antes, Esteban Echeverría en su "Discurso de introducción a una serie de lecturas en el Salón Literario en septiembre de 1837" señalaba que mucho se había estudiado en la Argentina, pero nada daba cuenta de las realidades nacionales en sí. "Parto de la razón argentina y no la encuentro [...]. Todo el saber e ilustración que poseemos, no nos pertenece." También abogaba para que en los estudios de la literatura nacional se partiese del conocimiento empírico de las obras y autores en sí: "Al conocimiento exacto de la ciencia del siglo XIX deben ligarse nuestros trabajos sucesivos. Ellos deben ser la preparación, la base, el instrumento, en suma, de una cultura nacional verdaderamente grande, fecunda, original." Concluía en que "estamos en una época reflexiva y racional". En *Obras completas*, Ediciones Zamora, Buenos Aires, 1951, pp. 98-109.

El pensamiento de Bello centro el problema de la autonomía cultural de la América Hispana en el terreno de las disciplinas sociales; en una autonomía que permitía recobrar una perspectiva descolonizada en el estudio de nuestras realidades, y que llevaba, por ende, a la reconstrucción de *todas* las tradiciones americanas o al menos de aquellas que desde la óptica del letrado criollo le permitía visualizar. Sin fortuna, el pensamiento conservador y el liberal impusieron su sistema de gustos y valores, construyendo una imagen de la historia de la literatura un tanto desvirtuada de las recomendaciones del maestro. El canon que finalmente se consolidó más bien terminó por atender a los recortes impuestos por las pasiones políticas. De allí que el género historiográfico haya servido tan sensiblemente a la conformación del capital simbólico que los estados nacionales necesitaban en ese momento.

Creemos que esta lectura de Andrés Bello no ha sido la más usual entre los innumerables trabajos que le han dedicado sus especialistas⁵⁵. Queremos recalcar que el problema va más allá del anti-eurocentrismo: Bello apuntaba, hasta donde nos parece entenderlo, a una distinción que aún hoy en día no resulta tan clara entre los investigadores de las ciencias sociales, y que podría sintetizarse así:

- a) todas las ciencias están regidas por principios comunes;
- b) en las ciencias naturales y exactas las leyes funcionan con un nivel de especificidad que les da un tipo de universalidad;
- c) los principios de las ciencias sociales están sujetos a otra clase de universalidad: aquella que permite explicar la especificidad de las realidades sociales, económicas, políticas y culturales para garantizar su transformación, siempre y cuando metodológicamente se controlen los riesgos de una "ideologización" que enmascare o tergiverse la cualidad de los fenómenos sociales.

⁵⁵ Dentro de esta línea, queremos destacar el excelente trabajo de Adalberto Dessau, "Ideas, directrices y significación histórica del pensamiento filosófico de Andrés Bello", en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, N.º 16, 1982.

Bello pensaba rescatar para las ciencias humanas un estatus de suficiente rigor, cosa que las constituyera en verdaderas ciencias. De este modo, sólo podrían servir de forma orgánica al necesario progreso de las sociedades hispanoamericanas encaminándolas históricamente hacia la civilización burguesa. En este sentido, Bello quería concebir la producción del saber humanístico no como mera especulación inoficiosa, sino como verdaderas ciencias al servicio de una transformación y perfectibilidad sociales. Una reflexión productiva, positiva. No en vano Bello se adelantaría al Positivismo.

Pero debemos reconocer que el desarrollo actual de la teoría de las ciencias sociales nos permite ponderar los planteamientos de Bello bajo esta perspectiva. En su época, el horizonte semántico que tenía a la mano pudo haber limitado los alcances de sus agudas propuestas que no fueron comprendidas a cabalidad ni en aquel entonces como después.

Las ideas de Bello constituyeron la expresión metodológicamente paradigmática de los estudios históricos durante el siglo XIX. Orientaron en muchos sentidos la investigación y la producción de las historias políticas y literarias. Neutralizaron, aunque no desprestigiaron, la fuerte influencia de las concepciones del liberalismo hegeliano de la historia. Sin embargo, hubo un consenso en la segunda mitad del siglo de la inminencia de fijar los hechos y las obras si se quería entregar una historia de los diferentes países que no fuera mera expresión de un voluntarismo idealista. Obligó a determinar la singularidad de los procesos históricos, a definir sus períodos como etapas cualitativamente distintas de los modelos históricos europeos.

A pesar de que Bello pretendía darle a la historia todo el rigor requerido, la escritura de las diversas historias configuraron las formaciones ideológicas, y en cuanto tales, fueron susceptibles de ser capturadas por otras formaciones ideológicas más englobantes.

Las historias nacionales, en tanto prácticas ideológicas discursivas, se acercaron o alejaron del modelo metodológico de Bello, según y cómo traspusieron los axiomas del pensamiento conser-

vador y del pensamiento liberal. En otras palabras: ninguna historia literaria en la práctica se ajustó en su totalidad al método narrativo o al método filosófico presentado por Bello. Las historias registraron inevitablemente las tendencias liberal o conservadora, cosa que se tradujo en la selección que hicieron de los hechos y su valoración.

En todo caso, podemos adelantar por los momentos, que una perspectiva conservadora del proceso histórico pudo optar en algunos aspectos por el método inductivo, para citar, por ejemplo, aquellas historias que reconocían las literaturas orales indígenas pre-hispánicas. También una historia concebida bajo una perspectiva liberal pudo asimilarse en parte al método deductivo, por ejemplo, aquellas que sólo reconocían el proceso desde la Independencia. En la práctica las cosas no fueron tan claramente discernibles. Sin lugar a dudas, el modelo de Bello induce a pensar que el método inductivo correspondía ideológicamente a una perspectiva liberal americanista; y el método deductivo a una perspectiva conservadora o liberal eurocentrista.

A contrapelo de la ideología liberal, ceñida a una perspectiva metropolitana, las tesis de Bello representaron un contrapeso americanista emancipador serio, no menos fuerte que el culto al progreso y a la modernización extranjerizantes.

PARTE III

FUNDACIÓN DEL CAMPO LITERARIO: POLÉMICAS Y DECISIONES

1. LA ORIENTACIÓN AMERICANISTA DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Las directrices del pensamiento de Andrés Bello tuvieron una repercusión fecundante en algunos ámbitos intelectuales que se abocaron con entusiasmo a la defensa de la historia y realidad americanas aunque perteneciesen al pasado colonial. El afán por desplegar un archivo de documentos e historiografía se sobrepuso al antiespañolismo inicial.

En realidad, la propagación de una orientación más nacionalista en los estudios de la sociedad no era lo común. La tendencia más generalizada en el campo del saber histórico era el conocimiento y consumo de autores europeos. Para los historiadores hispanoamericanos la historia europea constituía el punto de referencia obligado. Cuando trataban aspectos de la realidad americana apelaban, sin embargo, a fuentes y a ejemplos del Viejo Mundo. Como muestra, Cecilio Acosta elaboró un ensayo de más de cien páginas titulado "Influencia del elemento histórico-político en la literatura dramática y en la novela", en el cual, sin hacer referencia alguna a autores de estas latitudes, manejó no sólo los escritores más difundidos sino los menos conocidos del contexto cultural metropolitano.

El reclamo americanista pedía precisamente que también los puntos de referencia y archivo fuesen de la propia realidad. Y este sentimiento atravesó toda la centuria. El hondureño José Cecilio del Valle –autor de la independencia política de la América Central– había declarado en 1821: "La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba; América de

noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es América"¹.

Estos pronunciamientos que reclamaban para la actividad reflexiva una perspectiva descolonizada del saber no cesaron de enunciarse en medio de caldeados debates a veces irreconciliables. Tanto la reacción conservadora pro-hispanista, por un lado, y las tendencias modernizadoras pro-europeístas, por el otro, no prohibían en los estudios un enfoque más detenido y atento de las realidades nacionales.

Insistiendo en la metodología de Bello, Francisco Vargas Fontecilla continuó profundizando en los planteamientos del maestro, tratando de conciliar en varias direcciones los estudios históricos. Afirmaba:

Aunque el estudio de la historia debe ser universal, es necesario tener presente que la historia del país a que pertenecemos merece una especial atención. El que la estudie debe descender a una infinidad de pormenores, que serían de poca importancia para él si pertenecieran a la historia de otro pueblo. Según este principio, un americano debe hacer un estudio mucho más minucioso de la historia de América, i todavía más de la de su propio pueblo, que la de las otras secciones del globo².

En su posición conciliadora no perdía de vista que el conocimiento de la historia de Europa sólo redundaría en beneficio de la americana siempre y cuando se principiara por la propia. Pero, por otra parte, también entendía que la vida de los pueblos se entrelazaba, y lo ideal era no perder una perspectiva del conjunto. Con timidez esbozaba un estudio comparativo:

Debiendo el estudio de la historia abrazar la de todos los países, i habiendo acontecido en todos ellos muchos hechos a un mismo tiem-

¹ Citado por José Luis Martínez, *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*, Cuadernos Joaquín Mortiz, México, 1972, p. 95.

² Francisco Vargas Fontecilla, "Discurso de recepción pronunciado ante la facultad de Humanidades por Don Francisco Vargas Fontecilla el 12 de Julio de 1852", en *Anales de la Universidad de Chile*, enero de 1853, p. 359.

po, se puede dudar si convendría estudiar por separado la historia de cada pueblo desde su principio hasta su fin, o si será más provechoso estudiar simultáneamente la de todos aquellos que en una misma época han sido teatro de acontecimientos [...]. Más aunque doi la preferencia al primero de los métodos indicados, no puedo menos de reconocer al segundo la ventaja de presentar en un solo cuadro todas las partes del gran drama de la historia universal, i por lo mismo no lo creo despreciable³.

Esta perspectiva totalizadora no sería adecuadamente atendida a lo largo del siglo XIX como tampoco en el presente⁴. En el fondo, se trataba de evitar el exceso de un localismo empobrecedor como resultado de un mal entendido americanismo. El nacionalismo recalcitrante que habría de imponerse posteriormente como consecuencia comprensible de toda la retórica que los nuevos estados nacionales dispararían como mecanismo necesario para su asentamiento, llevaría a Pedro Henríquez Ureña a destacar en 1925 en su ensayo "Camino de nuestra historia literaria", la inexistencia de trabajos del conjunto literario continental realizados por nativos:

³ Francisco Vargas Fontecilla, *ibid.*, p. 360.

⁴ La situación del presente –en medio del contexto postmoderno de crisis de los macrorrelatos, de la historia que imaginaba narrativas totalizantes, de la puesta en cuestión del saber absoluto de las ciencias sociales– nos permite re-contextualizar estas polémicas tejidas en el pasado a partir y alrededor de las proposiciones de Andrés Bello en el marco de su etapa fundacional, y posicionarlas en la encrucijada inicial de la modernidad. Lo cual nos obliga ahora a acotar que la imaginación histórica deseaba pensar en la posibilidad de crear discursos confiables, reflexiones que versaran sobre el acontecer humano y que al tiempo gozaran de la garantía social de "verdad". Por ello el énfasis –incluso de Bello– en la "objetividad" del documento, el respaldo en fuentes y hechos, no fue otra cosa que una ficción también cuyas convenciones preferían acordar el juego o la fantasía de su "verdad objetiva". La idea de vertebrar narrativas que crearan la ilusión de una totalidad continental –ese supuesto "americanismo literario"– formó parte también de esta agenda de representaciones imaginarias, que los tiempos que actualmente corren –de post marxismo, estructuralismo, colonialismo, foucaultianismo– se han encargado de re-situar o desinflar. A despecho del desvanecimiento de buena parte de las categorías más sólidas que la modernidad ha entregado, la reconstrucción de las coordenadas bellistas sobre este horizonte forma parte de las resistencias del latinoamericanismo.

"Se cumplía el retrán lamentaba: los árboles no dejan ver el bos que." Una perspectiva siempre recortada sobre aspectos locales entregaba estudios parciales de épocas o de países.

Los reclamos del dominicano empalmaban con muchos de los planteamientos que fueron acertada o agudamente presentados durante el siglo XIX cuando apenas comenzaban a delinearse los estudios histórico-literarios.

Las ideas de Vargas Fontecilla encerraban en germen una comprensión orgánica y dialéctica no sólo de las condiciones materiales sino del modo de conocer las realidades americanas como un todo articulado e interrelacionado. Propuso una operación metodológicamente integradora en la cual, si bien el punto de partida debía ser el conocimiento de la historia del propio país, también veía la conveniencia de ampliar el estudio a manera de círculos concéntricos a fin de abarcar pueblos vecinos. Y es en este sentido que él consideraba que la historia de España también incumbía a los americanos:

Para ese mismo americano tiene un especial interés la historia de España, i debe prestarle una atención preferente. La vida de la América es la vida del pueblo español, modificada por circunstancias locales. A la América fueron trasplantadas las instituciones, las creencias, la legislación, el idioma i las costumbres de los conquistadores; i si queremos conocer lo que todos esos elementos son en nuestro suelo, es menester que conozcamos lo que han sido en la tierra que les sirvió de cuna.

Esta reflexión nos hace ver cuan deplorable es el descuido i aún desdén con que, entre nosotros, miran muchos todo lo que concierne a la España i a su historia⁵.

La perspectiva atomizadora también se concretaba ideológicamente en la preferencia de los historiadores por una sola época (ya fuese la Colonia o la Independencia), con lo cual se perdía de vista

⁵ Francisco Vargas Fontecilla, *op. cit.*, pp. 359-360.

todo el proceso histórico como conjunto serial. Vargas Fontecilla recomendaba que:

[E]studiar solamente una época dada, es esponerse a comprender mal el jiro que en ella han tomado las ideas; porque no conociéndose el espíritu que ha reinado en los siglos precedentes, tampoco puede conocerse a fondo el que ha dominado en la época que se trata de estudiar. La vida intelectual del hombre forma una prolongada cadena; las ideas del hoy están íntimamente enlazadas con todas las que les han precedido [...]⁶.

Su historicismo y su perspectiva orgánica, tanto para el estudio del conjunto de los diferentes períodos como de los diversos países, le llevó a concluir que "si es indispensable que el estudio de la historia abrace todas las épocas del linaje humano, no lo es menos el que se estienda a todos los países"⁷.

Seguidores del método narrativo propuesto por Bello, como lo fueron Vargas Fontecilla y Juan María Gutiérrez, insistían, el primero, en que "conociendo la juventud mui imperfectamente los hechos se echan en brazos de sistemas absurdos, perdiéndose de este modo en abstracciones que ni saben coordinar ni manejar con tino i prudencia"⁸; y, el segundo, veía difícil el surgimiento de una historia de la literatura si antes no se hubiesen precisado los textos y exhumados los documentos:

[...] es una tarea muy laboriosa la que impone la averiguación de hechos pasados, porque éstos se hallan aún encerrados y sin clasificación en los archivos o consignados en impresos sueltos de difícil adquisición [...] nos hemos sujetado en lo posible a narrar, y sólo en muy raras ocasiones hemos asumido la responsabilidad de jueces⁹.

⁶ *Ibid.*, p. 359.

⁷ *Ibid.*, p. 359.

⁸ *Ibid.*, p. 358.

⁹ Citado por Beatriz Sarlo, en *Juan María Gutiérrez: Historiador y crítico de nuestra literatura*, Edit. Escuela, Buenos Aires, 1968, p. 31.

La opción del método narrativo (o inductivo) se hacía imperiosa también para la formación de los estudios literarios. Se llegó a percibir que la identidad de las naciones casi descansaba –pasado el período de las contiendas bélicas– en la pesquisa de los hechos, los documentos, las fuentes. De manera inevitable se tenía que tender el puente para conocer el pasado anterior a la República.

Juan María Gutiérrez fue quien precisaba que, a manera de etapas previas, se debían realizar una serie de trabajos para dar pie a la historia literaria. De alguna forma, Gutiérrez –así como el alemán Gervinus– estaba consciente de que una historia de la literatura no era en sí una recopilación de datos; pero sí reconocía que el trabajo de recopilación de fuentes, la constatación de documentos, la evaluación de los mismos, su clasificación, y jerarquización, era una tarea necesaria y preparatoria para la escritura de una historia de la literatura que no fuera una mera abstracción filosófica. La historia literaria no debía confundirse con los trabajos de documentación o recopilación de datos. Pareciera estar presente como modelo de historia literaria aquel que, fundamentando su discurso en una investigación que partiera del método inductivo, no se quedase en la mera exposición del dato, sino que basándose en él y sin evitarlo entregase una comprensión o interpretación de los mismos hechos.

Al parecer, se podría desprender que se vislumbraba con claridad la necesidad de tipologías genéricas que cumplieran funciones diferenciales para la configuración de todo un campo intelectual:

a) la labor filológica de establecimiento del documento, del *corpus*, o el equivalente a la fundación del horizonte de “positividades”, que apuntaría al discurso de los diccionarios o colecciones exhaustivas;

b) y un metadiscursio valorativo/interpretativo con la función organizadora de las “positividades”, que apuntaría a una historia y crítica literarias.

En la práctica no se deslindaron con nitidez ni ambas funciones, ni los recortes genéricos. La historia literaria absorbió en sus espacios la mera información del dato.

En 1902 las críticas que Julio Herrera y Reissig hiciera a la historia literaria de un amigo ya dejaban traslucir estas necesidades, pero a su vez las carencias:

Tu libro no es propiamente una historia filosófica con base hermenéutica, desarrollada según las leyes del dinamismo social. Faltan en él los más graves elementos de una erudición al día, las premisas de una ciencia [...] el análisis inductivo, el plan metódico que abarca los factores físicos, antropológicos y sociales. Hacer historia es hoy comparar, inquirir, correlacionar, disgregar, sintetizar, abstraer y generalizar [...].

También has de saber cuál es mi concepto de un historiador [...]. Aquí se cree que la inteligencia consiste en la retentiva, en el amontonamiento mecánico de leyes, fórmulas, frases, versos, fechas, clasificaciones [...] sin comprender absolutamente nada, sin emitir un juicio que se funde en la filosofía de los hechos [...]. Tal apilamiento de cachivaches de memoria no implica de ningún modo una inteligencia en el sentido riguroso que debe darse a esta palabra [...]. Dice un sociólogo: “La inteligencia no es la facultad de conocer, sino la facultad de comprender, lo cual es muy distinto” [...]. En efecto, ¿qué valen en historia, el colorido, la erudición, la moralidad y todas las más bellas

¹⁰ Julio Herrera y Reissig, “Epílogo wagneriano a la política de fusión”, en *Poesía completa y prosa selecta*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 308, 311 y 312. Acostumbrados en la América Latina a manejar con cierta solvencia y familiaridad la tradición crítica europea en desmedro de la propia, vale la pena comparar lo que pocos años más tarde los formalistas rusos de la *Opoiaz* –concretamente Boris Eichenbaum– cuestionaban de la historia de la literatura. Aunque lo hacían desde un concepto diferente de lo literario que el concebido por Herrera y Reissig, las limitaciones impugnadas a esta disciplina eran similares:

Hasta ahora se podría comparar a los historiadores de la literatura con un policía que, proponiéndose detener a alguien, hubiera hechado mano, al azar de todo lo que encontró en la habitación y aun de la gente que pasaba por la calle vecina. Los historiadores de literatura utilizaban todo: la vida personal, la psicología, la política, la filosofía. Se componía un conglomerado de pseudodisciplinas en lugar de una ciencia literaria.

Boris Eichenbaum, “La teoría del método formal”, en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Siglo XXI Editores, México, 1970, p. 26.

calidades del mundo si no se comprenden los hechos?¹⁰.

En el transcurso de los años parece haberse confundido lo que con tanta claridad había delimitado Juan María Gutiérrez: la investigación y la interpretación; la interpretación infundada o la erudición engorrosa.

Gutiérrez aportaba –y tal vez sea en este sentido el primer crítico e historiador de la literatura moderna– para los estudios literarios de nuestra América un deslinde metodológico que distinguía niveles y tareas. Para él toda la literatura anterior debía ser puesta al día para que llegara a comprenderse realmente su función dentro del panorama de las letras a partir de 1830. Con una conciencia lúcida se abocó primero a recabar las obras literarias: su *América poética* (1846) fue la expresión del magno esfuerzo por entregar la producción poética de una América emancipada en un reto por superar las distancias e incomunicaciones del vasto territorio.

Por esta vía, la necesidad de rescatar la documentación lo llevó a interesarse por el pasado colonial. Y es a través de la búsqueda bibliográfica que fundamentó una tradición literaria americana que no renegaba de la Colonia:

No comenzaremos por examinar si tenemos o no una literatura, porque semejante investigación no cabe dentro de los límites que nos hemos trazado. Lo que sí parece que puede sentarse como un hecho es que no carecemos de literatura, puesto que nadie puede poner en problema que tanto en la época colonial como en la subsiguiente nacieron y vivieron en el seno de nuestra sociedad varios hombres de talento y de estudio que dejaron notorios vestigios de estas calidades en la tradición en sus escritos¹¹.

Gutiérrez, al plantearse a propósito la pregunta, superó el bloque epistemológico de los intelectuales ideológicamente más radicalizados, que, aferrados a una serie de aporías (entre ellas, la negación del pasado), se encontraban sin tradiciones culturales y sin literatura.

¹¹ Citado por Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 85.

El problema no radicaba solo en estudiar la literatura del pasado colonial a través del establecimiento de las fuentes bibliográficas, sino la comprensión de que así como la sociedad era susceptible de una evolución, también la literatura que la “reflejaba” y era expresión de esos cambios. El historicismo introdujo un concepto dinámico en la literatura. Si la “sociedad progresaba”, la literatura también; por lo tanto, tenía historia. Y es su historia la que permitía medir los progresos de la sociedad:

Ha creído [el jurado] que aquel que merecía más en este punto, era el que mejor hubiese comprendido las modificaciones, los cambios decisivos, que la literatura recibe de la variación y progreso de las costumbres, de las creencias, de los elementos que constituyen la vida de los pueblos¹².

Estas palabras de Florencio Varela estaban introduciendo una visión dinámica de la literatura acorde con el desenvolvimiento de la nación. Además, interesa subrayar, por las concepciones formalistas de la literatura que habrían de prevalecer posteriormente, que estas generaciones manejaban una concepción social del hecho literario. La poesía y la literatura, como manifestaciones del lenguaje, registraban e ilustraban no sólo el “proceso social”, la particularidad de las sociedades, sino que eran en sí mismas categorías históricas. Varela continuaba:

Conocer la literatura de un pueblo en una época, es conocer su estado de civilización en esa época. Entre nosotros casi toda la literatura destinada a vivir más allá del día, está limitada a la poesía: en ella está nuestra historia, en ella nuestras costumbres, en ella nuestras creencias, ideas y esperanzas¹³.

La valoración del dato, de los textos, de los hechos literarios, condujo a la exhumación del pasado colonial; el método narrativo

¹² Citado por Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 73.

¹³ *Ibid.*, p. 65.

de Bello restableció con fuerza la cadena histórica; el principio inductivo permitió construir una tradición literaria, y, por ende, dar pie a las historias de la literatura.

La historiografía en general, y, desde luego, también en particular la literaria, son construcciones discursivas culturales; son artefactos retóricos; objetos de composición verbal, que, lejos de reproducir acontecimientos del pasado, los *producen* en el lenguaje; y así más bien ponen en evidencia el modo de pensarlos, de representarlos. El hecho en sí es una ilusión del lenguaje historiográfico. Lo que es indicativo en el modo de saber de Bello es que haya sustituido hechos del lenguaje de sello eurocéntrico (la filosofía histórica europea o *método deductivo*) por archivos de lenguaje hispanoamericanos (el *documento* o *método inductivo*). La memoria trabaja en la historiografía; y lo que obtendremos siempre serán formas de representación que suponen recortes, selecciones, cegueras, olvidos y represiones.

El cuerpo letrado que fabricó esta historiografía literaria desplegó en su discurso todas sus utopías, pero también ocultó sus temores y fobias.

2. EN TORNO A LA PERIODIZACIÓN LITERARIA

Trazar cortes o etapas cualitativamente diferenciales en un *corpus* literario plantea una serie de problemas que rebasan en apariencia el hecho mismo de la periodización convirtiéndola en una operación nada espontánea. Probablemente en la actualidad el uso que hacemos de los manuales e historias literarias nos haya habituado a ver nuestra literatura etiquetada bajo una serie de cómodos rótulos (Barroco, Romanticismo, Realismo, Colonia, Criollismo, generación de 1837, generación de 1918), que facilitan nuestra comprensión racional del sistema literario porque entregan puntos de referencia significativos que ayudan provechosamente a la eventual percepción unidimensional de la línea imaginaria del tiempo.

Independientemente de la mayor o menor pertinencia, adecuación o acierto de las periodizaciones literarias al uso, siempre un esquema de periodización corresponde a un proyecto político-social; y trasluce de algún modo los valores ideológicos de la elite culturalmente dominante, que en última instancia controla la determinación de la etapa temporal culminante de un proceso histórico, el momento de fundación del mismo, el tipo de acontecimientos (políticos, sociales, económicos, culturales) que deciden el inicio y el fin de los períodos, la densidad o simplificación cualitativa de los mismos, la selección de datos y su valoración. Toda periodización lleva implícita la imagen ideológica que el grupo social en cuestión quiere tener del proceso histórico, porque verán en él reflejados sus intereses de clase.

Hoy en día los procedimientos de periodización están siendo cuestionados, pues resultan limitantes para dar cuenta de la complejidad de las realidades culturales. Pero es que también la disciplina de los estudios literarios se ha desarrollado y permite tales balances.

Sin embargo, en el siglo pasado, cuando las historias literarias eran discursos aún por construirse, periodizar suponía ser una tarea experimental fundadora. Se partía de cero en materia de modelos periodificadores. Y aunque hoy nos puedan parecer los resultados un tanto esquemáticos —a pesar de seguirlos empleando— no sería justo considerarlos como productos de una operación mecánica. Todo lo contrario. Se le pueden reconocer méritos difícilmente adjudicables a muchas de las modernas historias literarias: el de haber pensado la literatura hispanoamericana y nacional a partir de su carácter específicamente diferente de la europea de aquel momento, y el haber diseñado sus períodos bajo una concepción social de la literatura, curiosamente deudora del pensamiento herderiano.

Pensemos, por ejemplo, ¿cuántas de las historias la literatura hispanoamericana más conocidas no han adoptado las nomenclaturas de Renacimiento, Barroco, Neoclasicismo, Realismo, Naturalismo, Simbolismo, clasificaciones de ascendencia europea para periodizar nuestro proceso literario?

Sin embargo, para las generaciones pioneras de esta operación, la conciencia de estar fundando una nación, así como creando una literatura que le diera expresión, impidió en algunos aspectos –como éste– la asimilación especular de los esquemas historiográficos europeos, aunque en otros niveles la permeabilidad y adecuación ideológica del proyecto liberal europeo eran inevitables.

Uno de los puntos cruciales de la periodización –por lo menos para las generaciones del Romanticismo liberal– era el reconocimiento que se hacía de la existencia de una literatura que representase los valores de la “nacionalidad”, que asegurase culturalmente la expresión del proyecto político nacional. La determinación del origen o momento fundacional de la literatura estuvo sujeta a una serie de variables que escapaban a lo específicamente literario, pero que fueron escollos ineludibles en el momento: cómo entender la nacionalidad literaria; desde cuándo podían rastrearse sus inicios; qué determinaba ese nacionalismo. No olvidemos que estas preocupaciones en Hispano América se debatían dentro de un contexto de intensa lucha anticolonialista y aspiración de independencia cultural que condicionaron la variabilidad de las respuestas.

Las posiciones políticas más radicales no compartieron los planteamientos de Andrés Bello. Su “americanismo liberal” no les permitía concebir la Colonia como un período susceptible de ser rescatado. Para este grupo el esfuerzo de una historia literaria casi no se justificaba puesto que las obras que integraban este período eran como lo señalara Diego Barros Arana:

[...] un reflejo débil y pálido del movimiento literario de Europa, no ejercieron influencia alguna sobre los otros elementos sociales así como no retrataron su espíritu. Por esto creemos que pueden reunir “las historias literarias” noticias más o menos prolijas acerca de un escritor del nuevo mundo, pero que no es posible bosquejar una historia literaria¹⁴.

¹⁴ Diego Barros Arana, *Historia de América*, Santiago de Chile, 1868, p. 61.

Estudios como el que hizo José Victorino Lastarria en *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile* de 1844, invalidaban una actitud más positiva y objetiva también– para estudiar la Colonia.

Si bien Lastarria reconocía que eran dos los “puntos culminantes de nuestra historia, la conquista i la revolución de Independencia”, se refería a la primera como una época donde el poder de las malas costumbres la inutiliza, la corrompe también o por lo menos la reduce a una disposición sin vigor [...] porque está en oposición con los intereses inmorales i los vicios de los que debieran ejecutarla u obedecerla [...]. Es indudable que la codicia era el elemento corruptor que había depravado a los conquistadores hasta el punto de hacerlos perder todo sentimiento de humanidad i de religión; a los vicios que el atraso de la época les había inspirado con la educación, a las falsas doctrinas i preocupaciones antisociales que una corte estúpida fomentaba [...] se agregaban pues, los deseos inmorales, los intereses criminales i la corrupción [...]¹⁵.

Esta concepción atrajo a numerosos liberales del momento, llevándolos a concluir que la literatura nacional iniciaba su primer período glorioso con la Independencia: “Ninguna literatura americana pudo haber mientras duró la dominación de la España; Colonia ninguna puede tener una literatura propia [...]. Alumbró la llama de la libertad [...] y en el gran sacudimiento nació también la poesía nacional, hermana gemela de la independencia”, declaraba Florencio Varela en el “Informe de la comisión clasificadora del certamen poético de mayo” del año 1841¹⁶.

Tanto Varela como Esteban Echeverría iban a reconocer sólo dos períodos en la literatura nacional: el primero, el que obedecía a los años de la contienda armada, y, el segundo, al lapso postindependentista. Echeverría, basado en una concepción organicista

¹⁵ Citado por Julio Durán Cerda, *Historia de América* (2 vols.), Universitaria, Chile, 1957, vol. I, p. 62.

¹⁶ Florencio Varela, *Política y literatura*, Jackson, Argentina, 1944, pp. 220-221.

de la historia, hablaba de la "edad heroica" para referirse a la etapa de "niñez", por la cual atraviesa toda la literatura en sus comienzos; y la "edad de la razón severa" como el período de la madurez y de la reflexión:

Dos épocas, pues, en nuestra vida social, igualmente gloriosas, igualmente necesarias: entusiasta, ruidosa, guerrera, heroica la una, nos dio por resultado la independencia o nuestra regeneración política: la otra pacífica, laboriosa, reflexiva, que debe darnos por fruto la libertad. La primera podrá llamarse desorganizadora, porque no es de la espada edificar, sino ganar batallas y gloria; destruir y emancipar; la segunda organizadora, porque está destinada a reparar los estragos [...] y echar el fundamento de nuestra regeneración social¹⁷.

La concepción organicista era frecuentemente utilizada para periodizar la literatura, pues se ajustaba al esquema del historicismo liberal, que entendía todo tipo de cambio como proceso evolutivo. También Juan Bautista Alberdi señalaba que "la vida de toda literatura" se dividía en tres períodos, y que "si es menester caracterizar nuestro momento literario, preciso es convenir el que se refiere al primero de los tres períodos [...] al período primitivo y de fecundación. Lo contrario sería sostener que estamos en nuestro siglo de oro literario, que es la segunda época de toda poesía, lo cual es un absurdo, o que tocamos nuestra decadencia inteligente, que es el tercer período, lo cual es más absurdo aún [...] si nuestra poesía ha de ser expresión de la sociedad que nace [...] es necesario que, como nuestra sociedad, nuestra poesía sea nueva [...]. Si ella es *hermana gemela de la Independencia*, como ha dicho el Informe, ella debe ser niña también, y como niña, fuerza es que la acompañen todas las flaquezas [...]"¹⁸.

¹⁷ Esteban Echeverría, "Discurso pronunciado en el Salón literario de 1837", en *Obras Completas*, Edics. A. Zamora, Buenos Aires, 1951, p. 99. Compilador Juan María Gutiérrez.

¹⁸ Juan Bautista Alberdi, *Escritos sobre estética y problemas de la literatura*, Edics. La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1964, pp. 41-42.

Las concepciones teleológicas de Herder y de Hegel eran un buen soporte teórico que permitía la ordenación y comprensión en etapas de la literatura hispanoamericana.

Florencio Varela aplicó –y quizás por primera vez en la historia de nuestra vida literaria– el criterio generacional para definir estos dos momentos. En el mismo *Informe* mencionaba a la generación de la Independencia (o de Mayo), que entonó "cantos de guerra", "himnos de victoria", "que forman el hermosísimo monumento de nuestra primera poesía nacional"; y la generación de las luchas civiles, que se caracterizaba por una poesía de "tinte más filosófico", "más templado", "más melancólico".

Estas tres propuestas –esbozadas entre 1837 y 1841– destilaban todavía el fervor de los ánimos de la guerra de Independencia; y la falta de distancia histórica es lo que permite explicar el silenciamiento del período colonial. No obstante a todo ello, muchas historias de las literaturas nacionales recogerán la concepción y criterio de Varela y hablarán con preferencia de "generaciones" para periodizar esa época, y también ubicarán los inicios de la literatura nacional en ese momento (por ejemplo, *La literatura argentina de 1917*, de Ricardo Rojas, como la *Introducción de la literatura hispanoamericana de 1969*, de Jean Franco).

Los acontecimientos políticos, la ruptura formal con la metrópoli española, fue lo que motivó en el quehacer historiográfico un corte absoluto con el pasado, e hipertrofiar la República como determinante de la nueva situación cultural. "Rígurosamente hablando –decía Alberdi– la juventud no es la autora de este cambio; lo es principalmente la democracia"¹⁹.

Pero a mediados de siglo, ya los ánimos parecían serenarse, lo que permitió tener otra perspectiva sobre el proceso literario. Los criterios se relativizaron pudiendo observarse que la Independencia no se podía tomar como cimiento de todos los orígenes y cambios. En otras palabras, no se podía manejar tan drásticamente los

¹⁹ Juan Bautista Alberdi, *ibid.*, p. 37.

cortes periodológicos ignorando una larga etapa anterior. Se empezaba a comprender que los límites entre un período y otro eran fronteras convencionales que en realidad no dejaban traslucir el verdadero carácter de los cambios. Ni la Independencia en sí misma marcaba el inicio de una nueva literatura, ni tampoco la Colonia era una etapa carente de manifestaciones literarias de corte americanista o pre-nacionalista. Tímidamente se advertía que una cosa eran los cambios políticos, que podían ser abruptos, y otra, las transformaciones culturales que no siempre acompañaban a aquellos. El proceso literario podía ser relativamente independiente.

El mismo Alberdi corrigió la falacia en hacer datar el año de 1810 como el origen de la literatura nacional argentina y la inexactitud de dividir el primer período en 15 años y el segundo en otros 15: "Esta observación es capital porque los hechos de armas no son la clave explicativa de la gran mudanza ocurrida en nuestra literatura, como parece establecerlo el *Informe*"²⁰.

Podemos desprender de estas acotaciones una serie de sugerencias implícitas de gran validez metodológica, aparte de su actualidad: 1) periodizar no es trazar divisiones mecánicas que separen tajantemente los procesos literarios en un antes y un después; 2) la duración de los períodos no se pueden seccionar por divisiones matemáticas; 3) la configuración de una etapa puede ser de larga duración; 4) el momento de cambio no tiene por qué girar alrededor de una fecha, la cual no explica de por sí este proceso; 5) los "hechos de armas", es decir, los acontecimientos *políticos* no determinan ni explican los cambios literarios: estructuras más complejas y profundas dinamizan las transformaciones literarias.

Alberdi observaba adicionalmente que tampoco había una relación directa entre los cambios que iba sufriendo la nueva sociedad y la poesía:

Se echaban los cimientos de una sociabilidad nueva y original, y la poesía no cesaba de hacer de nuestra revolución una glosa de las repúblicas de Grecia y Roma; se desplomaban las tradiciones de forma social y política, de pensamiento, de estilo, que nos habían legado los españoles, y los poetas mantenían como reliquias sagradas las tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de la sociedad que caía bajo nuestros golpes; la libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte; la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras, independientes en política, colonos en literatura²¹.

La importancia de esta observación radicaba en que se advertía lúcidamente la autonomía de la dinámica de la serie literaria con respecto a la serie social, a pesar de que ambas guardaban entre sí una relación si no *mecánica*, sí *dialéctica*. La literatura, entonces, aunque registraba los cambios sociales, no eran su reflejo. El proceso literario tenía y tiene sus propias leyes. Naturalmente que Alberdi no podía expresarlo de otro modo; pero sus ideas no distan mucho de planteamientos actuales en torno a los problemas de la periodización y naturaleza de los cambios literarios.

Estas apreciaciones de Alberdi llevaban el germen de lo que algunos advirtieron rápidamente que con la Independencia la América Hispana sólo había emancipado su cuerpo, pero no su inteligencia: "Ya los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruman" (Esteban Echeverría); "Estaba terminada la revolución de independencia política y principiaba la guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró en nuestra sociedad" (José Victorino Lastarria); "Arrancóse el cetro al monarca, pero no al espíritu español" (Andrés Bello)²².

Una percepción menos rígida de las dos etapas básicas de las literaturas nacionales permitió iniciar una comprensión más flexible y menos simplificada tanto de la Colonia como de la Independencia.

²⁰ *Ibíd.*, p. 32.

²¹ *Ibíd.*, pp. 32-33.

²² Citados por José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 79.

dencia. En principio algunos pensadores constataron que el "espíritu de la Colonia" seguía latente en las manifestaciones culturales postindependentistas; y otros descubrieron que, si bien esto era así, no era menos cierto que también durante la Colonia se podían encontrar los primeros brotes de un americanismo literario. Pero, de todas formas, este esfuerzo no pudo ir más allá de los marcos hispanizantes de reflexión. Podía reconocer las manifestaciones criollas dentro del período colonial, o coloniales en el período nacional, pero difícilmente incorporar las culturas indígenas como sustrato o etapa constitutiva de las literaturas nacionales.

Se descubre que la verdadera explicación de los cambios literarios descansaba en la "sociedad", y como hubo sociedad antes de 1810 "la negación de toda literatura anterior a la revolución de mayo" carecía de "exactitud". Así Alberdi concluía por lo tanto que:

[E]l estudio de nuestra literatura colonial sería un digno tema de las investigaciones de los talentos serios que se levantan; es tiempo ya de abandonar preocupaciones pasadas de moda y emprender seriamente el examen de los antecedentes literarios, legislativos y administrativos de nuestros tres siglos coloniales, que han dado a luz la sociedad presente; sólo en el profundo estudio de nuestro pasado aprenderemos a apreciar el presente y descubrir la llave del porvenir²³.

Ahora bien: se aceptaba el pasado colonial como una etapa que había que atender e incorporar dentro del diseño periodizador. Pero no todos coincidían que podía ser un período fecundo. Hubo respuestas diversas: unas sesgadas por un liberalismo político; otras por una supuesta objetividad de la investigación histórica; ambas recrearon de diferentes maneras el pasado colonial.

Miguel Luis Amunátegui se refería a "ese desierto literario de tres siglos" en los que si había "ingenios privilegiados" eran

"excepciones que únicamente sirven para resaltar su aislamiento". Según Amunátegui, la Colonia fue un período de plagio de la literatura europea: "Los individuos de que hablo, llenaron estas dos necesidades: propagaron los trabajos de los literatos del viejo Mundo, i estuvieron prontos a aplaudir i animar a los escritores que se levantaban en el nuevo." En todo caso, sólo descubría "páginas medio apolilladas de viejos volúmenes" que son una "especie de restos fósiles de una literatura colonial"²⁴.

Y es que en realidad estas apreciaciones nada alentadoras, aunque emitidas por un liberal, frustraban el estudio desapasionado de la Colonia. "Padecen, en efecto, grave error los escritores chilenos —refuta otro historiador, Benjamín Vicuña Mackenna—, tanto antiguos como modernos, que se han ocupado de la era del coloniaje, i describirla como una edad poltrona i soñolienta, en la que la principal i casi exclusiva ocupación de las jentes era rezar el rosario i dormir la siesta [...]. Para crear entre nosotros esta predilección por lo antiguo, que vendría a ser de hecho una nueva escuela literaria, sería preciso abrazar un vasto cuadro de sucesos marcados i notables figuras que pusieran de relieve el atractivo i, a la vez, la filosofía de esos tres siglos, vírgenes aun a la investigación, más no al anatema antifilosófico a que historiadores i cancioneros hemos venido condenándolos, con admirable tesón, por medio siglo ya cumplido"²⁵.

Pero fue de nuevo Juan María Gutiérrez quien se entregó con una auténtica persistencia de investigador al estudio de la literatura colonial. Decía:

He deseado desde hace muchos años atrás, concurrir con algún caudal de hechos y de ideas a la formación de una historia de la literatura

²⁴ Miguel Luis Amunátegui, "Discurso de recepción pronunciado en la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile", en *Anales de la Universidad de Chile*, enero de 1852, pp. 457-466.

²⁵ Benjamín Vicuña Mackenna, "Lo que fue la Inquisición en Chile. Discurso en su incorporación a la Facultad de Filosofía i Humanidades en 1852", en *Anales de la Universidad de Chile*, N.º 46, Vol. XXI, 1862, pp. 129-131.

²³ Juan Bautista Alberdi, *op. cit.*, p. 31.

tura antigua de la América poblada por los españoles, en la persuasión de que un trabajo semejante sería de honra para los nacidos en el Nuevo Mundo e indispensable para colocar a la luz adecuada ciertos grupos oscurecidos en el cuadro de la vida colonial que tanto nos interesa conocer bien y por entero²⁶.

El problema del período colonial como etapa históricamente necesaria pero poco valorada o en definitiva prescindible quedaba resuelto de forma metodológica con los aportes de Gutiérrez. Sus estudios le permitieron concebir la Colonia como una etapa literaria más compleja; conciliar aquellos enfoques que aparentemente se excluían, y, sobre todo, discernir con entera claridad entre aquellas posiciones que expresaban su oposición hacia la tradición porque era española –posición improductiva y peligrosa– o posiciones anticoloniales –perspectiva ideológicamente más liberal, independentista, y a la larga más fecunda.

El antiespañolismo arremetía a ciegas contra todo lo español sin percatarse que había dos Españas: una librepensadora y progresista, y otra retrógrada y escolástica; una democrática y otra absolutista. Los que profesaban un fanatismo antiespañol terminaban hechizados por lo francés o lo inglés. En el fondo esta perspectiva no terminó de romper realmente con los esquemas miméticos de un pensamiento colonizado, y se prestó con facilidad al reacomodo ideológico del proyecto librecambista.

Se rechazaba la tradición hispana, con lo cual se huía de un componente fundamental del programa identitario de la clase letrada. Sin poder renunciar a este hispanismo, se sobre puso la máscara de la modernidad anglo o francófona. He ahí uno de los puntos de la esquizofrenia cultural que habría de caracterizar a los sectores hegemónicos.

Pero, en cambio, aquellos que entendían que la ruptura con la metrópoli debía significar una ruptura con la España monárquica

²⁶ Gutiérrez, Juan María, en "Advertencia preliminar" a *Escritos coloniales americanos*, Buenos Aires, 1957, pp. 217-221. Editado por primera vez bajo el título de *Estudios biográficos y críticos*.

y oscurantista, concebían que el proceso de emancipación se planteaba como una lucha anticolonialista porque debía superar y combatir las estructuras coloniales (económicas, políticas, sociales y culturales) cualesquiera que éstas fueran, y en especial, aquellas portadoras del atraso y no necesariamente el hispanismo en sí. Las posiciones que entendían la nueva situación cultural y política como una lucha anticolonialista desarrollaron una conciencia más libertaria –y, por ende, más americanista–, que sin prejuicio alguno pudo emprender la recuperación del pasado colonial y mantener una conciencia más vigilante frente a las tendencias eurocéntricas, que en el terreno cultural se manifestaron a través de la imitación de modelos franceses.

De esta forma, el interés de Juan María Gutiérrez por el pasado colonial no entrañaba en modo alguno su adhesión a la Colonia como hecho político-social. Era ideológicamente anticolonialista, pero no por ello renegaba del pasado español. Es más: sostenía que en cierto modo la literatura colonial ya era literatura americana. Todos esos documentos fundamentaban una tradición literaria. Los escritores del Neoclasicismo y del Romanticismo –consideraba Gutiérrez– no eran los creadores de la literatura americana; sus obras habían estado precedidas por otras; la literatura iba cambiando por la influencia de unas obras sobre otras. Así la historia de la cultura no comenzaba en 1810, sino mucho antes, cuando los escritores españoles o criollos produjeron en América o en España obras que miraban esta tierra como suya.

El esfuerzo de Gutiérrez proporcionó consecuencias imponderables ya que brindaba una visión más flexible y una salida más airoso para la fundación de una escritura historiadora. Pero en su momento estos planteamientos eran difícilmente asimilables. Su perspectiva integradora se proyectó en dos direcciones: 1) consideró que no se podía ejercer la crítica de nuestra literatura si no se conocían los antepasados coloniales, y la intelección de ese pasado era indispensable para la comprensión total del proceso histórico; 2) entendió, además, la literatura del continente como un conjunto orgánico, con una unidad fundamentada en el español como la

lengua desde la Colonia. Y era ésta la unidad que Gutiérrez pretendía afirmar con un nuevo sentido americanista.

Él logró rastrear durante el pasado una literatura colonial americana a pesar de que menospreciaba y atacaba el sistema político colonial. En consecuencia, negaba la tradición colonial española oscurantista y despótica, pero, en cambio, afirmaba la existencia de una literatura que en la Colonia ya se podía considerar como americana. En el caso concreto del análisis que hizo a la obra *Lima fundada* de Pedro de Peralta y Barnuevo destacaba que era en la forma donde residían los elementos del colonialismo español, pero que el contenido "goza de perspectivas verdaderamente tropicales y de la fragancia de que está impregnada aquella zona de América"²⁷.

Rechazaba lo español en las formas gongorinas del lenguaje, que se identificaban con la España retrógrada y oscurantista; mientras que reconocía y aceptaba como genuinamente americano lo que se expresaba en el plano del contenido. La posición antihispánica de Gutiérrez no estaba reñida en modo alguno con el estudio que hacía de los escritores de la Colonia. Su interés por lo colonial estaba signado por la condenación del elemento español en ciertos aspectos y el reconocimiento del elemento americano entretejido en la matriz hispánica, en el cual ya se podía vislumbrar la literatura nacional.

La visión de Juan María Gutiérrez, a contrapelo de las tendencias dominantes de su momento, liberó la comprensión de los procesos culturales de apreciaciones dogmáticas y mecanicistas, tanto de aquellos que cancelaban el pasado, como las que sólo reconocían la literatura de filiación metropolitana. Más aún: su perspectiva entrañaba finas valoraciones del signo literario, donde tanto la forma como el contenido tenían implicaciones semántico-ideológicas. El estilo tenía una carga política (el lenguaje gongorino fue la retórica del imperio español) como también el contenido (la materia podía ser americana).

Esta consideración dialéctica abría la posibilidad de considerar la dinámica de los procesos culturales en términos menos unidimensionales, y reintroducir en el hecho estético una política de resistencias en la lucha por el poder interpretativo. Así, el período colonial no resultaba una larga situación de alienación colonial, sino un interesante espacio de fisuras, en cuyas grietas floreció una contra-cultura criolla.

Esto significa, por otra parte y en términos modernos, que los contextos coloniales no son *reproducción* de las culturas centrales, sino su *re-producción*: es decir, un doble movimiento inversamente proporcional: 1) producir por extensión ciertos aspectos de la metrópoli (deseo mimético de los grupos letrados colonizados en su afán de reconocimiento); y 2) producción de otra cosa diferente de la cultura oficial (deseo de resistencia o contra-cultura de letrados en situación subalterna). Ninguno de los dos impulsos culturales es idéntico a la cultura matriz metropolitana, porque ambos surgen en una condición geopolítica diferencial; y esta diferencia está marcada por el juego gráfico entre la *reproducción* (como duplicación especular) y la *re-producción* (como producción desviada o disidente del modelo).

Posteriormente José Enrique Rodó también encontraba en la Colonia dos tradiciones literarias. Básicamente consideró este período como una época "privada de toda espontaneidad [...] reflejo de la monotonía tediosa de la vida y del tímido apagamiento de la servidumbre [...] una gran parte de la literatura de la colonia es la expresión de los hechos reales y actuales de la sociedad en que se producía, pero la trivialidad constante de esos hechos que urden la trama de una existencia estéril y monótona quita todo el valor significativo a las páginas que los reflejan y las reduce a la condición del diario de una travesía sin percances frente a playas desiertas y brumosas"²⁸.

²⁸ José Enrique Rodó, "El americanismo literario", en *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1967, pp. 787-809. Publicado por primera vez en la *Revista Nacional*, Montevideo, en 1895.

²⁷ Citado por Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 93.

Pero junto a una "abominable literatura de recepciones, de exequias, de fiestas reales", encuentra Rodó que es *La Araucana* "bajo los pliegues de la túnica clásica [...] es fácil percibir el latido del corazón salvaje de la América". En el plano temático también cifra el esbozo de las primeras tentativas de un americanismo literario.

Desafortunadamente las historias literarias cuando empezaron a proliferar en el XIX no asimilaron estos valiosos aportes de la crítica literaria. Optaron por una burda simplificación de la comprensión del período colonial, jerarquizando, de acuerdo al mayor o menor apego que el historiador tuviera hacia la tradición hispánica, los aspectos deudores de la España monárquica y conservadora o los elementos que a su juicio podían reforzar la tradición laica y americanista.

Sin embargo, este rico mapa de reflexiones dio paso al surgimiento de una conciencia histórica que aceptó como ineludible la ponderación del pasado colonial, ya fuese como una etapa en la cual se hundían las raíces de la nueva literatura nacional; ya fuese como un eslabón necesario de la cadena histórica que explicaba el presente.

Hacia 1852 Miguel Luis Amunátegui entregaba uno de los primeros esquemas de periodización para las literaturas nacionales que contemplaba el proceso en su conjunto. Dentro de una concepción que pudiéramos considerar netamente literaria, distinguía para todas las literaturas tres períodos: 1) una primera etapa de aprendizaje, que sería la de *plagio*, en la que se copiaba inevitablemente la literatura de otro país; 2) un segundo período de *imitación*, en el que se pedían prestados el pensamiento, el fondo, pero no la expresión; 3) y el tercer momento, que vendría a ser el de la *originalidad*, período al que, según Amunátegui, no se había llegado aún en Hispanoamérica.

Era un esquema básicamente abstracto y general; y que aplicado al contexto hispanoamericano tendía a imponer una perspectiva que unidimensionalizaba la apreciación de los períodos literarios, reduciendo las variables a una sola posibilidad, porque al final todas las literaturas pasarían por esas tres fases. Pero ya ofre-

cía un andamiaje para comprender la cualidad de las letras en la Colonia en relación al desarrollo posterior.

Posteriormente, en 1879, José María Torres Caicedo propuso un esquema de periodización literaria fundamentado en la historia política. Tenía la ventajosa particularidad, en aquel momento, de ofrecer demarcaciones precisas que se ajustaban a la especificidad de la vida socio-histórica de los países americanos; relacionaba el proceso literario con el social en general; evitaba periodizaciones abstractas o aquellas basadas en acontecimientos irrelevantes; su esquema emanaba de una perspectiva americanista que no perdía de vista el conjunto continental: por lo tanto, los períodos contemplados eran un modelo general, pero que respondían al proceso histórico de cada país:

La literatura latino-americana abarca tres períodos que serán sin duda adoptados por aquel que escriba su historia. El del régimen colonial [...]. El segundo período, el de la duración de la guerra de la Independencia [...]. El tercer período se confunde hasta cierto punto con el segundo; nació al fin de la guerra de la Independencia²⁹.

Torres Caicedo lograba integrar a su vez la propuesta esteticista de Amunátegui con el modelo socio-político:

Al principio se imitó a los autores españoles; más tarde fueron los autores franceses quienes sirvieron de modelo; en fin, estos últimos, bien que conservando gran parte de la influencia que habían adquirido, no han impedido que se ponga a leer, a estudiar con interés y de una manera fructuosa la literatura inglesa, así como la de la América del Norte.

Se puede decir que la América Latina posee hoy una literatura nacional por el tema y el color local, literatura rica y variada [...] fecunda como nuestro suelo³⁰.

²⁹ Citado por Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, 1980, pp. 221-239.

³⁰ *Ibid.*

A pesar del esfuerzo que significó trazar estos esquemas, en cierto modo resolvieron de forma pragmática la comprensión de cada una de las etapas históricas. Ofrecieron patrones simplificados pero operativos. No desoyeron las advertencias de Juan Bautista Alberdi, como tampoco calibraron tan homogéneamente el carácter de la literatura del pasado y del presente. Finalmente, no aceptaron tan acriticamente los patrones europeos de Neoclacismo y Romanticismo para definir las etapas del proceso literario hispanoamericano. La conciencia diferencial en este plano reinseraba la comprensión de la literatura como un hecho social. Pareciera que el estatuto "colonia/emancipación" obligaba a ver indefectiblemente la representación del proceso histórico-cultural hispanoamericano poco ajustable a los moldes europeos. La situación política —signada por subordinaciones y subalteridades— sobredeterminó el hecho literario.

3. EL CALLEJÓN POSTCOLONIAL: EFECTOS MIMÉTICOS O FORMAS PROPIAS

Los intelectuales liberales vieron cómo las estructuras coloniales se prolongaban aún en el plano ideológico después de la contienda bélica. Su propio horizonte conceptual les impedía percibir que este colonialismo supérstite no era más que la expresión en las formaciones ideológicas de la conservación de formaciones precapitalistas y semif feudales de los modos y relaciones de producción. Acertaron parcialmente en sus diagnósticos de la situación, aunque no alcanzaron a detectar que el cambio de las estructuras ideológicas estaba determinado en última instancia también por el cambio de las condiciones materiales. Creyeron que conseguida la emancipación política sólo restaba la emancipación social, y ésta se alcanzaría mediante el repudio de las formas mentales impuestas por España. Nuevas ideas transformarían las mentes, y así se lograría la emancipación social: "El pensamiento es llamado a obrar hoy por el orden necesario de las cosas [...]. La *inteligencia americana* quiere también su Bolívar, su San Martín" deseaba Juan

Bautista Alberdi³¹, no advirtiendo que las estructuras mentales y hábitos eran de lenta transformación y de más larga persistencia. Las generaciones letradas postindependentistas, fuertemente determinadas por un idealismo filosófico, estaban convencidas del poder transformador de la palabra apostólica de la elite.

Abordaron el problema de las "revoluciones mentales" (José María Luis Mora) o "emancipaciones mentales" (Esteban Echeverría) desde un ángulo idealista, lo que les llevó a debatir largo tiempo en torno a cómo y cuáles deberían ser los nuevos modelos ideológicos a implantar. La emancipación de la herencia cultural española planteaba la conquista de una forma de civilización propia, la *conquista del genio americano* como diría Alberdi.

Pero esta independencia se inscribía ideológicamente dentro de los marcos del pensamiento liberal, y, por consiguiente, concretar esa emancipación intelectual era presentar formas culturales que se asimilaran o asemejasen a las formas de la civilización moderna. La búsqueda de una autonomía con el sello de una originalidad intelectual que pudiera encaminar al mismo tiempo a las nuevas sociedades hacia el anhelado progreso dentro de la economía-mundo oscilaba entre dos escollos no tan fácilmente eludibles. Las respuestas entre los mismos liberales eran encontradas: para salir del yugo de la tradición española, muchos proponían seguir los ejemplos de las naciones europeas que representaban el paradigma del liberalismo; en palabras de Sarmiento nutrirse en sus fuentes: "Adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminaires de la época"³².

Sarmiento no veía otra salida para el escritor entregado a la construcción de la nueva literatura que "estar muy al corriente de los escritos de la época, del pro y del contra de las cuestiones literarias que se han ventilado en Europa"³³.

³¹ *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, Hachette, Buenos Aires, 1955, p. 56. Primera edición de 1837.

³² Citado por Armando Donoso, *Sarmiento en el destierro*, M. Gleitzer Editora, Buenos Aires, 1927, p. 68.

³³ *Ibíd.*, p. 109.

La cultura francesa representaba para él una salida expedita y enriquecedora para el proyecto americanista, ya que identificaba el espíritu francés con el espíritu de la deseada emancipación y modernidad.

Aunque muchos intelectuales como Sarmiento se cuidaron de no imitar servilmente los modelos europeos –además de advertir ese riesgo–, la producción literaria parecía, en cambio, acusar una fuerte influencia extranjera. Lamentaba Miguel Luis Amunátegui que:

Los escritos que aparecen con la revolución, no eran casi sin excepción, sino variaciones más o menos literales de los filósofos franceses [...]. Ni las doctrinas ni el lenguaje, ni nada les pertenecía [...]. Pero los americanos, a fuerza de copiar por necesidad, se adiestraron en el arte de escribir, se asimilaron las ideas de los europeos, adquirieron confianza en sí mismos i aliento para no ajustar la marcha a sus pisadas, aunque siguieran el camino que les trazaban, i de pobres plagiarios se elevaron al rango de discípulos. Buscaron siempre la inspiración en el viejo continente [...]. ¿Nuestro movimiento intelectual no será nunca que un pálido reflejo del movimiento intelectual del antiguo mundo? [...] ¿Llegará un día en que haya una literatura propiamente americana, como hai una francesa o una inglesa?³⁴

Para muchos la independencia cultural que habría de manifestarse a través de una supuesta y cifrada “originalidad” era puesta en duda. América reproducía las huellas del viejo continente. Paradoja ésta del pensamiento liberal: se discrepaba frente a la imitación, pero sólo se concebía la historia de la literatura en Hispanoamérica como reproducción de la europea. La coartada del historicismo hegeliano se consumía en el seno de cierto liberalismo con pretensiones americanistas. Las consecuencias de esta óptica terminaban en el fondo por reforzar de forma indirecta una historiografía literaria conservadora, más dada a jerarquizar las

³⁴ Miguel Luis Amunátegui, “Discurso de recepción pronunciado en la Facultad de Filosofía...”, *op. cit.*, p. 459.

obras y los autores, que reprodujeran los gustos de la metrópoli española.

Por la virulencia de la reacción podemos inferir que el espíritu de imitación estaba a la orden del día. Así como se mantenían, por un lado, las estructuras socio-económicas de la Colonia, dando lugar a la continuidad de formaciones ideológicas también tradicionales, y, por otro lado, la inserción de las economías nacionales dentro del mercado mundial librecambista propiciaba la difusión del pensamiento liberal europeo, la situación cultural se había polarizado entre los apegados a las formas hispánicas y los que defendían la modernidad europea sajona y francófona.

Los que aupaban una salida que confería a las naciones una identidad sin plagios reconocían que la imitación no podía llevarlos a una auténtica resolución de sus proyectos originales, adecuados a la realidad hispanoamericana:

Depuremos nuestro espíritu de todo color postizo, de todo traje prestado, de toda parodia, de todo servilismo. Gobernémonos, pensemos, escribamos, y procedamos en todo, no a imitación de pueblo ninguno de la tierra, sea cual fuere su rango, sino como lo exige la combinación de las leyes generales del espíritu humano, con las individualidades de nuestra condición nacional³⁵.

Eran las palabras de Alberdi, que como las de Lastarria y tantos otros –Bello, Gutiérrez, Simón Rodríguez, Echeverría, Rodó, Martí– alertaban sobre los innumerables servilismos culturales por la compulsión o fascinación ante el consumo de artefactos europeos:

Si la literatura debe ser la expresión de la sociedad, fuerza es confesar que la hispanoamericana por lo jeneral ha cumplido malamente su misión, i en este delito cábele no pequeña complicidad a la chilena,

³⁵ Juan Bautista Alberdi, *Escritos sobre estética y problemas de la literatura*, *op. cit.*, p. 21.

impulsada en gran parte ácia ese falso rumbo por los escritores argentinos, dominadores exclusivos de nuestra prensa por largo tiempo, a quienes sin rubor debemos confesarnos deudores del servicio de haber hecho despertar entre nosotros el gusto por las letras, jeneralizando el conocimiento de la literatura moderna, pero que al propio tiempo nos infundieron el espíritu de imitación de la escuela romántica [...]. Estudien en buena hora nuestros poetas i escritores las formas, el estilo de otras literaturas más adelantadas; pero es ridículo, nada natural i sobre todo pernicioso, el prurito de imitarlas también en, el fondo que representa un estado social completamente diverso del nuestro³⁶.

La extensa cita de Lastarria nos permite ver cómo el problema de la *originalidad* encerraba en no pocos casos un programa que rebasaba lo estrictamente literario. La bandera de la "originalidad" llevaba en sí toda una perspectiva descolonizadora:

Hasta tanto que todos estos elementos de la vieja sociedad española no hayan sido derrocados uno a uno en el suelo argentino: hasta tanto que cada uno de ellos no haya sufrido su 25 de Mayo, no podemos decir que hemos hecho una revolución americana: porque una revolución americana no podrá ser, sino el triunfo del americanismo, es decir, de los elementos propios, de la civilización americana [...]³⁷.

La originalidad literaria era un programa político, y no simplemente la transposición de un pintoresquismo localista al verbo poético. La cuestión iba más lejos: ya no sólo era suficiente que el asunto versara sobre tópicos americanos; eran los moldes del decir, la forma misma, el estilo.

Los límites históricos de la cultura de imitación –ya fuese desde la Colonia hasta la Independencia– y los inicios de la originalidad

³⁶ José Victorino Lastarria, "Informe crítico sobre la obra de los Señores Amunátegui", en *Revista del Pacífico*, tomo III, Valparaíso, 1860, pp. 31-34.

³⁷ Juan Bautista Alberdi, *Escritos satíricos y de crítica literaria*, Ángel Estrada Editor, Buenos Aires, 1945, pp. 267-268.

ya fuese también desde el pasado colonial o a partir de la emancipación política –eran problemas de la historia literaria. La imitación encerraba el problema de la dependencia; el de la originalidad la perspectiva americanista.

José Martí ya a fines del siglo integró ambas posibilidades dentro de un programa que ideológicamente daba el salto cualitativo:

Adivinar salen los jóvenes al mundo con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen [...]. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive [...]. Conocer es resolver [...]. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana [...]. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas³⁸.

El haber visto la cultura nacional sólo como el resultado del plagio de las expresiones europeas fue otro de los motivos que inhibieron el diseño de las historias literarias. La originalidad se planteó como un proyecto hipostasiado para el futuro. Sin literatura "original" no se podía concebir la existencia de una historia de la literatura. Así, quienes abrazaron las posiciones más liberales, se quedaron esperando y acumulando créditos "originales" para dar pie a esta empresa. Por el contrario, posiciones más moderadas –atentas a las sugerencias de Bello y Caicedo– pudieron concebir la historia literaria como un proceso teleológico donde se homologaba el estado de esclavitud y opresión de la Colonia con la imitación literaria, y la República y la libertad con la posibilidad de una literatura original. Entonces *lo nacional* era lo original, y lo *original* fundamentaba la existencia del Estado nacional. Sin lugar a dudas este trazado del proceso histórico de la literatura nacional justificaba políticamente la apología que los sectores dominantes hacían del presente en términos absolutos, con lo cual se perdía la inter-

³⁸ José Martí, "Nuestra América", en *Nuestra América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, pp. 28-29.

pretación dialéctica que Juan María Gutiérrez le había dado al americanismo literario como una columna vertebral de la expresión propia, que hundía sus raíces a lo largo del período colonial dotando a la cultura nacional de una tradición que escapaba a la modernidad.

La elección no era fácil: la originalidad se deseaba moderna. Pero también emancipada de la tutela metropolitana. Pero sin pasado no se tenía una tradición sobre la cual legitimar el efecto de historicidad necesarios para dar credibilidad al estado nacional. Por otra parte, era también la modernidad de los Estados nacionales los que crearon a partir de las nuevas tecnologías de la escritura la historia como tradición. *Estado nacional/escritura e historia* parecieran ser bisagras claves de organización de las nuevas sociedades burguesas.

4. EL CONCEPTO DE LITERATURA NACIONAL

Aspecto decisivo no sólo para la concepción de toda historia de la literatura sino por el papel que dentro de la nueva situación política habría de cumplir la cultura en general, fue la noción de *literatura* que los intelectuales liberales debatieron incansablemente a lo largo de la centuria. La construcción de una historia de la literatura podía darse siempre y cuando se conceptualizaba previamente el *objeto* a historiar. La pregunta clave descansaba sobre el *qué* se iba a sistematizar, y cuáles eran los criterios que definían ese objeto.

La función particular que la historia literaria iba a tener en la modelación y apuntalamiento simbólico de la formación del Estado nacional estaba muy ligada a la concepción socialmente determinante del hecho literario. El punto de vista de Miguel Cané podría sintetizar esta concepción fundacional de la literatura:

Nosotros concebimos que la literatura en una nación joven, es uno de los más eficaces elementos de que puede valerse la educación

pública [...]. Para nosotros, su definición debe ser más social, más útil, más del caso, será el retrato de la individualidad nacional [...]. Pensamos que las Repúblicas Americanas, hijas del sable y del movimiento progresivo de la inteligencia democrática del mundo, necesitan una literatura fuerte y varonil, como la política que las gobierna, y los brazos que las sostienen³⁹.

La cúpula letrada vio las letras como un agenciamiento masculino ("fuerte y varonil") de la nacionalidad. La literatura que podía "retratar la individualidad de la nación" estaría dada por la palabra de la razón ("inteligencia") masculina. La producción de las bellas letras era un asunto de hombres y de la cosa pública ("como la política que las gobierna"). La producción literaria era una cuestión de Estado, y el letrado un hombre político, que tenía por "sable" las letras para inscribir el caos de la barbarie dentro del orden del discurso⁴⁰.

No en vano los historiadores más conservadores vieron con sospecha para la moral pública los géneros "blandos" —como la novela y los folletines— so pretexto de exacerbar en la población femenina lectora un indisciplina de las pulsiones. El deseo de una literatura nacional "varonil" propició la consagración de géneros como la historia, la biografía histórica, las gramáticas, el teatro, la lírica, los sermones y discursos como las formas "duras" y disciplinantes de las subjetividades. La historiografía conservadora condenó la novela de pasiones porque atentaba contra el recato de las mujeres y feminizaba la voluntad masculina. Canonizó épicas y manuales de conducta.

La misma concepción idealista que los sectores liberales tenían de los cambios históricos ocurridos jerarquizaba, en primer térmi-

³⁹ Miguel Cané, "Literatura", en *El Iniciador*, Montevideo, 1838, p. 51.

⁴⁰ A más de una década de distancia de la primera edición de este libro, y en este punto, quiero señalar la gran deuda que tengo con los trabajos de Julio Ramos (*Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989), así como con Ángel Rama (*La Ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hanover, 1984), que me han permitido en esta segunda versión hacer ajustes e introducir nuevas observaciones.

no, las formaciones ideológicas discursivas como responsables de llevar a cabo la verdadera emancipación social. Se depositaba en la "literatura" la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso de las nuevas sociedades. "No debemos ocuparnos de esa literatura de lo bello –continuaba Miguel Cané–, que para los antiguos era todo, sino como uno de los accesorios que puede dar más valor a la obra. Ante todo la verdad, la justicia, la mejora de nuestra pobre condición humana, en fin, todo lo que, aun sacrificando la perfección nos de un progreso moral é intelectual"⁴¹.

Entonces, así como se veía la literatura como un instrumento lleno de promesas hacia una historia por realizar, también se consideró la literatura como el medio más confiable para registrar los cambios que habían ocurrido en el pasado, y detectar, a través de ella, las sucesivas fases evolutivas y también los sucesivos progresos de la sociedad. La "literatura" se concibió como el termómetro más sensible de la vida social, de su existencia histórica, y sobre todo, era el respaldo de la nacionalidad:

En donde no hay patria no hay verdadera poesía; en donde unos cuantos mandan como tiranos orgullosos, como esclavos envilecidos, en donde no hay, en fin, toda la libertad que es compatible con el orden, con la moralidad, los talentos mismos participan de la opresión y de la afrenta⁴².

Más que un hecho "estético" o "ficcional" fue entendido como un hecho pedagógico, medio para la formación de las ciudadanías. En ella el Estado depositaba de forma indirecta un conjunto de valores, determinados con anticipación, en los que ideológicamente se concretaba y realizaba la esencia de lo nacional, produciendo el efecto imaginario de una pretendida particularidad.

⁴¹ Miguel Cané, *op. cit.*, p. 51.

⁴² Luis de la Rosa, "Utilidad de la literatura en México", citado por José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 115.

El proyecto político de los nuevos estados quedó modelado con los principios básicos del liberalismo; otro tanto sucedió con lo que debía ser la literatura. En el marco del pensamiento liberal se ventilaron las nuevas propuestas del hecho literario; y fue también dentro de la historiografía literaria donde se esbozaron los lineamientos más avanzados y más americanistas del nuevo programa estético.

Los temas que caracterizaron la concepción liberal de la literatura la presentaron como la expresión autónoma e ideológicamente independiente: "la nacionalidad de una literatura –proponía Lastarria– consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee". La independencia literaria se correspondía con la idea política de soberanía popular; por lo tanto, a contrapelo de la concepción tradicional y conservadora, continúa Lastarria, "es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho [...]. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana", es decir, la literatura –según estos preceptos– iba a ser más nacional en la medida que fuese más popular⁴³.

El pensamiento liberal, al no haber sido ideológicamente uniforme, reveló sus variables en los diferentes sentidos que dio a los conceptos de "originalidad", "popular", "democrático", "nacional" en la literatura, matices, aunque no excluyentes entre sí, registraron una textura polícroma y no menos interesante de relevar, que, mostraban el aspecto debatido que era el mismo liberalismo.

Para unos –como Alberdi y Echeverría–, el acento de la literatura nacional recaía en que debía ser "social y civilizante, de apostolado y de propaganda" por la moral cristiana que la inspiraba; "progresiva por la fe en la perfectibilidad indefinida de la especie"; "profética por la creencia en el porvenir de la América"; "democrática y popular por el estilo y el lenguaje"; más atenta al

⁴³ José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios*, citado por José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 100.

fondo, al pensamiento, a la idea, a la belleza útil que a la forma, al estilo, a la belleza en sí⁴⁴.

Sarmiento, por su parte, rescataba de la nueva escuela (el Romanticismo) la "protesta enérgica y solamente contra las categorías en que el antiguo espíritu social había encerrado la creación". Ahora, el arte era "socialista", es decir, "la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de cambiar las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren". Pero para Sarmiento aquí "ser socialista" tenía el sentido de "hacer concurrir los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia, y la actividad de la acción, al establecimiento de un gobierno democrático, en el triunfo de la libertad y de todas las doctrinas liberales [...]"⁴⁵.

Para otros, menos radicales —como Juan Cruz Varela— el carácter nacional de la literatura debía trasuntar la descripción del paisaje y del suelo de América. "Una vegetación rápida y prodigiosa. Un suelo siempre verde y florido [...]; todos estos objetos son propios para inflamar la imaginación de los poetas y producir grandes y bellas descripciones"⁴⁶.

Se privilegiaba una concepción de la literatura donde el elemento social e histórico había quedado relegado para dar paso al elemento natural y geográfico de la realidad.

Ambas proposiciones —las que representan Sarmiento / Alberdi como Varela— sólo constituían las dos caras de la misma moneda de la concepción liberal del arte. La primera —más pedagógica y beligeramente doctrinaria— concebía la función de las letras con la capacidad para inscribir dentro del orden y la razón occidentales —la civilización— al mundo y al hombre americanos completamente carentes de ley, orden y razón. Esta concepción explicitaba su idea

⁴⁴ Cfr. Juan Bautista Alberdi, *Escritos sobre estética y problemas de la literatura*, op. cit., p. 36.

⁴⁵ Domingo Faustino Sarmiento, citado por Armando Donoso, op. cit., pp. 128-136.

⁴⁶ Citado por Beatriz Sarlo, op. cit., p. 123.

"bárbara" e "irracional" del hombre no europeo, y, por ende, desplegaba más claramente sus mecanismos de conquista como brazos extensivos del proyecto expansivo del mercado internacional.

La segunda concepción de literatura nacional pudiese aparecer más bucólica, y, por ello mismo, edulcorar en la superficie los mismos resortes euroimperiales de invalidación del mundo americano al concebirlo como pura "vegetación prodigiosa". Esta versión del nacionalismo literario había erradicado de su programación imaginaria la representación social e histórica además de conflictuada de las realidades americanas. Más bien éstas emergían en su cualidad estática y ahistórica ("suelo siempre verde").

Este ángulo de la estética liberal —más conservadora— impuso a la larga el llamado "criollismo" o "costumbrismo" literario, que desarrollará con preferencia el efecto imaginario de una realidad nacional volcada hacia zonas rurales, de naturalezas vírgenes o muy poco trabajadas, que fueron la contrapartida ideológica de la modernización cosmopolita. Estos motivos literarios se prestaron tanto a una visión nostálgica y pasatista como progresista. Con ello se representó el "mito adánico" que el pensamiento liberal cultivó como uno de sus axiomas predilectos: América, como espacio sin historia, mundo nuevo, fuera del alcance de la civilización.

Tal como señalamos en capítulos anteriores, la matriz básica del proyecto modernizador refuncionalizó, dentro de una escala agresivamente globalizante, las viejas tesis de Buffon, reactualizadas por Hegel y vulgarizadas por Humboldt, difundidas y diseminadas de mil formas. La cuestión ahora era reducir cualquier resistencia —y podemos pensar que aquello que resistía era toda esa masa cultural y socialmente diferenciada por otras lógicas no occidentales, no urbanas, no modernizadas, no letradas— a una referencia fácilmente manejable dentro del pensamiento letrado: lo "otro" fue convertido, en el más flagrante de los casos, en pura naturaleza o paisaje, en selva o llano, en sierra o costa; y en el menos, re-convertido en cuadro de costumbres. El hombre popular aparecía entonces como una tarjeta postal, reducido a cromó literario, fetichizado bajo la paleta pintoresquista.

En esta línea, el mismo Juan Cruz Varela haría una breve ratificación que no deja de ser irónica: "Yo no creo que para que la literatura sea nacional es necesario que tome en la patria todos los asuntos que trata, que copie *solamente nuestra naturaleza*, que refleje siempre *nuestros caracteres*, nuestras costumbres"⁴⁷. La carga de conflicto social y dimensión disidente que tuvieron las luchas populares en el siglo XIX pasó al registro oficial de la "literatura nacional" en calidad de "caracteres", previamente, desleídos, dulcificados, amordazados. La institución literaria, en la medida que se consolidaba, mediatizó lo que era *conflicto social* destilando las tensiones en *psicologías* (tipos, caracteres populares), otorgándoles el estatuto de "rarezas tropicales", tal como lo haría la biología con las especies zoológicas.

Al parecer esta concepción de la literatura nacional terminó por imponerse, y no es de extrañar: concordaba con el viraje conservador que había tomado el liberalismo hacia mediados de siglo. Y, como consecuencia, el modelo de las historias de la literatura vertebró la historicidad literaria nacional sobre aquellos motivos "y obras" que entregaban una imagen naturalizada de la realidad, es decir, portadoras de todos aquellos elementos que desde una perspectiva urbana oligárquico-burguesa constituían la cultura popular "folclorizada". La exaltación de lo particular y local como banderas de lo nacional se hacía evidente. Esto revelaba una problemática identitaria que escudaba más bien la sensibilidad extranjerizante de las elites, volcadas a gustos europeos noratlánticos y que descansaba en la modernidad tecnológica de las ciudades y en el lujo suntuario de sus vidas privadas. En la práctica estos sectores poco tenían que ver con la imaginaria que aparecía en esa "literatura nacional". Todo el conjunto revelaba su contradicción. Esta era, al fin y al cabo, un artefacto más para el consumo de un supuesto público internacional, o para una comunidad con una identidad esquizofrénica, donde la literatura podía servir

⁴⁷ Citado por Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 62. El énfasis es nuestro.

como un espacio de representaciones compensatorias de un "hinterland" y de un "pueblo" ausente para llenar los requisitos de lo que en ese momento se necesitaba para ser nación.

El proceso de cosmopolitización que se disparó a fines del XIX llevó a los mismos sectores letrados a retrabajar, no sin polémicas, el asunto de las *representaciones* en la literatura. De allí las opciones conflictuadas entre "criollismo" ("regionalismo" o "mundonovismo") o "cosmopolitismo" ("modernismo", "vanguardia") como expresiones polarizadas de *un* problema más profundo, que cabalga entre la condición postcolonial de culturas largamente colonizadas, que entran en una economía-mundo en posiciones subalternas, con un desarrollo desigual de sus estructuras de vida social (por un lado, muy internacionales; por otro muy, tradicionales). Según para qué y cómo son periferia y centro al mismo tiempo. Esto ha llevado a situaciones culturales con problemáticas identitarias considerablemente heterogéneas tanto en ritmos temporales como en lógicas simbólicas de producción, posibilitando combinatorias dramáticamente excluyentes que conviven bajo *una* dinámica *fracturada*.

Con particular lucidez José Enrique Rodó advirtió a fines del siglo que no era precisamente en la descripción de la naturaleza donde debería descansar el nacionalismo literario: "[E]l más generalizado concepto del americanismo literario se funda, efectivamente, en cierta limitada acepción que la reduce a las inspiraciones derivadas del aspecto del suelo, las formas originales de vida en los campos donde aún lucha la persistencia del retoño salvaje [...]. Atribuir la magnitud de una reivindicación del espíritu de nacionalidad a la preferencia otorgada a esas inspiraciones tiene mucho de exclusivo y quimérico. Es indudable que el carácter nacional de una literatura no ha de buscarse sólo en el reflejo de las peculiaridades de la naturaleza exterior, ni en la expresión dramática o descriptiva de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones", sino más bien la literatura debía expresar las "ideas y sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana [...] no es

tanto la forzada limitación a ciertos temas y géneros como la presencia de un espíritu autónomo"⁴⁸.

Dentro de la tradición del liberalismo americanista, Rodó vio las raíces de lo nacional en estructuras más profundas, no importando tanto el qué sino el cómo se decía. Depositar la nacionalidad de una literatura en el pintoresquismo epidérmico había llevado a las literaturas americanas a un falso nacionalismo:

La exageración del espíritu de nacionalidad, entendido de la manera insuficiente a que hemos aludido, puede llevar en América a los extremos del regionalismo infecundo y receloso que sólo da de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones e intolerancias: el de la literatura que se adhiere a la tierra como una vegetación [...]⁴⁹.

En cambio, en el otro extremo, la preocupación de Alberdi era postular una literatura que reflexionase sobre lo social. No estaba en posición de recomendar una literatura nacional inspirada en la naturaleza, guardando una distancia prudente con el romanticismo reaccionario y conservador:

Ni es gloria para Schlegel ni para nadie el ser romántico; porque el romanticismo, de origen feudal, de instinto antisocial, de sentido absurdo, lunático, misántropo, excéntrico [...] por ningún título es acreedor a las simpatías de los que prefieren el fondo a la forma, [de lo] que es nacional sin ser romántico, filosófico, moralista, progresivo, que expresa el sentimiento público y no el capricho individual; que habla de la patria, de la humanidad, de la igualdad, del progreso, de la libertad, de las glorias, de las victorias, de las pasiones, de los deseos, de las esperanzas nacionales; y no de la perla, de la lágrima, del ángel, de la luna, de la tumba, del puñal, del veneno, de la muerte, del demonio, ni de toda esa cáfila de zarandajas cuyo ridículo vocabulario constituye la estética romántica⁵⁰.

⁴⁸ José Enrique Rodó, "El americanismo literario", *op. cit.*, p. 787.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 788.

⁵⁰ Citado por Alejandro Losada, en *La literatura en la sociedad de América Latina*, Editorial Der Iberoamericana, Frankfurt, 1983, p. 145.

Es evidente que Alberdi rechazara todos los elementos de un arte—bien fuese de un romanticismo egolátrico, o bien de un clasicismo bucólico—que no tuviese que ver directamente con lo social. En el fondo, era un problema de variantes ideológicas dentro del mismo programa modernizador, unas, más cercanas a un realismo social, y otras, más proclives al intimismo lacrimoso, pero ambas inscritas en la estética liberal burguesa.

También el sector conservador se pronunció a favor de una literatura nacional. En la conocida polémica que mantuvieron Manuel Altamirano y Francisco Pimentel en el Liceo Hidalgo en México, éste último sostenía como aspecto determinante que la literatura mexicana debía escribirse en castellano puro, despojándola de todo neologismo o giro dialectal, negando por completo la vigencia de las lenguas indígenas y la existencia de sus literaturas. Representaba la posición de la Academia afiliada a la Madre Patria.

Todas estas propuestas giraban alrededor de un supuesto: la aparición de alguna obra que, colmando las expectativas de uno u otro bando, podía justificar la definitiva existencia de la literatura nacional: la obra fundacional de la literatura nacional. Todos los países del continente hacia finales de la centuria ya habían elegido una obra en la cual depositar los *inicios* de su literatura. La piedra fundacional resultó en muchas ocasiones un terreno reñido. Por ejemplo, en el caso venezolano, *Los mártires* (1842) de Fermín Toro no podía ser la primera novela nacional por cuanto transcurría en Londres, prefiriéndose *Peonía* (1890) de Manuel Vicente Romero García por cuanto llenaba con su "criollismo" la cuota de necesaria compensación imaginaria de un cuerpo letrado ya más familiarizado con el proceso de mundialización. Una y otra novela, más que excluirse, reflejaban esta situación polarizada que señalamos antes, donde coexistían tanto las representaciones cosmopolitas como las regionalizadas en tensiones diferenciales simultáneas.

Pero quien advirtió esta ilusión óptica, y por demás falaz en cuanto a plantear las condiciones de existencia de una literatura nacional, fue Juan Thompson. Perteneciente a la generación del 37

y discípulo de Echeverría, en un artículo publicado en el *Diario de la Tarde* el 24 de noviembre de 1834, planteaba el problema en otros términos: si bien se podía contar con "admirables inspiraciones del genio más atrevido", con "discursos elocuentes", con una serie de obras, "esto no basta para creer que tengamos una literatura". En otras palabras, Thompson se refería a que una golondrina no hace verano; un par de obras no constituyen una literatura.

Para Thompson era necesario saber de qué manera una obra se integraba o no en una tradición literaria, y averiguar si esa tradición existía realmente. Para que un conjunto de obras pudiese llamarse literatura de un país determinado ameritaba que esas obras participasen de un número de características y que plantearan un cierto tipo de problemática, además de situarse cada obra en una posición coherente de acuerdo a la producción literaria en su totalidad. Tradición literaria y medio ambiente especificarían esa literatura⁵¹.

Este planteamiento, por demás olvidado, desplazaba el problema de las representaciones (o del "reflejo") del interior de la literatura (escenario inmanente) hacia otro escenario, hacia el institucional (al campo intelectual), sugiriendo muy tímidamente la existencia de un andamiaje más complejo: no sólo la existencia de obras sino de crítica, de lectores, de aparato escolar, de mercado.

Aunque Thompson no lo haya podido plantear de esta forma, podemos arriesgar algunas observaciones e importantes consecuencias que están en la base de sus planteamientos y que tendrán que ver con el futuro de la disciplina:

1. Una literatura no se define a partir de la existencia empírica de las obras.

2. Una literatura es el resultado de una actividad teórica que las estudia, las ponga en relación, establezca los conjuntos literarios, diseñe el sistema en el cual se insertan y cobran sentido.

⁵¹ Citado por Beatriz Sarlo, *op. cit.*, pp. 59-61.

3. Una tradición literaria, es decir, una historia de la literatura, es una construcción reflexiva, es una abstracción, no es una realidad dada.

4. Para que exista una literatura que sea nacional debe haber con antelación una serie de niveles diferenciables por sus cualidades: una realidad nacional orgánicamente articulada y una crítica e historia literarias. La literatura de un país es el resultado de la intelección que se ha hecho sobre ella⁵².

En esta misma dirección, José Martí decía algo similar:

Porque tenemos alardes y vagidos de Literatura propia, y materia prima de ella, y notas sueltas vibrantes y poderosísimas —mas no Literatura propia. No hay letras, que no son expresión, hasta que no haya esencia que expresar en ellas. Ni habrá Literatura Hispano Americana, hasta que no haya Hispano América⁵³.

El idealismo del pensamiento liberal fue agotando sus premisas hasta dar paso a un pensamiento que hundirá sus fundamentos en el examen previo de las condiciones materiales de la realidad americana. Hubo tantas acepciones de literatura nacional como de americanismos literarios correspondientes también a los diversos

⁵² Podemos sorprendernos si comparamos las ideas de Juan Thompson con las que Octavio Paz dijera a propósito de la crítica literaria en la década de 1960:

La crítica es lo que constituye eso que llamamos una literatura y que no es tanto la suma de las obras como el sistema de sus relaciones: un campo (de afinidades y oposiciones [...]) la misión de la crítica [...] no es inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto de acuerdo con las predisposiciones y tendencias de cada una. En este sentido, la crítica tiene una función creadora: inventa una literatura a partir de las obras. Esto es lo que no ha hecho nuestra crítica. Por tal razón no hay una literatura hispanoamericana aunque ya exista un conjunto importante de obras.

En *Corriente alterna*, Siglo XXI Editores, México, 1967, pp. 40-41. Las consideraciones de Paz se asimilan a las de Thompson, o al revés. Lo interesante del caso es ver cómo durante el siglo pasado se ventilaban cuestiones, que, rescatadas, todavía gozan de una notable vigencia.

⁵³ José Martí, *Obras Literarias*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976, p. 404.

sectores letrados en pugna, cada cual vocero de su propia fracción de clase, y cada quien esgrimiendo su concepción no menos esencialista que los demás.

Una literatura nacional no se inauguraba por decreto; no se hacía a partir de un recetario, o a base de fórmulas. Pero, de todos modos, corrieron paralelamente, a veces sin estar de acuerdo, las *historias literarias* —que entregaban una imagen al parecer consolidada de la literatura nacional porque la vida institucional del país así lo demandaba— y la *historiografía literaria* —que siguió problematizando los presupuestos básicos de las historias literarias.

5. QUÉ HACER CON LAS LITERATURAS INDÍGENAS

El pensamiento liberal, que controlaba ideológicamente los debates sobre literatura nacional, no dejaba margen alguno para que se pensara incorporar dentro del carácter nacional de la literatura el legado o la presencia tan sólo temática de las culturas indígenas. Tanto para aquellas posiciones que veían la literatura identificada con el espíritu de libertad y progreso —Alberdi entendía que la condición profética y popular de la literatura se identificaba con el movimiento propio de la civilización, que eran los “camino de fierro”, “las líneas de vapores”, “la libertad de los cambios”, “los bancos”, “los tratados de comercio”, “muy poco conciliables con el purismo del idioma, el color local y el pintoresquismo”— como para las concepciones más conservadoras —francamente hispanizantes o las que propiciaban el paisajismo descriptivo—, la posibilidad de concebir la “originalidad” de la literatura nacional con el tratamiento del referente indígena estaba excluido. Tampoco aquellos que pensaron en un proyecto de historia literaria, los posibles períodos, las fases cualitativas de la evolución cultural, problematizaron tan siquiera la consideración de las culturas indígenas.

Con el antiespañolismo, la ideología de la modernización, la adhesión a modelos europeos no hispánicos, se propició la ruptu-

ta no solo con el pasado español sino también con toda la tradición histórica anterior. El liberalismo, en términos generales, significó una doble clausura con el pasado: con el colonial español, pero también con las culturas indígenas, que quedaron a partir de la historiografía del siglo XIX como un pasado cancelado o concluido, o en el mejor de los casos, como una antesala “pre-hispánica” a la “verdadera historia” que se iniciaba con la conquista española.

Hemos señalado anteriormente que la moderación de algunos sectores liberales hizo importantes reconsideraciones sobre el pasado colonial, como una etapa preparatoria e históricamente necesaria para desarrollar la coherencia y racionalidad (teleológica y perfectible) del discurso histórico. Además, ciertos axiomas del mismo pensamiento liberal debieron apelar con reticencia a la tradición hispánica, pues era la única alternativa para demostrar la legitimidad y posibilidad que tenían los pueblos del “Nuevo Mundo” de participar en la historia de la civilización occidental. La lengua hispana era el cordón umbilical de pertinencia a la latinidad, al mundo cristiano, y por allí, pasaporte de filiación a la comunidad europea.

El pensamiento liberal como el conservador estuvieron intrínsecamente limitados para asimilar las culturas indígenas. Habría que agregar que se partía de la base que sólo aquellos pueblos que tenían escritura alfabética y literatura impresa tenían historia. El trajinado esquema escolar que divide las civilizaciones en pueblos “prehistóricos” e “históricos” opera sobre ese criterio. Sin duda que se trata de una concepción elitista establecida en la Europa renacentista. Sociedades con otro tipo de escritura y otra forma de registro de sus eventos quedaron excluidas de la noción eurocentrista de historia, además de quedar estigmatizadas como culturas ágrafas o analfabetas.

Pero a pesar de que el historicismo en cierta medida corrigió esta concepción abogando por una comprensión más amplia de la legitimidad de las diversas sociedades y culturas, la política de la nueva economía-mundo que acompañó el proyecto de la Europa liberal contrarrestó ideológicamente los efectos bondadosos del

historicismo en las sociedades periféricas, imponiendo una perspectiva eurocentrista, menos flexible y comprensiva con las culturas aborígenes. En el marco de las formaciones ideológicas ambas tendencias convivieron en una tensión de fuerzas centrífugas.

A la luz de este razonamiento, las sociedades americanas indígenas, al carecer de escritura alfabética, carecían por tanto de historia; eran sociedades "salvajes" que no podían ser tomadas en cuenta para nada. Carecían de la escritura de su historia, y por consiguiente de *Historia*. Eran desmemoriadas. Desde la cultura letrada era difícil negociar con lógicas orales.

Sin embargo, la tendencia americanista que se desarrolló al interior del pensamiento liberal consideró en casos excepcionales—como lo fue el de Juan María Gutiérrez—las culturas indígenas, pero sólo como un pasado remoto y anterior al período hispánico que había de quedar cancelado a pesar de su reconocimiento. Lo que interesa destacar es el sentido desprejuiciado con que Gutiérrez emprendió la investigación de ese lejano pasado llevándolo a establecer una totalidad histórica más coherente e integradora de la realidad americana que muchos otros historiadores liberales. Reconocía que las culturas indígenas pre-hispánicas habían desarrollado "el talento poético", y que tenían una literatura.

En el prólogo de su *América poética* (1846) trazó sucintamente las líneas de una breve historia de la literatura de América, y como se trataba de "poesía", ubicó sus primeras manifestaciones—y también el momento fundacional de su historia—a partir de los antiguos mexicanos, incas y araucanos:

Algunos emperadores mejicanos, como los Sacerdotes del Asia antigua, vistieron las máximas de la moral y explicaron la naturaleza con las formas de la poesía. El nombre de Haravicus, que llevaron los vates mediante el reinado de los Incas peruanos, significaba, en lengua de los mismos, inventor, probando en esto que exigían de sus cantores el ejercicio de la más alta facultad del espíritu humano. La voz de los haravicus, según el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio; y sus poesías, ser-

vían, como la historia, para perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.⁵⁴

Casi tratando de saltar sobre la amurallada episteme de la "ciudad letrada", Juan María Gutiérrez logró entender que podía haber otras modalidades "orales" de construir la memoria ("sus poesías servían como la historia"), y que aquello que la moderna civilización europea entendía como historiografía, podía darse bajo otras lógicas que escapaban a las estructuras grafémicas. Sin abandonar sus propios marcos conceptuales, reconocía en las culturas indígenas "antiguas" la figura del letrado en los "cantores"; la institución de la literatura en la "poesía"; y la función estatal de la misma al articular su ejercicio a las necesidades oficiales de construir la memoria de las "hazañas" "nacionales". Gutiérrez cambió la modalidad historiográfica occidental por otro género (la poesía), pero no modificó su naturaleza hegemónica como práctica organizadora del imaginario colectivo.

Probable seguidor de las lecciones de Herder, no dejó de reconocer y apreciar que también otras etnias indígenas menos desarrolladas gozaban por igual del talento poético:

Mas no por eso estaba exclusivamente encerrada la poesía de América en el ámbito de aquellos *emporios de civilización antigua*. Las tribus indómitas que inspiraron a Ercilla octavas inmortales, tenían, sus Jemipin, nombre espresivo que significa "dueños del decir", y que conviene perfectamente a los poetas del Arauco, estando a la opinión del más afamado de sus cronistas. Los que adoraban al astro del día como a la primera de sus divinidades, debieron experimentar el entusiasmo que distingue al poeta ayudándose para espresarlo de las imágenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Así es que, según los viajes en América y sus muchos historiadores, casi no hai una tribu, ya more en las llanuras o en las montañas, que no tenga sus *varones inspirados*, y su *poesía más o menos rústica*⁵⁵.

⁵⁴ Juan María Gutiérrez, "Prólogo" a la *América Poética*, op. cit., p. VI.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. VI-VII. El énfasis es nuestro.

Pero luego la producción poética escrita de la América independiente fue más deudora del legado español que de la cultura indígena. Gutiérrez, al priorizar la unidad continental como un programa político-cultural, jerarquizó de la herencia colonial hispana la lengua española como vehículo imponderable para establecer esa fraternidad. Por el contrario, el mosaico de lenguas indígenas acentuaba la fragmentación regional. En este sentido, la valoración del español en Gutiérrez tenía una razón más de orden estratégico frente a los nuevos imperialismos que una vocación hispanófila particular.

En otra parte Gutiérrez insistía en que las civilizaciones autóctonas tenían cierto tipo especial de producción imaginativa. Aunque no logró conocer de forma directa esas composiciones, aseveraba sin cansancio que: "[L]a elocuencia y la poesía fueron cultivadas por los súbditos de Montezuma, y Atahualpa, siglos antes que la civilización europea echara en molde cristiano la inteligencia de mejicanos y peruanos. Los cantos y arengas del príncipe Netzahualcoyotl y el drama anónimo titulado 'Ollanta' [...] bastarían por sí solos para dar una fisonomía notable a la literatura de los países del nuevo mundo que fueron dominio de España"⁵⁶.

A diferencia de otros historiadores, que se refirieron a estos pueblos en términos de "semi-salvajes" (Echeverría), "primitivos y bárbaros" (Sarmiento), Gutiérrez usó un léxico —"máximas de la moral", "reinado de los Incas", "alta facultad del espíritu", "varones inspirados", "elocuencia", "inteligencia"— que está lejos de una perspectiva descalificadora. Muy por el contrario, se esforzó en desmentir aquellos rasgos puestos en duda o negados por el consenso letrado de la época.

El lenguaje registró con sutileza los alcances de su americanismo: en primer lugar, la *América poética* antologó composiciones en verso de autores de todo el continente desde la Independencia;

⁵⁶ Citado por Beatriz Sarlo, *op. cit.*, pp. 104-106. El artículo de Gutiérrez donde pondera las culturas indígenas llevaba por título "De la poesía y la elocuencia de las tribus de América" y fue publicado en la *Revista de Buenos Aires*.

segundo, el americanismo literario tenía un sentido que superaba las fronteras nacionales, y se proyectaba en una unidad político-cultural de estos pueblos; tercero, en el "Prólogo", la secuencia global de la cadena histórica de la poesía americana se iniciaba desde el pasado indígena, y Gutiérrez fue cuidadoso en explicitarlo; y cuarto, la poesía de los antiguos mexicanos y peruanos servía para perpetuar el recuerdo de los *acontecimientos nacionales*. Desde la perspectiva de Gutiérrez la *nación* era toda la América, pero también hizo culturalmente suyo el legado indígena al trasladar a estos el término de "nación". Esto es una operación ideológica delicada, escurridiza, que reside en la carga semántica del lenguaje y que sólo hemos querido presentar a manera de sugerencia.

En el terreno de las historias literarias nacionales la incorporación o el reconocimiento de las culturas indígenas fue poco frecuente. Sólo en algunos casos el pensamiento ultramontano las recuperaba como deuda hacia eruditos como la obra de Eguíara y Eguren y la de Lorenzo Boturini Benaduci; o en historias de corte liberal que valoraron el referente indígena mediatizado a través del legado hispánico.

Por último, José Martí, acérrimo defensor del conocimiento de la América, fue enfático al señalar que "la historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria"⁵⁷.

6. SABER Y DISCIPLINA: POSIBILIDADES DE UNA TEORÍA E HISTORIA LITERARIAS HISPANOAMERICANAS

Rodó con acierto implacable advirtió que las antiguas retóricas de Boileau, Luzán y La Harpe todavía utilizadas en el siglo XIX ya no podían prestar un servicio adecuado. Su vigencia no se corres-

⁵⁷ José Martí, "Nuestra América", *op. cit.*, p. 29.

pondía con los cambios que se habían dado en las formas literarias, y, por lo tanto, no podían explicarlas. Pasaban a ser manuales ana-crónicos e ineficaces, vestigios de la "inercia de las ideas y costumbres, que, proscritas en todas partes", debían ser con prontitud desterradas del campo de los estudios literarios:

Para los tratadistas de retórica, el arte literario no se ha modificado esencialmente [...] en general, el tipo de literatura de que nos hablan es el que prevalecía hace más de un siglo (y que ya entonces era convencional y artificioso), y tiene muy pocas correspondencias con la literatura que cultivamos y sentimos. El escritor vive en un mundo; el retórico vive en otro distinto⁵⁸.

La literatura era susceptible de transformaciones; era histórica, como también eran históricos los géneros en que se concretaba la expresión verbal. En este sentido, el pensamiento de Rodó se dirigía más específicamente al objeto mismo de la historia literaria. Para él la historia debía ser la historia de las formas estéticas:

Ningún retórico se ha detenido a pensar, por ejemplo, que, variando la importancia relativa de los géneros literarios según las condiciones de las diferentes épocas, caducando y decaendo unos, suscitándose o realizándose otros, las clasificaciones de las retóricas clásicas deben ser revisadas y adaptadas al orden de la realidad literaria actual⁵⁹.

Las bases teóricas de la retórica estaban siendo cuestionadas para dar paso a una propuesta que sin negar la existencia necesaria de un conjunto de normas que codificasen la producción literaria, obligaba a concebir "fundamentos de una ciencia estética" menos rígidos y también menos ahistóricos.

⁵⁸ José Enrique Rodó, "La enseñanza de la literatura", en *Obras completas, op. cit.*, p. 532. El artículo fue inicialmente publicado en 1908.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 582.

Las ideas de Rodó encerraban una serie de atractivas sugerencias para el campo disciplinario: a pesar de haber hecho hincapié en que la especificidad de los cambios literarios se expresaban a través de los géneros literarios —los formalistas rusos en los años veinte desarrollarían esta vertiente—, estos se explicaban por la sociedad y la época que les sirvió de marco. La historia literaria ya no era a los ojos de Rodó exactamente el progreso de la sociedad registrado en la literatura, como pretendían las primeras generaciones del siglo XIX; ahora el acento debía recaer sobre el hecho literario en sí.

Permeado por los aires del Positivismo, traducía ciertas aristas de las ciencias naturales al terreno de la literatura. Esta era tal vez una "especie", con sus géneros y formas expresivas, cuyas modificaciones variaban en tiempo y espacio. La "ciencia estética" que Rodó proponía estaba enmarcada por la apertura y límites del pensamiento teórico de su época: a su favor, que pensaba en la posibilidad —y ahí su novedad— de convertir el conjunto de reflexiones sobre el hecho literario en un conjunto sistematizado de reglas lógicas de reflexión: en un campo disciplinado de saber. En su contra, que no distinguía con precisión que la gramática que regía las ciencias naturales no era la misma que las ciencias sociales, y, por lo tanto, asimilaba la "ciencia" estética a la biología. En todo caso, sus ideas fueron índice de un proceso de institucionalización del hecho literario, que implicaba diferenciar la producción en sí, su reflexión y categorización (teoría-crítica-historiografía), y su enseñanza en el aparato escolar.

Una futura teoría literaria debería contemplar, según Rodó, el principio que rige los cambios literarios y percatarse de que cada época y también cada sociedad produce modalidades imaginarias diferentes. La anacrónica vigencia de las retóricas orientaba el gusto y la sensibilidad dominantes a seguir jerarquizando los géneros de épocas pasadas —y esto era un fenómeno sumamente notorio en las historias literarias—, con lo cual se marginaban otros géneros, como la novela y el cuento considerados como "no literarios".

Rodó apuntaba la idea — que con posterioridad habría de desarrollar exhaustivamente Georg Lukács en su *Teoría de la novela* — de la transformación del género narrativo, de la epopeya a la novela.

La epopeya es un género muerto, a lo menos en su forma clásica; las actuales condiciones de la sociedad lo repudian; nadie lo cultiva [...] pero el retórico consagrará largas y nutridas páginas a estudiar la construcción orgánica de la epopeya [...] como si en todo esto pudiera haber algo más que un interés de erudición o de arqueología literaria. La épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo es la novela, orbe maravilloso donde caben todo el infinito de la imaginación y todo el infinito de la realidad, con su abreviada imagen: el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa [...]; pero para el retórico la novela y el cuento seguirán siendo especies secundarias porque lo son dentro de la jerarquía que tiene por tipo supremo la epopeya⁶⁰.

En la actualidad, los estudiantes y especialistas de la literatura latinoamericana utilizan con mucha familiaridad los planteamientos que Roberto Fernández Retamar hizo en su conocido trabajo *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* (1972)⁶¹, donde señalaba con precisión que *una teoría de la literatura es la teoría de una literatura*, es decir que las teorías de la literatura hispanoamericana no pueden forjarse a partir de otras realidades literarias, como tampoco trasladar en bloque criterios que fueron forjados en relación con otras literaturas, las literaturas metropolitanas.

Rodó no manifestó expreso la naturaleza americanista de esa “ciencia estética”, pero las impugnaciones que hizo a las retóricas, las hizo desde una perspectiva americanista que le permitía ver en ellas: 1) su carácter anticuado; 2) su ascendencia europea; 3) que no daban cuenta de otras formas literarias, bien fuese porque el factor historia las había modificado, o bien porque eran producto

⁶⁰ José Enrique Rodó, *ibid.*, p. 532.

⁶¹ Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la historia de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, Cuadernos Casa, N.º 16, La Habana, 1975.

de diversas formaciones sociales. 4) su inoperatividad sobre la producción americana de aquel entonces le permitía concluir que “en esas dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos verdad y belleza, el pensamiento moderno ha suscitado riquísimos modelos de obras *intermedias*, singularmente adecuadas a nuestro gusto y a nuestras necesidades espirituales”⁶².

Estas “obras intermedias” a las que se refería Rodó, revelaban de su parte una aguda observación de la variedad de formas genéricas que circulaban en su contexto ofrendadas evidentemente por un público que las consumía; realidad ésta que desbordaba las categorías teóricas establecidas y heredadas de la tradición europea, y que resultaban restringidas y mutilantes para comprender otras realidades. Esta apreciación “intermedia” que visualizaba Rodó para su contexto permite pensar que en la dinámica entre centro y periferia se abre una fisura a partir de la cual repensar los procesos de transferencia cultural que da por resultado una hibridación de las formas literarias. El calificativo de “intermedio” pareciera vaticinar los conceptos de “heterogeneidad” de Antonio Cornejo Polar, “transculturación” de Ángel Rama, e “hibridez” de Néstor García Canclini de este fin de siglo. Pero continuemos con Rodó:

Abatir esa armazón vetusta de clasificaciones y jerarquías; probar a distribuir el variadísimo contenido de la actividad literaria propia de la civilización y cultura modernas, según un orden fundado en las formas que realmente viven [...] podar la parte convencional y estrechamente retórica de la preceptiva⁶³.

Alfonso Reyes, un par de décadas después, hablaría del carácter “ancilar” de nuestras letras. Rodó hablaba de “obras intermedias”. ¿Sería aventurado pensar en la cercanía de ambos criterios

⁶² José Enrique Rodó, “La enseñanza de la literatura”, *op. cit.*, p. 533.

⁶³ José Enrique Rodó, *ibid.*, p. 533.

en esta consideración? Creemos que no. Rodó pensaba en una ciencia literaria que desarrollara sus fundamentos teóricos a partir de estas condiciones "intermedias" de la realidad americana.

Así como cualquier manual moderno contempla para estudiar la literatura la existencia de una *teoría*, de una *crítica* y de una *historia* literarias como discursos con tareas diferentes pero complementarias para explicar el hecho literario en sus diversas dimensiones, Rodó señalaba que el estudio de la literatura debía tener el respaldo en "dos seguros fundamentos; en la ciencia estética y en la historia de las literaturas". Pero agregaba que la perfecta enseñanza de la literatura implicaría la realización de dos obras complementarias:

[...] una *Antología* compuesta con objeto y plan esencialmente didácticos y ajustada al ordenado desenvolvimiento del *libro de teoría*, para corroborarlo con la eficacia irremplazable de los ejemplos; y un *texto de historia literaria*, parco en nombres y en juicios bibliográficos, y en el que se atendiese debidamente a la relación de la actividad literaria con los caracteres de raza, de país, de sociabilidad, de instituciones, que concurren a imprimir el sello en la literatura de cada nación y cada época⁶⁴.

El nivel de desarrollo alcanzado en las reflexiones teóricas sobre la literatura a fines de siglo permiten concluir que, aún dentro de las limitaciones históricas correspondientes, la historiografía literaria había logrado determinar con sorprendente anticipación distinciones metodológicas que serán frecuentemente reiteradas y desarrolladas en el transcurso de las siguientes décadas en el siglo XX con miras a la constitución de la disciplina de los estudios literarios. En este sentido, la pertinencia y la claridad de todos estos antecedentes hilvanan una tradición en el campo propiamente hispanoamericano de no corta duración, obligando a la nueva crítica latinoamericana de estos días a relativizar la percepción de novedad reciente de muchas de sus apreciaciones.

⁶⁴ José Enrique Rodó, *ibid.*, p. 533. El énfasis es nuestro.

PARTE IV

CONFIGURACIÓN DEL CANON:

LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA NACIONAL

LAS PREFERENCIAS DOMINANTES

La consolidación de los estados nacionales hispanoamericanos en la segunda mitad del siglo XIX se consumó, en términos generales, por las vías de un progresismo conservador, lo que significó en el terreno de los debates ideológicos, una moderación del liberalismo político. La polarización ideológica entre los grupos sociales que formaban la elite de poder se distendió, produciéndose una mutua contaminación de credos políticos hasta entonces radicalizados. Los principios del liberalismo se conservatizaron; y el conservadurismo se liberalizó: parecía ser la nueva fórmula más conveniente para lograr una modernización que satisficiera todas las partes interesadas tanto local como internacionalmente. El conservadurismo extremo cuidaba celosamente las estructuras esclavistas y veía con desconfianza la nueva economía del dinero; el liberalismo era excesivamente laico, poco respetuoso con tradiciones y etnias amerindias y todo lo traducía en términos mercantiles.

Los países hispanoamericanos aseguraban su definitiva inserción en el sistema capitalista internacional por las vías reaccionarias del proyecto liberal. Las alianzas, tanto a nivel económico, social, político como ideológico entre los sectores más rezagados y los que representaron la modernización terminaron por configurar un Estado nacional que tuvo que articular una serie de instancias entre sí contradictorias y hasta excluyentes. Era precisamente a partir de esta coyuntura la que dio lugar, por un lado, a la hegemonía de una *oligarquía progresista* —que se había modernizado sin haberse despojado de las antiguas estructuras—, y, por otro, el surgimiento de una vida cultural en buena parte promovida por un

Estado que alcanzaba a darse cuenta de la estratégica importancia política de la producción cultural controlada y dirigida a convocar las sensibilidades colectivas. Artes visuales, arquitectura, plazas, fuentes, avenidas, óleos de gran formato, teatro, ópera, orquestas, certámenes literarios, fiestas patrias, concurrían a cimentar la legitimidad del poder estatal y hacer más confiable el proceso de vertiginoso cambio que se estaba viviendo. En este marco, las manifestaciones literarias –porque la literatura se puso de moda– tuvieron notable preferencia, y, por consiguiente, los mecanismos de su institucionalización –a través de academias, concursos, premios nacionales, enseñanza, revistas, reseñas e historias literarias– corrieron paralelos a la organización del aparato burocrático y militar del Estado. Para lo que nos interesa, particularmente la aparición de las *historias literarias* nacionales formalizaron en una doble dirección las preferencias ideológicas del sector dominante, constituyéndose en “monumentos” discursivos que reforzaban “desde arriba” la consolidación del efecto de la unidad nacional.

El giro que tomó el proyecto liberal en Hispanoamérica después de 1850 vio florecer una serie de modalidades discursivas (entre ellas las historias literarias) que, como prácticas culturales de la elite, no sólo reprodujeron sus valores sino que apuntalaron simbólicamente el prestigio del Estado nacional. Y en este sentido queremos llamar la atención sobre la articulación específica entre el proceso de formación de la vida cívica de los nuevos estados y la aparición de las historias literarias como esfuerzos, en otro plano, por darle orden en la escritura a una supuesta tradición cultural. *Estado-Escritura, Nación-Historia, Pueblo-Literatura* eran bisagras claves a ser trabajadas por el cuerpo letrado como aspectos identitarios de su proyecto histórico como clase.

Concretamente en Hispanoamérica alrededor de los años de 1850 y 1860 fueron apareciendo las primeras historias literarias

nacionales: en 1844 José Manuel Valdez y Palacios da a conocer su *Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas*; en 1850 se publica la *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile* de José Ignacio Víctor y Eyzaguirre; en Colombia, José María Samper escribe en 1854 *Nuestra literatura*, y José María Vergara y Vergara en 1867 su *Historia de la literatura en Nueva Granada desde la Conquista hasta la Independencia*; el *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, de Adolfo Valderrama es de 1866; de 1868 la *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días* de Juan León Mera, y Pablo Herrera escribe su *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana* en 1860; Pedro Santacilia edita en 1868 *Del movimiento literario en México*, y, así, sucesivamente hasta fines de siglo, incrementándose notablemente la publicación de historias hacia los años 80: *Historia de la literatura colonial de Chile* (1878) de José Toribio Medina; *La literatura chilena; bosquejo histórico desde la Colonia hasta nuestros días* (1891) de Pedro Figueroa; *Historia de la literatura cubana* (1889) de Aurelio Mitjans; *Reseña histórico-crítica de la literatura guatemalteca* (1893) de Agustín Gómez Carrillo; *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México desde la Conquista hasta nuestros días* (1883) de Francisco Pimentel; *México a través de los siglos. Historia General y completa del desenvolvimiento, social, político, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota la época actual* (1887-89) de Vicente Riva Palacio; *La literatura en el Paraguay* (1888) de José Segundo Decoud; *Reseña histórica de la literatura venezolana escrita expresamente para la América Latina* (1888) de Julio Calcaño; culminando este ciclo de historias literarias con la crisis del orden internacional en los años de la Primera Guerra Mundial, con las obras de Ricardo Rojas *La literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (1917-22) y, con anterioridad, la *Historia crítica de la literatura Uruguay* (1912) de Carlos Roxlo; *La novela en Colombia* (1908) de Roberto Cortázar; *Bosquejo histórico de la literatura chilena* (1915) de Domingo Amunátegui Solar; *La producción intelectual de Chile* (1909) de Benjamín Vicuña Subercaseaux, *Historia de la literatura mexicana* (1910) de José María Vigil;

¹ Cfr. Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*, Arca, Montevideo, 1985; Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo*, Montesinos, Barcelona, 1983; Paulette Silva Beauregard, *Una vasta morada de enmascarados*, La Casa de Bello, Caracas, 1993.

Carácter de la literatura del Perú independiente (1905) de José de la Riva Agüero, *La literatura venezolana en el siglo XIX* (1906) de Gonzalo Picón Febres y, por último, la *Historia del desarrollo intelectual de Chile* (1903) de Alejandro Fuenzalida Grandón.

Entre la organización del Estado nacional —a mediados de siglo— y la celebración de los diversos centenarios de los países —alrededor del 900 y principios del xx—, en esa elipse temporal de sesenta años, fueron surgiendo las historias literarias, unas antes y otras después, dependiendo del grado de estabilidad política alcanzado. Salvo en el caso de los países centroamericanos, cuyo proceso de reconfiguración como naciones después de la disolución de la Confederación, postergó la aparición de este género hacia las primeras décadas de este siglo.

En todo caso, estas manifestaciones “ilustradas”, casi siempre bajo el formato de voluminosos libros, ejercían el simulacro performativo de representar (*Darstellen*) la nación. Algunos de ellos eran verdaderos monumentos por su volumen y tamaño. De allí no es de extrañar el gesto fetichista de asimilar el culto al libro como representación (*Vertretung*) de la nación y de la historia. Bástenos el ejemplo venezolano de el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* (1895) que pretendía contener en su inmanejable formato tanto los retratos de los varones ilustres como las manifestaciones de toda la vida intelectual. El monumentalismo del gesto —que homologaba *Libro/Historia/Estado*— teatraliza metonímicamente una realidad imaginaria a base de olvidos y recortes (de períodos, géneros, sujetos, oralidades), pero donde la capacidad *efectiva* del libro produjo precisamente la ilusión de verdad/nación².

La misma estructura que adquirieron los países hispanoamericanos tanto por su constitución interna como por el modo en que se vincularon al mercado internacional prefiguró un tipo de for-

² En este punto quiero agradecer el libro de Hugo Achúgar (comp.), *La fundación por la palabra. Letra y Nación en América Latina en el siglo XIX*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Uruguay, 1998.

mación socio-política que tendió a una menor cohesión del conjunto continental en virtud de una mayor jerarquización de las realidades e intereses locales y nacionales. Los grupos oligárquicos profesaron contradictoriamente, por un lado, una adhesión incondicional hacia las metrópolis más industrializadas, y, por otro, una sensibilidad nacionalista basada en la exaltación de realidades provincianas. Al no haber sido una oligarquía ni una burguesía plenamente nacionalista, tendieron a profundizar la disgregación al interior de los países y también entre las naciones hispanoamericanas, estableciendo lazos más sólidos y cercanos con Europa y luego con los Estados Unidos.

El espíritu americanista no fue precisamente lo que imperó, a pesar de las innumerables voces que clamaron por la necesaria unidad continental. Por eso no fue extraño que al surgir las historias literarias se haya optado por la modalidad *nacional* en detrimento de la continental *americanista*. En cierta forma, la elección y concreción del discurso histórico-literario en función de lo nacional fue la contrapartida ideológica, que, como un Jano bifronte, revelaba la necesidad de crear mitos nacionales para encubrir las inclinaciones cosmopolitas de las elites y su estrecha conexión con el capitalismo monopolista.

El esfuerzo por comprender el proceso histórico en general se recortaba, en primera instancia, sobre la realidad nacional, que era el marco más apremiante y necesario a definir, a efectos de garantizar la consolidación de los sectores dominantes.

En ese momento se dieron efectivamente las dos posibilidades: historias con una perspectiva nacional y con una perspectiva americanista más continental. Prueba de ello fue la misma *América poética* (1846) de Juan María Gutiérrez (en cuyo “Prólogo” esbozó tal vez el primer esquema de historia de la literatura hispanoamericana) así como sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (1865), y lo que pudiera considerarse como el primer intento de envergadura de un trabajo global *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispanoamericanos* (1863-1868) de José María Torres Caicedo.

Estos ensayos fueron alentados por una comprensión del conjunto continental, no sólo por el prurito de compartir una misma lengua, sino como un desideratum ideológico de alcances más fructíferos que aquellas perspectivas que solamente se limitaron al ámbito nacional perdiendo de vista una contextualidad más amplia.

Con esto no estamos queriendo privilegiar los trabajos de conjunto desmereciendo los que sólo se atuvieron a literaturas regionales. Ambos tipos de proyectos obedecían a ópticas legítimas y complementarias. Las historias literarias con carácter hispanoamericano no excluían las nacionales, y viceversa. Pero sí conviene señalar que el desarrollo de este género se encauzó con preferencia por la construcción de las letras nacionales porque era el contexto más inminente para los letrados. De otro modo: el período post independentista se caracterizó por una disgregación de la antigua unidad colonial que debilitó la idea de "nación americana" mancada en los tiempos prerrevolucionarios, resematizándose la noción de "americanidad" en un sentido más restringido y también más adecuado a los intereses de las oligarquías locales.

En cierto modo, durante el siglo XIX se debilitó, por un lado, esa perspectiva continental que tuvieron los antiguos catálogos y bibliotecas de la Colonia, y, por otro, se profundizó una perspectiva más regionalizada de las realidades americanas. Sin duda que los trabajos realizados por Juan María Gutiérrez y José María Torres Caicedo, entre otros, retomaron en un sentido anti-españolista la unidad continental conformada durante la Colonia pero refuncionalizando el conjunto en una dirección anti-imperialista. Esta dialéctica complementaria de perspectivas entraba en un juego irónico con las miradas noratlánticas hacia Hispanoamérica. Para la implementación de la política liberal desde la metrópoli, la periferia debía ser vista como un conjunto preferiblemente homogéneo (América Latina se globalizaba); pero al mismo tiempo, promover interiormente una profunda diferenciación nacional. Las partes se conectaban entre sí a través del centro. Ambas percepciones –local/continental– coexistieron con diversos énfasis de acuerdo con intereses y coyunturas.

Como ejemplos de esta dinámica surgieron los trabajos de *History of Spanish Literature* (1849) de George Ticknor y la *Historia de la poesía hispanoamericana* (1893-1895) de Marcelino Menéndez y Pelayo que consideraban la literatura hispanoamericana como una parte indiferenciada de la literatura española, como parte regional de la comunidad hispano-hablante. En este sentido, la voluntad colonialista de ambas historias –con dos proyectos imperiales diferentes, uno nostálgico, y otro moderno– deseaban la unidad continental americana.

Por lo tanto, habría que distinguir en estas historias aquellas que tenían un americanismo de cuño "hispanista" –que reforzaba los nexos dependentistas y antiseparatistas– y aquellas que profesan un "americanismo" propiamente dicho –que rescataban dialécticamente la estructura del conjunto continental en función de un proyecto emancipador anti-imperialista.

Los trabajos de carácter hispanoamericano fundamentaban en el *criterio lingüístico* la sistematización del conjunto; y las historias nacionales organizaban el *corpus* literario a partir del *criterio político* de la nación.

La internacionalización de las diferentes economías nacionales aceleró una visión de conjunto de la América Hispana desde la perspectiva de las nuevas metrópolis; perspectiva de conjunto que se perdió dentro del continente a pesar de producirse una mayor homogeneización de las condiciones económicas, sociales y políticas de los países, que hubiera podido redundar en un mayor acercamiento de las naciones entre sí.

A contrapelo de esta situación, las historias literarias nacionales parecieron proyectar más bien la singularidad casi exclusiva de sus procesos nacionales. Por ello, el discurso histórico-literario prácticamente descansó en la jerarquización de los "ingenios", los "hombres ilustres" o la exaltación de la tipicidad geográfica o étnica de la zona. Con este proceso de fetichización de las realidades nacionales, éstas se hicieron irreductibles. Al compartir la misma lengua de la madre patria –lo que dificultaba el criterio fundacional diferencial para establecer una literatura nacional– todos los países se

representaron a través de la extrapolación de algún elemento de sus realidades regionales, cosificándolo y folklorizándolo.

En resumidas cuentas, el surgimiento de las historias literarias nacionales en Hispanoamérica se vio favorecido por la consolidación del Estado nacional bajo el signo de un progresismo conservador, que propició una serie de prácticas discursivas que representaron un efecto de unidad a costa de la cancelación de los sistemas de contradicciones, que, después de todo, revelaban la heterogeneidad de las manifestaciones culturales, la tensión entre la ciudad y el campo, el recelo ante la modernidad extranjerizante y el desprecio de las culturas populares y, las zonas rurales. La imposición de las preferencias de las elites se consumó en: la implantación y el reconocimiento del español como única lengua nacional. En palabras del historiador ecuatoriano Juan León Mera:

Lo que en estas tierras vivirá más que las razas puras europea y americana, son la lengua y las costumbres extranjeras. El elemento español tiene que preponderar en su mezcla con el indígena, y acabará por absorberlo del todo; así tiene que ser naturalmente, puesto que este vale mucho menos que el otro; y así conviene que sea, y así viene siéndolo desde el tiempo de la conquista y, sobre todo desde la independencia. El triunfo de nuestra lengua y nuestras costumbres es ya un, hecho bajo cierto aspecto. El quichua no solamente va adulterándose, sino desapareciendo [...]. Me ha sucedido muchas veces tratar con indios hablándoles en quichua, y me han contestado en castellano. Esto me alegra mucho, pues aunque esa lengua es muy expresiva, sonora y agradable, no cabe duda que el indio para civilizarse necesita adoptar un idioma culto³.

Como letrado conservador, León Mera no lograba advertir que las estructuras coloniales seguían aún vigentes y que desplegaban una cadena de pliegues en cuyos intersticios el auto-silenciamiento del quichua por parte del subalterno fue y es una manera de

³ Juan León Mera, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, Imp. De José Cunill Sala, Barcelona, 1893. Primera edición 1868.

resguardar su cultura, y la adopción de la lengua dominante para interactuar con el criollo una habil trepa de camuflaje y protección.

Se descartaron las manifestaciones *orales populares* y no las *orales* provenientes del sector dominante (como la oratoria sagrada y profana):

No habiendo escritos en quichua no puede haber literatura quichua [...] el quichua ha sufrido también cambios y adulteraciones notables con la introducción del castellano, y á la vuelta de un siglo será lengua muerta que nadie tratará de aprender, porque no cuenta con obra ninguna que la inmortalice como el griego y el latín⁴.

Se institucionalizó la cultura ilustrada, homologando la idea de nación sobre el valor de la letra impresa, además de establecer una concepción de lo nacional asociada a representaciones rurales. Esto problematizó ideológicamente la fragilidad del nacionalismo cultural porque sirvió para enmascarar la descapitalización progresiva y la dependencia insalvable de los países hispanoamericanos.

Este haz de contradicciones se puede evidenciar, por ejemplo, en la historia de Gonzalo Picón Febres, donde la originalidad literaria nacional está depositada en lo regional, al tiempo que la misma originalidad de esa nacionalidad literaria surgía con el librecambismo y la inmersión en la órbita del mercado y progreso europeos:

[...] porque las *relaciones comerciales* que existían con *otros pueblos*, y las de índole revolucionaria que mantenía Miranda con los prohombres

⁴ *Ibid.*, pp. 603 y 19. Muchas de las historias registran como literatura la oratoria y la elocuencia. Debemos recordar que las formas orales ilustradas eran una notable manifestación intelectual, sobre todo en una sociedad donde el libro no era común, pero sí géneros orales que invitaban a la representación en público. Como curiosidad se pueden consultar José María de Vergara y Vergara (*Historia de la Literatura de Nueva Granada*, Biblioteca del Banco Popular, vol. 63, Bogotá, 1974, primera edición 1867) y Jorge Hunneus Gana (*Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*, Litografía Encuadernación, Chile, 1910).

bres de Caracas, facilitaron la introducción de libros cargados con el aliento prolífico de las ideas nuevas [...] los progresos alcanzados se debieron a la sigilosa introducción que hacían –por medio de las *relaciones comerciales mantenidas con países más adelantados*– de los libros que se denominaban prohibidos [...] determinóse en la República un evidente *progreso intelectual*, merced a las libertades públicas [...] y al *comercio sin trabas* [...]. Si Francisco Lazo Martí no hubiese escrito sino la encantadora Silva criolla, ella sola bastaría para su reputación de lato poeta [...]. Inspiración, filosofía, expresivo simbolismo, rico sabor local de la región llanera, *arte, sentimiento profundo de la Patria*⁵.

El conjunto de reflexiones críticas que cuestionaban y establecían los presupuestos sobre los cuales debían desarrollarse las historias de la literatura eran mucho más flexibles y enriquecedores que la configuración del género histórico-literario, que, a pesar de haber asimilado una buena parte de las directrices de la historiografía (de las reflexiones), no lograron transponer en términos generales la independencia y el carácter americanista perfilado en ese conjunto de ensayos. Y tal vez no podía ser de otro modo: las reflexiones historiográficas no constituyeron una práctica sistemática; no configuraron un cuerpo denso de trabajos, sino apuntes ocasionales, artículos esporádicos, notas eventuales, que no lograron calar suficientemente en el ámbito intelectual, generalizándose más bien algunas cuestiones básicas por ella señaladas y que se presentaron con más peso a la sensibilidad conservadora o liberal de la historia literaria.

La pronta o tardía aparición de las historias literarias, inclusive la ausencia de ellas en algunos países, estuvo determinada por el mayor o menor arraigo y profundización de las estructuras coloniales y la rápida o más lenta estabilización política del Estado nacional. Aquellos países (Chile fue un caso paradigmático) donde las guerras de independencia no diezmaron la economía, el nuevo

⁵ Gonzalo Picón Febres, *La literatura venezolana del siglo XIX*, Ayacucho, Buenos Aires, 1947, pp. 101, 103, 104, 344. Primera edición 1906. El énfasis es nuestro.

Estado pudo consolidarse con relativa rapidez, creando condiciones que favorecieron el desarrollo de las actividades intelectuales, entre ellas, la producción historiográfica.

Por el contrario, países (como Venezuela, México, Guatemala, por ejemplo), que fueron no sólo escenario de los principales centros de lucha revolucionaria sino de prolongadas contiendas civiles, en tiempos de la República, tardaron en consolidar sus estados, y, por ende, en poder ofrecer un clima de suficiente tranquilidad para emprender, sobre todo, los trabajos histórico-literarios. En estos países las historias surgieron tardíamente –hacia los años 80– y en otros (como casi toda Centroamérica y Puerto Rico) el proceso de estabilización cumplió una agenda bastante más complicada, que postergó aún más el surgimiento de tales trabajos. Vale subrayar que este tipo de género exigía condiciones laborales más reposadas, de largo aliento, y también de una mayor distancia temporal de los hechos culturales. No es un género que pueda cuajar en la inmediatez de la contienda bélica o en el día a día de la producción periodística. Aunque muchos de estos balances fueron breves “reseñas” o “resúmenes” que circularon en forma de artículos en revistas literarias, la mayoría fueron concebidos y así editados como libros, con lujosas tapas en cuero repujado. No dejaba de ser un artículo prestigiado y costoso que sólo las familias con bien surtidas bibliotecas adquirirían.

Existieron también otros factores que incidieron en el surgimiento de las historias literarias, y que pudieron o no coincidir con las condiciones señaladas. Se trata del mayor o menor peso que tuvo la tradición colonial en cada zona. En primer lugar, *grosso modo*, aquellos países (virreinos y algunas capitánías) donde se implantó con mayor fuerza las estructuras socio-económicas esclavistas y semif feudales, éstas al mantenerse casi incólumes o con ligeras modificaciones en la República, aseguraron no sólo la preeminencia del sector y pensamiento conservador sino que viabilizaron una disposición menos radical para estudiar el pasado.

De alguna forma, como el corte con las estructuras coloniales se redujo en muchos casos a una retórica liberal sin mayores alcan-

ces, la supervivencia de ese pasado en el presente, además de la densidad histórica que representaba ese período a efectos del espesor que había que darle al Estado nacional, obligaron a los historiadores a considerarlo, bien fuese para reelaborarlo ideológicamente en aras de justificar el progreso del momento presente, o en aras de fundamentar en la Colonia el origen de la cultura nacional.

De un modo más esquemático: donde las estructura coloniales tuvieron un arraigo más profundo, el proyecto liberal se cumplió en forma moderada, dando lugar a un conservadurismo con tintes liberales, que, paradójicamente, facilitó el surgimiento de historias literarias alrededor de la década del sesenta. Epistemológicamente el discurso histórico tenía un asidero: fundamentar la razón de la misma historicidad en y desde la Colonia, asumiendo más o menos de forma crítica el legado hispánico. Fueron los gobiernos conservadores los que aceleraron la aparición de estas historias, independientemente que estuviesen concebidas bajo una perspectiva liberal o conservadora. Para el caso: *Introducción al estudio de los poetas bolivianos* (1864) de Gabriel García Moreno; *Nuestra literatura* (1854) de José María Samper; *Del movimiento literario en México* (1868) de Pedro Santacila; *Literatura patria* (1864) del venezolano José A. Pérez, y el caso más extremo lo constituyen los *Apuntes para la historia de las letras y la instrucción pública en la isla de Cuba* (1859-61) de Antonio Bachiller y Morales, que aún en el mercado político de la Cuba colonial entregaba la primera aproximación de la historia literaria de su país. Este último trabajo ya traslucía una perspectiva nacionalista que había de concretarse con la posterior independencia de Cuba. Sin embargo, no sería así para el resto del Caribe inglés y francés, donde la situación colonial habría de perdurar hasta muy entrado el siglo xx, cuando puedan encontrarse las primeras historias literarias como expresiones de una voluntad separatista de las respectivas metrópolis.

Por el contrario, en otros países (como la zona del Río de la Plata), donde se dio un tipo de formación colonial sin economía de plantación, con ausencia de mano de obra esclava, sin población

indígena sojuzgada, donde el negro, el mestizo y el gaúcho no eran factor de producción sino de servicios, donde la aristocracia se fundamentó a base de los empleos, riquezas y talentos y no por sus títulos nobiliarios, donde la sociedad estuvo organizada básicamente por caudillos locales independientes, se propició en el período de la República una adherencia más profunda a los principios liberales. Es decir: el proyecto liberal pudo radicalizarse sin contender con una fuerte oposición conservadora, ya que el sustrato colonial no brindó un tipo de formación tan arraigado, sino más bien contuvo estructuras precapitalistas que facilitaron el desarrollo de la economía librecambista. Esto redundó en una mayor difusión del pensamiento liberal entre las capas dominantes, dando lugar a una actitud de mayor ruptura con todo vestigio de la tradición hispánica. El corte con el pasado se hizo virulento; y pudo ser así puesto que el período colonial no ofrecía mayor espesor histórico. La liquidación del pasado tampoco planteaba un problema de tipo histórico-cultural. Así, con indiscutible consenso, se vio que la historia literaria del país empezaba en 1810 (recuérdese los esquemas periodológicos propuestos por Echeverría, Varela y Alberdi). Entonces la historia de una literatura era un proyecto hipostasiado. Había que esperar una larga etapa de acumulación para que se pudiera emprender la reflexión retrospectiva. Por lo tanto, las historias literarias surgieron en estos países a principios del siglo xx: *Literatura argentina* (1900) de Juan M. Contreras; *Apuntes de la literatura argentina* (1899) de Calixto Oyuela; *Historia del teatro en Buenos Aires* (1910) de Mariano Bosch; *Literatura argentina* (1917-22) de Ricardo Rojas; y la *Historia crítica de la literatura uruguaya* (1912) de Carlos Roxlo.

Es importante destacar que en las formaciones coloniales donde imperó una mayor riqueza económica la cultura colonial fue también más rica y vasta, dándose un acopio de materiales nada desechable que motivaron, después de todo, la labor histórico-literaria.

Las historias literarias nacionales del presente siglo, en términos generales, son deudoras de las concepciones que la tradición de la historia liberal instituyó en el siglo pasado. Con algunos ade-

rezos que remozan los antiguos esquemas, han perpetuado un sistema literario (géneros, autores y obras), que, para las necesidades actuales, resultan, además de anacrónicas, limitadas. El desarrollo de los estudios literarios permite el desafío de estos discursos, impugnándoles –y no sin razón– toda clase de deficiencias. Naturalmente que al cambiar las condiciones históricas –sobre todo desde los años de 1960– las exigencias son otras, y las historias literarias al uso no dan cuenta debidamente de los fenómenos literarios de nuestras realidades.

Pero no sería justo achacar la serie de limitaciones advertidas en las historias literarias vigentes a las del siglo pasado. A pesar de haber sido concebidas sobre esquemas hoy insuficientes, aquellas han tenido el mérito de fundar una tradición literaria, de haber establecido un corpus básico de autores y obras, de haber diseñado la trayectoria de un proceso histórico, de haber dado un cierto orden a una materia dispersa: en definitiva, de haber entregado, aún dentro de los marcos de la ideología liberal, la base de un discurso histórico-literario que trataba de superar el criterio de los antiguos catálogos coloniales para arriesgar una interpretación del proceso cultural. Demás está decir que toda escritura de la historia es *una* (y no *la*) escritura de un modo de imaginarse el tiempo, de distribuirlo en segmentos semántico y políticamente significantes para el grupo que los diseña.

Descartando la *Bibliotheca* de Eguiara y Eguren y el *Epítome* de León Pinelo, el vacío era notable en materia de recopilación y establecimiento de obras y fuentes. Claro que durante la Colonia algo se había adelantado al respecto, pero muy parcialmente, si tenemos en cuenta que se catalogaban obras que obedecían a una noción particular de *literatura*, además de no atenerse a las divisiones nacionales que aflorarían posteriormente. Así, pues, las historias literarias del siglo XIX debían afrontar simultáneamente dos problemas: uno, el de servir de catálogos o diccionarios, donde se registrasen obras y autores hasta ese momento sumidos en el olvido. Muchos historiadores estaban conscientes de que sus trabajos más que historias propiamente tales eran un registro de nombres,

y un catálogo de textos. Para Juan León Mera “historiar la poesía ecuatoriana” era dar a “conocer al público los nombres y las producciones de algunos poetas nacionales de quienes no se tenía noticia ninguna”. José María Vergara y Vergara consideraba que emprender la historia literaria en su país (Colombia) era una tarea difícil, porque:

[P]roducir una obra de la poca extensión de esta en Europa no sería gran cosa, aunque se refiriera a la más remota antigüedad. Allá existen tradiciones ordenadas; bibliotecas abundantes; archivos esmeradamente arreglados y fomentados [...]. Sobre la misma materia que uno quiera escribir, encuentra mil obras más [...]. Entre nosotros todo es al contrario. Hay que buscar los materiales dispersos [...]. No hay sino una sola biblioteca pública en cada nación [...]. El que logre sepultarse en una de ellas a estudiar la antigüedad, no la encontrará sino a pedazos⁶.

En algunos casos se tuvo la conciencia de que una verdadera historia literaria debía fundamentarse en esa tarea previa, pero al mismo tiempo la catalogación no podía constituir en sí una historia propiamente tal. Por lo tanto, podemos ver cómo muchos rotularon sus trabajos simplemente como “apuntes para”, “introducción a”, “bosquejo”, “ensayo sobre”, “ojeada”, “reseña” de historias literarias. José de la Riva Agüero señalaba al respecto que en el *Carácter de la literatura del Perú independiente*, “no me propongo narrar la historia literaria fiel del Perú independiente; es tarea que demandaría mucho tiempo y mucha erudición, y no dispongo ni de uno ni de otra. Voy sólo a apuntar sus principales períodos, y revisar a sus más notables representantes [...]. La historia de una literatura, por más exacta, minuciosa y nimia que quiera ser (y esto no es sino un *bosquejo*), no puede convertirse nunca en un catálogo bibliográfico”⁷. Sin embargo, otros, como Vergara y Vergara, prefi-

⁶ *Historia de la literatura de Nueva Granada*, op. cit., pp. 20-21.

⁷ José de la Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, en *Obras Completas*, Universidad Católica del Perú, vol. I, Lima, 1962, pp. 75-213.

rieron cubrir las lagunas existentes: "La materia y su pobreza no me daban el derecho a vacilar: no podía hacer otra cosa que lo que he hecho, seguir el orden cronológico, poniendo la noticia biográfica de cada autor y la de sus obras, y un breve juicio crítico sobre los escritos del autor mismo; y mezclado todo esto con los sucesos referentes a las letras"⁸.

De este modo, el carácter excesivamente catalográfico que adquirieron estas historias literarias estaba en función de subsanar la ausencia de una labor previa. La conciencia de esta limitación se perdería a lo largo del siglo xx, y, por lo tanto, aparecerá como doblemente limitante.

Otro de los problemas que debían afrontar los historiadores era darle una coherencia y un sentido a todo ese material una vez recopilado. El mismo Vergara y Vergara decía:

Al remontar en mis investigaciones la corriente de los tres siglos que constituyen nuestra historia, he visto el paisaje al revés, sin perspectiva y sin explicación [...]. Pero una vez que estuvieron los materiales arreglados metodológicamente y que descendí desde 1538 hasta 1820, encontré todo explicable; ví el paisaje al derecho. Un pueblo pequeño que lucha por formarse su historia escrita, por civilizarse de una manera análoga a la vida salvaje que aún le rodea, y a la vida europea cuyos hábitos le enseñaron su padres. Escribe primero una mala prosa que poco a poco mejora [...]⁹.

No en vano Andrés Bello, como hemos visto, consciente de esta situación, abogaba por el método narrativo para los estudios históricos porque era el más necesario en términos metodológicos. En la práctica, las historias literarias no siempre cumplieron las prioridades asignadas por el maestro: unas, en su afán por reelevar toda la vida cultural del país, se convirtieron en farragosos catálogos que operaron sin mayor criterio ni selección; otras, más pron-

⁸ José María Vergara y Vergara, *op. cit.*, p. 23.

⁹ *Ibid.*, pp. 23-24.

tas a hacer una apología del progreso nacional alcanzado, emitieron juicios de valor a partir de unos cuantos hechos literarios.

Las historias literarias del siglo xix fundaron un tipo de género discursivo que correspondía también a la necesidad de un cierto tipo de conocimiento, que estaba anclado en axiomas epistemológicos e ideológicos que controlaban la serie de operaciones y recortes que debían realizar.

Evidentemente que la determinación del *corpus* de obras, su ordenación según el género, el tema y la época; su jerarquización de acuerdo a una escala de valores que permitieran demostrar el progreso social; el alcance de las raíces nacionales, se fundamentaba sobre la imperiosa urgencia de demostrar que la existencia de la nacionalidad no era una abstracción *in vacuo*, sino que podía ser objetivada mediante una serie de manifestaciones concretas —obras, hombres ilustres, instituciones, periódicos, colegios— que constituían el baluarte de la nación. No debemos perder de vista que fueron los tiempos de la creación de los museos y de las academias como también de toda una semiótica del culto "monumentalista" de las expresiones políticas, artísticas, lingüísticas de las sociedades. Arquitectura, escultura y pintura estaban al servicio de fabricar las representaciones simbólicas de la patria como monumento (obeliscos, arcos de triunfo, panteones, estatuas ecuestres, capitolios, plazas); las academias tenían a su cargo la distribución y canonización del saber que sería moderno; los museos almacenar fragmentos de distintas culturas y tiempos y reconvertirlos en representaciones fetichizadas unidimensionalizando la diferencia en el *continuum* de sus espacios para el consumo del público: la historia así se convirtió en exhibición, en galería, y curiosamente en su propia a-historización. Con la literatura pasaría lo mismo; y de eso se encargarían las historias literarias. La modernidad inventó sus propias formas de coleccionar.

Pero al fundar una tradición literaria, al mismo tiempo la perfilaron sobre un sistema de preferencias que jerarquizaba algunas manifestaciones de la realidad cultural, recortando o ignorando otras de suma importancia. Y es en este sentido que las historias lite-

rarias nacionales, en tanto formaciones discursivas, fueron prácticas ideológicas de los sectores dominantes, que excluyeron: la rica cultura indígena tanto prehispánica como postcolonial (o quedó reducida a su mínima expresión); la literatura hispana oral (como los romances y otras formas literarias), la literatura popular ilustrada (el folletín, la literatura de cordel, las hojas sueltas, los almanaques); de la variada y heterogénea producción colonial ilustrada se ignoró, en términos generales, la poesía satírica, la narrativa de ficción, el teatro, la literatura hispánica hecha por mestizos o indígenas alfabetizados y una gran cantidad de crónicas; de las manifestaciones literarias del siglo XIX no se registraron toda la gama de formas narrativas, el teatro, el ensayo y modalidades híbridas como el *Facundo*, el *Martín Fierro* o novelas/poemas como *La historia de Sebastián Canguilla* (1856) escrita por Pedro Díaz Gana, obrero de las minas de cobre de Chile, o formas testimoniales o líricas de letrados populares.

Los mismos valores dominantes, al ordenar y recopilar la producción literaria dispersa, sólo rescataron aquella parte que se ajustaba a sus gustos, que, a su vez, estaban moldeados por una concepción de lo literario basada en las poéticas de Aristóteles, Boileau y Luzán. Sobre la base de ellas recortaron de la proteica variedad de expresiones culturales aquellas que se ajustaban a las categorías genéricas europeas autorizadas por la Ilustración.

En este sentido, las historias literarias del siglo XIX crearon un discurso necesario, pero a costa de la institucionalización de una imagen mutilada y, por consiguiente, deformada de la cultura literaria de Hispanoamérica. En cierto modo con ellas se perdió un amplio *corpus* que debe ser redefinido en la actualidad. Investigaciones recientes se están abocando hacia la época colonial; el siglo XIX sigue sorprendiendo con su inmensa riqueza. La etapa del establecimiento de obras y géneros aún no ha terminado para los estudios literarios de nuestro continente. Se están removiendo las concepciones todavía elitistas y liberales que ciñen el hecho literario y que las historias literarias han canonizado.

Las historias literarias nacionales del siglo XIX, a pesar de haber tenido sus variables ideológicas y regionales, constituyeron la

expresión del sector letrado cunollo y masculino. Por consiguiente, tanto la modalidad liberal como la conservadora obedecieron a distintas apreciaciones que hicieron de los mismos fenómenos. Compartieron ambas orientaciones básicas; compartieron axiomas comunes; tuvieron la misma percepción teológica del proceso histórico; reconocieron las mismas etapas del progreso literario; compartieron en rasgos generales la misma noción de lo literario o del hecho intelectual; ambas fundamentaron la historia literaria de sus países sobre una base hispánica.

Podemos decir que estas historias literarias fueron géneros discursivos propios del proyecto liberal hispanoamericano; es decir, fueron expresión de *ese* liberalismo, y dentro de él pudieron tener variantes más conservadoras o más liberales. Por eso las diferencias no fueron tan profundas y decisivas, ya que ambos modelos reprodujeron las preferencias de la clase dominante. Escribir la historia era un asunto de Estado; era parte del edificio burocrático que se estaba edificando.

En este sentido, los ingenieros de estas historias o bien pertenecían directamente a esta clase o se articularon a ella a través del ejercicio del poder público, de cargos universitarios u otras instituciones avaladas por el Estado. La mayoría de los historiadores habían recibido una rigurosa formación religiosa, inclusive algunos abrazaron el sacerdocio (como J. I. Víctor Eyzaguirre, quien fue decano de la Facultad de Teología además de haber sido diputado); muchos provenían de antiguas familias terratenientes (como José de la Riva Agüero, Juan León Mera, J. M. Vergara y Vergara); se involucraron en la vida político-partidista del país como abogados, miembros de facultades y decanatos de universidades; en su mayoría fueron senadores (como Adolfo Valderrama), diputados, ministros y diplomáticos (como D. Amunátegui Solar, Huneeus Gana, Vergara y Vergara); por su educación, estuvieron familiarizados con la cultura clásica europea, y por sus vinculaciones con la política manejaban con familiaridad autores europeos modernos; conocían varios idiomas, entre ellos el latín, el griego, el francés y el inglés.

Todos estos elementos constituyeron factores socioculturales de importancia decisiva que controlaron la orientación de las historias literarias, convirtiéndolas en portadoras y reproductoras de los valores de este sector.

Uno de estos axiomas en el terreno cultural fue la afiliación hispánica de las historias literarias. Independientemente de las posiciones anti-españolistas –que cuñaron entre los sectores políticamente más liberales– el reconocerse deudores de la lengua española permitía derogarse el derecho a tener una *civilización* y manifestaciones culturales posibles de ser aceptadas por el consenso del mundo occidental. El español garantizaba la vinculación con los centros neurálgicos de la cultura, y también, en otro plano, con los centros del progreso industrial. El hispanismo fue la versión en el terreno histórico-literario del liberalismo económico. No se podía llevar hasta sus últimas consecuencias la modernización: convertir el francés o el inglés en el idioma nacional hubiese sido un exabrupto¹⁰.

Tanto conservadores como liberales construyeron una imagen de la literatura nacional basada exclusivamente en manifestaciones y obras en lengua española. El español permitió vertebrar una racionalidad histórica que no hubiera sido posible dentro de los marcos del pensamiento liberal si se tomaban en cuenta las lenguas indígenas. Y aunque muchas historias –sobre todo la variante liberal– descartaban el pasado colonial o cuestionaban el régimen aherrojado impuesto por España, manifestaron su celo en cultivar y mantener la pureza del idioma español: “Conservemos la len-

¹⁰ Es interesante observar cómo hasta la mitad de la centuria hubo un énfasis, junto a *tratados y compendios de gramática castellana, gramáticas latinas*; pero en la segunda mitad del siglo, la enseñanza del castellano se compartió con la difusión del francés, inglés y alemán en detrimento del latín. Por ejemplo, en Venezuela entre 1829 y 1855, se editaron dieciséis gramáticas latinas, volumen que cedió el paso a las gramáticas en idiomas modernos. Período también en que aparecieron las *historias literarias venezolanas*, y obviamente aquí la lengua de la literatura nacional debía mantener excelentes nexos con las instituciones españolas. Cfr. Francisco Javier Pérez, *Historia de la lingüística en Venezuela*, Universidad Católica del Táchira, Venezuela, 1988.

gua, esta magnífica lengua, fuerte como una encina, sólida como el mármol, brillante como el fuego, sonora como la mar; conservémosla en la integridad de su genio [...]. El idioma es un vigoroso fundamento de la tradición; y mientras no se altere, un gran vínculo subsiste”¹¹, decía un conservador como Riva Agüero. Mientras que la perspectiva liberal –la historia de Gonzalo Picón Febres fue una muestra de ella– expresó, por un lado, un agresivo anti-hispanismo en el terreno político: “Las monstruosidades y los horrores cometidos por los conquistadores castellanos en las tribus indígenas de América; la destrucción, por medio del incendio, de los hogares de los indios y de sus propiedades; la matanza de los hombres, que morían combatiendo con la flecha por defender el suelo sagrado de la Patria”; y, por el otro lado, defendía la conservación de la pureza de la lengua española como un valor auténtico:

[S]i de algún poeta venezolano puede decirse muy en alto que *no tiene manchas ni defectos*, es de Manuel Fombona Palacio [...]. *Versadísimo en la lengua castellana*, y extensamente sabio en su literatura desde los más lueños orígenes, trabajó sobre aquella [...] con verdadera corrección, nobel cultura y elegancia¹².

Era necesario conservar las ataduras con la Europa moderna o con el viejo continente tan siquiera a través del legado español. Pareciera que la matriz del liberalismo cultural vertebró toda la ideología del difusionismo a partir de la conservación de la lengua española.

La actitud hispanizante revistió diferentes operaciones ideológicas, obedeciendo unas al modelo liberal, otras al conservador. Estas últimas entraron en franca apología de la conquista y colonización española, en especial de la labor realizada por la iglesia:

¹¹ José de la Riva Agüero, *op. cit.*, p. 44.

¹² Gonzalo Picón Febres, *op. cit.*, pp. 226 y 306. El énfasis es nuestro.

Pueden estimarse los amplios fundamentos de la cultura mexicana y el rápido desarrollo que alcanzó en poco más de medio siglo [...]. La evangelización de los pueblos conquistados, su ingreso en el regazo de la civilización europea, constituyeron el primer desideratum que se presentó a los poseedores de la nueva España [...]. A este progreso intelectual que bien puede llamarse extraordinario [...] a la vez se alzaba majestuosa la Metrópoli de Nueva España sobre las ruinas de la antigua Tenochtitlán, vino a unirse otro elemento de inmensa trascendencia [...] nos referimos al establecimiento de la imprenta¹³.

En estos casos fue celebrada la reproducción especular de la literatura española en el Nuevo Mundo:

Creemos que el grande y funesto error de nuestros escritores de sesenta años a esta parte, ha consistido en independizarse de las letras españolas, mostrando al mundo una literatura expósita, sin padres ni tradiciones, y tratando de romper el lazo de oro, que a pesar de tan malos esfuerzos nos une aún a España: ese lazo es la lengua de Cervantes. En vez de declararnos hijos, herederos e imitadores de Lope, y Calderón, hemos ido a buscar padres en Lamartine y Víctor Hugo¹⁴.

El modelo liberal realizó una operación más sofisticada para seguir manteniendo los nexos históricos hispánicos. Además del ejemplo anteriormente señalado, la defensa del elemento criollo implicaba considerar la literatura nacional como el producto de la mezcla de las razas indígena y española:

La naturaleza física y moral fueron producto del concierto de esta revolución lenta pero feliz. La *raza india* dotada de inteligencia caracterizada por una fuerte originalidad, *capaz de raciocinar* con asombrosa exactitud ante los objetos externos y de *recibir* y de *retener* las más vastas impresiones, fue injertada con la raza de un pueblo cuyo *genio fiero*

¹³ José María Vigil, *Reseña histórica de la literatura mexicana*, México, 1897, pp. 31 y 29.

¹⁴ José María Vergara y Vergara, *op. cit.*, vol. I, p. 167.

y *altivo*, cuyo *carácter independiente* y cuya *razón fuerte y superior*, hicieron de él el primer pueblo de Europa. El peruano nacido de esta feliz mezcla, heredero de tan variadas y tan bellas cualidades [...] debía haberlas ejercitado en medio de una naturaleza que le sonreía [...]¹⁵.

La ideología del mestizaje —propia del liberalismo americanista— mediatizó el elemento nativo a través del europeo hispánico; y matizó la tradición española (pero de “razón fuerte y superior”) con el ingrediente indígena (“capaz de recibir y de retener”). Obsérvese que siempre el rescate del sustrato aborigen se hizo como un “ingrediente” del sistema base que fue el europeo hispánico.

El modelo liberal se cuidó en mitigar su adhesión hispánica; por lo menos fue sumamente crítico frente al período colonial; selectivo en señalar sólo autores y obras realizadas por los jesuitas; destacó con más ahínco la cultura laica y disidente de la misma Colonia; jerarquizó aquellas obras en lengua española que se refirieron a las etnias indígenas y que vio en ellas la base de la literatura nacional; algunas veces hizo concesiones a la literatura y civilización indígena; rechazó con preferencia el gusto grecolatino impuesto por el Neoclasicismo; subrayó la influencia francesa en el siglo XIX como enriquecedora; consideró la novela como género literario “de la imaginación” de los nuevos tiempos y con grandes posibilidades pedagógicas.

Mientras que la hispanofilia en el modelo conservador fue incondicional. Por el contrario, enfatizó positivamente la conquista y la colonización como la llegada de la luz y de la civilización al Nuevo Mundo y la salvación de los pueblos aborígenes; no otorgó ningún crédito a las culturas nativas; la prolongación de la literatura española en la Colonia acreditaba las letras nacionales; como signos de la cultura en las “nuevas tierras” jerarquizó con pre-

¹⁵ José Manuel Valdez y Palacios, *Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas*, Biblioteca Nacional del Perú, Lima, 1971, p. 43. Primera edición 1884. El énfasis es nuestro.

ferencia obras en latín y la literatura que respondía a los modelos neoclásicos; la influencia francesa fue vista como degenerativa e inmoral: defendió la tradición castiza y vio con recelo la literatura de la época postindependista.

Todo el quehacer de la cultura nacional a lo largo del siglo –ya fuese dentro de los linderos conservadores o liberales– fue repensada con fuertes o debatidas filiaciones con la antigua metrópoli española. El sector criollo no pensó una literatura o lengua nacionales que no fuera la castellana, hasta los letrados de los países más notablemente diglósicos como México, Perú, Paraguay y Bolivia.

La filiación hispánica, después de un período de comprensible receso –porque las guerras emancipadoras aún vivían frescas en las sensibilidades colectivas–, reanudó sus adhesiones a finales del siglo: el inminente interés de los Estados Unidos por Cuba y Puerto Rico, y finalmente el declarado resultado de su invasión, alertó a los demás países hispanoamericanos de las nuevas fuerzas imperialistas futuras, potencializando vínculos de solidaridad con la península, que no sólo rezumaban una alianza histórica en términos políticos sino también culturales. El temor a una etapa aún más agresiva de un capitalismo internacional fue expresada– como bien lo dijera Rodó en su momento –en términos de un idealismo cultural, re-orientando la metáfora de la “barbarie” hacia el imperio del Norte y la “civilización” hacia la comunidad hispanohablante.

En este contexto finisecular del 98, la hispanofilia –en mayor o menor grado– de la historiografía literaria habría que leerla tal vez como una defensa política de la integridad de ciertas tradiciones del continente en vista de los riesgos a nuevas subordinaciones imperiales en marcha. La defensa del español y de la cultura ibérica, inclusive del período colonial, efectivamente resultó ser una apreciación conservadora si sólo tenemos en cuenta las coordenadas locales. Pero si abrimos el compás, España era un punto álgido de discusión en las coordenadas políticas internacionales. Estaban en juego la defensa de los viejos colonialismos –España en posición de pérdida con las Filipinas, Cuba y Puerto Rico– *vis a vis* con

la aparición de las nuevas formas imperiales –Inglaterra y Francia primero, y luego los Estados Unidos.

Por ello, toda la problemática en torno a la continuidad o ruptura cultural con España no fue más que la expresión de cómo pensar una cultura *nacional* en un momento que el mundo empezaba a sufrir el impacto moderno de nuevas reparticiones. Sin duda que el contexto del 98 estimuló reflexiones historiográficas que pudieron parecer conservadoras a otras luces, porque se reconciliaron con una valoración positivamente hipertrofiada del Descubrimiento, de la Conquista y Colonización ibérica del continente americano. Además, historias literarias y fundación de las Academias de la lengua se dieron la mano en la gestión fundacional de consolidar el canon de obras literarias de la tradición nacional sobre la base de ser monumentos ejemplares de la expresión más “pura” de la lengua española. Las academias con su gramática y diccionarios fueron fieles sucursales de la española, y sólo apoyaron la divulgación de aquellas obras literarias que a su vez prescribía en canon de la historiografía.

Estas historias literarias organizaron todo el material por ellas abrazado de acuerdo a una concepción teleológica o finalista de la historia, deudora de las teorías iluministas del progreso indefinido del espíritu o de la razón universal, que se traducían en la evolución progresiva de las sociedades. Veían el proceso histórico como una cadena que disponía sus etapas en un sentido “ascendente”, siempre desde etapas pasadas “primitivas”, “deformes” y “oscuras” hacia los tiempos más “perfectos”, “desarrollados” y “luminosos”:

Hemos citado unas pocas estrofas en este idioma quechua, ha sido porque convenía al buen desenvolvimiento del plan que nos hemos propuesto seguir: era preciso introducirse algo en las profundidades de lo pasado, para examinar el grado de progreso de la poesía ecuatoriana en los siglos de la dominación española, comparándola en alguna manera con el que alcanzaron los indios en la misma materia¹⁶.

¹⁶ Juan León Mera, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, op. cit., p. 26.

Para ello, la literatura, preferentemente la "poesía", era el signo más sensible para registrar el progreso social: "Son las letras uno como termómetro que va señalando siempre la elevación constante o el gradual decrecimiento de las luces humanas"¹⁷.

Para crear el efecto ideológico de este luminoso progreso se diseñó la escritura histórica de acuerdo a una sucesión de etapas graduales, donde cada una se explicaba por la anterior: "Todo es resultado inmediato o lejano de causas bien determinadas [...] ese algo de hoy depende de algo de ayer; y ese ayer es nuestra historia antigua"¹⁸.

Esta concepción teleológica de la historia fue otro de los axiomas de la ideología liberal. Aunque propia del racionalismo del siglo XVIII, concordaba con la lectura que la burguesía históricamente triunfante hizo del proceso histórico universal. La perspectiva ideológica desde la cual se enunciaba el discurso histórico implicaba ordenar esa historicidad en función de un presente absoluto, apreciado como punto culminante de "llegada". Lo demás fue considerado como "anterior" o etapas preparatorias. El espacio privilegiado de la plenitud del progreso se ubicaba en Europa o en los valores culturales europeos. Los historiadores interiorizaron esta orientación, aunque no la hubiesen explicitado:

De aquí no es la poesía la que declina, son los poetas; la poesía marcha, va flotando, entre el humo de nuestras locomotivas, estienden sus vigorosos brazos sobre todos los elementos del progreso humano, i robustecida [...] se lanza en el espacio infinito del eterno progreso¹⁹.

En otros casos quedó totalmente en evidencia que el grado de "civilización" deseable debía ser parangonable al europeo:

No quiere recordar Manuel Díaz Rodríguez que las leyes de la evolución no obran como saltos, que la civilización de un pueblo es

¹⁷ *Ibid.*, p. 27.

¹⁸ José María Vergara y Vergara, *op. cit.*, vol. II, p. 220.

¹⁹ Adolfo Valderrama, *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, Imp. Chilena, Santiago, 1866, pp. 32-34. El énfasis es nuestro.

empresa de siglos, constante y laboriosa, que Caracas no tiene aptitudes todavía para ser como las grandes capitales europeas en punto a cultura intelectual [...]. Venezuela apenas tiene un siglo de existencia trabajando por su civilización²⁰.

La homologación América-Europa desdice del objetivo mismo de una historia literaria nacional, a saber, el de definir una literatura propia. Esto puede considerarse como una paradoja "esencial" del liberalismo historiográfico hispanoamericano, por cuanto que, por un lado, se internalizaba —o adaptaba para sí— la concepción hegeliana de la historia, y, por otro, fue a partir de ella que se perfiló con un voluntarismo americanista la historia nacional del proceso literario.

No en vano el sentido que le daba Andrés Bello al método *ad narrandum* para los estudios históricos era una propuesta que deconstruía la episteme historicista del liberalismo, y, de alguna forma, evitaba la perspectiva eurocentrista.

La creación del efecto de "progreso" fue compartido tanto por las historias conservadoras como por las liberales. Lo que varió fue el acento depositado en la curva que asumió el progreso: las etapas culminantes y los momentos iniciales. La perspectiva liberal prefería reconocer el origen del proceso "evolutivo" en las culturas indígenas (con sus correspondientes reservas) o directamente desde la conquista; y luego, tras un lapso de relativo "oscurantismo" y lento "progreso", la historia cultural florecía con plenitud a partir de la República. El siglo XIX aparecía la mayoría de las veces como el término de un proyecto o como el inicio del "verdadero progreso":

Chile abrió sus puertos al comercio, i desde aquel instante las artes i la industria principiaron a tener una vida [...] la sociedad entera iba a rejenerarse; el heroico esclavo había luchado por su libertad i la había alcanzado [...] nuestra libertad fue la consecuencia fatal del progreso [...] Nueva era traía poesía nueva²¹.

²⁰ Gonzalo Picón Febres, *op. cit.*, p. 402. El énfasis es nuestro.

²¹ Adolfo Valderrama, *op. cit.*, pp. 79, 80, 83.

El modelo conservador más bien reforzó el carácter fastuoso, opulento y virreinal de la Colonia, homologando el sentido moderno del progreso a la grandeza colonial. La Independencia fue vista como el trastocamiento de ese orden; y la modernización como signo de decadencia porque significaba alejarse tanto de los modelos castizos de literatura, la "contaminación" de la lengua de galicismos y anglicismos, como por el viraje laico que tomaba la educación. No en vano la "madre patria" suministró la simiente clave de la *civitas* a sus hijos, y estos debían gratitud en latines y obras pías. La independencia para estos sectores significaba un golpe de estado, y la consiguiente democratización como la "vulgarización" de la sociedad y de la cultura. La historia de José de la Riva Agüero puede considerarse como un paradigma de esta perspectiva. Para él, como para tantos otros letrados conservadores, fue un error el haber adoptado la política democrática y el liberalismo económico; a estas "democracias libérrimas" no les otorgaba sino el "reino de la farsa" y de la "anarquía". La República "carece del prestigio del pasado"; "ya no tiene fisonomía típica, criolla"; "el Perú se extranjeriza", "Lima pierde sus antiguas y peculiares costumbres", fueron los términos con los que calificó este período. La producción literaria tampoco tuvo mejor suerte en la pluma del peruano:

¿Esto es poesía? ¿Así se describen las maravillas de la creación? El doctor Valdés se acordó de que era médico, y escribió pedestres versos que parecen consejos de higiene casera [...]. Aquello es una aridez infinita.

Un Sahara literario [...]. Sería inútil recargar de nombres, presentar aquí la nómina de todas las innumerables, obscurísimas y olvidadas mediocridades que en este, como en los anteriores y posteriores periodos, escribieron con trazas o pretensiones literarias [...]²².

En cuanto a los esquemas de periodización utilizados, hubo una aceptación generalizada en reconocer en lo fundamental dos

²² José de la Riva Agüero, *op. cit.*, pp. 100 y 213.

periodos: la Colonia y la Independencia como las dos etapas propiamente pertinentes de la historia literaria nacional. En todo caso, tal vez valga la pena subrayar que no se adoptaron patrones europeos, como habría de suceder más tarde cuando se impuso la periodización por tendencias y movimientos literarios, prefiriendo seguir la rotulación de ascendencia europea. También, *grosso modo*, podemos señalar que se trataba de una periodización empírica y que basaba sus criterios en hechos socio-políticos. En este renglón, se mantuvo una concepción inductiva de las divisiones establecidas.

Pero no obstante, hubo variables interesantes entre el modelo conservador y el liberal en cuanto al método de periodización.

Las historias literarias que se ajustaban al paradigma conservador, aunque disponían el proceso cultural desde la Conquista hasta el siglo XIX, silenciaron el trazado de ambos períodos. Es decir, no demarcaron con un criterio socio-político estas etapas; no dejaron constancia explícita del carácter cualitativamente diferenciado de ambos períodos, independientemente de su valoración. Ideológicamente este silenciamiento implicó un rechazo del proyecto republicano-liberal, y, por ende, el deseo de producir un efecto de continuidad ininterrumpida del pasado colonial en el presente, formalizado en el discurso histórico a través de la matización de las divisiones políticas coyunturales, como sería el tránsito de la Colonia a la Independencia. En otras palabras: insistieron en que el período nacional representó una continuidad de la tradición "hispana", como el caso de la historia de José María Vergara y Vergara, para quien la historia literaria que él escribiera no era de "Colombia" sino de la "Nueva Granada", además de concebir la República como una etapa deseada por la misma España.

Se jerarquizó un tipo de periodización más neutral, mecanicista, y, por consiguiente, deductiva, por remitirse a un sistema abstracto de divisiones. Es frecuente la periodización secular para el trazado de las grandes separaciones. El lapso correspondiente a la Colonia se vio dividido en siglo XVI, XVII y XVIII; y luego se siguió una periodización cronológica, que destacó cualquier tipo de

acontecimientos (nacimientos de autores, fundación de ciudades, colegios, seminarios, universidades, llegada de la imprenta, instauración de arzobispados, cambios de virreyes o gobernadores, construcción de iglesias, establecimiento de órdenes religiosos, expulsión de los jesuitas, terremotos, la visita de importantes extranjeros, alguna obra o un género destacado) para marcar un cierto orden interno.

Esta abigarrada heterogeneidad de hechos, sin estar sujeta a divisiones de mayor prestancia histórico-semántica, debilitaron por un lado, la misma racionalidad del sentido histórico, y, por otro, al reforzar un cronologismo irrelevante, se profundizó la perspectiva unidimensional del curso histórico. En cierto modo, esta linealidad llevaba implícita la tendencia a deshistorizar el mismo discurso histórico. Y la muestra de ello se manifestó en el biografismo: se descontextualizaron los autores de su momento y se los presentó como figuras descollantes y aisladas: especie de luminarias transhistóricas. Se absolutizaron obras y autores; se los extrajo de la corriente histórica, y se los presentó como representantes emblemáticos de *lo* literario, de *lo* poético, de *lo* intelectual. El biografismo desarrolló la tendencia monográfica en el estudio de los fenómenos culturales, perdiéndose con ello la perspectiva de conjunto que comprendería la producción literaria como hecho social e histórico. No olvidemos que conservadores y liberales estaban imbuídos por igual en la sensibilidad burguesa de la época, que concebía al individuo —o mejor, a cierto tipo de individualidades masculinas— como los hacedores de la historia, de la política y del arte. La idea del “genio”, por tanto, del biografismo como género y perspectiva, eran formalizaciones de esa nueva concepción laica del siglo, pero que sacralizaría otras instancias. De este modo, el modelo conservador desvirtuó lo positivo de los aportes del historicismo herderiano.

El modelo liberal, aunque también incurrió en la heterogeneidad de criterios para fundamentar los períodos, diseñó con una mayor nitidez las grandes etapas a partir de los hechos políticos, que establecían desde esta perspectiva la especificidad histórica

de las literaturas nacionales hispanoamericanas a diferencia de las europeas. Con ello hubo una mayor inclinación a entabrar el hecho literario con la vida socio política, y aminorar los riesgos de una periodización mecánica y deductiva.

A pesar de no haber logrado una periodización basada en criterios literarios, se amoldó a la especificidad de cada período. Por ejemplo, cuando se contemplaba el pasado prehispánico —aún como etapa cancelada y también como “prehistórica”—, se respetó la antigua periodización por “soles” o “eras” de la tradición azteca, una vez recogida en los trabajos de Eguiara y Eguren y de Boturini, y que la historiografía liberal americanista aprovechó. La Colonia se podía subdividir en secciones de tiempo de variable extensión de acuerdo al acontecimiento jerarquizado, pero generalmente se contempló una primera etapa, la Conquista, una segunda, el asentamiento de la sociedad colonial, el siglo XVIII como momento pre-revolucionario, y el siglo XIX en el cual se distinguieron los años de la Revolución, la Independencia y el período postindependentista.

Conviene señalar que en la práctica ningún modelo se dio en forma pura. Las historias que se acercaron más al modelo liberal también tendieron a periodizar por siglos, y las más conservadoras a hacer divisiones menos mecánicas y más ajustadas a los acontecimientos de la vida histórica del país. Insistimos que los modelos son abstracciones teóricas de las variables de la realidad, que permiten tener a la mano un instrumento que facilita la comprensión de las prácticas discursivas concretas.

En ambos casos nos hallamos ante la misma heterogeneidad de criterios periodizadores manejados, donde se mezclaron tanto la arbitrariedad, la poca trascendencia de los hechos jerarquizados, la impertinencia para justificar el fin o inicio de un período. Pero todas estas limitaciones fueron depuradas con esquemas periodológicos posteriores: el criterio generacional y el criterio por tendencias literarias, combinados con el criterio político, entregaron un panorama más aliviado de menudencias intrascendentes para el hecho literario.

Sin embargo, en su momento, como se partía de una tradición no constituida, las delimitaciones entre lo literario y las bellas letras eran bastante laxas, lo que trajo como consecuencia fue una imprecisión en lo que se debía entender por *período literario*. La cuestión era prácticamente seguir el curso de los acontecimientos y registrar la mayor cantidad de datos posibles.

Toda historia de la literatura ordena los materiales que considera pertinentes de acuerdo a la noción de *literatura* que se este manejando. Es decir, hay una serie de supuestos implícitos que controlan los criterios que permiten la sistematización de aquello que se va a historizar. Y estos criterios varían históricamente: cambia el concepto de literatura como hecho estético o cultural.

Las historias literarias del liberalismo hispanoamericano operaron sobre un concepto de lo *literario* deudor de la tradición renacentista y neoclásica. Esto significó, en primer lugar, que se manejó una concepción relativamente extensa de lo literario, homologable a *letra impresa*, a todo lo escrito: "A pesar de la acepción tan alta que se ha pretendido dar a la voz literatura, suponemos que con ella se expresa muy bien el acto escrito de la palabra cuando a escribir nos mueve impulso o sentimiento irresistible que, fielmente expresado enternece, distrae o enseña", señalaba el historiador colombiano Isidro Laverde Amaya²³.

En este sentido, *literatura* pasó a significar conocimientos generales, conocimientos pertenecientes al campo de las *humanitas* (historia, filosofía, gramática, geografía, filología, teología, oratoria y bellas letras). Esta concepción, aunque proveniente del siglo XVI, se mantuvo durante la Ilustración, y se siguió prolongando en el siglo XIX, con preferencia en las historias literarias. La mayoría de ellas usaron el término "literario" en el sentido de "vida y producción intelectual", lo cual les permitió incorporar las actividades culturales del sistema ilustrado dominante, desde aquellos géneros impresos que se ajustaban a los saberes institucionalizados hasta los mis-

²³ Cfr. *Ojeada histórico-crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana*, Banco de la República, Talleres Gráficos, Colombia, 1963, p. 61. Primera edición 1890-94.

mos centros oficiales, donde se reproducían estos conocimientos (monasterios, colegios, periodicos, escuelas, salones literarios, gobernaciones, tribunas parlamentarias, arzobispados).

Estas historias denominaban "géneros" a todas estas tipologías discursivas, además de seguir utilizando las categorías de la antigua poética de Aristóteles, de Boileau y de la retórica clásica. Encontraremos sistematizados como "géneros" literarios la historia, la crónica, la teología, los "géneros de latinistas y filólogos" gramáticas, el periodismo, la oratoria sagrada y profana o el género de la elocuencia, la sátira, obras de política, economía, jurisprudencia, astronomía, relaciones de viajeros científicos, botánica, sin descartar bajo el término de poesía (seguramente manejado en el sentido aristotélico de *Poiesis* los géneros clásicos de la épica, la lírica y el drama. Estas nociones de lo literario estaban supeditadas en última instancia al prestigio y respaldo social que tenía la escritura (*littera*, letra), que implicaba pertenencia a una elite no sólo intelectual sino política y económica. Su antónimo era el público "bárbaro", masa "iletrada" que debía ser catequizada a la nueva religión de la ciudadanía de la nación.

En segundo lugar, se incorporó la acepción de *literatura* como "bellas letras", noción impuesta en el siglo XVIII con el sentido de arte de expresarse bien, pero, sobre todo, arte de escribir. Sentido que se consagró hacia 1800 con Mme. de Staël. El "saber decir" configuraba al hombre de letras como agente de la *civitas* y en un brazo fundante del Estado nacional. En este sentido, el ejercicio de las letras –al menos hasta el modernismo literario– era una misión estatal porque inscribía en el orden del discurso (en la ciudad escriturada) el caos de la barbarie²⁴. Por ello, el canon instituido por esta historiografía estuvo más cerca de un circuito de saberes *culturales* necesarios para legitimar los diversos agenciamientos del Estado, que un canon estrictamente "estético" en el sentido de obras de ficción. La "historiografía literaria" marcó en esta etapa los límites de la obra civilizatoria de la letra; del mismo modo que

²⁴ Cfr. Julio Ramos, *Desencuentros de la Modernidad en América Latina*, op. cit.

las constituciones, gramáticas, manuales de urbanidad, antologías, textos de historia y geografía fueron géneros fundacionales de la ley, de la lengua, del cuerpo, de la memoria y del espacio.

Además de este uso tan vasto de "literatura", en el siglo XIX coexistía el término de "poesía" –hemos visto que hay varias "historias de la poesía"– para designar los géneros específicamente estéticos, con un consenso generalizado en considerar como prácticas "estéticas" sólo aquellos discursos en verso. Esto trajo consecuencias lamentables para otros géneros: como la novela y la narrativa en general. En este sentido, algunas historias –pensamos en las que se acercaron al modelo liberal– abandonaron el término de "poesía", y lo cambiaron por el de "producción imaginativa" o "literatura de imaginación", incluyendo la lírica, el drama, la novela, la épica y los géneros humorísticos.

En tercer lugar, el término de "literatura" también estuvo relacionado con la cultura del hombre de letras, el "hombre culto", aquel que produce letras impresas. Este sentido fue bastante antiguo, por lo menos de ascendencia también renacentista, y que se vio luego reforzado y modificado en cierta manera por las concepciones del Romanticismo (el prestigio del autor y la individualidad del genio).

Así, no es de extrañar que en estas historias uno de los criterios básicos para determinar el *corpus* literario es el *autor* de las obras impresas, independientemente de la materia tratada. Es decir, el *hombre* productor de escritos literarios, de conocimientos varios, de poesía, de historia, gramática, leyes. Pudiéramos afirmar que el criterio regulador para la catalogación fue la *autoría*. Ello demuestra que las historias literarias fueron una práctica discursiva hecha por y para la consagración de los individuos de una clase en tanto individualidades.

Vale la pena recalcar que no hubo mujeres letradas que se ejercitaran en el género de la historiografía ni literaria ni política. Tampoco hubo gramáticas, constituciones, textos de geografía, filosofía, escritos por mujeres. Se hace notable la distribución diferencial de los géneros discursivos de acuerdo al género sexuado.

La comunidad masculina letrada veía con impertinencia y riesgo la idea de la "mujer de letras". Ella podía "escribir sus cosas", pero no era un asunto ni público (la "buena letra" era una competencia de Estado) ni serio; sólo para demostrar su capacidad como madre alfabética y potencialmente buena pedagoga.

Son así muy raras las historias literarias que registran alguna mujer escritora. Sin embargo, conocemos dos casos que se salen de esta constante: la cubana Domitila García de Coronado quizás sea la primera mujer que antologa los escritos de *mujeres poetisas*. En 1868 publicó en La Habana *Album poético fotográfico de escritoras y poetisas cubanas* (Imprenta Militar de la ciudad de Soler). Revela un gesto tempranamente moderno y cosmopolita de solidaridad con su propia comunidad genérica (sexual y de discurso). Posteriormente, en 1896, José Domingo Cortés sacó su antología de *Poetisas americanas: ramillete poético del bello sexo hispano-americano*.

Es posible que el saber relativo al territorio, historia, política, lengua, salud, medicina, esté en el caso de la mujer escritora disminuyendo en otros formatos genéricos que no estén obligatoriamente recortados sobre las categorías oficiales. Ese otro saber (de este otro sujeto), al tener una mirada oblicua, expresó su punto de vista bajo las formas escriturales que le fueron asignadas.

Metodológicamente hablando, el modelo historiográfico conservador pareciera acentuar más un criterio sistematizador que privilegiaba los *autores*, destacando una serie de valores que confirmaban el carácter prestigioso y aristocratizante del hombre de letras: "célebre por su eminente piedad, su vasta inteligencia y profunda instrucción", "apreciado por su erudición y elocuencia", "sujeto inteligente, piadoso y amante del bien público" fueron los calificativos más frecuentes²⁵. Ahondaron más en los datos biográficos para resaltar la prestancia del "hombre sabio", y, a través de él consagrar su obra. Veamos este ejemplo que raya en lo grotesco:

²⁵ Cfr. Pablo Herrera, *Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana*, Imprenta Nacional, Quito, 1927, primera edición 1860.

Don José María Gruesso nació en Popayan en 1779 y perteneció a una de las familias acomodadas de aquella ciudad. Hizo sus primeros estudios en el colegio seminario, y pasó luego a cursar facultades mayores en el de San Bartolomé [...]. Estaba locamente enamorado de la señorita Jacinta Ugarte con quien iba a celebrar matrimonio [...] visitóse y se dirigió a casa de su amada, lleno de dicha y de amor. Los corredores estaban solitarios abrió la puerta de la sala y encontró a toda la familia reunida y llorando en derredor del féretro en que yacía doña Jacinta [...] ²⁶.

Podemos suponer la flexible distensión del concepto de "historiografía" que –como vemos– incursiona cómodamente en la narrativa folletinesca. Después de todo *historia* y *novela* son prácticas narrativas, y que lo que es "verdad" o "mentira", "importante" o "irrelevante" son acuerdos sociales mutables. El género historiográfico le sirvió al historiador para construir en un gesto de transposición mimética la egolatría "señorial" de sus congéneres. Inscribe su propio Yo en los demás.

En cuanto al modelo historiográfico liberal, aunque no escapaba a estos criterios de sistematización, sí se detuvo con mayor énfasis en la obra propiamente dicha. Veamos de nuevo un ejemplo:

Don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñán, autor del Cautiverio feliz, merece ocupar un lugar entre los poetas del coloniaje. No haremos ninguna investigación biográfica sobre este poeta [...] porque, sólo tenemos en mira un estudio sobre el carácter de la poesía chilena en sus diferentes épocas, sin entrar para nada en el estudio de los hombres que la han representado. Si de vez en cuando hacemos referencia al carácter de algún autor es siempre para explicar el espíritu de sus poesías [...]. La historia, para no ser el cadáver del pasado, necesita ser estudiada en lo que tiene de inmortal, su espíritu ²⁷.

Aunque no representó una constante automática, sí podemos advertir que la historiografía liberal, más ceñida a los nuevos

²⁶ José María Vergara y Vergara, *op. cit.*, vol. II, pp. 51-52.

²⁷ Adolfo Valderrama, *op. cit.*, p. 57.

repartos disciplinarios del saber moderno, estuvo más atenta a la especificidad de lo que debía proporcionar una historia *literaria*. Desplazó su atención hacia el objeto mismo del conocimiento, *las obras* ("sin entrar para nada en el estudio de los hombres"). Mientras que la tendencia conservadora, menos liberada de las genealogías, estuvo más atrapada en el biografismo y en modelar celebridades.

También el modelo liberal tuvo la capacidad de incluir los géneros no contemplados por las poéticas y retóricas tradicionales. Por ejemplo, consideró la novela como un género de las bellas letras o de la literatura; más aún: el género por excelencia para plasmar los temas de la historia y de la "realidad", para incidir sobre la transformación cívica de las costumbres en aras del progreso social.

La novela fue el género predilecto del liberalismo progresista. Andrés Bello ya lo señalaba en los años de la polémica con Lastarria y Chacón:

[L]a novela, composición antes frívola, a que la pintura de las grandes pasiones había dado tanta elocuencia, ha sido absorbida por el interés histórico. Se le ha pedido, no que nos cuente aventuras de individuos, sino que nos los muestre como testimonios verdaderos y animados de un país, de una época, de una opinión. Se ha querido nos sirviese para conocer la vida privada de un pueblo; ¿y no forma ésta siempre las memorias secretas de su vida pública? ²⁸.

La novela era el género que prosaizaba la epopeya; así lo exigían los cambios sociales, y así también se les exigía a las historias literarias –recuérdese las observaciones de Rodó– que remozaran sus criterios o premisas para ajustarse a los cambios que se habían operado en los discursos culturales. Pero la norma en la historiografía fue excluir este género. Se le achacaba –desde la perspectiva conservadora– un carácter indecoroso y éticamente inconveniente para la sociedad dado el exceso de fabulación de sus asuntos. El

²⁸ Andrés Bello, "Modo de escribir la historia", *op. cit.*, p. 236.

rechazo se enfilaba contra la supuesta — y no menos descartable — influencia francesa en este género. En cambio, dentro de los axiomas del pensamiento liberal, al considerar el estudio de la historia como una de las principales preocupaciones nacionales, se vio en la novela un tipo de modalidad asimilable al discurso histórico y por ende, óptimo para canalizar en él el sentido didáctico que debían asumir las letras nacionales.

Otro tanto sucedió con la lírica de carácter popular. El modelo liberal señalaba que junto a las formas cultas también se dieron formas populares, y que su historia corría paralela a la otra:

En las diversas épocas de la poesía chilena ha habido además una poesía menos ilustrada, pero no menos orijinal: es la poesía del pueblo, son las tonadas de nuestros campesinos, los corridos del rancho, las pallas de la chingana²⁹.

En alguna medida la perspectiva liberal consideró estas producciones como componentes de la literatura nacional. El mismo Adolfo Valderrama describió al *pallador chileno* como “personaje histórico de la mayor importancia, ruda manifestación de las fuerzas intelectuales de nuestra nacionalidad, elemento indispensable de la psicología de nuestra historia”³⁰.

Tanto lo “popular” como lo “indígena” permanecen como lo otro, incomodidad (“ruda manifestación”) que hubo que negociar de alguna forma (“indispensable de la psicología de nuestra historia”). Una historia o nación que estaba siendo hecha por un “nosotros” que concitaba la otredad mestizándola en el discurso literario o diluyéndola en una operación “psicologizadora”.

De todas formas, el pensamiento liberal, por ser el más inclinado a la occidentalización, permaneció más alerta al manejo (políticamente subordinado) de las diferencias dentro del juego de las representaciones “democráticas”.

²⁹ Adolfo Valderrama, *op. cit.*, p. 22.

³⁰ Adolfo Valderrama, *ibid.*, p. 145.

De todos modos, las historias literarias tanto liberales como conservadoras operaron sobre una concepción de lo *literario* anclada en criterios deudores de la Ilustración. Este hecho no desdice a su vez de la concepción teológica que tuvieron de la historia. Pero no obstante, hay en ellas una especie de paradoja en su signo discursivo: como prácticas ideológicas del liberalismo hispanoamericano tendieron, por un lado, a ser la expresión apologética del progreso social de las naciones, y, por otro, revelaban en su matriz genética semióticas disonantes con ese liberalismo. Y es esta contradicción en el interior de las mismas historias literarias lo que puede revelar el carácter también conservador de estas prácticas discursivas propias del liberalismo en Hispanoamérica.

En la práctica concreta, los axiomas de la historiografía liberal y de la conservadora se hallaron bastante entrelazados, presentando la mayoría de las historias un carácter híbrido. Evidentemente que unas se acercan más al modelo liberal y otras al modelo conservador según predominen más o menos los axiomas de uno u otro. Difícilmente encontraremos historias literarias que presenten en pureza todos los elementos de cualquiera de los modelos. Insistimos en que el modelo abstrae los accidentes de la realidad, las contaminaciones no pertinentes a la lógica formal del discurso teórico, pero no por ello el proceso de abstracción cancela o mitiga el carácter contradictorio de las formaciones ideológicas. Todo lo contrario: el modelo inclusive puede formular en axiomas las contradicciones posibles de las diferentes modalizaciones ideológicas. Lo que no hace el modelo es trasladar en su lógica formal los avatares de las empiricidades.

Muchos axiomas liberales, como por ejemplo, la consideración de las civilizaciones y literatura indígenas, podían estar presentes en las historias que en rasgos generales se ajustaban a la perspectiva conservadora; y viceversa: muchas historias básicamente liberales podían considerar como loable la función civilizadora que tuvo la iglesia durante la Colonia, siendo esta apreciación más propia del pensamiento conservador. El cruce de valoraciones es inevitable.

Hemos presentado cómo ambas modalidades comparten una base ideológica común. Ahora delinearemos en rasgos sucintos la especificidad de cada uno de los modelos.

1. "NOS LIGAN A ESPAÑA LA SANGRE, EL IDIOMA, LA RELIGIÓN"

1. La historiografía literaria conservadora se caracterizó por mantener una celosa defensa de los valores hispánicos y una adhesión incondicional hacia la España monárquica. Este hispanismo, que después de todo correspondía a una perspectiva eurocentrista, determinó en el campo de los estudios históricos una orientación metodológica *deductiva*. Como se partía considerando la literatura española —en particular la del Siglo de Oro— como el modelo por excelencia de la grandeza hispana, se valoró el proceso de las literaturas "regionales" hispanoamericanas en función de su mayor o menor adecuación al modelo de la "Madre Patria". La literatura colonial —lamentaba Riva Agüero— "fue y debía ser exacta imitación de la española". El resultado se tradujo en una hipertrofia de la literatura española y un menosprecio de las literaturas locales de la periferia: fueron vistas como ramas desvitalizadas, desprendimientos mediocres, imitaciones sin relevancia de la literatura metropolitana.

El balance que hicieron sobre la literatura colonial y del siglo XIX producida en estas latitudes fue negativo. Se abogaba en el fondo por una auténtica re-producción de los valores europeos ibéricos, y como no hubo tal, encontraron que la imitación fue lamentable: "¿A qué se reduce, pues, la literatura colonial?" se preguntaba José de la Riva Agüero: "A sermones y versos igualmente infestados por el gongorismo y por bajas adulaciones, y a la vasta pero indigesta erudición de Diego de León Pinelo, Espinosa Medrano, Llano Zapata [...]" La literatura colonial aparecía como una literatura decadente, porque "la raza española trasplantada al Perú, degeneró de sus caracteres en *criollismo*"³¹.

³¹ José de la Riva Agüero, *op. cit.*, pp. 68 y 76.

La perspectiva conservadora no vio en las modalidades "criollas" el germen de la "originalidad" literaria nacional, sino una desvirtuación y deformación de los modelos europeos. Por lo tanto, lo que pudiera haber de "color local" y "sabor popular" en las producciones del período de la República —como fue el caso de la poesía de Mariano Melgar y de muchos otros— no recibió más que una valoración que incurrió en el desmerecimiento de tales manifestaciones: "oscuras medianías", "chabacanos copleros", "desierto de prosa vil y rastrera", "vocabulario reducido", donde "cuesta trabajo contener el mal humor y fastidio", terminaba alegando Riva Agüero.

El pensamiento conservador, al asimilarse a una perspectiva aristocratizante deudora y nostálgica del pasado virreinal, rechazó todo aquello que se alejaba de ciertos modelos literarios clásicos europeos, lo que se apartaba del gusto grecolatino, de la escuela de Quintana, y renegaba de todo aquello que trasluciese elementos populares (de raíz indígena o popular hispánico), o bien se pareciese al remedo de las últimas tendencias francesas.

La adscripción fuertemente señorial de clase reforzó en este terreno una rígida jerarquización de los gustos literarios manteniendo en plena república categorías puras de filiación ibérica. No en vano muchos de estos letrados conservadores fueron miembros fundadores de sus respectivas Academias de la Lengua correspondientes a la española (lo fue José María Vergara y Vergara de la colombiana; José de la Riva Agüero de la peruana).

La matriz semántico-ideológica del discurso conservador en las historias fue homologando: raza indígena → defectuosa → mezcla española → criollo → debilitamiento → popular-democracia → mediocre → no nacional. Es decir, todos aquellos elementos que el proyecto literario americanista liberal cobijaba, adquirieron otro sentido en el pensamiento conservador. Aplicaron la metáfora clínica para analizar los nuevos tiempos modernos como un estado patológico: la nación —como el cuerpo de una gran familia— al haberse alejado de la "madre", yacía enferma porque sus hijos se habían apartado de la ley. La República permitía la contaminación

de ese cuerpo por el *demos*, que era la enfermedad. Por ello, su apelación a categorías puras (de lengua, etnia, género) los acercaba contradictoriamente al lenguaje de las ciencias médicas en auge. Para los conservadores la nación debía preservar las estructuras e instituciones de la colonia.

El fervor por seguir perteneciendo a la comunidad peninsular se vio reforzado por la serie de acontecimientos –como la celebración del tricentenario del “Descubrimiento de América” y la guerra del 98– que por esas décadas reavivaron favorablemente los nexos con España. Era un terreno abonado para repensar las identidades nacionales y sus historias enmarcarlas dentro del legado hispánico.

El mismo Riva Agüero advertía que si el americanismo literario se orientaba temáticamente hacia las culturas indígenas no era sino un gusto exótico impropio del perfil de la “auténtica” literatura nacional. Era una concesión “patriotera” poco seria. Dentro de este horizonte conservador las culturas prehispánicas habían muerto, y, por lo tanto, no constituían ninguna tradición. La tradición más genuinamente americana debía ser la colonial. Las glorias de la Conquista podían alimentar una vertiente más original y propia para la literatura nacional. Después de todo había sido la tradición triunfante; y desde la platea de aquellos que escribían a la historia su mirada estaba recortada para ver solamente *su* historia. Y particularmente en el caso conservador sus posiciones eran aún más intransigentes dado que esgrimían sus preceptos como un modo contestatario de enfrentar la modernización, ya que sentían peligrar su mundo de valores. Abrirse al reconocimiento de las culturas indígenas pasadas era dar pie a posibles negociaciones con las formas literarias criollistas y con la novela moderna.

De este modo, el perfil de una literatura nacional se cifró en otra serie de homologaciones semántico-ideológicas: raza española → vigorosa → viril → caballerescas → colonia período de esplendor → estudio de clásicos latinos a imitar → alimentarse de modelos extranjeros → literatura nacional: “Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada por el híbrido mestizaje

con indios y negros”; seguir la Francia que era la Grecia moderna; conservar la lengua y el carácter caballeresco de la tradición española; nutrirse de la literatura inglesa, alemana, latina y griega que “fortalecerán lo esencial de la nacionalidad”, era el recetario recomendado por Riva Agüero³².

Así como se desacreditaron autores como Mariano Melgar, Manuel González Prada y la “bohemia” romántica, se destacaron a título de modelos canónicos a Joaquín Olmedo porque “en todo él alienta un espíritu verdaderamente peruano [...]. Sin Olmedo habría un vacío considerable [...] él solo representa la influencia inmediata y contemporánea de Quintana”³³. Y fueron los modelos del Neoclasicismo –llenos de referencias mitológicas greco-latinas– las que debían encarnar la nacionalidad literaria: “Si la escuela de Quintana arraigó tanto en España y en la América Española, fue porque satisfacía el gusto de la raza por la majestad, la pompa y el énfasis. Dicción escogida, altamente poética y lírica, muy lejana a la vulgar”³⁴.

Riva Agüero no compartía la vinculación que se hacía en el *Canto a Junín* entre la victoria de Ayacucho y el incanato. Más bien estas victorias debían leerse, de acuerdo a su óptica conservadora, como “el nacimiento de nacionalidades nuevas, *européizadas*, que se desprendieron del materno seno de España”³⁵.

Los valores del pensamiento conservador, al asimilarse a la estética neoclásica, estaban trasponiendo una problemática ideológica que revelaba su apego a valores de la tradición europea aristocrática; un escapismo con respecto a las propias realidades nacionales, la pérdida de un horizonte histórico, con la consecuente percepción inconsciente de ser una clase pronta a ser desplazada, el cultivo de un pasatismo nostálgico; una concepción ahistórica de las manifestaciones literarias y también sociales. En este sentido, la estética

³² *Ibid.*, p. 290.

³³ *Ibid.*, p. 83.

³⁴ *Ibid.*, p. 84.

³⁵ *Ibid.*, p. 90.

neoclásica les ofrecía la forma ideológica idónea para expresar estas sensibilidades de base: representó, frente a los desafueros y desvíos del gongorismo "la luz del renacimiento de la razón, de la verdad, de la armonía y la belleza"³⁶. En otras palabras, representaba la plataforma estético-ideológica de una universalidad prestigiada pero deshistorizadora, que les permitía resguardarse de las innovaciones del liberalismo. Dentro de este marco, no era de extrañar que algunas historias literarias se esforzaran en transcribir poesías en latín, con lo cual se subrayaba el carácter elitista y doblemente letrado que debía tener el hecho literario.

En este sentido, la historiografía literaria como género moderno participó por igual junto a otras narrativas fundacionales en crear una tradición. En esta empresa coincidían por igual tanto conservadores como liberales. También los conservadores al deseñar la nación y cultura nacional como "continuación" de los valores de la Colonia, estaban creando en el siglo XIX esa ilusión de la continuidad de una tradición. El gesto incidió precisamente en crear algo de cero pero que al propio tiempo enmascaraba esa novedad con los visos de una larga y acendrada antigüedad, lo que por otra parte le daba mayor credibilidad frente a las novedades del proyecto liberal, más inclinado a las innovaciones del momento. También éste creaba su tradición. Ambas tendencias lucharon por el poder interpretativo de la tradición y del pasado. Los gustos neoclásicos y latinos fueron una moda del siglo XIX³⁷.

El procedimiento deductivo del pensamiento conservador giró alrededor del dilema de la imitación, lo que entrañaba a dos problemas:

1) se perdía la capacidad metodológica de poder reelevar con cierta objetividad la producción literaria nacional, con lo cual se coartaba la posibilidad de construir una tradición literaria nacio-

³⁶ Juan León Mera, *Ojeada histórica crítica sobre la poesía ecuatoriana*, op. cit., p. 52.

³⁷ Forzoso en este punto el reconocimiento del libro de Eric Hobsbawm, *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Gran Bretaña, 1993.

nal, porque o nada merecía ser considerado, o sólo se podían salvar algunas figuras aisladas; 2) se cifraba la *originalidad* de la literatura nacional en la *imitación* de modelos foráneos: primera contradicción; y, cuando la literatura reproducía modelos extranjeros (españoles o franceses), se despreciaban porque eran malas imitaciones y no se encontraba nada original y propio: segunda contradicción. Cabe señalar que también se vio con agrado la producción literaria colonial porque precisamente era la continuación de la literatura española. Si la literatura española atravesaba su Siglo de Oro, la hispanoamericana no podía ser menos. Pero de todas formas se seguía manteniendo el criterio del mimetismo especular.

Los principios metodológicos del modelo conservador desdecían de un procedimiento más riguroso para el desarrollo de los estudios históricos en Hispanoamérica: "La literatura del Perú ha debido ser principalmente *imitativa*, y por la imitación se explica en gran parte. Cuanto en el Perú se ha pensado y se ha escrito, es reflejo de lo que en otras partes se escribía y pensaba", insiste de la Riva Agüero³⁸.

La perspectiva eurocentrista que controlaba los fundamentos del pensamiento conservador hacía de éste el más nítido exponente de la dependencia ideológica de la América Latina o de la continuidad del pensamiento colonial en una etapa postcolonial, sirviendo estos letrados como enclave re-productor de estructuras mentales de subordinación periférica.

2. El pensamiento conservador rechazó en principio la legitimidad cultural de las civilizaciones y manifestaciones literarias de los pueblos indígenas. Continuadores del pensamiento escolástico español, y, en cierto modo de Hegel, consideraron que las razas indígenas, mestiza y negra eran bastardas, razas serviles por naturaleza, incapacitadas para producir manifestaciones culturales: "El pueblo incásico carecía de medios para expresar sus concep-

³⁸ Op. cit., p. 74.

tos, es decir, no poseía educación intelectual", afirmaba taxativamente el historiador boliviano Santiago Vaca y Guzmán³⁹. Pueblo que sólo podía organizarse bajo un régimen despótico y que por lo tanto, "no ha podido formarse una literatura quichua"⁴⁰.

Basado en un profundo racismo –"la raza quichua es haragana, desconfiada y astuta" y la raza negra "no puede reconocérsela nada que se asemeje siquiera a un ideal literario"⁴¹– desacreditaron cualquier tipo de continuidad cultural de las sociedades indígenas.

En las historias literarias conservadoras éste fue un tema conflictivo y espinoso, porque, aún cuando se silenció la cultura indígena, subyacía explícita o implícitamente su problematización. Pareciera que en aquellas zonas donde el sustrato de las civilizaciones indígenas había alcanzado en el pasado un notable desarrollo y sus culturas aún seguían vigentes porque también su población era numéricamente mayor que la criolla, la oligarquía, al sentir amenazada su integridad e identidad de clase, se aferro incondicionalmente al hispanismo, bloqueando ideológicamente la fuerte presencia indígena con argumentos racistas, con los cuales "blanquearon" la construcción de su cultura nacional borrando la "contaminante" heterogeneidad. Fue el caso de los países andinos –y en cierta forma de México– donde el quechua lo hablaban las tres cuartas partes de la población, constituyendo de hecho la lengua nacional de la mayoría. Pero lo que se impuso, como sabemos, fue el triunfo de las letras de una pequeña minoría hispanohablante que trastocó la parte por todo.

La semiótica cultural de la oligarquía profundizó más su hispanofilia cancelando cualquier vestigio indígena. Con lo cual se hizo más conservadora.

Algo parecido también sucedió con el liberalismo más europeizante. Por ejemplo, en México, donde tanto la presencia del pasa-

do azteca como de las culturas indígenas vivas era casi inevitable, ciertas tendencias del pensamiento liberal silenciaron en sus manifestaciones discursivas este referente porque sentían que era un obstáculo para el progreso y la modernización nacionales.

3. El modelo conservador estableció en la Colonia y con la Conquista el origen de la literatura nacional. Más: la Colonia era la depositaria de los valores "auténticos" por sus instituciones, la empresa cristianizadora realizada con indios, la propagación de las órdenes religiosas, la fundación de un sistema social cuya legitimidad estaba respaldado en la monarquía, la difusión de una lengua "civilizada", y, sobre todo, la preponderancia de la iglesia como la promotora de la conservación de las tradiciones y eslabón del "progreso" entre el Nuevo Mundo y el viejo:

Aquí es el caso de hacer notar los escalones que recorrió la civilización entre nosotros para llegar al pueblo. Hemos visto su cuna en la Iglesia, que fue la que verdaderamente la trajo a las selvas de las colonias. Los frailes se encargaron del cuidado de su infancia débil y contrariada: ellos cultivaron las ciencias y las letras hasta mediados del siglo XVIII [...] los clérigos fueron una gran parte de nuestros hombres científicos y de nuestros literatos [...]. A ellos se debe la conservación de las tradiciones, la formación de gramáticas de las lenguas indias, la creación de colegios, y el trabajo de la enseñanza durante dos siglos en que ellos fueron los únicos maestros y depositarios de la civilización⁴².

Esta perspectiva determinó criterios de selección de lo literario que tendieron a registrar preferentemente escritores que fueron religiosos, que tuvieron una jerarquía eclesiástica destacada, que escribieron obras de tema religioso: Luis de Betancur "abrazó el estado *eclesiástico* en Quito"; Pedro Fernández de Valenzuela "escribió tres *tratados espirituales*"; Don Bruno de Valenzuela "fue el primer dramaturgo neogranadino", escribió su "comedia reli-

³⁹ Santiago Vaca y Guzmán, *La literatura boliviana; breve reseña. Escritores en verso*, Imp. De Pablo E. Coni, Buenos Aires, 1881, p. 185.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 186.

⁴¹ José de la Riva Agüero, *op. cit.*, p. 72.

⁴² José María Vergara y Vergara, *op. cit.*, vol. I, pp. 53 y 131.

giosa" *Vida de hidalgos*; Alonso Garzón de Tahues "se ordenó y fue 35° cura rector de la Catedral"; Francisco José Cardoso "santelero y clérigo, escribió una novela escrita sin hacer uso de ninguna palabra que tuviera la letra a"; y el caso más indicativo de criterios ideológicos de selección fue el de Lucas Fernández de Piedrahita, que habiendo sido un escritor de origen indígena, se prefirió presentarlo en términos que matizaran su condición "bautizado en la iglesia de Las Nieves", "era bisnieto de doña Francisca Coya, princesa real del Perú", "estudió en el colegio de San Bartolomé, regentado por los padres jesuitas". El proceso de inscripción sólo fue posible previa occidentalización ("bautizado", "estudió").

La vertiente conservadora también hizo una defensa apologética de los jesuitas. Pero creemos que en este rubro hay que hilar con cierta cautela. Acentuaron básicamente su labor religiosa y humanística con la educación de los nativos, en particular valoraron el trabajo filológico de rescate de las lenguas indígenas ("a ellos se debe la formación de gramáticas"). Lo que indica no tanto su preocupación por el conocimiento de las lenguas "bárbaras" sino demostrar la capacidad del hombre europeo en saber racionalizar aquella "masa de sonidos". Por un lado, la técnica de los misioneros; por otro, una no despreciable atención y reconocimiento de que las lenguas indígenas que valía la pena gramaticalizarlas. Eran lenguas al fin y al cabo.

La Colonia fue presentada como un período de fasto y de esplendor material, obviando cualquier referencia al estado de decadencia del imperio español, las condiciones aherrajadas sostenidas por la Inquisición, el atraso, la explotación, las sublevaciones populares, la destrucción de las culturas indígenas, el sojuzgamiento de las etnias no europeas: "la riqueza del Perú fue tan extraordinaria antes de la guerra de la independencia", "esta magnificencia de aquellos días tranquilos era ofrecida casi con igual profusión a las comodidades de la vida privada", "la moneda de oro y plata circulaba por todo el estado", "la alegría, la tranquilidad de corazón, el buen humor, eran consecuencia de esta abun-

dancia", lamentaba nostálgicamente José Manuel Valdez y Palacios⁴³.

La perspectiva conservadora, al hacerse pasatista y ahistórica, ancló en el pasado virreinal la esencia del ser nacional, convirtiendo sus prácticas discursivas en alegatos nostálgicos de esa época.

Esto quizás puede entenderse como una reacción natural: buena parte de este patriciado a mediados de la centuria ya había perdido sus fortunas, lo que agudizaba más su recelo frente al poder de los nuevos sectores, llevándolos a hipertrofiar los tiempos pasados. La merma económica no atentó contra su poder de convocatoria social, y aún ocupaban espacios hegemónicos decisivos. La mitificación de la colonia fue su compensación simbólica, en la cual la historiografía y la ficción gratificaron este desfase.

En consecuencia, los axiomas conservadores sólo prestigiaron aquellas manifestaciones literarias del siglo XIX que, a su vez, actualizaban al unísono con esta perspectiva los tiempos coloniales. Así, Ricardo Palma se convirtió en el máximo representante de la literatura nacional del Perú independiente, porque, siendo "el tipo de criollo culto", recogió las costumbres tradicionales, "quitándoles ese prosaico sedimento que tiene siempre lo presente". Fueron célebres sus *Tradiciones* porque "resucitan una época entera", además de asimilar el pasado incaico como restos de una antigua civilización, semejante a la babilónica, china o egipcia. Pero José de la Riva Agüero cuidó en subrayar que Palma "no tiene amor por la historia incaica [ya que] tiene mucho de exótica y extraña para nosotros: no la sentimos con el efecto íntimo con que apreciamos la de la Colonia [...] y los descendientes de los indios tampoco la aprecian mucho, porque han olvidado sus orígenes"⁴⁴.

La inteligencia oficial del siglo XIX –y no menos este historiador peruano– fue muy afecta a "orientalizar" las culturas indígenas del continente. Leyeron el incanato o el imperio azteca a través de

⁴³ Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas, op. cit., p. 74.

⁴⁴ José de la Riva Agüero, op. cit., pp. 176-189.

los filtros que viajeros europeos hicieran de las culturas orientales. Mirada doblemente mediatizada que garantizaba este conveniente distanciamiento. Otro procedimiento fue la arqueologización convertir las culturas indígenas en monumentos "a-ruinados", feliz oxímoron porque rescataban, reconocían, prestigiaban, pero a la vez condenaban a la ahistoricidad de un pasado cancelado⁴⁵.

4. El modelo conservador vio con recelo la transición hacia la República: "¡Adiós a la ciencia y a la gloria! De aquí para adelante la política y la guerra van a reemplazarlo todo y a devorarlo todo. Hemos venido por una apacible llanura; se nos ofrece ahora una subida tan agria como la escarpa de nuestros Andes"⁴⁶.

La independencia iba a significar la destrucción de un orden; y la democracia el advenimiento de la anarquía y el imperio de la mediocridad. Renegaban de la influencia francesa porque representaba el alejamiento de la ética de las tradiciones hispánicas:

Este cosmopolitismo procedente de una deplorable sumisión a los modelos extranjeros, hace perder a las rimas bolivianas todo el interés que despiertan las letras de otros países⁴⁷.

Los conservadores veían con temor la influencia francesa porque representaba –y no por francesa– el incremento del espíritu laico, una concepción más empírica de las realidades, lo que indudablemente ponía en cuestión su privilegio asentado sobre una concepción teológica de la sociedad.

La reacción hacia la modernización llevó al pensamiento conservador a extremar su actitud reaccionaria, sobre todo ante ciertas influencias liberales europeas:

Algunos también sueñan con emprenderla contra el capital y en propagar el socialismo. Sería para el Perú la última desgracia, el últi-

⁴⁵ Cfr. Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, op. cit., y de Edward Said, *Orientalismo*, Libertarias, Madrid, 1990. Primera edición 1978.

⁴⁶ José María Vergara y Vergara, op. cit., vol. II, p. 141.

⁴⁷ Santiago Vaca y Guzmán, op. cit., pp. 24-25.

mo absurdo, la última plaga. Desde que aquí no hay todavía cuestión obrera, desde que aquí no existe ninguna de las causas económicas que en los demás países producen el socialismo, introducirlo por manía simiana de imitación, sería, a la vez que ridículo e insensato, criminal en alto grado⁴⁸.

Para muchos los aires de la modernización equivalían, muy en el fondo, al compás que se estaba abriendo para los obreros y artesanos, que en todas las latitudes del continente latinoamericano –inclusive a espaldas de cualquier "manía simiana"– estaban dejando traslucir sus voces. Si la crítica a la influencia francesa no fue expresada con la claridad de un Riva Agüero, las causas de la incomodidad del sector letrado tradicional eran las mismas. Las críticas a la novela moderna ocultaban el verdadero flanco de ataque. No era un problema sólo de formas estéticas.

La aparición del socialismo y anarquismo en el campo ideológico finisecular hizo que el pensamiento conservador defendiese históricamente un nacionalismo hispánico conservador, basado en la pureza de sangre como criterio de las jerarquías sociales, el descrédito de la cultura "criolla", que fundamentaba su nacionalismo literario en la reposición de paisajes rurales, personajes campesinos y costumbres populares.

Por esta vía, asociaron el Romanticismo con la influencia francesa incurriendo en apreciaciones que pecaban de absurdas: "Pero los poetas exageraron el romanticismo en aquel estilo ampuloso, pintorreado y rimbombante que, engendrado en Francia por el socialismo, invadió la Europa y la América en el primer tercio del siglo. Tal forcejea por invadirla hoy la nueva escuela naturalista, nacida al calor de las disociadoras doctrinas comunistas"⁴⁹.

Es interesante subrayar cómo el pensamiento conservador estableció una relación de contigüedad ideológica entre "ampuloso-

⁴⁸ José de la Riva Agüero, op. cit., p. 248.

⁴⁹ Julio Calcaño, *Reseña histórica de la literatura venezolana*, Tipografía de El Cojo, Caracas, 1888, p. 16.

socialismo"/"naturalismo comunismo", lo que revelaba, a fines de siglo, ser una ideología a la defensiva. Esto le permitió exaltar con suficientes razones el género de la novela.

2. "INDIOS, MA NON TROPPO": LA IDEOLOGÍA DEL MESTIZAJE EN EL MERCADO INTERNACIONAL

1. Básicamente dos móviles controlaron los axiomas del modelo liberal de la historia literaria: *a)* la preocupación por determinar la *originalidad* y definir el carácter particular de la literatura nacional a partir de la ideología del *mestizaje*; y *b)* consecuentemente, matizar o diluir los elementos de filiación hispánica para afirmar una distancia cualitativa frente a la metrópoli española. Sin llegar a un antihispanismo radical, no respaldó como valor auténtico la nacionalidad literaria basada en la conservación de la tradición española, sobre todo colonial.

El modelo liberal se preocupó por recuperar las manifestaciones culturales que fueron a contrapelo de los patrones europeos básicamente ibéricos; y, en este sentido, siguió los principios del *método inductivo*: se comprometió —en la medida que su propio horizonte ideológico se lo permitía— en determinar aquello que era propio de la realidad americana. No vio en los principios de la imitación el ideal a seguir, sino trató de establecer aquello que pudo constituir una tradición literaria propia.

Así, el modelo liberal, por la sensibilidad americanista que lo permeó, estuvo más cerca de una perspectiva también más consona con la especificidad de la producción literaria hispanoamericana y una mayor objetividad que demandaba su estudio. Por ende, logró observar una serie de niveles y manifestaciones literarias silenciadas por el modelo conservador. A saber: reconoció y acreditó las civilizaciones y literaturas indígenas, aunque de un modo simplificado; dio cuenta de cierta heterogeneidad y espesor de la historia literaria al advertir la existencia simultánea de una literatura culta ilustrada y otra popular en lengua española tanto

durante la Colonia como en el siglo XIX; una concepción menos elitista y más secular de lo literario llevó a jerarquizar obras profanas que escapaban al criterio eclesiástico que regía en el modelo conservador; observó que en la medida en que se producían cambios sociales importantes las modalidades discursivas tenían que cambiar también (en la Independencia el desarrollo del periodismo y de la novela, por ejemplo). Pero fundamentalmente, el modelo liberal se esforzó en trazar un deslinde que logró perfilar las bases de la historia literaria nacional como un proceso con caracteres propios. Cuestionó las interpretaciones que solamente veían en la literatura colonial una reproducción especular de la literatura española.

La perspectiva liberal estuvo ganada para enfrentar los tiempos modernos como cambio y novedad. Más atenta, por un lado, a las nuevas formas culturales que se fueron gestando a la luz de las transformaciones tecnológicas del siglo (como el capitalismo de imprenta)⁵⁰, como, por otro, más interesada en ver toda la situación colonial pasada no como simple prolongación de las estructuras metropolitanas sino como un contexto *sui generis* capaz de producir formas "desviadas", es decir, "criollas". En este sentido, ejercitaron una mirada menos mecanicista:

La literatura Colonial de Chile no guarda correspondencia con la cultivada en España; i, en prueba de ello, tómesese en consideración que los dos géneros en que más sobresalieron los españoles durante el siglo de oro, o sea, el lírico i el dramático, carecieron en esta comarca de representantes distinguidos. En cambio, el épico, que en la misma época fue descuidado en la Península recibió aquí considerable impulso después de la aparición de La Araucana⁵¹.

⁵⁰ A partir del libro de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (Fondo de Cultura Económica, México, 1993, primera en inglés 1983) son innumerables las investigaciones que le deben reconocimiento. No quiero dejar pasar el mío en esta re-escritura que hago de este trabajo.

⁵¹ Domingo Amunátegui Solar, *Bosquejo histórico de la literatura chilena*, Imp. Universitaria, Santiago de Chile, 1915, p. 60.

En última instancia, el contexto incidió en el cambio de las funciones de los géneros literarios; el desgaste de unos y la actualización de otros.

El modelo liberal no prestigió la imitación servil; por consiguiente, no acreditaba obras, que, escritas en América, tuviesen por referencia asuntos de la historia del viejo continente, temas bíblicos, escritos en latín, alusiones a la Grecia clásica y mitología greco-latina.

Más interesados por establecer los fundamentos de la originalidad literaria, determinaron definirla a partir de la representación temática de los elementos nativos indígenas:

Las poesías, las novelas, los cuentos i las narraciones de toda especie en que figuran, cantan, lloran o combaten los descendientes de los héroes de Arauco, i de los Conquistadores españoles, constituyeron las obras más orijinales i jenuinas que se han producido entre nosotros⁵².

La ideología del mestizaje –que implicó una operación que hacía una concesión edulcorada a las etnias sojuzgadas ocultando las bases hispánicas de la mediación– fue la clave del *criollismo* literario, que fue, después de todo, un efecto estético-ideológico de carácter populista del pensamiento liberal para incluir, sólo a manera de efecto, la participación de los sectores sociales excluidos de las decisiones del poder de la vida nacional.

De este modo, se rescataron para la construcción liberal de la tradición literaria nacional todas aquellas obras que se referían a los indígenas o bien a sectores populares:

La variada descripción de los combates entre indígenas i españoles, i la pintura, siempre feliz de las costumbres y caracteres de los araucanos, debían asegurar al poema La Araucana una inmortalidad⁵³.

⁵² *Ibid.*, p. 8.

⁵³ *Ibid.*, p. 12.

La búsqueda de la “originalidad” literaria americana debía ser negociada dentro del concierto de nuevas condiciones del mercado internacional. La perspectiva liberal, más solícita al abanico de posibilidades del cosmopolitismo entendió que sólo podía competir dentro de este mercado internacional de bienes simbólicos si se planteaba con el plus de la diferencia americana con mercancías que representaran la fórmula de esa “americanidad” en términos de “mestizaje”, “criollización”, o lo que sería más tarde, en el siglo XX, “el realismo mágico”.

Esta construcción edulcorada de lo popular, indígena, afroamericana, nació en la intersección transculturada de intercambios de miradas y bienes entre centros y periferias, donde el producto latinoamericano así facturado por una elite local pero occidentalizada –y no menos esquizofrénica– ofreció esta *tarjeta postal*, plana, simplificada, adulterada, también deshistorizada de las zonas y sujetos menos occidentalizados del continente para consumo europeo de lo “específico” americano.

Creemos que es capital no perder de vista que la “criollización”, “mestización” o “indianización” de la cultura es una operación que se hace en el marco de una agresiva modernización o globalización, y que encubre mediante reconciliaciones sólo imaginarias un envés irreconciliablemente heterogéneo y multicultural. No deja de ser irónico que tanto los *zoológicos* como los *museos* fueron los espacios concebidos por la modernidad finisecular.

También el modelo historiográfico liberal, por un prurito antiespañolista, se dejó captar por el fanatismo, y sólo vio en la Colonia un vacío literario y obras de imitación, por lo que descalificó esta época para la historia literaria nacional.

2. El modelo liberal que se circunscribió a una perspectiva más americanista hizo un reconocimiento exhaustivo de las culturas indígenas, pero en calidad de un sustrato históricamente cancelado. La exaltación de la riqueza y complejidad de sus manifestaciones eran defensas que dejaban traslucir a un interlocutor (probablemente conservador) que sostenía tesis detractoras opuestas. La

defensa que hizo el pensamiento liberal de la inteligencia indígena, del alto grado de su desarrollo cultural, de los valores literarios de su poesía e inclusive la prueba de ser pueblos que manejaban un tipo de escritura, que tenían libros (códices) e historia, hizo suponer que la tendencia dominante sostuvo agresivamente lo contrario.

Algunas historias literarias dedicaron numerosas páginas a la transcripción cuidadosa de poemas quechuas en el idioma original:

*Cumae Ñusta,
Torallaiquim
Puiñuy quita
Paquir cayan,
Hina mántora
Cunuñunum
Illapantac
Camri, Ñusta*

como antologó Juan León Mera en su historia. También destacó al poeta azteca Nezahualcóyotl, y reconocía –aunque hubiese sido a partir de categorías poéticas europeas– la existencia de un teatro, de representaciones dramáticas, de bailes, música, areytos, las tradiciones del *Popol Vuh*, las casas del calmecac como manifestaciones culturales de los pueblos indígenas. León Mera concluía que “nuestra historia antigua es más digna de fe que la de mayor parte de los pueblos primitivos del viejo mundo [...] que no es exageración decir que en ésta es superior nuestra historia a la misma historia de Grecia”⁵⁴.

Sin embargo, los valores ideológicos que regían la historiografía liberal no terminaron por integrar plenamente a su proyecto histórico-cultural las literaturas indígenas. Influenciados por las teorías del positivismo, sí lograron articular sólo a nivel ideológico

la *raza indígena* como un componente de la especificidad nacional criolla: “Los araucanos [...] pueblo que permanece incrustado en nuestra nacionalidad, no solo por haber dado origen, mezclada en sangre con la española [...] sino también por el hecho positivo de que contribuye con incesante labor a completar el cuadro de nuestra vida social.” Continúa Adolfo Valderrama: “Propiamente la literatura de los aborígenes pertenece a los dominios de la etnología [...] nuestra literatura nacional no es sino rama desprendida del fecundo árbol de la literatura española”⁵⁵.

El americanismo del pensamiento liberal tuvo obviamente sus limitaciones ideológicas. Su franqueamiento con las culturas indígenas reveló un margen de tolerancia adecuado para la supervivencia histórica del modelo.

El saber sobre los fenómenos literarios en proceso de constitución disciplinaria le resultaba –inclusive hasta hace poco– disonante articular otras lógicas culturales como las manifestaciones indígenas. La distribución del saber moderno se organizó en cuadrículas que se definieron por fenómenos, campos y objetos elaborados a partir de categorías puras. Ni fue difícil, por consiguiente, desplazar aquello que incomodaba hacia otras cuadrículas del saber (“la literatura de los aborígenes pertenece a los dominios de la etnología”). Los objetos de conocimiento elaborados estuvieron a su vez contruidos a base de recortes de sus excrecencias probablemente inmanejables. La jerarquía del criterio de “hispanidad”, por ejemplo, impidió por décadas concebir una literatura nacional que no fuese monolingüe. No es de extrañar, entonces, que la crisis que viven actualmente las ciencias sociales y humanidades sea resultado de ese encasillamiento constreñido, presentando entre los puntos de sus nuevas agendas la disolución de las tradicionales fronteras que compartimentaban el flujo de los acontecimientos sociales y culturales, los métodos de conocimiento, la apropiación de saberes vecinos.

⁵⁴ Juan León Mera, *op. cit.*, p. 8.

⁵⁵ Adolfo Valderrama, *op. cit.*, pp. 91-92.

Este americanismo literario profesado por la historiografía liberal que fundamentó sus bases en la teoría del mestizaje –aunque no fue obligado– se dio preferentemente en aquellos países (Chile, Colombia, Venezuela) donde las culturas indígenas no alcanzaron un grado de desarrollo más sofisticado, y también donde la presencia demográfica de estas etnias no era mayoritariamente determinante. Por tal motivo, las oligarquías del siglo XIX en este caso no sintieron peligrar las bases de su cultura hispánica, permitiéndose la elaboración de una representación de la “originalidad” literaria nacional incorporando ideologemas no hispánicos.

En el caso de México, la tradición de los criollos del siglo XVIII dejó con los trabajos de Clavijero, Eguiara y Eguren y Boturini un precedente no tan fácilmente silenciable para reconocer y valorar el “pasado” indígena; así la historiografía liberal del siglo XIX no lo pudo eludir.

3. El modelo liberal dio paso al reconocimiento desde la Colonia de una literatura “sencilla”, “fruto espontáneo del alma injenua i candoroso de los habitantes del campo” que “brota en los incultos terrenos de la sociedad plebeya”⁵⁶. Se refería a la poesía popular en lengua española. Su *status* fue el de un tipo de composición “natural”, “espontánea”, sin el artificio de la poesía culta ilustrada. Fueron estas manifestaciones los romances propiamente españoles, los romances derivados de aquellos, y otras composiciones como las décimas, canciones, tonadas, corridos y pallas.

Se puede observar que con el advenimiento de la República esta poesía popular adquirió un nuevo auge a la luz de los nuevos tiempos. Incluso se llegó a apreciar la presencia de “coplas africanas [...]”. Entre nosotros no existe como popular una sola danza española; lo que baila nuestro pueblo es *bambucos* y *bundes* de origen africano y *torbellinos* de nacionalidad *muisca*⁵⁷.

⁵⁶ Domingo Amunátegui Solar, pp. 87-88.

⁵⁷ José María Vergara y Vergara, *op. cit.*, vol. II, p. 207.

La historiografía liberal del siglo XIX fue más sensible y abierta al incorporar al canon nacional estas manifestaciones orales populares provenientes de grupos sociales no hispánicos. La historiografía literaria posterior los erradicó profundizando los criterios ilustrados e hispánicos. En su momento era –tal como lo anotamos– una operación de representatividad imaginaria oportuna. Lo “otro” popular había que canalizarlo de algún modo. Luego estas manifestaciones serían acaparadas por los estudios “folclóricos”.

4. A pesar de que la perspectiva ideológica liberal no hizo un balance que favoreciera el período colonial, trató de seleccionar en él aquellas manifestaciones literarias rescatables para la construcción de una tradición literaria que fortaleciera su visión del proceso literario. La Colonia era para este sector ante todo un período de vacío cultural, porque la opresión y el hostigamiento no fueron las condiciones que propiciaron el florecimiento de las letras: “pobres”, “restringidas”, “deficientes”, “estado de lamentable ignorancia”, “un velo impenetrable todo lo encubría”, “despotismo”, “estado más completo de atraso”, “sin teatros, sin bibliotecas, sin sociedades literarias, las flores de la poesía se secaban en nuestro suelo”, fueron las valoraciones más comunes para referirse a esta época.

Pero interesa destacar lo que el modelo liberal jerarquizó a su favor: a) silenció la producción escrita en latín tanto de poemas, túmulos, inscripciones, epigramas, certámenes, tratados y gramáticas; b) mencionó obras que se alejaban de la escolástica; c) destacó en el siglo XVIII la influencia positiva que tuvo el racionalismo en el fomento de trabajos de carácter científico que orientaron su preocupación hacia la investigación de las condiciones geográficas, étnicas, zoológicas, climáticas, alimenticias e históricas del país (se puede hallar la mención de obras tan curiosas como la *Higiene del corsé* y el *Estado de la geografía del virreinato con relación a la economía y al comercio* de Francisco José de Caldas); d) de la producción cultural hecha por religiosos, más bien eligió la que presentaba un carácter burlesco y disidente (Adolfo Valderrama celebró los casos

de Lorenzo Mujica, el Padre López, Oteiza y Escudero en Chile), *c)* independientemente de la modalidad genérica, destacó las obras que hacían referencia al tema indígena porque describían sus luchas contra los españoles, denunciaban el estado lamentable a que fueron reducidos, presentaban la convivencia plácida entre ellos (el *Cautiverio feliz*), proponían mejorar su condición, porque tenían propuestas concretas para abolir su esclavitud, porque eran trabajos que continuaban investigando acerca de la antigua historia de esos pueblos; *f)* resaltó la obra de aquellos jesuitas que desde su exilio fomentaron el espíritu de independencia de las colonias; *g)* el modelo liberal hizo una cerrada oposición al gongorismo, reproduciendo en este sentido las mismas posiciones que el Neoclasicismo; asoció el gongorismo con el “mal” que “procedía de la metrópoli”, es decir, la imitación servil de la “decadencia” literaria española, arte “oscuro y ridículo”, “enigmático y antiestético”, “verdadera caricatura”, “extra-vagante”, “epidemia literaria”, homologable “a las condiciones de la época y de la sociedad en que floreció”: gongorismo era prácticamente sinónimo de colonialismo⁵⁸; *h)* la perspectiva liberal logró descubrir durante la Colonia algunas formas narrativas que reconocía como novelas. Fue el caso de la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles* (1693) de fray Barrenechea y Albis que el historiador Domingo Amunátegui Solar rescató, subrayando que “se guarda manuscrita e inconclusa en nuestra Biblioteca”⁵⁹. Así mismo ocurrió con el *Cautiverio feliz* de Pineda i Bascuñan, advirtiéndose muy agudamente que se trataba de un género aún no resuelto; *i)* y, concluyendo, el modelo liberal, en términos generales, estuvo más sensibilizado y abierto para tomar en cuenta las manifestaciones literarias que desde la perspectiva conservadora fueron silenciadas. Así como atendió a las literaturas populares del presente e indígenas del pasado, hizo un llamado a la literatura producida por el sector femenino. El con-

⁵⁸ Cfr. por ejemplo José María Vigil, *Reseña histórica de la literatura mexicana*, op. cit., pp. 183-232.

⁵⁹ Domingo Amunátegui Solar, op. cit., p. 55.

senso general subestimaba las capacidades intelectuales de la mujer, aunque esto no se explicitaba en esos términos. Sin embargo, la acérrima defensa de los liberales de la inteligencia de la mujer ponían en evidencia esta problemática: “El genio no escasea en las mujeres ecuatorianas –reclamaba Juan León Mera– pero ¿por qué no brillan, como deben, en las regiones de la inteligencia? ¿Por qué no dan muestras de que sienten y piensan? [...] ¿Por qué se esconden? ¡Ah! Es porque no se las comprende, no se las educa, ni se las estimula. Somos todavía semibárbaros [...]”⁶⁰.

Tanto la historiografía liberal como la conservadora estuvo regulada implícitamente por un horizonte androcéntrico (en otras palabras, falocrático). El recorte de lo literario aceptable no sólo venía dado por las categorías hispánicas, noratlánticas, metropolitanas, sino también por marcas genéricas sexuadas. La escritura de cierto sujeto masculino blanco heterosexual con propiedades o títulos. Esta discriminación sexuada se patentizó en la historiografía liberal al explicitar al mismo tiempo el prejuicio, su arbitrariedad y el reconocimiento de ciertas mujeres que “escriben” o “dicen sus versos”, pero no como intelectuales letradas. No dejó de ser un reconocimiento tutelar y paternalista.

El espacio de la escritura de la historia fue una cuestión estatal. Sirvanos de ejemplo la *Ojeada histórico crítica sobre la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días* (1868) de Juan León Mera, quien mencionaba al pasar la existencia de mujeres poetas, pero por tratarse de “damas” y del “delicado sexo” prefirió obviar sus identidades particulares para no incurrir en el grosero gesto de exponerlas públicamente. Su silencio fue un ademán de triple filo: borrarlas elegantemente del canon; recluirlas a la domesticidad quitándoles la palabra; pero al tiempo vejarlas porque les estaba diciendo indirectamente que la mujer en el espacio público corría el riesgo de prostituirse: es decir, mujer que sabe latín = meretriz.

5. Aunque el modelo liberal no llegó a los extremos de hacer una apología absoluta de la Independencia como etapa fundadora

⁶⁰ Juan León Mera, op. cit., p. 254.

de la literatura nacional, se admitió que con el cambio de las condiciones políticas se dio un clima de libertad que permitió tanto el intercambio comercial, la importación sin restricciones de libros, la libertad de opinión como el incremento de la vida intelectual y literaria. Es decir, fue apreciada como un renacimiento.

En concordancia con la ideología del progreso, se vio la República como el momento fundacional para impulsar el desarrollo de los países como naciones modernas. A diferencia de la perspectiva conservadora, que siempre mantuvo un dejo de nostalgia por el virreinato, los presupuestos liberales vieron con optimismo la historia futura. Semánticamente en el discurso de las historias liberales el período republicano apareció como un espacio repleto y saturado de actividades, periódicos, escuelas, salones literarios, imprentas, obras, hombres de letras. Fue el efecto textual de "llenamiento" que se quiso lograr por oposición al "vacío" también textual del período anterior.

Sin embargo, se tuvo el cuidado de no extremar los méritos literarios de la Independencia. Se reconoció que aunque "los versos patrióticos" constituían una verdadera poesía nacional porque eran la expresión de esa anhelada libertad política, fueron "desaliñados e incorrectos", porque fueron pronunciados en muchos casos por sujetos que no llenaban el perfil curricular del "hombre de letras" que la elite criolla esperaba para construir el canon de la cultura nacional.

La originalidad literaria deseada se postuló —como se dijo anteriormente— en una tematización del asunto indígena y mestizo pero hispanizado. Pero se mantuvo el celo en subrayar que "la independencia de México no podía ser proclamada y conquistada por los indios [...] era pues necesario que la raza mexicana fuera suficientemente fuerte, numerosa, ilustrada para conseguir, al mismo tiempo, arrojar de la Nueva España a los dominadores y mantener a las naciones indígenas dentro de las unidades social, política y administrativas conquistadas por el gobierno de la colonia"⁶¹.

⁶¹ Vicente Riva Palacios, *Publicaciones literarias*, México, 1887-1889 (3 vols.), vol. II, p. 909. El énfasis es nuestro.

Vicente Riva Palacios, como tantos otros criollos, atenuó la gestión política indígena pre y postemancipatoria, y prescribió la consecuencia de circunscribir a territorios controlables las poblaciones ideológica y étnicamente peligrosas. Sólo quedarán de ellas una marca inofensiva en los espacios representacionales de la ficción.

Con respecto a la influencia francesa, el liberalismo se manejó con cierta cautela. Por un lado, lamentaba que la literatura, en su afán por desprenderse del influjo de la española, imitase los modelos franceses y olvidase el proyecto americanista. Pero, por otro, celebraba algunas tendencias venidas allende los mares —como el realismo y el naturalismo— que enriquecían el mismo proyecto "criollista" abanderado, y que podían contrarrestar "las vaguedades y extravíos del romanticismo"⁶².

La historiografía liberal, al concebir la función literaria en estrecha conexión con el progreso social, consideró la *novela* como el género por excelencia de los nuevos tiempos para llevar a cabo esta empresa. Asociaban la novela con el advenimiento de la República—también un género fundacional—, lo que condicionó que no pudiera visualizar formas narrativas parecidas durante la Colonia. La asimilación república-novela fue una operación básicamente de la mentalidad burguesa y liberal, que canalizó el proyecto de la alfabetización de las masas, la domesticación de las pulsiones, la educación de los sentidos, la incorporación de la mujer y grupos rurales al proyecto civilizatorio, y un medio de potencialidades estratégicas para construir esas familias imaginarias que las naciones modernas requerían.

Se establecieron una serie de requisitos para su "nacimiento" (la paz y el orden políticos). Así, la novela apareció como un logro del triunfo del proyecto liberal. Fueron discursos que debían "reflejar el cuadro de costumbres nacionales" y "los males de todos los movimientos de la sociedad", además de fomentar el "espíritu anticlerical en las masas" y "el amor a los héroes y glo-

⁶² Gonzalo Picón Febres, *op. cit.*, p. 193.

rias patrias", recetaba el crítico chileno Jorge Huneeus Gana ya rayando el 900⁶³.

Cifraban en este género capacidades pedagógicas ilimitadas por la consiguiente fe (idealista por demás) en el poder transformador del verbo. Los resabios bíblicos no desaparecían del todo. El poder de la ficción de la novela no radicaba en sus asuntos inverosímiles, porque era un género como la historia: ambos decían "verdades", "reflejaban hechos históricos y reales". Debajo del recelo conservador sobre la novela —el terror que estos sectores le tenían al poder de la ficción— radicaba, y con toda razón, el poder político que iban a tener los nuevos medios culturales masivos de comunicación, y que el control imaginario era y es un poder tan real como el control de los medios de producción. He ahí la pieza clave de la modernidad de la historiografía liberal.

No podemos decir que los axiomas del modelo liberal terminaron por imponerse sobre los patrones de las historias literarias conservadoras. Es cierto que las historias de la literatura posteriores desarrollaron y afinaron muchos de los principios de la historiografía del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX. Por una parte, no siguieron perpetuando axiomas conservadores, que resultaban a las luces del siglo XX excesivamente inoperantes; pero, por otra, tampoco retomaron ciertas valoraciones del modelo liberal (como el problema de las formas literarias populares) porque no se ajustaban finalmente a los intereses de los sectores dominantes contemporáneos, quienes producían las historias literarias y querían ver en ellas reproducidos sus propios gustos y valores ideológicos.

Pareciera que con la tradición liberal se perdió la posibilidad de captar la rica variedad de formas literarias populares orales, urbanas y campesinas; se liquidó gran parte de la producción de la Colonia, y se estereotipó al máximo las literaturas indígenas. Pero también no es menos cierto que el americanismo literario que sur-

gió a la luz del proyecto liberal en la América Hispánica entregó para la mejor tradición cultural letrada del continente reflexiones seminales que abrirían el espacio reflexivo necesario para el desarrollo de las ciencias sociales de nuestro continente.

En este fin de siglo, cuando está siendo replanteada la distribución de los saberes modernos, su operancia y legitimidad, así como también la formación y función de ciertas tipologías discursivas —como las relaciones entre la escritura de la historia y el aparato burocrático estatal, las relaciones entre efectos de ficción y verdad—, resulta provechoso ver con esta distancia de la disolución de las formas, la nitidez con que éstas surgieron en la era de la confiabilidad de la palabra para construir verdaderas ciudades letradas.

El compás que se abre entre dos momentos fundacionales, uno, a comienzos de la centuria anterior, y otro, posiblemente ahora, entre la credibilidad y el descrédito, entre las formas sólidas y las gaseosas, nos permite mirar no sin cierta nostalgia y escepticismo, la candidez con que fueron contruidos y apostados los monumentos culturales de naciones que ahora se desintegran en redes electrónicas.

⁶³ Cfr. *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*, op. cit., pp. 727-743.

Fundaciones: canon, historia y cultura nacional constituye la segunda edición revisada del ya clásico *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Este libro constituye uno de los trabajos pioneros de la crítica socio-cultural latinoamericana dedicados a examinar las narrativas que forman las culturas nacionales de la modernidad de América Latina. Examina no sólo el modo en que se formó el canon literario, sino la razón política del surgimiento de esta práctica discursiva para fundamentar la naturaleza nacional de los nacientes estados. Desvela de esta forma la necesidad de crear pasados "literarios" para garantizar la efectividad de las políticas estatales. La escritura historiográfica constituyó una escena privilegiada para la construcción de las identidades llamadas nacionales, aparte de la función política que adquirió la literatura y su ejercicio crítico para la élite letrada en estos proyectos de la primera modernidad latinoamericana.

Beatriz González-Stephan (Ph.D. Pittsburgh University) ocupa actualmente la cátedra de Literatura Latinoamericana en la Rice University (Houston); ha sido profesora de la Universidad Simón Bolívar de Caracas (hasta 2000), directora de la revista *Estudios* (1993-2001) e investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos de Caracas (1987-1986). En 1987 obtuvo el premio Casa de las Américas Ensayo. Entre sus libros figuran: *La Duda del Escorpión* (1992); *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana* (1992, con Lucia Costigan); *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina* (1995, con Javier Lasarte); *Cultura y Tercer Mundo* (1996); *Escribir la historia literaria: capital simbólico y monumento cultural* (2001); *The Body Politic. Writing the Nation in the Nineteenth-Century Venezuela* (en prensa).

ISBN 84-8489-012-0



9 788484 890126



IBEROAMERICANA